

Mío Cid Campeador

Vicente Huidobro

Mío Cid CAMPEADOR



Colección: *Libros del laberinto*, 53

Vicente Huidobro

MÍO CID CAMPEADOR

Presentación de:
Ángeles Pérez López



AZCAPOTZALCO

COSEI BIBLIOTECA

2893703

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo



Azcapotzalco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. Julio Rubio Oca

Secretaria General

M. en C. Magdalena Fresán Orozco

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rector

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Secretario

Mtro. Adrián de Garay Sánchez

Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Alberto Dogart Murrieta

Jefe de la Sección Editorial

Lic. Valentín Almaraz Moreno

ISBN: 970-620-971-9

©Vicente Huidobro, 1929.

©Universidad Autónoma Metropolitana, 1997.

Unidad Azcapotzalco.

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa, Tamaulipas

02200. México, D.F.

Impreso en México/Printed in Mexico

MÍO CID CAMPEADOR DE VICENTE HUIDOBRO

Cuando en 1929 la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones dio a conocer la primera novela del poeta chileno Vicente Huidobro (1893-1948), titulada *Mío Cid Campeador*, la respuesta de algunos lectores destacados enfatizó la sorpresa que les inspiraba el texto.

Así, el novelista cubano Alejo Carpentier¹ señaló su desconcierto ante una obra que, narrando “las andanzas prodigiosas del Cid”, surgía de la misma pluma que había “creado” los poemarios *Horizon carré* (1917), *Poemas árticos*, *Ecuatorial*, *Tour Eiffel* y *Hallali* (todos ellos publicados en Madrid en 1918, junto a la segunda edición de *El espejo de agua* —Buenos Aires, 1916—).

Huidobro, para la fecha de 1929, era valorado por su contribución a la lírica, en particular por los títulos señalados y por las declaraciones programáticas del creacionismo, que toma cuerpo en el manifiesto “Non serviam” (1914) y en los recogidos en *Manifestes* (1925), así como en la conferencia dictada en 1916 en el Ateneo Hispanoamericano de Buenos Aires —donde Huidobro insistió en la importancia del verbo “crear” como clave de la actividad lírica— y en el poema “Arte poética” con el que se abre *El espejo de agua*:

¹ Alejo Carpentier: “El Cid Campeador de Vicente Huidobro”, *Social* [La Habana] 10 (octubre de 1930), p.24.

Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas!
Hacedla florecer en el poema,
sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el Sol.

El poeta es un pequeño Dios.

La importancia del creacionismo en el contexto de la vanguardia histórica en lengua española resulta indudable. Sin embargo, ha sido mucho menos valorada la contribución de Vicente Huidobro a otros géneros que cultivó con asiduidad, en particular el narrativo. Con *Mío Cid Campeador* iniciaba su dedicación a un género en el que van a incluirse cinco novelas más: *Cagliostro* (1934), *La próxima* (*Historia que pasó en poco tiempo más*) (1934), *Papá o El diario de Alicia Mir* (1934), *Sátiro o El poder de las palabras* (1939) y *Tres inmensas novelas* (1935), que escribió en colaboración con el escritor, pintor y escultor dadaísta Hans Arp.

Entre las novelas que conforman la producción narrativa huidobriana, *Mío Cid Campeador* resulta una de las más destacadas. Y no sólo por haber sido la que más atención despertó entre sus coetáneos, sino fundamentalmente por el vuelo lírico de sus páginas. El protagonista, ese Rodrigo Díaz de Vivar que procede de una larga y prestigiada tradición literaria, encarna una de las características que Huidobro subrayó de la creación poética: la capacidad para “inquietar, maravillar, emocionar nuestras raíces” pues he aquí “lo propio de la poesía”.²

² Vicente Huidobro: “Manifiesto de manifiestos”, *Obras completas de Vicente Huidobro*, prólogo, edición y recopilación ampliada de Hugo Montes. Santiago de Chile, Andrés Bello, 1976, pp. 722-731; p. 730.

El texto se presenta como una hazaña del héroe castellano de la Alta Edad Media que subraya sus aspectos extraordinarios; de hecho, el título completo de la obra huidobriana era justamente ése: *Hazaña de Mío Cid Campeador*. En una nota introductoria a la primera edición, la de Madrid de 1929, explicaban los editores que la “hazaña” podía definirse como “especie de novela épica o más bien una serie de tapices heroicos sin más argumento o hilo central que el nombre del mismo personaje que sirve de tema a la obra y los episodios tejidos en torno a la vida de dicho personaje”.

Este nuevo modo de novelar, que Huidobro habría propuesto organizar en tres ciclos —el de las “hazañas” de los Paladines, que contaría con las figuras de Hernán Cortés, Colón, Lautaro, y quizá Bolívar, añadidas a la del Cid; el de las “hazañas” de los Magos, ya con un protagonista, el mago italiano Alessandro Cagliostro; y el de las “hazañas” de los Poetas (Góngora, Cervantes y San Juan de la Cruz) —se situaba en la órbita trazada por el novelista francés Joseph Delteil, que, en su *Jeanne d'Arc* (1925), *La Fayette* (1928) y *Napoleón* (1929), usaba de todo el vigor vanguardista para contar la vida de sus personajes.

Pero sería la exaltación poética que produce una vida “superior”, la que se convertiría en columna vertebral de los textos proyectados y, por tanto, la que justifica su pertenencia al subgénero “hazaña”. Para el chileno sólo lo inhabitual, lo sorpresivo por superior o extraño es objeto del arte: su Mío Cid resulta ser, en esta línea, una individualidad totalizada. Encarna hiperbólicamen-

te todos los atributos del héroe tradicional,³ por lo que termina adquiriendo dimensiones cósmicas (“Él solo es toda la fauna y toda la flora”, en “A Valencia”):

Así el nombre Cid brota repentino de los poros de la tierra y se encuentra instalado sobre todos los labios cantante como un árbol de luz. Nace, crece, sube al cielo, se multiplica, se hace selva, invade las llanuras, cruza los ríos, traspone las cordilleras, cubre a España, salta las fronteras y los mares, llena a Europa, desborda del mundo, crece, crece, asciende, asciende, y se para arriba en el cenit, hinchado de esperanzas. (“Campeador Cid”)

Son varias las razones que permiten entender la construcción mítica llevada a cabo por Huidobro. Por un lado, la tradición textual en la que se inserta su *Mío Cid*.⁴ Por otro, la valoración de la dimensión heroica que arranca de Thomas Carlyle y, tras recorrer algunos momentos destacados como la teoría de los “hombres representativos” de Emerson, la del superhombre nietzscheano o la del aristocratismo sabio de Renan (esa oligarquía omnipotente de hombres sabios) que suscribe

³ Como enfatiza el narrador, este Rodrigo es justo, noble, sencillo y majestuoso, fiel a la palabra propia, a la mujer amada, a la familia y a la tierra, sabio y humilde, bravo y sereno, pero sobre todo, generoso con los dones recibidos de Dios, el destino o el fondo vivo de un pueblo que exige su plenitud histórica y poética. Es el “hombre que se pasará sobre el amor de su raza hasta el fin de los tiempos”. (“Paréntesis”) porque es un hombre capaz de domeñar las constelaciones.

⁴ El Cid ha ido convirtiéndose en un mito a lo largo de las distintas épocas, a partir de varias obras: el *Cantar de Mío Cid* (s. XIII), *Los ro-*

Rodó, desemboca en la noción de los “fervores mesiánicos” de los que surge la idea de vanguardia tal como la señala Matei Calinescu.⁵

Ahora bien, si la dimensión del protagonista resulta deliberadamente excesiva, a lo largo de la novela se producen destacadas modificaciones de la caracterización del Cid como “héroe mítico”⁶ pues en ocasiones el tratamiento del personaje se vuelve claramente lúdico, a partir fundamentalmente de una apropiación paródica de la tradición literaria. Cuando, en el capítulo “Jimena”, la sombra de Mío Cid se aparece ante la mesa del “Poeta” como voz autorizada que reclama por la anodina

mances (ss. XIV–XVI), *Las comedias* de Guillén de Castro y Corneille (s. XVII), la de Hartzenbusch (s. XIX), los poemas de *La légende des siècles* (1859–1881) de Hugo, los *Poèmes barbares* de Leconte de Lisle (1872), *La leyenda del Cid* (1882) de José Zorrilla, *Las hijas del Cid* (1908) de Eduardo Marquina, así como, entre otros, el poema “Castilla” de Manuel Machado. Un caso particularmente destacable lo constituyen los modelos franceses para la “hazaña” huidobriana: como ha demostrado Germán Sepúlveda Durán, en la *Hazaña de Mío Cid Campeador*, Huidobro acomodó el método que Joseph Delteil utilizó en *Jeanne d'Arc* (1925) y la prosificación del *Romancero del Cid* hecha por Alexandre Arnoux en *Légende du Cid Campeador* (1922). En “Tradición e innovación en la hazaña de Mío Cid Campeador de Vicente Huidobro (indagación de fuentes literarias)”, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1972.

Véanse también sus artículos “*Jeanne d'Arc* y *Mío Cid Campeador*”, *Atenea* 435 (diciembre de 1977), pp. 59–84; “Vicente Huidobro y el *Romancero del Cid*”, *Occidente* (Santiago de Chile) 287 (julio–agosto de 1980), pp. 45–50 y “Antecedentes hispano–franceses de la *Hazaña de Mío Cid Campeador* de Vicente Huidobro”, *Anales de la Universidad de Chile* 5 (1984), pp. 299–315.

⁵ Matei Calinescu: *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch y posmodernismo*, Madrid, Tecnos, 1991.

⁶ Son palabras de Raymond L. Williams en su “Lectura de *Mío Cid Campeador*”, en “Vicente Huidobro y la Vanguardia”, *Revista Iberoamericana* 106–107 (enero–junio de 1979), pp. 309–314; p. 311.

descripción de Jimena, lo hace porque las palabras del narrador resultan expresivas:

Jimena era una estatua griega. Tenía un cuerpo de palmera, un cuello de cisne, unas manos de lirio. Tenía una nariz perfilada, perfecta; unos labios de coral, unos ojos inmensos y profundos como dos lagos en la noche, etc. *Después de haber cumplido con todos los ritos de la mala poesía*, Jimena entraba de lleno en la belleza. (El subrayado es nuestro)

Tal carnavalización de la tradición —no sólo literaria, sino de un modo más amplio, cultural— pasa precisamente por la reescritura de aquellos textos de mayor peso para cada cultura.⁷ Hunde sus raíces, por tanto, y de modo necesario, en la tradición literaria hispánica, que Huidobro siente como propia aunque sin el lastre que pudiera tener semejante legado histórico-literario, claramente magnificado en algunos momentos.⁸ O sea, se apropia de una tradición a la que puede vincularse, pero de la que puede, igualmente, distanciarse, a través del humor en forma de carnavalización tanto de los personajes como de las coordenadas espacio-temporales en las que se desenvuelven.

⁷ En este sentido, resulta iluminador el trabajo de Viviana Gelado: "La apropiación como operación de la cultura: El *Mío Cid Campeador* de Vicente Huidobro", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 35 (enero-junio de 1992), pp. 21-31.

⁸ Respecto a esa tradición que acrecienta el tamaño del héroe, basta recordar, como botón de muestra, el esfuerzo de Felipe II por lograr la canonización del de Vivar.

Al haber elegido como protagonista al paladín castellano, Huidobro lanza una mirada al pasado y con ello evidencia que las raíces del “hoy” fueron plantadas en el “ayer”: así en la manzana —fruto prohibido—, reposa esa maldición que el tiempo ha ido haciendo explícita, y por ello es precisamente una manzana la que llevó el nuncio a la corte de Castilla para sembrar la discordia, y la que escondía celosamente las leyes de la gravitación universal (“Campeador Cid”). Luego es la mirada que lanza el escritor, desde su tiempo, hacia el tiempo de la historia (entendida como pasado), la que puede explicarla en toda su dimensión. En este sentido, Rodrigo Díaz, el protagonista, aparece como anticipo de todos los *sportmen* actuales, ha batido el récord de todos los Juegos Olímpicos de la historia, es el centro de un momento universal insuperado, de modo que contiene en sí y en su máxima perfección el largo lapso de la historia humana. El anacronismo resulta evidente, como cuando antes de batir uno de esos récords, Rodrigo piensa en el Cantar, en el Romancero, en la Gesta, en Guillén de Castro, en Corneille y en el propio Huidobro que está escribiendo su “hazaña” Tal como señala Hans Rudolf Picard, “no es la conciencia y la mirada del público lo que constituye el personaje heroico, sino al revés”, él mismo contiene, “en su conciencia, en una anticipación imposible”,⁹ su tratamiento posterior.

⁹ Hans Rudolf Picard: “La reinterpretación de un tema medieval: *Mío Cid Campeador* (1928) de Vicente Huidobro o la identificación enfática con un mito”, *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, edición de A. David Kossoff. A. David, José Amor y Vázquez, Ruth H. Kossoff y Geoffrey W. Ribbans, Madrid, Istmo, 1986, vol. 2, pp. 455–459; p. 458.

Pero si ese camino arranca del pasado y concluye en el presente, se advierte que las raíces del hoy están deterioradas, han sufrido la degradación que conlleva, para el texto, el paso del tiempo, contraponiéndose así a la noción temporal occidental, que tiende a situar, por su esencia fundamentalmente cristiana, el fin perseguido fuera o al final de la historia. El contraste entre los tiempos "bárbaros" y los "actuales" va en detrimento de estos últimos, que son tiempos infames, porque en ellos la muerte del conde Lozano habría sido entendida como vileza, y no como gesto trágico y profundamente noble, tal como lo valora el narrador ("Justicia"). Son, por tanto, tiempos empequeñecidos.

La época del autor aparece entonces como hija degradada de su pasado. Al presentar el hoy y el ayer encarados de este modo, asistimos a la negación del pensamiento perfectivo que arranca de la Ilustración y conduce a las revoluciones sociales posteriores. De modo principal, frente a la confianza en el futuro como portador de cambio y como imagen del paraíso por ser el lugar de elección del deseo, en las palabras de Octavio Paz,¹⁰ el narrador rememora el pasado medieval como una edad áurea que por otra parte será reescrita paródicamente: no estará exenta entonces de la burla, es decir, de la crítica a la misma crítica.

¹⁰ Octavio Paz: *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

Véase también "Poesía y modernidad", en "Poésie Hispano-Américaine contemporaine: Vicente Huidobro et Octavio Paz", *América* [La Sorbonne Nouvelle] 6 (1989), pp. 9-24.

En tanto que Huidobro elige a una de las figuras fundadoras de su tradición, a cuya sombra describe algunas de las limitaciones del presente en el que se mueve, plantea como posible una constante utópica —con el significado de eutopía— como vertebradora de la novela, sacudida a su vez por otro modo de ejercer la crítica: el humor que saquea la tradición literaria hispánica, en una apropiación particular de un pasado histórico y cultural que es sentido también como propio.

Tan es así, que uno de los elementos que conforman la novela es la relación que se establece entre el autor y su personaje, en términos de participación enfática del narrador con respecto a su protagonista. Cuando Huidobro escribe las páginas que introducen la novela, nos cuenta de su parentesco con Rodrigo: uno de los últimos descendientes de Alfonso X el Sabio, tataranietao del Cid, sería, según habría documentado Huidobro, su abuelo materno Domingo Fernández Concha. Planteada así la conexión genealógica con el Rodrigo histórico, Huidobro se propone ofrecer a sus lectores parcelas aún inéditas del complejo fenómeno Cid, del que dice ser, en una nueva licencia poética, heredero legítimo. Para cerrar las palabras que prologan la “hazaña”, nos brinda, entonces, la “verdadera” historia del Mío Cid Campeador, “escrita por el último de sus descendientes”.

Este tratamiento hiperbólico del vínculo que une al autor y a su personaje, y que Huidobro plantea como derecho de la sangre, significa, en cualquier caso, que la del autor es la máxima autoridad de lo que se cuenta: en las páginas del libro incluso corregirá el rumbo ofrecido

por el romancero a propósito de doña Elvira y doña Sol, pues, ni tales eran sus nombres ni es cierto que fueran humilladas en el robledal de Corpes. El autor se inmiscuye en el texto, y al introducir el humor en la historia, la rebaja y desmitifica finalmente:

...no se explica que nadie se hubiera atrevido a azotar a las hijas del Cid, ni que éste lo hubiera tolerado y no hubiera tomado mucha mayor venganza de la que reza la leyenda. (...) Si fuera cierto lo sabríamos en la familia y ya veríais cómo yo habría hecho añicos en estas páginas a ese par de infames. El hecho de que apenas me ocupo de ellos os probará que la tal afrenta es una ridícula mentira.

Bajo estas constantes, Huidobro se propone en su “hazaña” reescribir la biografía de Mío Cid Campeador. El tiempo de la historia se circunscribe a la vida del protagonista: comienza en el momento en que es engendrado y concluye en el de su muerte. De este modo se explicita su papel como motor y sentido de la historia. La novela se despliega, así, como una sucesión cronológicamente ordenada de aquellos momentos que marcan los hitos del camino vital que está recorriendo Rodrigo.

Su carácter aventurero fue, sin duda, uno de los mayores atractivos de Rodrigo Díaz de Vivar a los ojos de Huidobro. De hecho, éste pensó su “hazaña” como una novela-film en la línea de los filmes de aventuras

que protagonizara el actor norteamericano Douglas Fairbanks, que se había interesado por la figura del Cid Campeador y al que Huidobro le dirige la carta que sirve de prefacio a su novela.

Huidobro se sintió atraído, ya en la década de 1920, por el cinematógrafo, de modo similar a muchos otros escritores vanguardistas, porque el cine le daba la posibilidad de unir movimiento, tiempo y espacio. Por esto, Huidobro, uniendo sus esfuerzos novelescos y cinematográficos, creó una novela fílmica dentro de la cual se inscriben *Mío Cid* y *Cagliostro*, en las que destacan, como procedimientos cinematográficos, la trama veloz, la caracterización rápida de los personajes, el lenguaje y el estilo visual, la difuminación, la superposición y el fundido encadenado.¹¹ La conciencia huidobriana de sus propios esfuerzos en este sentido resulta relevante:

Al día siguiente por la mañana, que es el último del plazo, parten más rápidamente que nunca. Galopan, galopan. Pasan los llanos y los montes debajo de las oriflamas al viento, con una velocidad cinematográfica. ("La puerta del destierro")

El interés de Huidobro por su personaje no concluye, sin embargo, con la edición de su *Mío Cid Campeador* en 1929. En la segunda edición de la novela, la publicada en Santiago de Chile por la editorial Ercilla

¹¹ Cfr. René de Costa: *Huidobro: los oficios de un poeta*, México, F.C.E., 1984.

en 1942, la revisión que Huidobro lleva a cabo de la *editio princeps* resulta fundamental. Ambas, la de 1929 a cargo de la madrileña Compañía Ibero-Americana de Publicaciones y la chilena de 1942 son las únicas ediciones de *Mío Cid* en vida de Huidobro. De ahí que resulte fundamental señalar las modificaciones que tienen lugar en el texto en la fecha de 1942 con respecto al primer original, pues en esa fecha se recogen todas las aportaciones que el poeta hizo para su personal hazaña del Mío Cid Campeador.

La revisión de la primera edición es cuidadosa y comprende la grafía, la morfosintaxis y el léxico. Por otra parte, puede destacarse la importancia de algunas de las modificaciones realizadas por Vicente Huidobro si se atiende a su organización en campos semánticos o ejes de sentido, en concreto los siguientes: “La narración”, “Espacio”, “Tiempo”, “Los malos consejeros”, “Jimena Díaz”, “Mío Cid Campeador”, “Amor”, “Guerra”, “España del siglo XI”, “Patria” y “Dios”. Las modificaciones efectuadas en la segunda edición de *Mío Cid Campeador* con respecto a la edición príncipe, muestran de modo inequívoco que la relectura que Huidobro hizo de su primera obra narrativa, fue detenida, concienzuda y relevante, lo que abunda en el interés que Huidobro sintió por su personaje.

No en vano había señalado en el artículo *Espagne*,¹² publicado en París a fines de 1923, que entre los admirables aventureros dinámicos producidos por España

¹²Vicente Huidobro: “Espagne”, *L'Esprit Nouveau* 18 (noviembre de 1923).

debía resaltarse, junto al gran Capitán, Hernán Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia o los Pinzones, el nombre de Mío Cid Campeador, a cuya historia dedicó algunas de sus más destacadas y espléndidas páginas en prosa.

María Ángeles Pérez López
Universidad de Salamanca, España

MÍO CID CAMPEADOR

Carta a Mr. Douglas Fairbanks*

París, 25 de septiembre de 1928.

*Dear Mr. Fairbanks:*¹

Una tarde del verano pasado me habló usted, en el Hotel Crillon de París, del Cid Campeador y me dijo que era uno de los personajes históricos que más le interesaban. Me pidió usted que le recopilara datos sobre él y que se los enviara a los Estados Unidos y me habló con tal entusiasmo que su entusiasmo se comunicó a mi espíritu y entonces nació en mí la idea de escribir algo sobre el Cid.

Así, pues, a usted debo en parte esta Hazaña de Mío Cid Campeador, y como a usted la debo, quiero que su nombre se inscriba en sus primeras páginas como un recuerdo de agradecimiento y quede en ellas cuanto esta obra dure.

De todos los documentos que empecé a estudiar para usted, nació esta obra para mí. Si algo en ella puede servirle, si una sola frase mía le ayudara a sentir más hondamente y comprender mejor nuestro gran Cid, me daría por satisfecho.

Saluda a usted su admirador.

VICENTE HUIDOBRO

¹ Douglas Fairbanks (1883-1939). Actor de cine, norteamericano, importante figura en la primera época del cine sonoro. Sus mejores películas son: *El signo del zorro*, *El ladrón de Bagdad*, etcétera.

**Debo decir en honor de la verdad que había pensado ya antes escribir un nuevo Romancero sobre el Cid Campeador, proyecto que luego abandoné. Fue esto en ocasión de haber leído en la Enciclopedia heráldica, de A. García Carrafa, unas páginas en que hablaba de Alfonso X el Sabio, que, como todos saben, era tataranieto del Cid. Vi en ellas que el señor García Carrafa, siguiendo las descendencias de dicho rey, llega hasta una rama que pasó a Chile y nombra entre sus últimos descendientes a mi abuelo materno, Domingo Fernández Concha (pág. 71 del tomo 26). No me tentó Alfonso X el Sabio, pero sí el Campeador. En ese periodo de mi vida mi preferencia iba a los hombres de acción y de aventura. Me sentí nieto del Cid, me vi sentado en sus rodillas y acariciando esa noble barba tan crecida que nadie se atrevió a tocar jamás. Si mi abuelo era o no descendiente de reyes, no lo sé ni me importa. Lo que sí puedo afirmar es que nunca he encontrado un hombre con más porte y ademanes de rey que él. Era la quintaesencia de la vieja España. ¡Qué grandeza en la humildad de ese gallego de Mondoñedo que fue mi abuelo! Alguien ha dicho que la raza española es una raza de príncipes. Así lo creo, y si he hablado de mis abuelos es porque no puedo ocultar el orgullo que siento en mi sangre española. Soy, por mis abuelos, castellano, gallego, andaluz, catalán y bretón. Celta y español, español y celta. Soy un celtíbero aborigen, impermeable y de cabeza dura que tal vez ablanda un poco de judío.*

Aprovecho esta nota para explicar algo respecto a la forma y al fondo de esta Hazaña de Mío Cid Campeador.

Encontrará el lector en este libro algunos galicismos y americanismos tanto en palabras como en giros. No

me disculpo por ellos. Los empleo por una simple razón de antojo. Me place decir el volantín en vez de la cometa, porque encuentro más hermoso ese chilénismo que la palabra castiza cometa y más natural que pandorga o birlocha. Asimismo, respecto a algunos giros afrancesados, me place dejarlos y los dejo. Además, me parece muy bien que las lenguas se invadan las unas a las otras lo más posible; que las palabras pasen como aeroplanos por encima de las fronteras y las aduanas y aterricen en todos los campos. Acaso a fuerza de invadirse las lenguas lleguemos a tener algún día un solo idioma internacional y desaparezca la única desventaja que presenta la Poesía entre las otras artes. Por otra parte, no puede negarse que el castellano es una lengua bastante pesada, tiesa, ajamonada, y que un poco de soltura y rapidez no le haría mal. Si los clásicos llenaron nuestra lengua de italianismos, ¿quién puede decirnos algo a causa de nuestros galicismos?

Respecto al fondo, debo advertir al lector que sea la "Hazaña" una novela épica, o una novela que se canta, o la exaltación que produce en el poeta una vida superior, ello no tiene nada que ver con las vidas noveladas, género tan a la moda hoy día y que empezó a abrirse camino desde la famosa Vida de San Francisco de Asís, de Johannes Jorgensen.

Siendo la "Hazaña" un pretexto para acumular poesía, es natural que el autor busque las vidas extraordinarias que más se prestan a ello y que le ofrecen una maquinaria poética más fecunda, dejando de lado las pesadas y turbias psicologías de seudofilósofos. La "Hazaña" es la novela de un poeta y no la novela de un novelista. Hay muchos poetas que hacen novelas de

novelistas. Allá ellos. Yo no participo de ese vicio. Sólo me interesa la poesía y sólo creo en la verdad del Poeta.

Para evitar desorientaciones posibles, debo también advertir al lector que en los datos sobre el Cid a veces he seguido al Cantar, al Romancero y a la Gesta, y otras veces he seguido la Historia. Así, por ejemplo, la Poesía dice que el Cid mató al padre de Jimena, el conde Lozano, y la Historia nos enseña que eso es falso, pues Jimena no era hija de tal conde sino del conde de Oviedo, Diego Rodríguez. Así, pues, yo hago un pequeño compromiso entre la Historia y la leyenda y el conde Lozano resulta padrino y tutor de Jimena. ¿Por qué no? Más adelante veréis que las hijas del Cid no se llaman doña Elvira y doña Sol, como dice la leyenda, sino doña Cristina y doña María, como realmente se llamaban. Y no se casan con los condes de Carrión, como dice la leyenda, sino con reyes; Cristina con don Ramiro de Navarra y María con Ramón Berenguer III de Barcelona, como realmente sucedió.

Además, eso de la afrenta de Corpes es falso, primero porque históricamente sabemos es falso, y segundo, porque no se explica que nadie se hubiera atrevido a azotar a las hijas del Cid, ni que éste lo hubiera tolerado y no hubiera tomado mucho mayor venganza de la que reza la leyenda. Yo no veo a mi abuelito el Cid permitiendo que se azotara a mi tía María y a mi abuelita Cristina sin comer crudos a sus maridos. Esto es falso. Yo os lo juro. Si fuera cierto lo sabríamos en la familia y ya veríais cómo yo habría hecho añicos en estas páginas a ese par de infames. El hecho de que apenas me ocupo de ellos os probará que la tal afrenta es una ridícula mentira.

Apelo a la docta y noble persona de don Ramón Menéndez Pidal.

En varias otras ocasiones he corregido la Historia y la leyenda con el derecho que me da la voz de la sangre, y aun he agregado algunos episodios desconocidos de todos los eruditos y que he encontrado en viejos papeles de mis antepasados.

Así, pues, no debéis discutirme sobre ellos, sin agradecerme que los haya entregado al público. Y aquí tenéis la verdadera historia del Mío Cid Campeador, escrita por el último de sus descendientes.

V. H.

PROCREACIÓN

Es la noche. Una noche castellana de mediados de agosto en el año 1040. El calor sofocante del día ha calmado un poco, gracias a un viento sin sol que sopla infatigable desde hace tres horas cargado de olor a campo y de rumores de chopos.

Durante el día el cielo se había dejado caer con todo su sol sobre la tierra, la pobre tierra sedienta, sofocada, tratando de sacar la cabeza y poder respirar brisas verdes.

La noche ha traído una tregua y todo duerme pesadamente, como embotado, como embrutecido.

La casa de Diego Laínez, una inmensa casona de piedra en el pueblo de Vivar, medio fortaleza, medio casa de campo, tratando de mantenerse fría a fuerza de piedra, levanta sus líneas duras y precisas, su adusta majestad en medio de un sueño de piedra.

Piedra. Piedra. Piedra. He aquí la casa de Diego Laínez. Casa de silencios de piedra, de sueños de piedra, de palabras de piedra, de honradez de piedra, de sentimientos de piedra (¿quién ha dicho que las piedras no tienen sentimientos?; ¡oh error!), de energías de piedra, de hombres de piedra.

¡Casa señalada por el dedo de piedra del Destino!

Diego Laínez, gran guerrero, ganador de batallas, sostén del trono de sus reyes, heredero de la sangre de Laín Calvo; Diego Laínez, que peleó en la batalla en que el conde Fernán González venció a Almanzor, ha

vuelto de una consulta a que le llamara el rey y no puede conciliar el sueño.

Mil preocupaciones le asaltan. Desnudo sobre el lecho, en vano se revuelve de un lado a otro. La respiración inquieta de su pecho fuerte retumba en las paredes como golpes de encarcelado.

Las imágenes del insomnio se cruzan en su cabeza, pasan, repasan; se precipitan unas sobre otras y dilatan su cerebro en fiebre.

España se le aparece como una olla de grillos, despedazada, diseminada, deshecha en mil trozos separados e incongruentes. Provincias, ciudades, fortalezas independientes. Un reyezuelo por aquí, un condado por allá, un general moro proclamándose amo de un terruño conquistado. Cristianos luchando contra cristianos, moros contra moros. Alianzas de moros y cristianos para luchar contra otros cristianos u otros moros. Rotos los pactos al día siguiente, los efímeros aliados se destrozan entre sí. En el momento de calarse las armaduras de combate no se sabe contra quién se va a pelear.

Este es el cuadro que aparece a Diego Laínez. Hace ya más de trescientos años los musulmanes invadieron España, y el imperio visigodo cayó con el rey Rodrigo en las aguas del Guadalete y se deshizo en ondas hasta el mar.

El gran imperio musulmán, después de llegar a su cenit y de haber sometido a toda España a excepción de don Pelayo, empezaba también a disgregarse en guerras intestinas y deshacerse en molicies de apogeo. Del califato de Córdoba, que había sido de una magnificencia

de cuento oriental, quedaban como restos dispersos, como trozos de un planeta que ha estallado, los reinos moros de Granada, de Sevilla, de Murcia, de Denia, de Valencia, de Badajoz, de Toledo, de Zaragoza.

Don Pelayo, ese solo trozo independiente de la península, desprendiéndose de roca en roca desde la cueva de Covadonga había empezado la reconquista. Don Pelayo no es un hombre, es un aluvión, es una bola de nieve.

¡Cómo admira a don Pelayo Diego Laínez! Se le aparece como el dragón de las grutas del destino, lanzando fuego por los ojos, triturando moros entre los dientes, aplastando fortalezas bajo las garras.

Debido a don Pelayo, los cristianos poseen ahora, en medio de esos reinos moros, los condados de Barcelona, de Aragón y de Castilla; los reinos de Navarra, de Galicia y de León.

Diego Laínez adora a Castilla. Piensa en las hazañas de sus condes, vasallos del reino de León; las proezas de esos condes castellanos que han dado a sus tierras un olor a poema y a sangre de eternidad, desfilan en su memoria. Castilla presenta ya una fuerza hecha, una personalidad; tiene sabor a patria. Diego Laínez no puede contenerse y exclama en voz alta:

—Es preciso que nazca otro don Pelayo, es preciso que salte una voluntad unificadora, otra fuerza invencible, otro destino.

Al ruido de las palabras de Diego Laínez, su mujer, que duerme junto a él, se despierta sobresaltada.

—¿Qué te pasa, Diego Laínez? ¿Estás enfermo?

—pregunta—. ¿Por qué no duermes?
—Pienso —responde el hombre.
—¿Qué piensas?
—No es cosa de mujeres lo que pienso.
—Política o guerras; comprendo.
—Salvar a España.

La mujer guarda silencio y siente un orgullo que le recorre toda la piel, orgullo del hombre a quien pertenece.

Los pensamientos de Diego Laínez son elevados y nobles. Nunca ella ha sentido en sus pensamientos los pasos de terciopelo de la traición, con ese oído que tienen las mujeres para los pensamientos de quienes las rodean.

Ella ama la integridad de ese hombre, porque ella es hija de otro varón semejante. Ella, Teresa Álvarez, es hija de Rodrigo Álvarez de Asturias, gran guerrero, conquistador del castillo de Ubierna, noble hacendado, poderoso por su influencia y su fortuna.

—Hace calor —dice ella—; sería bueno abrir las ventanas.

—Duerme.

Diego Laínez se levanta y abre las ventanas. Vuelve el silencio y vuelve el insomnio.

Ese simple gesto, abrir una ventana, que parece tan nimio, tan sin importancia, es una cosa grave. Abrir una ventana es como abrir el alma, es como abrir el cuerpo.

Por la ventana abierta entra la noche, detrás de la noche entra Castilla y detrás de Castilla entra España.

Millones de estrellas se precipitan por esa ventana como el rebaño que aguarda que abran las puertas del corral; miles de fuerzas dispersas corren como atraídas

por un imán y se atropellan entre los gruesos batientes, todo el calor y las savias descarriadas de la naturaleza se sienten impulsadas hacia el sumidero abierto en el muro de aquel aposento que se hace la arista de todas las energías, de todos los anhelos.

Innumerables corrientes eléctricas convergen hacia esa habitación, único punto interesante del mapa en aqueña noche.

Diego Laínez siente todo ese enjambre de alientos profundos y substanciales llegar hasta él. Un vigor inmenso se apodera de su cuerpo, su pecho se hincha, se dilata y desborda en la noche. El mundo es una usina de energías, un acumulador de fuerzas ebrias, una fábrica de hidrógeno.

Y él traga, traga, aspira por todos sus poros esa riqueza que afluye hacia él y viene a ofrecérsele como el manjar del mundo.

¿Qué transmutación, qué destino va buscando esa aglomeración de irradiaciones?

Diego Laínez siente una vaga inquietud. La carne se rebela y un cosquilleo le agita las arterias.

Afuera la noche se pone lánguida, blanda. Una ancha brisa nacida en quién sabe qué jardines recónditos trae caricias de flor, suavidad de hierba. Un ruiseñor silba a su hembra en castellano y la noche se hace envolvente como una cabellera de mujer.

Diego Laínez contempla a la que duerme a su sombra. Hermosa, regordeta, Teresa Álvarez es la hija del campo, del hacendado noble, de sangre bien nutrida. Hermosa, regordeta, frutal. Carne apetitosa, apta a la

caricia, pronta al amor. Sus senos potentes, con perfumes de huerta como grandes melones, palpitan con un ritmo sereno de corazón y de mar.

Mirar esa mujer rejuvenece, dulcifica, aclara los problemas del mundo. Todo junto a ella se hace natural, primario, alegre. No se comprenden el vicio, ni las complicaciones, ni los retorcimientos de falsos placeres. El amor directo, lógico. El acto sexual rotundo de un hombre y de una mujer enlazados cumpliendo una función orgánica imperiosa y suprema.

Diego Laínez la coge entre sus brazos, le acaricia todas las blanduras. Ella le ofrece los labios carnudos y pletóricos. Él se crispa en cada roce. Ella se muere en cada beso.

Es un instante solemne, ese instante en que el mundo parece hacerse silencioso para escuchar, recogerse para dar un gran salto. Se prepara una fiesta.

El hombre ahora es el macho, y el macho no resiste más sus impulsos; la mujer es la hembra, y la hembra se abre como una rosa de pie.

Diego Laínez, fogoso, rudo, infantil, se precipita sobre su mujer y entra en su carne, se hunde debajo de su piel con energías de guerrero descansado, ansioso de batallas, impaciente de victorias.

La tierra toma el ritmo de esos cuerpos resollantes y suspira como una montaña. El infinito se vacía, el universo vacila y durante un minuto el sistema planetario se detiene.

Dios, mirando por el ojo de la cerradura del cielo, sonríe.

—¡Ah! Diego, esposo mío, nunca he sentido un estremecimiento semejante, creí perder la razón.

—Teresa mía, es curioso; se me figura hacer el amor por primera vez.

Y Diego Laínez lloraba de alegría anunciadora y cósmica.

—No sé, no sé qué tengo, mujer; pero se me figura que no soy yo el que ha realizado el simple acto de amor, sino todo el universo el que lo ha realizado en mí. Se me figura que he cumplido un designio.

—Esta noche tiene gusto a milagro.

Y otra vez la obsesión de don Pelayo se apodera del alma de Laínez. Don Pelayo, don Pelayo, la obra inacabada, trunca, cortada a mitad del camino.

La sombra del guerrero gigante se pasea en los sueños de Diego Laínez y la noche se hace fuerte, heroica. La noche es don Pelayo y afuera el ruiseñor sigue cantando a don Pelayo.

—Sí, efectivamente, esta noche tiene sabor a milagro.

NACIMIENTO

Han pasado nueve meses justos desde aquella noche milagrosa, la noche electrizada.

Hay gran movimiento en la casona de Diego Laínez. Teresa Álvarez siente los primeros dolores del parto y todo se prepara en la casa para recibir al que ha de nacer.

Someros eran en aquel tiempo los preparativos del parto. Sin médico graduado en universidades, sin ruido

de instrumentos dentro del maletín, sin cloroformo. Sólo la vieja comadrona y su experiencia secular, milenaria. No se concibe nada con más experiencia que una comadrona: la auscultadora de todos los sexos, la que ha tenido entre sus manos tantas y tantas masas informes de vida, nudo de futuro.

El solar adusto y frío del heredero de Laín Calvo ha cambiado de aspecto. Las piedras están llenas de esperanzas, de duras esperanzas. Hay un calor especial, un calor de ternura y cuerpos anhelantes, esa inquietud sonriente que se esparce en las casas donde va a nacer un niño.

Movimiento sin ruido de la casa del parto.

Silencios de la espera. Silencio solemne, porque siempre se aguarda algo grande, algo nuevo, algo nunca visto, el fenómeno insospechado, acaso el monstruo, el niño que va a salir del vientre de la madre maldiciendo la vida con una palabra grosera.

Un olor a hierbas cocidas inunda la casa, un olor a secretos de comadrona macerados en aceite de oliva.

Los muros blancos pintados de cal se llenan de oídos y en la gran sala de la entrada, donde aguardan los allegados y parientes, las cabezas de lobos, de jabalíes y de osos clavadas en las vigas parecen esperar que alguno haga ruidos molestos para saltarle encima a dentelladas.

Las voces andan con pies de seda. Sólo la parturienta tiene derecho a gritar y a quejarse. Pero Teresa Álvarez no se queja y no grita.

—¿Qué hay? —preguntan algunos a la sirvienta que sale con un jarro por agua.

—Nada aún. Paciencia. Parece que el crío es muy grandote.

La madre en su cama, entre los linos blancos, es el centro del universo en el centro mismo de España. Diego Laínez se pasea con pasos de soldado paternal, con ojos de héroe infantil, rebosante de culpa y de paternidad.

Sentada como bestia acechando, la comadrona aguarda junto al lecho. Sus manos se pierden bajo las ropas y palpa, palpa, palpa.

—Pronto... Un poco de paciencia aún, ya viene.

Teresa Álvarez no se queja, se retuerce apenas, empieza a morderse los labios, apretando los ojos. De repente exclama:

—¿Qué haces, muchacho, que no vienes? Ea..., ya. Date prisa, grandón.

Afuera el crepúsculo tiñe el cielo de sangre materna. Rojo, violeta, rojo. La tarde muere como un obispo. Algunas nubes demasiado cargadas pueden apenas alejarse.

Los pájaros pasan sin ruido, sin ruido descienden los ganados. Castilla se unta de silencio, adivinando.

—Ya, niño, ¿qué esperas? —Y la mujer se retuerce valerosamente.

España entera siente los dolores de aquel parto. Toda la península se retuerce como un cuerpo, se constriñe como un vientre, puja en vaivén de ola para ayudar el alumbramiento de la criatura.

—Vamos. Ya. Ya.

Como si hubiera oído la voz imperiosa de la madre, el niño se revuelve en las entrañas, busca una posición

estratégica (¡ya estratega!) para presentarse a la vida, para afrontar el medio.

El sexo se agranda. España tiembla, un sordo rumor recorre bajo su piel: piel de España. Remueve sus profundidades. El sexo se dilata. España se incorpora. No vuela una mosca en toda la península. El sexo se hace enorme y asoma una cabeza. Ya. ¡Al fin!... Ya. Ya. Y salta sobre la Historia un niño fuerte, bien construido, precipitado y palpitante como un pez.

España respira, entreabre los ojos con lágrimas e inquietudes y pregunta:

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—Diego..., te amo. ¡Qué descanso!

Y el niño que ha caído sobre la Historia no llora: grita, berrea. La madre sonríe al oírle gritar y vuelve a entornar los ojos fatigada, fatigada como si hubiera dado a luz el Olimpo.

Diego Laínez contempla su vástago, trata de adivinar en él la braveza futura, los músculos, los buenos pies para las marchas, la fuerte mano para el caballo.

Quisiera reconcentrar en él toda su línea de antepasados. Recorre los nombres de su leyenda y se agranda, se agranda hasta topar el techo con las espaldas.

El niño berrea y se agita.

De gran familia, de raza brava, cayó sobre el mundo, desprendido de un árbol genealógico ilustre, como un fruto maduro, a punto. Como un fruto en el cual se hubieran concentrado todas las cualidades de los otros frutos y para formar el cual se hubieran estado seleccio-

2893703

nando generaciones y generaciones de buenos frutos.

El fruto supremo, el excelso fruto

—Le pondremos Rodrigo, como mi padre —dice Teresa Álvarez.

—No, Rodrigo no. No olvides que un Rodrigo perdió a España —responde Diego Laínez.

—Al contrario, por eso mismo le pondremos Rodrigo. ¿Quién te dice que Dios no quiere que otro Rodrigo la salve? A Dios le gustan las frases.

*

Rodrigo, Rodrigo. Nació Rodrigo, va diciendo el viento, y la noticia se comunica de árbol en árbol, de estrella en estrella.

Nació Rodrigo, dicen los terrones de los caminos iberos. Nació Rodrigo.

Las nubes se agolpan en el cielo a cuál lo ve antes, las nubes negras rellenas de corrientes eléctricas. Se acerca la tempestad, la tempestad necesaria a todos los grandes acontecimientos.

Caen del cielo hojas, hojas que son bendiciones de todos los árboles de España, que son misivas de alegría, cartas de felicitación.

Nació Rodrigo y todo se convierte en recién nacido, todo sigue el ritmo vital del cuerpo rosadote y gordinflón.

España tiene la edad de Rodrigo. España abre los ojos. España empieza a mamar en el seno de Teresa Álvarez. España grita y patalea para que le den agua de azahar para el flato.

Las miradas de todo un pueblo, todas las voluntades, las angustias, los anhelos, llegan canalizados hacia aquella cuna. Todo desemboca en ella como en un crisol y luego anhelos, angustias, voluntades, hierven y cantan en ella de tal modo, que la cuna crece, crece, se hace enorme. La cuna de Rodrigo limita al norte con los Pirineos, al sur con las columnas de Hércules, al oeste con el Mediterráneo, al este con las orillas lusitanas y el Atlántico.

Y él es Pirineo y es Hércules y es mar. Es hecho de montañas y de olas. Es fuerte y tempestuoso.

Tendido sobre la cuna, el niño berrea y se agita.

La comadrona se acerca a envolverlo en pañales. Indignación del niño. Rodrigo protesta, patalea, agita las manos. Como el condenado a muerte que rechaza la venda que van a ponerle en los ojos, Rodrigo, condenado a la vida, rechaza la venda con que quieren envolverle las piernas.

No. No. No, parece decir. Y en medio de su agitación, en un movimiento brusco, se cae de la cuna. Todos se precipitan espantados sobre el cuerpecito que yace en el suelo como aturdido, y entonces Rodrigo, cogido en los brazos de su padre, estalla a llorar inconsolablemente.

En el mismo instante una tempestad inmensa remueve el firmamento, hace retemblar el aire, rompe todos los vidrios del cielo, y un relámpago cegador cruza el espacio escribiendo en las alturas con grandes caracteres de afiche:

CAM

P

E

A

DOR.

ADOLESCENCIA

El niño ha crecido. ¡Cómo ha crecido! De un modo tal, que se diría que toda la naturaleza se ha reconcentrado en él, despreocupándose de lo demás. Los fluidos de las plantas, de las hierbas, de los animales y de los pájaros, todas las savias vitales se las ha absorbido como si fuera el favorito de la creación. Se llegaría a pensar que le han puesto salitre bajo las plantas, el maravilloso nitrato de Chile en las raíces.

Rodrigo tiene quince años y ya es un formidable atleta. Corpulento, pero con una corpulencia sin grasas, rica de músculos, de huesos rellenos de cal, de nervios sueltos y sólidos como nervios de una máquina.

Rodrigo tiene cuarenta caballos de fuerza, 40 H. P., y se llama Rodrigo Díaz de Vivar.

¡Cómo te admiro, muchacho alegre y saltador, rudo y montaraz, ingenuo y virginal! Eres un anticipo muy superior a todos los *sportsmen* de hoy. Eres el inventor insuperado del muchacho yanqui, del futbolista y del *cowboy*.

Con sus anchos pulmones, cada vez que respira se traga la mitad del oxígeno del mundo. El resto, que lo

repartan los otros por partes iguales.

Todo el día, desde el amanecer, Rodrigo se pasa en el campo, trotando caminos, escalando picachos, atravesando ríos a nado, domando potros y tomando leche al mismo pie de las vacas pletóricas, comiendo frutos entre las ramas de los árboles, a caballo sobre el horizonte, dominando las lejanías con sus ojos y la sonrisa abierta, lustrosa de peras y de higos.

Una violenta necesidad de movimiento agita todo su cuerpo. La quietud es la muerte, y Rodrigo es la vida, la archivada.

Esa fiebre imperiosa de emplearse, de gastar energías sobrantes, es su característica. La riqueza de sus resortes flexibles exige la embriaguez de la acción continua.

Cuando no corre por los campos, es porque está jugando con sus hermanos y amigos en los corralones de la casa solariega. Juega a batirse, se ensaya a la guerra, se entrena en las sutilezas de la esgrima, en la ferocidad del mandoble, en el arte de la lanza.

—¡A ver, muchachos; vosotros sois los moros; nosotros los cristianos! ¡Al asalto! ¡Sin cuartel!

Sus hermanos, Hernán y Bermudo, son mayores que él, aunque la Historia dijera lo contrario. Son mayores porque así lo exige la novela. Siempre ha de ser el tercero... El tercero, ¿no es verdad?

¡No faltaba más sino que la Historia fuera a tener razón sobre la novela!

El tercero es el héroe, porque así lo requiere la esperanza, esa cosa que se pone al principio de los aconteci-

mientos. Así lo requiere la lentitud de la emoción que va preparando el golpe de gracia. El tercero, sí, señor.

¡Sería bonito que el primero resultara resolviéndolo todo! Y entonces los otros dos no tendrían tiempo de fracasar. ¡Qué absurdo!

Así, pues, Rodrigo era el tercero, el tercer hijo de Diego Laínez. Lo cual no impide que por su fogosidad, su espíritu de iniciativa y su ímpetu constante, era el primero, no sólo entre sus hermanos, sino entre todos sus compañeros.

Más que con sus hermanos, se avenía con su primo Alvar Fáñez y su amigo Martín Antolínez, porque éstos eran audaces, fuertes, intrépidos y llenos de malicia y de astucia.

También le gustaban sus otros primos, los cuatro hijos de Arias Gonzalo, pero como eran menores y aunque su tío Arias les animaba en el juego, gritándoles: “¡Hay que hacerse hombres, niños!”, él los ponía siempre en el partido contrario, con sus dos hermanos y otros tantos muchachotes mayores que servían para equilibrar las fuerzas.

—¡Qué quieres, tío! —decía Rodrigo a Arias Gonzalo—. A mí me gusta ejercitarme y no tengo tiempo para hacer de instructor. Tus hijos son aún muy niños, pero yo adivino en ellos una gran bravura y un hermoso futuro.

El tío sonreía encantado, y lo mismo que los otros muchachos sentía la influencia de Rodrigo, el cariño lleno de admiración con que todos se apegaban a él. Porque Rodrigo era tan francote, tan leal, tan caballero. Era un *gentleman* salvaje.

En un lado del corralón, Martín Antolínez, Alvar Fáñez y Hernán Díaz se desafían a saltar.

Martín Antolínez ha saltado nueve metros y medio de largo; Hernán Díaz, un poco menos de siete; Alvar Fáñez, ¡qué gran salto!, once metros casi. ¿Qué me dicen los campeones de hoy? Y esto sin trampolines, ni trampas, ni cuentos de hadas.

Alvar Fáñez llama a los otros:

—A ver tú, Per Vermúdez, y tú, Rodrigo Díaz: apuesto dos duros a que no me ganáis.

Salta Per Vermúdez, y ocho metros sólo alcanza. El turno llega a Rodrigo.

—Van las diez pesetas —dice, y se prepara al salto. Piensa en el Cantar, piensa en el Romancero, piensa en la Gesta, en Guillén de Castro, en Corneille y en mí; reúne todas sus fuerzas, toma vuelo y lanza el salto. Los pasa lejos a todos. Miden el salto: ¡quince metros!

—Me cago en diez —exclama Martín Antolínez—, ¡quince metros! Esto es volar.

—No llegan a quince —grita Alvar Fáñez—; son catorce y medio, pero ya basta para ganarnos a todos. Toma los dos duros.

—¿Cómo que no son quince metros? Mira la huella de mi pie; tomé el impulso medio metro antes de la raya, y todos ustedes han saltado pisando la raya.

—Tienes razón, Rodrigo —dice Alvar Fáñez—; son quince metros justos.

—¡Viva Rodrigo! —grita Martín Antolínez, y todos responden:

—¡VIVA, HIP, HIP, HIP, HURRA!

Las muchachas, amigas o parientes de los jugadores, que venían a menudo a casa de Diego Laínez, se acercan a los gritos de entusiasmo y aplauden al vencedor.

Aquel día Rodrigo batió el *record* de todos los Juegos Olímpicos del mundo, y su *record* no ha sido alcanzado aún.

Tres hurras por Rodrigo.

—Toma los dos duros —insiste Alvar Fáñez—. Eres invencible.

—No quiero tus dos duros; se los darás en mi nombre al primer vagabundo que encuentres en tu camino. Las muchachas habían rodeado a los campeones; venían a ellos con esa atracción que sienten las mujeres hacia el hombre lleno de fulgores de gloria, hacia el hombre fuerte, brioso, potente. Una atracción de vientre en busca de maternidad selectiva, atracción inconsciente, involuntaria. Impulso sagrado, dormido en el fondo de la especie; anhelo secreto de perfeccionamiento latiendo en las más recónditas vísceras.

Entre todas aquellas muchachas se destacaba, por su porte y su belleza, Jimena Rodríguez, hija del conde de Oviedo, Diego Rodríguez, y sobrina del rey Fernando I. Al morir su padre la dejó encargada a su padrino, el conde Lozano, primer hombre de la corte y a la sazón el brazo guerrero del rey, el militar del día.

Jimena se sentía atraída por aquella casona de Vivar y sus pies puestos en los caminos se dirigían automáti-

camente hacia ella. Cuando su padrino pasaba los días sin llegar a casa, ocupado en la corte, Jimena gustaba ir a charlar horas de horas a la sombra de las miradas de Teresa Álvarez. Allí encontraba siempre una voz tan maternizada, que la huérfana sentía una agradable tristeza y con los ojos entornados se iba en largos ensueños hasta perderse de vista, hasta ser un punto en el horizonte de su soledad. ¡Cómo le gustaba salirse de sí misma, evadirse de la vida, allí sentada en un sillón de la vida, oyendo a Teresa contar las proezas de su hijo, y cada vez que oía a lo lejos la voz de Rodrigo, se despertaba con un extraño sobresalto y volvía del horizonte, volvía a entrar en sí misma más rápidamente que el volantín que los niños recogen del cielo, cuando tres niños se hacen cien manos!

La sola palabra: Rodrigo, era la llave de la ida y de la vuelta de todos sus sueños. Era el motor de sus viajes interplanetarios y de los latidos de su pecho. Su corazón daba aletazos como queriendo romper la jaula de las costillas y volarse para siempre.

¿Era esto el amor? Ella no lo sabía, pero era una turbación profunda, un miedo de felicidad, una inquietud de futuro. Ese terror de defensa que siente el organismo humano ante todo lo que es capaz de modificarlo gravemente, de sacarlo de su paso, de romperle su ritmo.

Rodrigo, por su parte, no podía ver a Jimena sin sentir una conmoción orgánica, una especie de temblor en las piernas y unos deseos locos de huir, de huir. Huir por los caminos y por las montañas y esconderse detrás

de la noche, detrás de todas las noches que están esperando su turno allá lejos, lejos, en la usina de las noches.

El muchacho sentía que el corazón le daba coletazos de pez herido, que ya iba a romper la pecera y saltar a la muerte para siempre.

¿Era esto el amor? Él no lo sabía, pero era un choque profundo, un miedo de felicidad, una inquietud de futuro. Ese terror de defensa que siente el organismo humano ante todo lo que es capaz de modificarlo gravemente, de sacarlo de su paso, de romperle su ritmo.

El amor es como la muerte no sólo en el sigilo con que se presenta, ni en la rapidez con que se acerca, sino también en el sobresalto y en el gesto agónico con que se realiza. De suspiro en suspiro, hasta el supremo suspiro.

Dos víctimas más del juego mortal, dos víctimas más que pasarían desapercibidas entre la turbamulta que entra todos los días a ese cielo infermoso del amor, si no fuera que él se llama Rodrigo Díaz de Vivar y ella Jimena Rodríguez.

Algo en él la atraía, algo en ella lo inmovilizaba.

Así, pues, cuando sintió los gritos de los muchachos y oyó que Teresa Álvarez le decía: "Corre, están victoreando a Rodrigo", ella no quiso moverse. Pero al ver que la hermana de Martín Antolínez y las dos hermanas de Alvar Fáñez corrían a los corralones, con la novia de Per Vermúdez y otras más, no pudo resistir, y quedándose un poco atrás del grupo de muchachas, se acercó también al ruedo del triunfo.

—Merece un premio —gritaban las muchachas aplaudiendo.

Jimena permanecía en silencio. Era la única que no gritaba, pero sus enormes pestañas, moviéndose tan rápidamente como su corazón, parecían aplaudir más que nadie. Eran las palmas de la victoria sobre el que dormía al fondo de sus ojos.

—Merece un premio.

—Merece un premio.

—Merece un premio —seguía con sonsonete de colegialas el coro femenino.

De pronto una, la más audaz o la más ingenua, gritó:

—Cogerse todas de las manos. Le haremos una ronda y como premio tiene que besar a una de nosotras.

Jimena se estremeció. Envuelta entre todas no tuvo tiempo ni de hablar ni de pensar. Ya la ronda giraba en torno de Rodrigo.

Rodrigo se puso rojo y los oídos le zumbaban. Luego se puso blanco y creyó sentir el vacío a sus pies. Luego otra vez rojo y otra vez blanco. Rojo, blanco, rojo, blanco. Su cara parecía una rifa.

Seguía girando la ronda de esa ruleta viva y la tarde empezó a girar con ellos y empezó a girar España entera de tal modo, que Rodrigo cerró los ojos para no caerse.

Entonces otra voz de mujer gritó:

—Haremos una ronda ascendente. Iremos bailando y subiendo aquella colina. La primera que llegue arriba sin caerse recibirá un beso de Rodrigo. Es preciso que el vencedor tenga como premio una vencedora.

Y la ronda salió por los campos girando y cantando:

*Naranjal, naranjal,
naranjitas de oro,
toronjil, toronjil.
¿quién se gana el tesoro?
El que venza a diez mil.*

Rodrigo había recobrado sus fuerzas y empezaba a sonreírse. Sólo Jimena estaba pálida y parecía seguir el juego como una autómata.

Ascendían la colina. Una de las muchachas, fatigada, se desprendió de la ronda y cayó al suelo. Grandes gritos y risas. La ronda se rehízo y siguieron ascendiendo.

Rodrigo, inquieto, miraba a Jimena pálida y parecía quererla insuflar por los ojos todo el vigor de su organismo. Ella seguía sin saber cómo, sin saber por qué. Era el autómata del Destino.

Otra cayó. La misma fiesta y siga la ronda.

La colina se estiraba, se agrandaba, se elevaba más y más, entretenida en el juego y deseando verlo continuarse indefinidamente.

En aquel instante, la que había propuesto el juego, tal vez creyéndose triunfadora, se desprendió y, soltando las manos de sus compañeras, cayó como una rosa de la guirnalda del crepúsculo.

Luego cayeron otras dos.

Quedaban sólo tres y las últimas distancias para llegar a la cima.

Rodrigo seguía animando a Jimena con los ojos y se oía que sus miradas le decían: "Eres tú, tú sola, la que yo quiero".

¿Por qué había perdido el miedo? ¿En qué lazos, en qué trampas del amor había caído? Acaso el aspecto de juego de la cosa le hacía olvidar el significado y las consecuencias que podía tener el inocente juego, ese juego de niños sanos y primitivos.

Jimena ya no podía más. No era ella para estos ejercicios y sólo obedecía a un impulso ciego, a un furor desconocido, a las necesidades de una novela. Sólo de allí sacaba ella las fuerzas para poder seguir.

Cayó por fin otra más y sólo quedaron dos: Jimena y la otra. Iban tan altas, giraban tan rápidamente, que a la otra no se le veía el nombre.

Faltaban sólo diez metros para llegar arriba. A no ser que terminada la colina y en la embriaguez del juego siguiera la ronda en el espacio.

Jimena y la otra. El Destino y la nada.

De pronto, Jimena hace un gesto como para soltarse. Rodrigo la mira aterrado. No, no. Él no quiere besar ni ser besado por nadie sino por Jimena. Ella siente el pensamiento de Rodrigo y vuelve a tomar aliento.

La otra, que ya creyó suya la victoria, adivina el renuevo de energía en su rival y se siente desfallecer a su vez, pero lucha, lucha contra sus nervios, contra sus piernas, contra el Destino y sigue, sigue.

Ambas están rojas, sofocadas. El cielo se llena de un combate de alientos. Ya no pueden más. Hay algo de conmovedor y de solemne en este final de lucha.

Jimena vuelve a soltarse y en el mismo instante ambas se caen al suelo a cada lado de Rodrigo; pero éste, antes que el cuerpo de Jimena toque el suelo, la coge en

sus brazos y de dos saltos se pone sobre la colina.

La otra, en tierra, casi sin sentido, no ha alcanzado a ver si Jimena cayó o si no se soltó. No sabe lo que ha pasado. Vértigo. Vértigo. Presa de un horrible vértigo, siente que va bajando a toda velocidad la escalera de caracol que lleva al fondo del mundo. Apenas si como en sueños oye la voz de Rodrigo, que grita:

—¡Jimena, Jimena ganó! ¡Es decir, yo he ganado otra vez! ¡No eres tú la que va a besarme, no, Jimena, soy yo!

Y allá arriba, miradlos, allá arriba, en la cumbre de la poesía española, Rodrigo besa a Jimena en la frente.

Jimena da un suspiro y pierde el sentido en el infinito.

Primer beso de Rodrigo a Jimena. Iban a pasar muchos acontecimientos y muchos meses sin que este beso se repitiera.

¡Ah, cómo repercute ese beso a través de los siglos, cómo ablanda la historia del soldado, cómo humaniza la leyenda del héroe!

Los ojos de la tierra están tendidos hacia esa cumbre. Aquel beso es un círculo luminoso en la punta de todas las miradas.

Abajo, en la plataforma de la vida, iban a aplaudir cuando alguien hizo silencio.

Al día siguiente, ¿cuántos siglos habían pasado? Rodrigo era otro hombre. Estaba inquieto, lánguido. Todos sus gestos tenían una como melancólica seriedad, una fatiga meditabunda.

Sus energías estaban diluidas en una dulcedumbre llena de vaguedad.

Andaba como un sonámbulo. Huía de las gentes y parecía no querer hablar, ni sonreír siquiera, para que sus labios no perdieran el sabor de aquella frente amada, la forma de aquel beso inolvidable.

Silencioso, melancólico, meditativo. Los efectos del beso en aquella alma dura y casta.

El campeón estaba *knock out*.

*

Pasaron muchos días antes que Rodrigo volviera a la normalidad y que su cuerpo, hecho para el movimiento, para el ejercicio violento, para correr y saltar, perdiera el aire de sonámbulo.

Sus compañeros estaban extrañados y no se atrevían a perturbarlo. Rodrigo les inspiraba un respeto majestuoso, y aun en la camaradería sentían ellos cierta distancia, una separación de muchos metros de altura, y como le querían, aguardaban pacientemente que él volviera a ellos como antes.

Esto sucedió con ocasión de la venida a la casona del príncipe don Sancho, hijo mayor del rey, del emperador, como se llamaba Fernando I, y, por lo tanto, el heredero de la corona.

El príncipe tenía un especial cariño por Rodrigo y se sentía atraído por su fama deportiva.

Se prepararon fiestas en recibimiento de don Sancho y los muchachos no sabían ya qué inventar. Era

preciso, después de los juegos y los torneos, algo sensacional.

Entonces a Rodrigo se le ocurrió una idea genial. Reunió a todos los compañeros y les dijo. Vais a oír lo que les dijo:

—Muchachos, sacaremos al corralón el toro bravo que bajaron ayer de las sierras y jugaremos con él.

—¡Bien! Buena idea —gritó Alvar Fáñez.

—¿Estáis locos? —exclamó un prudente—; ¿cómo vais a jugar con un toro bravo? Os dará de cornadas y despanzurrará a medio mundo.

—¿Quién dijo miedo? —respondió don Sancho.

—Desde luego, don Sancho queda excluido del juego —prorrumpió Rodrigo, autoritario.

—¡No faltaba más! ¿Por qué razón yo quedo excluido?

—Porque no puede negarse que el juego es peligroso —agregó Rodrigo— y nuestro futuro rey no puede exponer su vida tontamente. Si el príncipe insiste, no sacaremos el toro.

—Ea, sacad el toro; os prometo no tomar parte en el juego.

—No basta; habéis de subiros arriba de aquella carreta y resignaros a sólo contemplar el juego desde allí, quietecito, en familia.

—Así lo haré...

Martín Antolínez se acerca a Rodrigo y le pregunta:

—¿Y cómo vamos a jugar con el toro? No creo que un toro admita juegos.

—Todo admite juegos —respondió Rodrigo—. ¿Qué es un torneo? Es un juego. ¿Qué es una batalla? Es un

juego en el cual se trata de ser vencedor y no vencido. Se trata de matar al enemigo y de no ser muerto por él. Tú juegas con un toro, tratando de que el toro no te mate, primera parte del juego, y luego de matarlo a él, segunda parte y parte final.

—¡No puede ser más lógico, Rodrigo! Pero yo aún no sé cómo vamos a jugar.

—Ya veremos; inventaremos según como las cosas se presenten. Por lo pronto, es necesario que el enemigo ataque, porque si no ataca no hay juego. Cuando ataque hay que buscar modo de engañarle. Lo primero montemos a caballo, soltemos el toro y veamos cómo se defienden los caballos.

En tres minutos toda la horda de muchachos locos estaba a caballo y con la lanza en ristre esperaba al enemigo.

—Soltad el toro.

Alvar Fáñez y Per Vermúdez corrieron a la puerta del corralón, la puerta que daba hacia el lado de uno de los establos, un establo oscuro y blando de pajas en donde habían encerrado al toro salvaje.

Abrieron la puerta y el toro salió de la noche al día. Un enorme toro negro y un relente sustancioso de leche-ría saltaron al corralón.

El toro épico. El primer toro del primer verso en el poema heroico y brutal de las corridas. Después de dar tres saltos para deshacerse de la obscuridad del establo, se paró en seco mirando hacia todos lados como cegado por la luz del día.

¡Oh espectáculo incomparable! Ahí está el toro fundador de todas las razas de toros bravos, el primer esla-



bón de los toros de la muerte. Lanzo mi mirada hacia el pasado y veo una larga cadena de toros muertos, tendidos sobre España, y allá lejos, donde se pierde la vista, el toro de Rodrigo, el gran toro negro.

El toro épico, el primer toro de las futuras tragedias, padre de todas las cornadas mortales que van cosiendo cadáveres a través de la vieja fiesta española.

La gran fiesta de un pueblo macho, duro, recio. Un pueblo de azar, de juego, de juego con la muerte, con el Destino. Pueblo de altas y bajas, de grandes fortunas y grandes desgracias. Así como una historia jugada sobre un tapete verde. Le sale un as o le sale un cero. Le sale América o Trafalgar, le sale Góngora o Núñez de Arce, Cervantes o Echegaray, Picasso o Beltrán Massés.

Pueblo de dados, de lotería y de frailes.

Ahí está: el toro épico. El primer toro de los aplausos y de las lágrimas, parado al comienzo de la historia tauromáquica española, arañando con la pezuña inquieta la primera página del sangriento romance soleado y semanal.

La vida es el juego de la vida y de la muerte. Un juego silencioso, oscuro, escondido en el fondo del organismo. Pero este pueblo español, realista y palpador, quiere ver y tocar el juego todos los domingos, ahí bajo sus narices, sentados al sol o a la sombra, en torno a la plataforma de arena en que la vida vestida de oropeles y colgajos, falsificada detrás de una capa que distrae de su debilidad, piruetas ante la muerte, la muerte metida adentro de un gran bloque de carne y cuernos, de cuero y cólera. ¡Ah las cuatro c, las cuatro r!

Y el pueblo delira, y el pueblo se embriaga de espasmos.

Dejemos tendidas sobre la península las dos cadenas paralelas, de toros y toreros, y volvamos a nuestro espectáculo.

¡Espectáculo incomparable! De un lado el toro, el inmenso catafalco relleno de muertes, husmeando el aire y buscando la víctima; del otro lado Rodrigo, caballero en su potro alazán, con la lanza lista citando a la fiera.

En un tendido de sombra están el príncipe don Sancho, Arias Gonzalo, Diego Laínez sonriendo, convertido en una piedra de atención y de orgullo; Teresa Álvarez temblando, convertida en un mármol de inquietud y de angustia; Jimena inmóvil, más allá de la vida.

Los demás caballeros, detrás de Rodrigo, atentos a sus gestos, esperando sus órdenes.

De pronto el toro clava los ojos en Rodrigo y pone la vida de nuestro héroe entre el paréntesis de sus astas. Retrocede unos pasos, agita el cuello, para desenredar los cuernos del cielo, se recoge entero como un acordeón que va a lanzar los sonidos de la muerte y pega la carreta detrás de sus cuernos en busca del mundo para partirlo en dos.

Rodrigo aprieta la lanza, levanta la rienda, clava las espuelas en el vientre del caballo, que se para en dos patas, rascando el firmamento, y justo en el instante en que llega el toro, suelta la rienda y salta fuera de la línea del impulso ciego, clavando la lanza en mitad de las espaldas de la bestia.

La lanza salta en astillas por encima de la admiración general.

—Otra lanza, pronto, pronto —grita Rodrigo, poniéndose a la carrera fuera del alcance del toro.

El caballo, ágil, obedece al amo con una soltura incomparable.

Rápido el toro se revuelve sobre la tornamesa de sus patas posteriores y sangrando, echando espumaraños de furia, busca otra vez al ofensor. En vano los otros caballeros le llaman y tratan de atraerlo hacia ellos. El toro busca a Rodrigo; quiere vengar la herida en el heridor.

En el tendido de sombra los hombres aplauden, Teresa Álvarez lanza un suspiro de desahogo, en los ojos de Jimena aparece una lágrima, tiembla un instante, cae sobre mi novela y no puedo impedir que ruede a través de toda esta página.

Rodrigo tiene ya otra lanza y caracoleando sobre su potro busca nuevamente el encuentro, provoca el ataque pasando y repasando al galope frente al toro.

Vuelve el toro a la carga, a la carga franca y violenta. Rodrigo le evita y con una habilidad sin igual salva su caballo de todas las embestidas.

El toro adquiere maña, se pone astucioso. Medita. Hace que se aleja, mira de reojo. El terrible toro negro huele la tierra, se acerca sigiloso a paso de noche y se desboca en una carrera de huracán. Rodrigo clava las espuelas al caballo, salta a un lado... Casi le pesca una pata. El cuerno pasa rozando el anca de su potro, pero la lanza bien segura vuelve a romper las carnes de la

bestia afiebrada, enfurecida, y vuelve a saltar en pedazos por el aire.

¡Pobre caballo! ¡De buena se ha escapado!

—Ahora dadme mi espada —grita Rodrigo— y traedme una manta.

Le presentan la espada y una capa. Apéase del caballo con espanto de todos los circunstantes y con paso resuelto se dirige al toro.

Lo llama, lo atrae, pateo en el suelo, avanzando el pie izquierdo, con ese movimiento que hoy se ha hecho clásico en el toreo.

A ver qué pasa.

Todos los corazones han dejado de latir. No vuela un meteoro en el universo.

El toro lo examina. No puede creer a sus ojos. ¡Cómo! ¿Su enemigo a pie? Ahora verá. ¡Qué regocijo! Se le cae la baba de gusto, abre enormes las mandíbulas, riendo a carcajadas. La venganza es el plato de los dioses, la alfalfa de los toros.

La bestia, la fiera, se recoge sobre sí misma, clava los ojos en Rodrigo, fijos, terriblemente fijos. Una hilera de puntitos sale de sus ojos hasta el corazón de Rodrigo y como un bólido se lanza a la carrera en medio de sus astas.

Rodrigo le hace un quiebro magistral. Vuelve el toro vertiginoso en busca del bulto. Verónicas, chicuelinas. El héroe le acaricia el testuz y se escurre saltando a la derecha, saltando a la izquierda, dando botes formidables con sus nervios de caucho.

Miradlo. Ya lo tiene cansado, resignado a no pegar un golpe en cuerpo humano. Cuando entra a matar, el

toro arranca porque es bravo y no puede dejar de embestir, pero ya sin esperanzas, de tal modo que cuando la espada de Rodrigo le entra como en manteca hasta el corazón, guiada por el brazo formidable, el toro cae de rodillas a los pies del matador, como dando las gracias, muere contento de liberarse de esa pesadilla de saltos, de golpes y de quites ejecutados por un ser inaccesible, fantástico, obsesionante.

¿No lo veis? Allí está el toro muerto. Nadie ha podido enterrarlo todavía. Allí estará hasta el fin de los siglos.

Nadie aplaudió, porque no sabían entonces lo que esto significaba. Sólo un ¡oh! de admiración se descolgó del aire, salió de todas las bocas un ¡oh! en forma de o, de anillo de boca, que se fue agrandando, agrandando en círculos concéntricos, hasta tomar el tamaño de una aureola sobre la cabeza de Rodrigo, y luego tomar el tamaño de la mesa redonda de los Caballeros de la Mesa Redonda, y luego tomar el tamaño del círculo que forman en el espacio las plazas de toros y luego tomar el tamaño de la línea ecuatorial, y después el de la elíptica de la Tierra en torno del Sol, y ahora ya no se sabe en qué tamaño va en los espacios siderales.

Señores aficionados: ríanse ustedes de Pepe-Hillo, de Lagartijo, del Guerra, del Gallo, el Gallito y Belmonte.

No hay más gallistas ni belmontistas. Sólo hay rodriguistas.

He aquí como Rodrigo Díaz de Vivar inventó las corridas de toros. Porque en este hombre estaban todas las cosas de su raza. Todo lo bueno y todo lo malo. El pasa-

do, el presente, el futuro de España están en él en síntesis, en germen, en estado endémico.

Acercarse a él es hacerse verdaderamente español, es tocar la raíz de la raza española, dura, ruda, primitiva, cuadrada. Alejarse de él es hacerse extranjero, refinado, pulido, sutil.

EL OSO, EL JEQUE Y EL JABALÍ

Rodrigo acaba de cumplir los diecisiete años. Su fama se ha extendido ya por toda Castilla y aun en tierra de moros se susurra que anda entre cristianos un muchachote extraordinario.

Amado del rey y de la familia real por sus hechos y las promesas de futuro que se adivinan en el perfecto equilibrio de vigor físico, de audacia y de espíritu justo y noble que le caracteriza, Rodrigo no se envanece de ver que todos tienen puestos los ojos en él. Alma sencilla y cotidiana, sigue su camino sin alardes ni altanerías de bravucón.

Parece no darse cuenta de que lleva la frente herida por el Destino, que él es la Esperanza.

Durante su niñez y su adolescencia toda la naturaleza ha estado pendiente de él. Pensando en Rodrigo, los trigos eran más ricos y más fuertes que nunca, el agua era más substancial, las carnes de un poder nutritivo como no ha vuelto a verse hasta hoy en ningún punto de la tierra, los frutos habían doblado sus azúcares. Vitaminas y calorías trabajan para Rodrigo, sueñan en Rodrigo.

El cuerpo de Rodrigo agradecido ha devuelto el ciento por ciento. No ha defraudado los esfuerzos ni las esperanzas de su tierra.

De pie en el riñón de Castilla, registra los murmullos de toda su raza, los rumores de toda España.

Cumple todas sus funciones con una naturalidad de organismo perfecto. Come como el hombre que tiene que nutrir un país, con un apetito nacional; digiere con la regularidad de un motor que se desprende de los despojos inútiles después de haberles extraído toda la vida necesaria, anda sobre los caminos castellanos como su propio cuerpo, corre para cansarse y habituarse a la fatiga, duerme para descansar.

¡Oh admirable ejercicio del cuerpo y del espíritu de un hombre! ¡Oh admirable lección del atleta del brazo y del honor!

Terminada la comida, el padre da las gracias a Dios por haberle procurado alimento para su mujer y sus hijos. Ingenuo agradecimiento por el agua y el pan, que son vida y son luz y son sangre y son hueso.

La voz del viejo dice: "Padre Nuestro, santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad en la tierra".

Mientras va cayendo la tarde y Rodrigo sueña en tragarse a todos los moros del mundo, Jimena, sentada en una piedra a los pies de su castillo, está comiendo moras con los labios pintados de negro sonriendo al crepúsculo.

El sol ha muerto con la serenidad del que sabe que va a resucitar al día siguiente. La noche empieza lentamente a descender sus escalas de seda y Rodrigo a soñar.

Esta hora de la digestión es propicia a las ensoñaciones y a las andanzas del espíritu. El cuerpo fatigado cede el ejercicio de la marcha a la imaginación y a los recuerdos.

Habla Diego Laínez y dice:

—Ayer hemos discutido asuntos del reino con el rey y el conde Lozano.

Rodrigo al oír este nombre levanta la cabeza y cambia de color.

—Este conde Lozano —continúa Diego Laínez— tiene más orgullo que un rey y gusta de atropellarme en todo momento. Quiere hacerme sentir que soy viejo y que él es el primero en palacio.

—Padre —dice Rodrigo—, si tus años te impiden ser hoy el primer brazo guerrero de Castilla, no debe olvidar el conde que lo que él es ahora, tú lo fuiste ayer.

—Hijo mío, cuando el brazo de un hombre no sirve, pronto olvida la cabeza de los otros lo que ese brazo sirviera. Esta es la ley de la vida.

—Padre, pero los servicios se pagan aunque sólo sea por egoísmo, para atraer otros servicios, y si tú has servido a tu rey, el rey debe, para que otros le sirvan bien, mostrar que no se olvida de ti y que no deja a nadie pasar por encima de tus años.

—Hijo, no se sirve pensando en cobrar los servicios. Se sirve pensando sólo en nuestra propia alma; el alma paga. A veces después que hemos dejado el mundo los hombres se arrepienten de las injusticias cometidas y pagan con monumentos conmemorativos. Esta es ley de la muerte.

—Padre, puedes creerme que yo tampoco al servir pensaría en retribuciones; pero perdóname que piense en las tuyas, si en las mías no pensara.

Vuelve a reinar el silencio y las cabezas pensativas se sumergen en un agua verde y tibia.

Rodrigo mira a su padre. Realmente, está viejo. Su brazo no sirve para las batallas, acaso sus ojos no perciban las largas distancias, pero el recuerdo de sus hechos gloriosos le hace más apto que nadie para el consejo. Las piernas flaquean, ¡anduvieron tantos años!

Rodrigo recuerda aquella noche en la montaña cuando fueron de caza con su padre y sus hermanos. Su primera cacería hace ya dos años. Las imágenes se atropellan en su cerebro. Sus ojos se pierden lejos, tan lejos que no los siente. Sueña. Recuerda. Vais a ver lo que recuerda:

Arriba, entre dos picachos, persiguiendo los osos, les sorprende el oso inmenso y velludo de la noche. Una noche tempestuosa, una noche de ópera. Truenos y relámpagos, relámpagos y truenos. “Aquí, padre, una caverna; refugiémonos aquí”, La noche de la caverna es aún más oscura que la noche del cielo. “Sabéis, los osos han hecho gran mal este año”. Aún hay nieve en las montañas y se siente el ruido de las bolsas de nieve que ruedan hacia alguna parte. Del techo de la caverna penden las estalactitas como los exvotos del invierno. Hermosas bujías de hielo que han rezado durante tres meses y quedan allí convertidas en clavos del recuerdo, semejantes a esos clavos verdosos que un día sostuvieron paisajes o imágenes de abuelo en las casas abandonadas. Hace frío, y los hermanos, Hernán y Bermudo, se soplan las

manos. El padre tiritita transido y se acerca al tizón que los alumbra. El perro, el viejo perro Nerón, que nunca abandona al amo, husmea y gruñe. De pronto se oye un ruido. Pasos pesados. El perro gruñe sordo. Diego Laínez, que está sentado en una piedra a la entrada de la caverna, escruta hacia afuera con las cejas fruncidas. Rodrigo tiende la oreja. Silencio. Nada, no es nada. Tal vez el viento. Han dejado las armas sobre las piedras. ¡Qué hermoso para el muchacho pasar la noche en la más alta sierra! En el silencio de la altura, oír a España, oler a España. Hablar con su padre de los problemas de España, de las necesidades de España, allí, arriba de España. Bebe un vaso de aguardiente anisado que perfuma toda la noche. Su garganta entona un himno silencioso a ese producto español. Apoya la cabeza en sus manos y sueña. Es preciso que España sea libre, que vuelva a la integridad, a su forma anterior a la invasión y que siga otra vez la ruta desviada por el árabe.

¿Por qué vuelve a gruñir el perro? Se oye otra vez afuera el ruido y se adivina en la noche una cosa que espía. ¿Qué esperan todos con esa cara de espera? Otro ruido, un poco más cerca. El perro gruñe, levanta la pata y se pone a orinar, ¿de miedo? Diego Laínez se recoge automáticamente hacia atrás. En el mismo instante, en la entrada de la caverna aparece un enorme oso negro, bamboleando la cabeza como un resorte. El perro queda con la pata en el aire semejando un ángel, el ala abierta cubriendo un sueño terrestre, mientras oye las melodías del cielo. Entre dos mundos. Nadie pestañea, nadie se mueve, porque todos saben que eso es lo que hay que

hacer en tales casos. El oso huele, huele y sigue moviendo la cabeza lo mismo que un niño idiota. Parece que ya se le va a caer la baba. ¡Cuidado! La cabeza se para como un reloj, fija los ojos y salta con su cuerpo pesado, con su enorme sobretodo de cochero, encima de Diego Laínez. El viejo va a coger su cuchillo, pero no tiene tiempo; rueda al suelo, debajo del oso. Entonces Rodrigo, rápido como el rayo, se lanza al medio. Da una patada al oso en el vientre y le hace rodar lejos de su padre, que tiene apenas tiempo de incorporarse cuando ya la bestia ha caído sobre los dos, y apretándolos entre sus patas les vuelve a echar al suelo. Los otros dos hermanos son un nudo de ojos saltados, desorbitados, al fondo de la cueva. Rodrigo boxea con la fiera en un cuerpo a cuerpo de golpes secos y feroces, tratando de librar a su padre, que le ayuda como puede. Se levantan y caen. Vuelven a caer y vuelven a levantarse. Se estrellan en los muros, ruedan entre las piedras, en una envoltura de brazos, de patas y de alientos. Es una lucha épica, allá arriba, encima de la noche, en esa caverna a más de tres mil pies sobre la vida. Ninguno alcanza a coger un cuchillo y la lucha se pone grave. De pronto, Rodrigo se cuelga de una hendidura de las peñas y balanceando su cuerpo en el vacío da un formidable puntapié al oso en pleno hocico. Rueda el oso a varios metros de distancia. Rodrigo aprovecha la ventaja de este golpe maestro y, sin dar tiempo a la bestia para rehacerse, coge un cuchillo y le parte el vientre de alto a bajo como un odre de vino. Diego Laínez, magullado, se sienta pudiendo apenas respirar. Las venas hinchadas,

los ojos cansados, la boca seca. Está viejo. Aún no puede hablar, ni siquiera decir: "Hijo, nos has salvado la vida a todos". Sin embargo, dio al oso con sus puños algunos golpes de mazo, pero se fatiga, ya no tiene largo aliento. Está viejo... Su padre está viejo. Pero qué fuerte debió haber sido aquel viejo, ¡qué hombronazo!

Con una habilidad de cirujano corta el muchacho la cabeza del oso y la tiende a su padre. Primer trofeo al que pronto seguirán otros innumerables.

Diego Láinez tose, tose, ronco, potente y Rodrigo baja de sus sueños, desciende la montaña de aquel recuerdo y clava los ojos en la cabeza del oso, su primer trofeo, presidiendo como un símbolo la sobremesa. Aquella cabeza es el fetiche de la casa, la buena suerte.

El padre adivina los pensamientos del hijo y le mira orgulloso.

—¿Te acuerdas, hijo, aquella noche? Pensar que si no es por ti, esa cabeza que está allí debió triturarme entre sus colmillos.

—Eres fuerte, padre, y te habrías librado tú solo; dabas unos golpes que hacían resonar la montaña.

—Todas las noches al mirar esa cabeza recuerdo tu primera hazaña y bendigo a Dios que me dio tal hijo y...

—¡Socorro! ¡Corred! ¡Los moros! ¡Vienen los moros!

—¿Quién da esos gritos? ¿Qué es esa algazara en el patio?

—¡Corred! ¡Armaos! ¡Vienen los moros!

Un cabrero con su cayado en la mano y la veste de cuero en el cuerpo, se precipita en el comedor dando voces y tropezando en sus palabras y en las sillas.

—Señor, por allá, por el lado del puente, vienen los moros. Yo alcancé a ver las primeras avanzadas. Venían sigilosamente, escondiéndose entre los árboles. Yo los vi desde lo alto del cerro. Vienen de sorpresa. Quise correr a anunciar a Burgos, pero me habrían cortado el camino por aquel lado.

—Bien hiciste, muchacho, en venir primero a Vivar —dice Diego Laínez.

—Dios ha guiado tus pasos —agrega Rodrigo, y sale al patio gritando—: ¡A las armas! ¡Tocad las campanas y llamad a las armas a todos los hombres de Vivar! ¡Todo el mundo a caballo!

Suenan las campanas y corren las gentes. Remolino de campanas en el aire, remolino de gentes en la tierra.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Los moros. Se acercan los moros y ya iban llegando al puente. Seguidme todos a la carrera.

Salta Rodrigo sobre su caballo. Va armado hasta los dientes. Detrás saltan Diego Laínez y sus otros dos hijos, Bermudo y Hernán, y luego se van juntando los varones de todo el caserío de Vivar y de los alrededores.

Corre la pequeña tropa como alma que lleva el diablo. Sienten los de Vivar un vigor y entusiasmo nunca vistos.

La tierra se llena de cascos, el aire se llena de polvo y la tarde de soldados.

Una voz grita:

—Decid a Ruy Díaz que no se aleje de nosotros.

Pero Rodrigo, que se ha alejado bastante desviándose del camino, se detiene en lo alto de una colina y escruta todo el llano hacia lo lejos. Allí espera a su padre y

a los vasallos de Vivar. Ha divisado a los moros y rápido ha trazado un plan.

Apenas ve venir a su padre por el camino, baja al galope de la colina y les sale al encuentro para explicarles la situación de los moros. Siguen corriendo hacia el puente. Rodrigo se adelanta con treinta jinetes y llega por un lado en el momento en que los moros entran al puente por el otro. En el medio del puente se chocan las tropas, como en un brindis sangriento.

Rodrigo se mete entre los moros rompiendo lanzas y pechos. El encuentro se hace feroz. El empuje de los vivareños es irresistible. Caen al río caballos y caballeros. Los moros, espantados por la súbita embestida, empiezan a retroceder.

Rodrigo llega junto al jeque moro y le desarma de dos golpes de espada. El jeque se lanza al río para ganar a nado la orilla, por donde viene el resto de sus tropas. Rodrigo bota sus armaduras y se lanza detrás y trata de alcanzarle nadando como un pez. El agua se llena de manos. Rodrigo llega al jeque y le pesca por el cuello. Ambos luchan en el agua a golpes de puños, de pies y de dientes. Ya se ve que Rodrigo tiene dominado a su enemigo. Da una estocada feroz en el pecho del jeque. El río se llena de sangre y el pecho se llena de río. El jeque muriendo exclama:

—Perdona a mis hombres. No había trigo en mis tierras.

Al oírlo Rodrigo, responde:

—Tenías hambre; pues bien, bebe primero.

Rodrigo nada hacia la otra orilla arrastrando el

cuerpo del jeque. Al salir del agua levanta el cadáver y grita a los moros desde la orilla:

—¡Mirad! Aquí está vuestro amo.

Al ver el cadáver del jeque, se produce la confusión entre los moros y emprenden la huida. Los castellanos les persiguen detrás y sólo se detienen cuando los moros se meten en la noche.

Diego Laínez y los suyos, que apenas alcanzaron a tomar parte en el final de la lucha, abrazan llorando a Rodrigo.

Un caballero se avanza y grita:

—Ruy Díaz, eres un bravo.

Otro grupo se acerca trayendo como pendón la cabeza del jeque.

—Presentádsela al rey —dice uno—, y este día habrá hecho más por el honor de Vivar que muchos años.

Diego Laínez agrega:

—Lleva a tu madre el alfanje de tu primer vencido.

Rodrigo, en silencio junto a su padre, que va a la cabeza de los suyos, vuelve a su casa paso a paso. El potro sudoroso va pisando laureles y con la boca espumante va mascando el aire como si mascara rosas.

El primero en llegar a felicitar a Rodrigo por su victoria fue don Sancho el heredero.

El príncipe, en el fondo de su alma tan ardoroso y audaz como Rodrigo, no pudo contenerse y corrió a abrazarle y llevarle los parabienes del rey.

Gran revuelo dio la noticia en todo el reino y empezaron los aplausos calurosos del entusiasmo y los ceños sombríos de la envidia.

Entre unos y otros ha de pasar Ruy Díaz sereno hacia su estrella.

Dos días después, para festejar este triunfo de Rodrigo, el rey Fernando ordenó una cacería una fiesta en el bosque.

Hay gran tumulto en el patio del palacio real de Burgos. Los caballos relinchan y escarban la tierra en busca de ese tesoro que es la obsesión de los caballos ambiciosos. Las traíllas de perros forcejean tirando de las cuerdas, ansiosos, anhelantes hasta casi cortar los collares. Los halcones escrutan el cielo desde sus perchas. ¡Hermosa cacería de pelo y pluma se prepara!

Apenas asoma el sol y ya los palafreneros, los monteros y ojeadores están listos esperando al rey, a los príncipes y los grandes señores.

La jauría de don Sancho es la que mete más bulla. Son todos perros escogidos por él mismo, que es gran aficionado a la caza. Saltan, ladran, lamen el aire, y las orejas inquietas buscan la voz del amo.

Van entrando los señores. Caballero en su caballo viene Rodrigo en medio de los círculos de cabriolas que traza su yegua alazana, su montura favorita. Con él vienen Diego Laínez y sus hermanos, Hernán y Bermudo.

Aparece el conde Lozano seguido de Jimena y de su primo el conde Per Ansures, que era el ayo de los dos infantes menores. Detrás vienen sus vasallos y sus perros, que rivalizan con los del rey.

En otro grupo se distingue a Alvar Fáñez de Minaya, primo hermano de Rodrigo, riendo con Martín Anto-

línez, y chanceando con el conde Arias Gonzalo y sus hijos, aún niños. Junto a ellos espera el conde García Ordóñez.

Muchos otros caballeros, hijosdalgo y señores que forman el coro y que no se nombran porque sólo sirven de cuadro.

¡Silencio! Un momento de silencio solemne. El rey viene bajando las escalas del momento.

Detrás del rey Fernando descienden los infantes. Don Sancho al medio, entre don Alfonso y don García, y en pos de ellos las infantas doña Urraca y doña Elvira.

Los caballeros se inclinan y el rey responde al saludo, saludando con la mano, mientras los palafreneros acercan los caballos reales.

Jimena baja de su caballo y va a encontrar a las infantas. El conde Lozano, Diego Laínez, Rodrigo y los otros caballeros se acercan al rey y a los príncipes.

Arias Gonzalo sujeta las riendas del caballo de doña Urraca y la ayuda a montar en él.

El conde García Ordóñez alza a doña Elvira, y al otro lado del patio, Rodrigo acerca el caballo para Jimena, hincando una rodilla en tierra y le hace con su pierna un peldaño para que ella salte en la montura.

Una vez todos arriba, todos listos, sale la cabalgata envuelta en ruidos de cascos, de ladridos y de relinchos.

¡La caza! ¡La caza! La gran fiesta de aquella época de guerra y de hombres de guerra. La caza era como el baile de los guerreros.

El monte, la selva, repercuten de relinchos, de ladridos y de cascos de caballo. La voz del cuerno ordena y guía.

Toda la Edad Media está llena de cuadros de caza, de torres y puentes levadizos, de caballeros armados, de juglares cantando tras la reja del laúd, de damas hilando entre dos trenzas largas, mientras a lo lejos atraviesa el mundo un venado, detrás del venado un ladrido de perros, detrás del ladrido una flecha, detrás de la flecha un guerrero.

Toda la Edad Media es una batalla, un torneo y una cacería. Los tres son el mismo juego.

Una cruz, una virgen, un exvoto, un mandoble y un cinturón de castidad.

Al norte muere Sigfrido, al oeste muere Tristán y al sur muere Rolando. Al sur, al oeste y al norte lloran versos por los tres.

En medio de tanto bullicio de armas y de caza, no se oye la voz de unos cuantos hombres que piensan y apenas se oye a los que cantan.

Así, pues, la cacería era una especie de entrenamiento guerrero y los señores hacían gala de su destreza y se disputaban en alardes de arrojo y de valor. Las mujeres acompañaban a veces a los caballeros, pero sólo cazaban pájaros con sus halcones y sus azores.

Persiguiendo un jabalí corpulento y ardidoso corría el grupo del rey Fernando, con los tres infantes, el conde Lozano, Diego Laínez y el conde don Fruela.

Rodrigo iba y venía por todos los grupos con Alvar Fáñez y Martín Antolínez.

Detrás, el conde Arias Gonzalo y el conde García Ordóñez acompañaban a las infantas doña Urraca y doña Elvira. Cerca de ellos iba el grupo de los muchachos:

los cuatro hijos de Arias Gonzalo y los dos hijos de Diego Laínez, que aunque mayores que Rodrigo, tomaban poca parte en estos juegos, debido quizá a ser el uno demasiado soñador y el otro algo enfermo.

El grupo del rey se había detenido porque la hermosa pieza que seguían se les había perdido entre unos matorrales tupidos.

Van y vienen los perros rastreando entre breñas y ramas. Saltan sobre sus ladridos, pero sin encontrar la pieza.

El infante don Sancho, que es el más atrevido y nervioso, echa pie a tierra y con el venablo en la mano se adelanta a los matorrales.

Apenas ha avanzado unos veinte pasos, cuando en medio de un crujido de ramas aparece el jabalí y se lanza cabeza gacha contra el audaz.

El rey da un grito:

—¡Dios mío!

Todos se quedan helados y con el alma en los pies. Todos son ojos abiertos y corazones detenidos, mirando, mirando. Ya no hay tiempo para nada.

Don Sancho, sereno, lanza su venablo de tres filos que se incrusta en un árbol. En el mismo instante cruza el aire una flecha doble y va a clavarse en los ojos de la alimaña, que rueda al suelo, dando vueltas sobre sí misma casi a los pies del infante.

Un solo ¡ay! de descanso sale de todos los pechos. Vuelven la vista hacia atrás, buscando al salvador, y apoyado en un árbol, encima de un tronco caído, Rodrigo, con el arco aún en la mano, sonríe con sus treinta y dos dientes.

El rey Fernando corre a abrazarlo, el infante don Sancho le aprieta la mano entre las suyas y exclama:

—Ya sabía que eras tú. Me habían dicho que te ejercitabas a tirar dos venablos a la vez y que eras maestro en este tiro de tu invención. —Y sacándose el anillo del dedo, lo pone en el dedo de Rodrigo—. Gracias, Rodrigo, guarda este anillo como recuerdo de lo que has hecho.

El rey grita a sus ojeadores:

—Cortad la cabeza a este jabalí y entregadla a los vasallos de Vivar.

Diego Laínez, enternecido, estrecha a su hijo contra su pecho, diciendo: Así ciegues, hijo mío, a todo aquel que se atreva contra tu rey.

Don Alfonso y don García no cesan de decir:

—¡Qué tiro admirable! De buena te libraste, hermano. Las infantas le miran como se mira a un gigante.

Su tío Arias y sus compañeros Alvar Fáñez y Antolínez, como se mira a un héroe.

El conde Lozano no dice nada.

El corazón de Jimena habló para ella sola.

Al día siguiente, después de la cena, Rodrigo, sentado en el sillón de sus sueños, mira en el muro la cabeza del oso, el alfanje y la cabeza del jabalí.

De aquélla salvó a su padre, del otro salvó a su tierra, de ésta salvó al que será su rey.

¡Tanto en tan poco tiempo!

Se diría que hay hombres a los cuales la vida se empeña en presentar ocasiones para lucirse. ¿O será más

bien que hay hombres que pueden lucirse en muchas ocasiones?

JIMENA

Han pasado dos semanas. Jimena, en una sala del Hcastillo de su padrino, el conde Lozano, está bordando un tejido. Junto a la ventana, su nodriza mira el campo hacia lo lejos. Su nodriza hace las veces de madre, pues así su madre se lo encargó en el lecho de muerte, y cuando el conde Lozano, cumpliendo el juramento que había hecho a su padre, también al momento de morir, se llevó a Jimena, entonces tan niña que apenas empezaba a hablar, se llevó con ella a su nodriza.

El conde Lozano, hombre orgulloso, hosco y solitario, no sabía el cariño que iba a tomar a la niña, ni se creía capaz de tales blanduras de corazón. Jimena ocupó pronto toda el alma de aquel hombre altanero, sin hijos y viudo desde hacía muchos años. El conde, dado por entero a las intrigas de la corte y a los negocios militares, dejaba a la nodriza el cuidado de Jimena, pues sabía que aquélla era una de esas buenas amas españolas, querendonas, abnegadas hasta el fervor y que ponen toda su vida al servicio de quien sirven.

El conde tenía sus ojos en Jimena y la nodriza en ambos. El conde adivinaba los deseos de Jimena y la nodriza adivinaba los deseos de los dos. Además, Jimena gustaba poco de salir de su casa, y a la excepción hecha de la madre de Rodrigo, casi no visitaba a nadie.

Sólo a las infantas, que son primas tuyas, cuando su padrino la llevaba a la corte. Pero de las infantas tenía cierto recelo, sobre todo de la infanta doña Urraca, que tanto admiraba a Rodrigo. En esa admiración ella creía ver tal vez un amor secreto, y no olvidaba que la infanta pasaba a menudo temporadas en Zamora, al mismo tiempo que Rodrigo, ambos bajo la tutela de Arias Gonzalo, que era el mayordomo mayor de la reina y de las princesas y que mucho quería a su sobrino Rodrigo.

Jimena piensa: "Rodrigo no se atreve a mirar tan alto, pero si se diera cuenta de que doña Urraca le ama, tal vez se atreviera, y entonces..." A este solo pensamiento:

—¡Dios mío! —gritó Jimena.

Al oírla la nodriza volvió la cabeza preguntando:

—¿Qué tienes, niña? ¿Qué te ha pasado?

—Nada —responde Jimena—; me ha picado el dedo.
—Y se llevó el dedo a los labios.

—¡Qué hermosa está —dice la nodriza—; si te viera Rodrigo! Apostara cualquier cosa a que estaba pensando en él.

Un olor a Piel de España y a Chipre de Coty se esparcía por la habitación.

Realmente, Jimena estaba hermosa. ¡Y cómo no había de estar hermosa, si era una mujer hermosa! ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa?

Jimena era una estatua griega. Tenía un cuerpo de palmera, un cuello de cisne, unas manos de lirio. Tenía una nariz perfilada, perfecta; unos labios de coral, unos ojos inmensos y profundos como dos lagos en la noche, etc. Después de haber cumplido con todos los ritos de la

mala poesía, Jimena entraba de lleno en la belleza.

(En este momento aparece delante de la mesa del poeta la sombra del Cid).

HABLA LA SOMBRA DEL CID

Poeta, te equivocas. Jimena no era una belleza griega, era una belleza española. No tenía cuerpo de palmera, ni cuello de cisne, ni manos de lirio, ni nariz perfilada, ni labios de coral, ni ojos de lagos nocturnos. ¡Qué sandios sois los poetas! ¿Por qué comparáis a la mujer con todas esas cosas? ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa? ¿Por qué no comparáis más bien esas cosas con una mujer? Ya sería algo mejor. Decid que una palmera tenía cuerpo de mujer, hablad de un cuello de cisne hermoso como un cuello de mujer, hablad de un trozo de coral como unos labios de mujer.

EL POETA

Es lo mismo al revés.

LA SOMBRA DEL CID

Es lo mismo y, sin embargo, al revés es menos soso que al derecho. Te lo digo yo, que estoy muerto. En mi vida entendí de versos, pero ahora que estoy muerto y que paso como entre dos sueños, veo más claro que tú, porque sólo entre sueños se ve claro.

EL POETA

Así será, pero lo que has dicho me parece bien pobre.

LA SOMBRA DEL CID

Comprendo que si fueras rico pudiera parecerte pobre, mas siendo tan pobre como eres, sólo tu vanidad te permite estar satisfecho. Escucha, y sobre todo no me discutas sobre Jimena y no mientas al hablar de ella. Si mientes en un poema sobre mí, no me importa; pero sobre ella no puedo tolerarlo y no te lo dejaré pasar. Jimena tenía un cuerpo de mujer hermosa, anchas caderas y senos potentes, sin ser muy grandes, y con nada de ánfora ni de mármol. Carne, hermosa carne de mujer con leche adentro para sus hijas y un vientre como conviene a la que ha de ser fuente de una gran raza de jefes y de destinos. Tenía un cuello cálido como si lo entibiaran todas las canciones de amor dormidas adentro; tenía unas manos de carne, de hermosa carne de mujer, unas manos pequeñas que se paseaban sobre mi inquietud y calmaban mis fiebres guerreras; tenía unos labios gruesos y carnosos; labios de beso, cargados de besos maduros, prontos para el hombre, solamente para el hombre suyo, para mí. Tenía ojos de esposa y de madre. Era bella de toda belleza, de la belleza que yo amo, belleza de España. Cuando yo llegaba, ella abría los brazos de par en par como las puertas del alba. Y bástete con esto para saber lo que era Jimena.

De pie en la ventana, la nodriza escruta las lejanías.

La nodriza es una mujerona campestre, entrada en años, devota y gruesa. En una palabra, es una nodriza. Tiene unos grandes senos de almohadones para apoyar la cabeza, en las tardes, sentada en un sillón, en la hora del cabeceo.

Jimena sigue bordando o hilando. Desde aquí, a la distancia de los años, no alcanzo a ver si borda o hila. Trabaja en un tejido y espera. Se diría que toda su vida la pasó así: hilando y esperando.

Así la veo yo al fondo del Romancero: mientras en el primer plano, Rodrigo, a caballo en el vértigo, corre en zigzag con un mandoble en la mano entre batallas y proezas, ella, detrás de una ventana, allá al fondo, borda y espera, espera y borda.

Jimena es la dama de la Edad Media, la heroína del ciclo de los caballeros.

Yo la he visto en alguna parte. Todos la hemos visto en alguna parte.

¡Ah! Sí, recuerdo una ventana de piedra por donde entraba el mundo en tres álamos y una enredadera. Un pájaro vino, se paró al borde, dijo algo en secreto y se fue.

Me acuerdo de una colina elegantemente vestida de verde. La colina bajaba hacia el llano que le tendía un ramo de flores.

Me acuerdo del castillo, vetusto, pesado, una gran mole solitaria, dominando los campos y los caminos de las andanzas, una isla en medio de un mar de silencio.

Me acuerdo de una selva de brazos y de músculos y el dolor de paloma de unos ojos abiertos.

Sí, sí; recuerdo sus ojos. Y no tenía dos trenzas. Era

la única joven de entonces que usaba una sola trenza, una trenza larga detrás de los ojos, larga, larga serpiente de fascinación.

Recuerdo una noche que cae como una cabellera, los reflejos de una sonrisa triste que estalla lo mismo que un espejo y la blancura de una carne, fantasma de naufragios.

Recuerdo una voz fresca, una voz tallada en la tarde debajo del arco iris.

Recuerdo una piel que resplandecía como si hubiera bebido un astro peligroso y una mano que era la llave de la primavera.

Recuerdo unos pasos aprisionados en dos frutos de luz. Unos pasos marchando sobre olas calmas y misteriosas que crujen como hierba.

Recuerdo un gesto de indulgencia en un silencio alucinado de constelaciones.

Recuerdo unas espaldas en un marco de jardín, y unas alas que ya van a abrirse en un vuelo de carne, fuera del universo, sobre el aire asustado.

Recuerdo unos dedos delgados en un laúd y un incendio de música que corre a lo largo de los dedos.

Recuerdo que se perdía el mundo y se entraba en un embrujamiento sagrado.

Recuerdo que se hacía un vacío en el aire, un remolino que absorbía todo; ideas, pensamientos, remembranzas se hundían al fondo del vacío.

Recuerdo que quise desatar su trenza y soltar el último sueño, cogerlo, cogerlo para mí antes que se volara.

Recuerdo que para verla hice un viaje muy largo. Muy largo sobre el mar, el mar, esta palabra que asusta a las barcas. Las olas se revolcaban en su lecho de amianto y mi barca danzaba en la soledad como una almendra de amargura.

Recuerdo que cada vez que la miraba me hacía nacer de nuevo.

Recuerdo que ella estaba en la orilla, que yo salí de las sombras, mojado de sombras.

La vi, la miré. La veo, la miro. Un laberinto de espejos empieza a girar en mi cabeza. Ya no recuerdo nada.

JIMENA

¿Quién viene por el campo, nodriza? Siento que vienen corriendo sobre mi alma.

LA NODRIZA

Nadie viene por el campo. Ni una hoja mueve el viento.

(Una angustia de espera precipita los movimientos de un corazón que golpea con el ruido de una garganta de pájaro que va a cantar. Flota una substancia de sueños en el aire).

JIMENA

Dime, nodriza, ¿no ves venir nada?

LA NODRIZA

Veo una sombra que resbala sobre el campo, una sombra como una cruz.

JIMENA

Es él, es él que se acerca. Es tan discreto y no quiere comprometerme.

LA NODRIZA

No es él. Es la sombra de un águila que va muy alta.

(Se hace un rato de silencio. Sólo se oyen los dedos de Jimena hilando sueños y esperanzas).

JIMENA

Dime, nodriza, dime ¿no ves venir nada?

LA NODRIZA

Todo el campo está desierto. Ni una sombra, ni un murmullo.

JIMENA

Espera aún. Él dijo que vendría, y si lo dijo vendrá.

(Un silencio más largo. El aliento entrecortado va pasando entre los hilos y empieza a caer la noche.)

LA NODRIZA

Se hace oscuro y el horizonte a pasos largos se va acercando.

(Dando saltos de cornisa en cornisa un bulto sube por la otra ventana, la que está junto a las espaldas de Jimena, y entrando sólo medio cuerpo en la sala, el rostro embozado en la capa, alarga las manos y cubre los ojos de la joven.)

JIMENA (soltando el trabajo)

¡Eres tú, Rodrigo! ¿Por dónde has entrado?

RODRIGO

Por atrás, para que nadie me viera. No tenemos tiempo. Escúchame; tu padrino debe ya venir de vuelta. Fue llamado a la corte para un asunto de importancia y mi padre también. Yo le acompañé y los vi entrar juntos; desde allí he venido a la carrera, pero por salirme de los caminos para que no me vieran, he perdido tiempo. Este otro mes, el día de la Virgen, mi padre vendrá a pedir tu mano. ¿Acordado?

JIMENA

¡Rodrigo mío!

Le tiende la mano como para decirle: "Acordado". Él la besa; hace señas la nodriza; él grita: "Adiós", y se

descuelga en dos saltos sobre su caballo, que le espera abajo.

Se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del amor. Corre, corre. Salta el horizonte y se pierde en una ternura sin límites, hacia Vivar.

Jimena cierra los ojos para que la esperanza no se vuele.

LA AFRENTA

¿Por qué tarda tanto en volver Diego Laínez? Fue en la mañana a Burgos, a palacio, llamado por el rey; ha anochecido ya y aún no vuelve.

La cena está preparada esperándole. Teresa Álvarez, inquieta, va de su silla a la ventana, de la ventana a su silla. Hernán, Bermudo y Rodrigo se miran las caras en silencio.

Nunca el padre tarda tanto, nunca hace esperar la cena y ya van pasadas dos horas.

—No hay por qué asustarse, madre —dice Hernán—; habrá habido algo grave de que tratar en Burgos.

—Padre es hombre de recursos y no va a pasarle nada malo en la corte ni en el camino —agrega Bermudo.

Rodrigo piensa en Jimena. En una semana más será el día de la Virgen, el gran día en que su padre irá a pedirla en matrimonio a su tío y padrino el conde Lozano, que estará muy contento con la boda, pues adivina que el galán será hombre de valía, primero entre los primeros.

Y sonrío porque está seguro de que ella también piensa en él. Allá en su castillo ella piensa en él y en el día de la Virgen.

Rodrigo no se inquieta por su padre. ¿Qué puede pasarle a Diego Laínez? Sin embargo, una cosa nerviosa se le pasea por el pecho al ver cómo corre el tiempo, y ahora mismo, al decirse que nada puede pasarle, una especie de vaga angustia le montó a los ojos.

Sobre todo, el rostro de su madre, pálido, contraído, le intranquiliza.

Pasa una hora más. Una tristeza flota en al aire.

¿Por qué tarda tanto en volver Diego Laínez?

Es la noche. La oscuridad melancólica. La hora misteriosa en que las ranas cuentan las estrellas. Pero, ¿por qué tal silencio? ¿No hay cerca algún estanque? ¿No hay grillos?

Arriba de un árbol un búho canta. El presagio cae de su pico como el queso del cuervo. Rompe el silencio el único ruido que nadie quería. El búho contempla la noche, inclinada la cabeza detrás de sus anteojos, y satisfecho de su poder dramático, vuelve a graznar otra vez.

¡Ah pájaro gitano, repugnante pitonisa de la selva, vete con mil diablos a llevar tus desgracias a otra parte! Con la muerte al hombro, vuélate de esa rama o desde aquí, desde mi mesa de trabajo, cojo un fusil y lo descargo sobre tu cuerpo, tu cuerpo relleno de bilis y de agüeros.

Pero ¿qué hace Diego Laínez? Pero no es posible que... Un largo aullido de perros se levanta de la tierra al cielo. Otro aullido contesta, otro más cerca, otro en la

casa, otro sigue más allá de la casa, otro más lejos, otro que se pierde ya, y otro y otro y otros que no se oyen. Una cadena de ladridos da la vuelta a España.

Se acerca un galope de caballo. Unos corren a la ventana, otros a la puerta. Es el galope del caballo de Diego Laínez, del señor, del padre, del amo. Todos le reconocen. Se encienden hachones y candiles.

Abren las puertas del patio y entra el amo, el padre, el señor.

Dios mío, ¡cómo viene! ¿Qué le pasa? Descompuesta la faz, rojas y húmedas las pupilas como si hubiera llorado, desgrednados las barbas y el cabello, las ropas en desorden.

—Estás enfermo, padre —dice Rodrigo—. ¿Qué tienes?

—Una enfermedad que mancha, retírate; no te acerques —responde Diego Laínez, y en tres saltos sube la escalera.

En la puerta de la sala su mujer viene a abrazarlo:

—¡Cómo vienes, esposo! ¡Qué ojos traes! ¿Tienes fiebre? ¿Qué te pasa?

—Retírate, no te acerques. Tengo una enfermedad que mancha.

Diego Laínez sigue de largo, su familia sigue tras él acongojada y sin saber qué sucede. Al llegar a la puerta de su alcoba se vuelve atrás y ronco dice:

—Todo el mundo a dormir. No necesito nada ni a nadie. Dios decidirá mañana.

Cierra la puerta y echa la cerraja. Detrás de la puerta se oyó un sollozo. Teresa Álvarez, temblorosa, dice a sus hijos:

—A acostarnos todos. Obedezcamos. Dios manda en el universo y vuestro padre en su casa.

Aquella noche los lechos no dieron reposo a nadie. Se revolvían los cuerpos en las mantas, se revolvían los pensamientos en la cabeza y se oían los pasos de Diego Laínez, que iba y venía sobre su dolor.

Al amanecer del día siguiente todos esperan en la gran sala que Diego Laínez salga o que llame.

Por fin abre la puerta y aparece en el umbral. ¡Cómo ha cambiado en una sola noche! Se diría que tiene más encanecidas las canas, que una roca le ha doblado las espaldas. Las mejillas desencajadas, los ojos hinchados. Apenas habla.

—Hernán, Bermudo, Rodrigo, entrad —dice, y al ver que su mujer se acerca, añade—: Son cosas de hombre; aguarda aún, mujer, ten paciencia.

Apenas entran sus hijos vuelve a cerrar la puerta y con el rostro dolorido pero con paso firme, se dirige al mayor. Con su mano derecha le coge la mano derecha y con fuerza se la aprieta, mirándole a la cara.

—Así me aprieta este nudo que tengo en la garganta.

—¡Ay! ¡Ay, padre! —grita Hernán, y los ojos se le llenan de lágrimas—. Basta, señor; ¡ay!, ¡ay!, basta.

—Anda, vete al lado de tu madre —dice el viejo—; el hombre que llora por dolores que no son del alma, debe estar junto a las faldas.

Coge al segundo la mano, con los ojos en sus ojos. Le aprieta fuerte, con rabia y con esperanza.

—Así me aprieta este nudo que tengo en las entrañas.

—Por Dios, padre, que me matas —grita Bermudo,

tratando de soltarse—. Basta, señor; ¿qué pretendes? — y se cae de rodillas.

—Tampoco tú, anda —dice el viejo—, y aprende que hay que morir en silencio y sin doblar las rodillas.

Coge la mano a Rodrigo. Reúne todas sus fuerzas ya casi sin esperanzas. Se la aprieta, se la estruja, mirándole de hito en hito. Rodrigo siente un dolor que le tritura los huesos.

El viejo aprieta y más aprieta.

—Así me aprieta este nudo en el corazón.

Rodrigo le clava los ojos, se le engruesan los cabellos y colérico le grita:

—Suelta, padre, suelta en mal hora; que si no fueras mi padre, con esta otra mano que me dejas libre te arrancara el corazón, te rompiera las entrañas. Suelta, digo; mira que la otra mano se me va y no puedo sujetarla.

Le suelta el viejo la mano y le abraza llorando y entre las lágrimas dice:

—Tenla suelta, hijo mío, suelta la necesito. Tu enojo me desenoja, tu rabia es una caricia y una esperanza en mi alma. Mi Rodrigo, esa bravura muéstrala en lavar mi honor, mi honor que está perdido si tú no lo salvas.

—Oigo mal, padre. ¿Qué has dicho? ¿Quién se ha atrevido contra tu honor? ¡Y pensar que si no hubieras sido mi padre, te doy una bofetada! Perdona, señor, perdona.

—No sería la primera.

—¿Estás loco? ¿Qué has dicho? ¿Quién ha manchado tu honor?

—El que ayer me abofeteó en la cara.

—¿A ti alguien se ha atrevido a poner la mano en la cara? No es posible, padre; estás delirando.

—Por mi honor te lo jurara, si tuviera honor; pero esa bofetada partió mi honra en dos.

—¿Y ese hombre vive aún? ¿Y yo estoy vivo? ¿El nombre, dime el nombre del insensato. Luego dime, ¿quién es?

—Rodrigo, escucha.

—No hay tiempo. Su nombre.

—Rodrigo, hijo mío, escucha.

—Su nombre, no hay tiempo; dame su nombre y tu espada.

—Escúchame, ¿vas a retarle en desafío?

—Con las leyes del honor le mataré o me matará. Su nombre pido.

—Tiene en las montañas miles de amigos asturianos.

—Su nombre pido, su nombre.

—Está muy alto en palacio, el rey le protege y le ama.

—Te vengaré aunque el rey lo esconda detrás de su trono.

—Delante de ese trono se atrevió a hacerme afrenta, abusando de mis años.

—¿Y el rey permitió tal afrenta? ¿El rey te ha mirado en menos?

—Por haberme hecho demasiado honor y nombrarme ayo de don Sancho, empezó la discusión. El otro pretendía ese honor y creía ser el único digno de ser instructor del heredero.

—¿Pero el rey permitió el ultraje?

—No hubo tiempo de intervenciones. El rey quiso que todo quedara en silencio, y que nadie supiera nada, pues la escena pasó en su cámara.

—Padre, el silencio no borra el hecho; lo sabes tú y eso basta.

—Por eso quiero venganza.

—Y aún no me das el nombre.

—Primero debes jurarme no volver sin antes haber lavado esta mancha.

—Por el Cristo que me diste cuando nací, te lo juro. Ahora dame su nombre y tu espada.

—Escucha aún.

—No más palabras; su nombre.

—El conde Gómez de Orgaz, ese que llaman conde Lozano.

—¡Dios mío! —exclama Rodrigo; da un salto atrás y se pone pálido—. El padrino de Jimena.

—¿Te asusta ese nombre? Proezas ha hecho; también las harás tú. ¿Tienes miedo?

Rodrigo inclina la cabeza y dice en voz baja:

—Jimena le quiere tanto como si fuera su padre; su padre ha sido más de quince años.

—¿Vacilas? —pregunta trémulo el viejo—. Y sin honor, ¿te atreverías a levantar tu cara frente a ella, te atreverías a pedir su mano?

—Padre, no he vacilado un instante; pero comprendo que al decirme ese nombre, temblara por el otro nombre que hay detrás del Lozano.

—Perdona, hijo mío, que te eche encima una pena

tan grande; mas tú sabes que sin honor, no hay amor, ni vida, ni nada.

—No hables más, padre, pues ya me diste su nombre; dame ahora tu espada. Nadie hizo afrenta a la sangre de Laín Calvo.

—Arrodíllate, Rodrigo; voy a darte la espada de Mudarra, que aunque está vieja y mohosa, tiene hábitos de vencer. De su viejo amo descendes y la espada ha de sentir que por el brazo que ahora va a llevarla corre la misma sangre de aquel brazo muerto, tan heroico y audaz, tan maestro en manejarla.

Mientras el padre descuelga del muro la vieja espada, Rodrigo hince una rodilla en tierra. El viejo con el contacto de la espada, ha vuelto a erguirse y casi a rejuvenecerse. Se acerca a Rodrigo. Le pone la espada en la mano y sus manos sobre la cabeza; levanta al cielo los ojos y dice:

—El cielo guíe tus pasos, hijo; Dios protegerá tu brazo.

Rodrigo se levanta y pasa su mano por la hoja de la espada.

—Es buen acero —exclama—. Buena espada de Mudarra, segundo brazo te coge y te juro que el segundo te hará recordar el primero. Si no salgo vencedor te clavarás en mi pecho, la fuerza de mi vergüenza te esconderá hasta la cruz haciendo forro en mi cuerpo.

—Corre a la venganza, hijo. Toma el mejor de mis caballos, Babieca; te lo regalo; joven caballero requiere caballo joven. Piensa en tu honor, en tu sangre; piensa en tu padre, hijo.

—Adiós, padre, padre, padre.

Rodrigo sale precipitado, salta sobre el caballo, tras-pone las grandes puertas dando chispas como si fuera el demonio, y a lo lejos se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del honor.

LA VENGANZA

A la carrera desenfadada del caballo, Rodrigo llega al castillo del conde Lozano. En la arboleda, al pie del castillo, la nodriza conversa con las gallinas y los pavos.

Jimena, sentada en la escalera de piedra, al verlo venir, se pone de pie.

—Nodriza —dice—; Rodrigo trae demudado el semblante.

—Y ojos de cólera trae —agrega la nodriza.

Rodrigo se apea del caballo y se acerca.

—¿El conde Lozano? —pregunta.

—No está en casa —responde la nodriza—; acaba de salir para Burgos.

—¿Para Burgos? Allá voy.

Jimena le mira con ojos desesperados. Ya sabe lo que ha pasado; el conde le contó todo ayer por la noche, y conociendo a Rodrigo, adivina que una tragedia se prepara.

Al verlo saltar sobre el caballo, llena de angustia le grita:

—Rodrigo ¿qué vas a hacer? Piensa en mí.

—Pienso en mi padre —responde Rodrigo.

—Piensa en mi amor.

—Pienso en mi honor.

Caballo y caballero vuelven a emprender la carrera. Pasa el camino bajo las cuatro patas como un río vertiginoso. Una nube de polvo forma un techo momentáneo entre la tierra y el sol.

Jimena, inmóvil, mira la nube que se aleja. Adolorida, fatal, se queda pestañeando, y las tijeras de sus párpados quisieran cortar los caminos del mundo.

—Todo está perdido.

A la entrada de Burgos, en las primeras callejas de la ciudad, Rodrigo alcanza al conde Lozano. Altivo, orgulloso, el cuerpo del conde lleva el ritmo lento de la marcha de su potro.

Rodrigo detiene su caballo sudoroso. En toda España se oye latir el corazón de ese caballo.

—Conde Lozano —grita.

—¿Quién habla?

—La voz de Laín Calvo, Rodrigo Díaz.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta el conde Lozano.

—Tu vida.

—¿Qué dices, mozalbete audaz?

—Que bajes de tu caballo, como yo bajo del mío. ¿Hiriendo el rostro a un anciano crees mostrar tu valor? Ven a herirme a mí en el pecho, así lo probarás mejor.

—Vete, rapaz, o por vida de Dios que bajo de mi caballo y te doy un puntapié que vaya a acompañar al bofetón que di a tu padre ayer.

—Eso quiero. Baja de tu caballo, que en el polvo voy a hundir tu insolencia.

—Vete, digo; anda a aprender primero a manejar una espada.

—¡Cobarde! Cobarde eres como todo el que es valiente frente a un anciano. Olvidas que soy hijo de ese anciano. Te atreviste contra un hombre que, siendo yo su hijo, nadie puede tocar. Nublaste su noble faz con nube de deshonor; yo desharé la niebla.

—¿Tú mozalbete, con qué?

—Con esta espada de sol. Mírala cómo brilla.

Al ruido de las voces van saliendo gentes a las puertas. En una ventana asoma su nariz de alcuza una vieja de Valle Inclán.

—Muchacho, vete por donde has venido —exclama el conde Lozano—; no es honor vencer a un primerizo.

—Es más honor que pegar a un anciano —grita Rodrigo—. Basta de palabras; baja de tu caballo. La mano que ofendió a mi padre, esta noche será aldabón en las puertas de Vivar.

—Ahora verás —brama Lozano, bajando de su caballo—. Tú lo has querido, muchacho.

Los dos en tierra, frente a frente, las espadas en el aire.

—En guardia —ruge Rodrigo—, y no tengas compasión de mis años.

—No tendré compasión, pobre de ti, que lo que te falta de años, te sobra de audacia.

Las espadas se entrechocan, cortan el aire los filos. Dan saltos el uno sobre el otro, avanzan, retroceden. Las dos espadas se hacen cien, se hacen mil, trazan

círculos y anillos en el espacio, dibujan arcos sobre sus cabezas y pican el aire, que se queja...

Las gentes se van acercando y varios grupos de curiosos contemplan a los caballeros envueltos en los círculos de sus ceros. Una voz grita:

—Dejadlos. Nadie intervenga; el combate es leal, de hombre a hombre, frente a frente.

Y van los comentarios.

—Ese es el conde Lozano. El muchacho es el de Vivar, el hijo de Diego Laínez. ¡Qué golpes da!

—Como ensayo no está mal —dice rabioso Lozano.

—Y aún ha de estar mejor —responde Rodrigo, parando un golpe y dando dos.

El aliento entrecortado del conde llena la calle. En Europa se oye latir el corazón de Rodrigo. Adelante, atrás, a la derecha, a la izquierda. Marea los ojos el reflejo de las espadas.

Furioso el conde, tira un golpe. Rodrigo hace un quite maestro, se lanza a fondo rápido, en un salto, y su espada se hunde en el pecho de Lozano. El conde se desploma al suelo pesadamente y en un gesto automático levanta la mano derecha para defender la cabeza. La sangre brota del pecho a borbotones. Rodrigo, con una agilidad felina, al ver la mano levantada, de un solo tajo la echa a volar por el aire como una rosa.

Y mientras el conde expira y Rodrigo limpia su espada, las gentes medrosas se retiran santiguándose...

En el camino de Vivar, Rodrigo, galopa. Y la mano del conde atada al arzón va dejando un reguero de lágrimas rojas.

Atrás, en una calle de Burgos, un olor a sangre y un murmullo de rezos suben al cielo.

Delante, en una casona de Vivar, un viejo se pasea como un león entre barrotes. Espera, espera. Sin probar un bocado, sin sentarse un instante en todo el día, Diego Laínez espera, espera.

Al medio, sentada detrás de la ventana de su castillo, inmóvil y angustiada, Jimena también espera. La cabeza levantada hacia el espacio funesto, la joven mira el mundo con sus ojos de Edad Media.

Entre estos tres puntos doloridos del mapa, Rodrigo apura el paso con el corazón más liviano y más triste.

Cae la tarde y a lo lejos se oye la carrera de un caballo sobre los caminos de la fatalidad.

A medida que la goma de la noche va borrando los caminos, Diego Laínez siente crecer su inquietud. Si el conde Lozano ha vencido a Rodrigo; si su hijo ha muerto sin lavar su honor. Si por amor a Jimena, Rodrigo no se ha atrevido a desafiar al conde...

Como un león entre barrotes, Laínez se pasea de un lado a otro de su aflicción. Sus pasos resuenan en la casa. Los oídos del solar siguen el son de sus pasos. ¿Qué habrá pasado? ¿Qué suerte espera a Vivar?

El Destino esconde bajo su capa el resultado de la empresa y en vano los ojos angustiados se dirigen a él. Mudo, parece gozarse en su silencio. Y para más angustiar aún, les echa la noche encima.

Una campana suena. El sonido se desprende lento con alas de hierro, vuela un instante entre las ramas del eco, de rama en rama, de eco en eco, y va a caer muerto

lejos, lejos en el camino. En el mismo sitio en que cae se levanta el ruido seco que hace sobre las piedras el caballo de Rodrigo. Un ruido va y otro viene, uno muere y el otro resucita, aquél entristece y éste alegra.

Al oírlo Diego Laínez se detiene como un resorte, se para la noche, la casa levanta la cabeza.

—Es Rodrigo —grita el viejo, y sale corriendo joven.

Toda la familia salta en pie, le abre paso y sigue tras él, silenciosa de emoción.

Junto a la puerta del camino el caballo se detiene. Rodeado de los suyos, el viejo espera sin respirar. Se oye una piedra que clava algo en la puerta. A cada golpe sale una estrella en el cielo. Silencio. Crujen los goznes del silencio, se abre la puerta. Rodrigo aparece de pie, grande, enorme, gigante, en el umbral del silencio.

—Hijo mío —exhala Diego Laínez.

—Hijo, hermano, hermano —otras voces.

Rodrigo entra paso a paso. Su caballo le va siguiendo, suelto, fiel, prendado de su señor.

—Padre —dice una voz, que es la voz de Rodrigo con la garganta más grande—, mira en la puerta como aldabón clavada la mano que te manchara.

El viejo le abraza trémulo, y trémulo exclama:

—Rodrigo, desde hoy eres el jefe de mi casa. Mano que tal mano me trae, llevará mejor que nadie las riendas de mis dominios.

Y cuando a la casa entraron, en el aposento del viejo los dos solos, el hijo y el padre, se abrazaron llorando.

—Y tú, ¿por qué lloras, padre?

—Lloro de alegría porque el cielo me ha colmado en ti. Y tú, ¿por qué lloras, hijo?

—Lloro porque esa mano que he clavado en la puerta está apretando el corazón de Jimena —dice una voz, que es la voz de Rodrigo con la garganta más chica.

—¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—No, padre; cumplí con mi obligación y cien veces volvería a hacerlo, si cien veces el caso se repitiera. El honor tiene razones que el corazón no entiende, lo que no impide que el corazón hable y se queje.

Emoción. Rodrigo, de pie, se ve pequeño, niño, enano en el umbral de la emoción.

—Deja que el corazón lllore —dice el viejo— y busca en otras hazañas el olvido de tus penas. Jimena te perdonará; al fin y al cabo no has hecho más que vengar el honor de tu padre, en lucha leal no a traición. Y el conde no era su padre.

—Era su tío y padrino, pero ella lo tenía como padre, y como al otro apenas conoció, como tal amaba a éste.

—Pero no era su padre.

—Por lo mismo se sentirá obligada a hacer por él tanto o más de lo que hubiera hecho por el otro. No me hago ilusiones, padre; Jimena está perdida para mí y sólo me queda...

—¿Y sólo te queda?

—Ir a pelear contra los moros y buscar la muerte en alguna batalla. Puesto que ya sin ella estoy muerto, ¿qué importa otra muerte más! Cinco reyes moros han entrado en Castilla y nadie les ha salido al encuentro.

—Hijo anda. El que entra en batalla buscando a la muerte, suele encontrar doble vida. ¿Cuándo piensas partir?

—Iba a decirte mañana mismo. Así, padre, te pido que prepares a los hombres de Vivar, que les llames en el acto y les digas mis deseos.

Sonaron las campanas llamando a las gentes y cuando la plaza del solar estuvo llena de hombres y muchachos que se agolpaban de una puerta a otra, Rodrigo abrió el balcón que daba a la calle, y apoyado en la baranda, gritó a señores y a pueblo:

—Hijosdalgo de Vivar: Hace apenas unos meses, contra los moros obtuvisteis una espléndida victoria. El nombre de Vivar fue bendecido en todos los labios y se ciñó una corona que no podemos dejar marchitarse. En el campo de los moros hay veleidades guerreras, las siembras han sido malas y el hambre lanza otra vez sobre Castilla sus mesnadas; pasaron cerca de Burgos y han tomado a Montes Doca. Ni el rey ni nadie ha salido a presentarles combate. Arrasan nuestro ganado, destruyen nuestras cosechas, cautivan hombres y mujeres cristianos. Así os conjuro que sea otra vez Vivar el primero que salga al campo y el que gane más batallas.

“Hijosdalgo, infanzones, mañana, al amanecer, todo el mundo aquí, a caballo. Armaos de buenas armas, y yo os juro por las canas de mi padre que volveremos triunfantes con mucho botín y más gloria.

Un solo grito salió de todos los pechos:

—¡Viva Ruy Díaz, viva!

RUY DÍAZ PARTE A LA GUERRA

Al día siguiente...

El día siguiente es un día que suspende el aliento de la creación. Un día que pone la pluma épica.

España se despierta, se despereza. Y va a lanzarse de lleno al remolino alucinante de mil batallas hasta recobrar su integridad.

Suenan clarines de epopeya y redoblan tambores en este punto de la historia, con un ruido tan ensordecedor que todo lo demás se apaga en torno.

Hoy es el gran día. Un minuto de silencio en honor de este día. Un minuto de silencio y diez siglos de admiración.

¡Alto ahí, los planetas! Y que el sol no salga todavía, que tengo que terminar este capítulo con luz de alba.

España se despierta a la voz de Rodrigo. Viene a él con los brazos abiertos y Ruy Díaz, que perdió una novia, se deja caer en sus brazos, la estrecha contra su corazón desesperado, siente la tibieza blanda, redonda, opulenta de sus senos, y cae vencido. ¡Ah! Si tú me haces olvidar a la otra.

Desde ese día, los dos del brazo, los ojos en los ojos, la mano en la mano, Rodrigo y España se lanzan por el mundo a hacer fechorías y despampanar crónica y leyenda. Siempre juntos de campo en campo, de día en día, de frase en frase, de verso en verso.

Los dos amantes ya no pertenecen a la tierra. Entran en lo inverosímil, se embarcan en el sueño, flotan

sobre lo maravilloso, vuelan entre capas de sublime, pasan más allá del milagro.

Rodrigo ama a España y España ama a Rodrigo. El uno se funde en el otro. Como todo enamorado, él quiere levantar a su amada sobre todas las cosas. Crear a su amada, inventar a su amada, formarle el alma y hacerla esplendorosa.

Y así como se dice Paolo y Francesca, Abelardo y Eloísa, Romeo y Julieta, así debe decirse Rodrigo y España.

Apenas amanece. Se abren de par en par las puertas de la aurora y por ella van saliendo de dos en dos, con Rodrigo a la cabeza, los guerreros de Vivar.

Trescientas lanzas forman su hueste.

Pica el viento. Un color violeta electriza todo el cielo. El campo se llena de barbas y de colas de caballo.

Rodrigo se para un momento. Deja que la Historia lo retrate, allí, frente a sus hombres, en el día en que va a dar comienzo a sus hazañas. Una Kodak. Un momento. La aurora detrás le hace aureola y pabellón. Su potro Babieca piafa, relincha, huele el mundo, lame el alba. Un momento. ¡Ya, listo!

Pican las espuelas y a galope tendido, todos detrás de Rodrigo, entran en el Romancero.

JUSTICIA

Aquella misma tarde, tres grandes noticias corrían por Castilla y no se hablaba de otra cosa:

Rodrigo Díaz de Vivar mató al conde Lozano.

Los moros se han apoderado de Montes Doca, y sólo Rodrigo les ha salido al encuentro.

Un nuncio, enviado del Papa, ha llegado a Burgos con una misión importante.

Mientras las bocas se entregan al placer nacional del comentario y de la discusión, Rodrigo con sus trescientos caballeros va a marchas forzadas sobre Montes Doca.

(Pensemos un momento que el ayer fuera hoy. ¡Mueran el tiempo y el espacio! Nunca han vivido mucho. ¡Oh maravilloso Einstein! ¡Vivan la cuarta dimensión y los sesos físicos y metafísicos con luces y con neblinas!

Los cafés de la Puerta del Sol están llenos de gente. En el café de Levante no cabe un alfiler, si no es de corbata y robado. Salen los periódicos de la tarde con grandes letras mayúsculas, esas letras mayúsculas que se comen toda la vida alrededor, que se tragan los autos, las gentes, las casas y los tranvías. Solas en medio del Sahara, las grandes letras mayúsculas, y los chicos gritando:

EL ASESINATO DEL CONDE LOZANO. LA TOMA DE

MONTES DOCA

GRAVE AFFAIRE ENTRE EL REY Y EL PAPA.

Caen las sospechas del asesinato del conde Lozano sobre Rodrigo Díaz de Vivar. El presunto asesino habría huido de su casa y se habría pasado, con un grupo de amigos y parientes, al ejército enemigo.

¡Oh infames!

El cadáver del conde Lozano estaba horriblemente mutilado, tenía una mano cortada y, por ciertas contusiones que presentaba el cuerpo, el médico legista supone que el asesino pateó el cadáver en el suelo.

¡Oh infames!

Felizmente, en aquellos tiempos bárbaros, no existían la prensa ni los cafés de la Puerta del Sol. La tierra rodando en el caos va imprimiendo con todo su peso el largo periódico de su chismografía cotidiana y banal. En aquel tiempo imprimía en su elíptica el poema de su leyenda...

Volvamos a aquel tiempo.

Y sacudámonos el polvo, que mucho polvo van levantando en los caminos las huestes de Rodrigo).

Mientras Rodrigo sigue a marchas forzadas hacia Montes Doca, Jimena se presenta ante el rey a pedir justicia.

El rey está con sus hijos y algunos grandes señores, esperando al enviado del Papa. Aparece Jimena vestida de luto, tocado el cabello con un encaje negro y el manto largo suelto a las espaldas. Está hermosa, y al hablar parece que todos los pájaros de la desolación se hubieran agolpado en su garganta:

—Rey Fernando —dice—, vengo a pedirte justicia. Rodrigo Díaz mató ayer al que es mi padre desde que quedé huérfana.

—¿A tu tío, a tu padrino, al conde Lozano? —exclama el rey.

En este instante se precipita en la sala Diego Laínez, pálido, jadeante y levantando una mano al cielo:

—Antes oídme también, señor.

—Yo sólo pido justicia —repite Jimena.

Diego Laínez, con la voz cansada, dice:

—Rodrigo mató al conde Lozano, mas lo mató en desafío, frente a frente, ambos con espada en mano. Hay más de treinta testigos.

—Hizo mal —responde el rey—, porque priva al reino de una cabeza y un brazo, y esto es gran crimen.

—Decidme, señor ¿qué ley castiga al que mata en duelo? —insiste Diego Laínez—. Hasta ahora en Castilla, rey Fernando, el honor pasaba antes de todo. Mi hijo ha vengado en leal combate la afrenta que Lozano me hizo ante vos mismo. Así como venció pudo ser vencido, y pudo morir lo mismo que mató.

Jimena escucha este diálogo de pie, blanca, estática, fatal.

Habla el rey:

—Quiera el Dios del cielo iluminarme. Si prendo a Rodrigo, todo Vivar se rebela; si le dejo libre se rebela media Asturias.

Al oír estas palabras del rey, Jimena se yergue altiva y responde desde arriba de su dignidad:

—Señor, yo no entiendo en vuestras razones de Estado; yo sólo sé que Rodrigo ayer buscaba venganza, y que hoy yo busco justicia. Y siempre he oído decir que rey que no hace justicia, no merece reinar, ni cabalgar

en caballo, ni llevar espada o lanza, ni holgarse con la reina ni tener un heredero. Morir debe abandonado y no encontrar sepultura.

Airado salta don Sancho:

—Mucha audacia te da el dolor, Jimena.

—Yo sólo pido justicia.

—Padre —dice al rey, don Sancho—, en nuestra ley hay escrito que el que a hembra deje huérfana o viuda, no siendo por crimen, debe encargarse de ella como servidor o como marido. Rodrigo a Jimena no ha dejado huérfana por crimen, que en tal caso merecería la muerte, sino en combate de honor, sin traición ni malicia. En tal caso, Jimena, la justicia sólo puede condenarlo a servirte o a ser tu marido.

—No quiero —responde Jimena— ni servidor ni marido que me recuerde una muerte.

El rey la mira tan pálida y tan triste, que, conmovido, le coge las manos y le dice:

—Hija mía, le amabas y adivino en tus ojos que aún le amas. —Y volviéndose a Laínez, añade—: Que me traigan a Rodrigo.

—Señor —responde don Diego—, Rodrigo salió al campo con trescientos caballeros a pelear contra los moros. Él también ama a Jimena y va en busca de la muerte porque un muerto los separa.

Jimena inclina la cabeza. El orgullo se cae como un manto de sus espaldas, sin ruido, con el ruido de una lágrima.

—Si se aman con tal amor, el tiempo ha de arreglarlo todo —exclama el rey—. Cumpliste con tu deber, Ji-

mena; ahora haga el cielo lo que el cielo quiera.

Un sollozo fue la respuesta de Jimena. Hierática, lívida, sin decir una palabra, dio media vuelta y salió de la sala, lívida, hierática, a esconderse en su dolor.

INJUSTICIA

El consejo del trono está reunido. Junto al rey, Diego Laínez, ayo de don Sancho el heredero; el conde Per Ansures, ayo de los príncipes don Alfonso y don García; Arias Gonzalo, ayo de las infantas doña Urraca y doña Elvira; el conde García Ordóñez, todos la flor del reino, y en medio dos prelados, tres teólogos, varios legistas y jurisconsultos.

El nuncio del Papa Víctor viene a pedir en nombre del emperador Enrique, que rige el Sacro Imperio Germánico, que Fernando de Castilla se reconozca vasallo de Enrique, como todos los príncipes cristianos, y rinda parias como ellos y pague también tributo.

Esto pide el emperador apoyado por el Papa. Si la petición no viniera apoyada por el Romano Pontífice, el rey de Castilla y de León ni siquiera hubiera escuchado al nuncio. Pero el rey es católico, muy cristiano, y teme amenazas de penas espirituales y excomunión.

Sabido es que Roma gusta de mezclar a Dios en asuntos mundanos, que Dios detesta, y en politiquerías, que Dios desprecia.

En estos casos el Papa se hace sordo a la voz divina, en vano la paloma mensajera va y viene de la tierra al

cielo. El Papa esgrime a Dios, pone todo el peso multiplanetario de Dios en la balanza, ¿y qué puede contrarrestar este peso? Romper la balanza.

Arde la discusión. Los timoratos y los fanáticos aconsejan al rey Fernando someterse; los lógicos y los audaces piden que salga el nuncio en el acto de sus tierras y se vuelva a Roma.

El nuncio amenaza con que el emperador Enrique tiene listo un gran ejército y que lo lanzará sobre España con el duque Raimundo de Saboya a la cabeza, además de la interdicción y otras penas con que el Papa fulminará desde Roma.

El enviado del Papa se muestra inflexible en medio de su flexibilidad italiana y entre esos castellanos recios y duros, mezcla de carnero y de león, se mueve con la soltura de un lagarto ultravioleta.

Va y viene, se escurre, se pasea, contesta a la derecha, pregunta a la izquierda. Con argucias y sutilezas marea a los castellanos y sobre todo les hipnotiza su calva de reptil eléctrico.

¿Qué hacer? ¡Ah, si no fueran creyentes, ingenuamente apostólicos! ¡Dios mío! ¡Qué amor a Dios! ¡Diable! ¡Qué miedo al diablo!

“Demos tiempo al tiempo”, piensa el rey Fernando, y levantando la mano llama al silencio, y habla al nuncio:

—Monseñor, sois el enviado del Papa; vuestra misión en la tierra es hacer reinar la paz entre los príncipes cristianos y en sus dominios, y he aquí que habéis venido a sembrar la cizaña en el mío. Toda discusión es es-

téril: según nuestra ley, debo consultar las Cortes, y así lo haré. Esperad, pues, lo que las Cortes decidan.

Queda levantada la discusión.

Inútil creo decir que el rey trató de demorar lo más posible la reunión de las Cortes y luego andar lentamente dando vueltas al problema, buscando otras soluciones a ver si el nuncio se aburre y vuelve sin respuesta a Roma.

No tan carnero ni tan león, pero buen zorro.

MONTES DOCA

Rodrigo no ha perdido su tiempo, que no es hombre de palabras, sino de acción.

Para hacer grandes cosas están de más los discursos. Hay una sola palabra que es la buena, las otras sólo estorban. Tampoco se requieren muchas voluntades, todas sobran menos una.

Desolado vio Rodrigo la desolación que los moros iban dejando a su paso. Mostraba a sus huestes, para animarles, los campos destruidos, las villas incendiadas, y seguía la marcha.

De los caballos sudorosos subía al espacio una neblina espesa. En pos de tal jefe ni un desmayo sienten sus hombres. Se apodera de todos el mismo frenesí. Son una larga cadena electrizada en marcha hacia el Destino.

Rodrigo va galopando y sus pensamientos van galopando también con el mismo ritmo de su caballo. Pienso: “¡Ah! Si yo tuviera unos cuantos miles de hombres y si no hubiera luchas entre los cristianos, si yo pudiera

unificarlos a todos, en cuán poco tiempo limpiaría a España del invasor. España, tan hermosa, con su cuerpo desnudo destrozado por miles de alfanjes. España, España, cómo te amo, cómo te respiro, cómo te oigo. Voz adolorida, ¿qué esperas de mí? Ruy Díaz, todo lo espero de ti, tú eres mi única, mi última esperanza, el postrer promontorio de mis esperanzas. Si tú no haces nada, seré eternamente la cautiva encadenada, sangrienta. Ruy Díaz, mi fuerza eres tú, mi brazo es tu brazo, mi cabeza es tu cabeza, mi corazón es tu corazón. ¡Oh España, España mía!”. Los pensamientos de Rodrigo resbalan por sus espaldas, resbalan por el anca de su caballo, caen al suelo, se confunden, se embrollan, se iluminan, se apagan, vuelven a encenderse. “Y tú, Jimena, ¿qué haces?, ¿qué estás haciendo? Tu cólera contra mí no puede ser sincera ni durable. Niña que enloquece la vida, que embruja la luz que la rodea, que da vértigo a la noche. El mundo de tu risa es el único mundo habitable. Ríe, ríe; mi corazón llora sobre el pájaro de tu risa. Mi corazón canta sobre la pasión de tus ojos. Tus ojos, único mar navegable. La fatalidad se cogió en las redes de nuestra vida. ¡Ah monstruo, monstruo, viscoso, color de huracán, que rompió las mallas del futuro más cálido y melodioso. Jimena, Jimena mía, mi lamentación vibra a lo largo de España. España, Jimena, Jimena, España, España, España, España, Jimena, Jimena, España”. —Alto ahí muchachos. Alto.

Un campamento árabe se levanta al frente. Montes Doca, detrás del campamento, bate al aire banderas musulmanas.

Mil tiendas blancas se verguen como senos sobre el campo. Un jeque moro en su caballo blanco con su manto blanco, con la espada de luna nueva y empuñadura de oro y concheperla blanca, vigila el silencio blanco.

Visión de nieve y de espuma. Rodrigo contempla. Saliendo de un ensueño, cae en otro ensueño.

El vigía moro, allá lejos, cierra el camino con toda la altura de su turbante blanco, mete el Oriente en Europa, mete el Oriente ante sus pasos y con un sueño de Mil y Una Noches corta sus sueños.

—¡Ea! Uno de vosotros —grita Rodrigo.

Salta Martín Antolínez.

—Vete a decir a ese moro que comunique a sus cinco reyes que tienen media hora para entregarme la ciudad y volver a sus tierras. De lo contrario, les haremos volver en la punta de nuestras lanzas.

Se aleja al trote Martín Antolínez a cumplir su misión. Hay movimiento entre los moros, movimiento de turbantes y de brazos. Movimiento de banderas y de lanzas.

Prepara Rodrigo a sus hombres en orden de combate, a orillas de la batalla. En la otra orilla también se preparan. Ha pasado la mitad del tiempo y aún no vuelve el mensajero.

Hay un río de silencio entre los dos ejércitos. Martín Antolínez viene atravesando ese río.

—Los moros no aceptan el ultimátum y se admiran de semejante audacia.

—Bien —dice Rodrigo; y grita a sus huestes—: A la carga, infanzones de Vivar, y no dar paz a la mano

mientras cada uno no cuente cinco muertos a su haber. Menear fulminando el hierro insano, para que el insano entre en razón.

La columna se desprende del paisaje, veloz, vientre a tierra, y se hunde como un tren en la falange enemiga.

Retroceden los moros, empujan los castellanos. Adelante. Adelante.

El aire es una siembra de picas y de espadas. Adelante. Adelante.

Cada metro que pierden los moros lo ganan los de Vivar. El choque es irresistible, y al fin el enemigo se ve obligado a encerrarse en el castillo de Montes Doca.

Rodrigo le pone sitio. Los moros, viendo que la cosa se vuelve peligrosa, tratan de huir por una puerta posterior.

El de Vivar se da cuenta de la maniobra. Deja a Alvar Fáñez al frente de la mitad de sus hombres y con la otra mitad se lanza a la carrera hacia el otro lado.

Al verle venir los moros tratan de cerrar las puertas. Inútil intento. Ya es tarde. Rodrigo se precipita al frente de su grupo y alcanza a atropellar los batientes antes que se junten. Babieca estrella con su pecho de hierro y tira a rodar por el suelo diez moros. A empujones de caballo abre las puertas de par en par y por allí se cuelan todos sus hombres.

Adentro ya no hay más lucha. Al verse perdidos los cinco reyes prefieren capitular y entregan sus armas. Rodrigo les hace cautivos y les saca encadenados en medio de sus hombres.

Libera a los cristianos prisioneros, conquista gran botín, que reparte entre todos los suyos.

—Bien te has portado Babieca —dice Rodrigo, acariciando su caballo.

Los moros le miran con ojos alucinados. ¿Qué hombre es éste, que con tan pocos hombres despedaza a sus enemigos? ¿Qué rayo de la guerra? ¿De dónde sale este titán desconcertante y rápido?

En medio de su mesnada, Rodrigo observa el reparto del botín. Los cinco reyes moros no pueden creer en sus ojos. Aplastados, fatales, en el fondo de sus sesos arábigos piensan estar soñando, y en lo más oriental de sus células se despierta un terror sagrado, un respeto supersticioso que se comunica a todos sus guerreros, allí detrás de ellos, prisioneros también, esperando las órdenes que dé aquel muchachote imberbe, de labios de leche y ojos de infierno.

El muchacho imberbe, de pie en medio de la tarde, contempla la tarde que se quema en sus ojos, en sus terribles ojos color victoria.

Sus hombres le contemplan con veneración. Los moros lo miran con ojos de encantamiento bajo el poder de un hechizo, y sienten flotar mil maleficios en torno de sus cabezas. Se hablan en voz baja unos a otros y pasa el hechizo como un anillo de dedo en dedo.

SEIS MESES DE AUSENCIA

Van seis meses de ausencia, seis meses en que el mundo está vacío, porque nada se sabe de Rodrigo. Seis meses en que la vida está sin vida, allí, tan cerca de

la epopeya, porque todos ignoran lo que pasa a unas cuantas leguas. La oscuridad al borde del sol.

Jimena, asomada al balcón de sus pupilas, mira caer las tardes. Las tardes de seis meses, unas tras otras, han ido a morir en olas mansas a la orilla de sus pestañas. Envuelta en el terciopelo de su amargura, ha sentido pasar la vida sin saber de nada, sin querer saber de nada.

Nadie tiene noticias del que partió a la guerra.

En la casa solariega de Vivar el silencio espera con los brazos abiertos. Un pájaro épico ha pasado volando dos veces a gran altura. Nadie lo ha visto.

Diego Laínez aguarda inquieto, con un fondo de confianza detrás de su inquietud. Teresa Álvarez aguarda inquieta, con un fondo de angustia detrás de su inquietud.

¿Hasta cuándo esperar?

¿Qué hay al otro lado de esta espera?

“Tened fe en mí. Es lo único que pido, es lo único que exijo”, parece decir una voz que sale de todos los árboles y de todas las piedras de Vivar. ¡Cómo se parece a la voz de Rodrigo!

Aparece un punto en el horizonte. Un punto que parte en dos las lejanías. Un instante se queda prisionero entre las dos mitades. Luego se desprende y avanza, avanza.

Avanza, se agranda. El punto es una línea, la línea es un volumen. Avanza cortando el aire, creciendo en los ojos. El volumen es una forma. La forma es un hombre corriendo en su caballo.

Los corazones reconocen lo que los ojos aún no dis-

tinguen. Es un guerrero de Vivar. Uno de la hueste de Rodrigo, uno que vuelve. Acaso un emisario.

Salen las gentes de todas las casas. Un grupo inmenso se forma frente al solar de Rodrigo, y entre todos se destaca la figura heráldica de Diego Laínez.

¿Qué noticias trae el emisario?

¿Trae en los labios la victoria o la derrota? ¿Trae la vida o la muerte?

¿Y si no es un emisario, sino un sobreviviente?

—No, no es posible. Viene a un galope de triunfador.

Se acerca. Ya llega. Sólo faltan unos cuantos metros de duda. Pero la mano que se agita en el aire gritó:
¡Victoria!

—¡Victoria! ¡Victoria!

Una avalancha de hombres, mujeres, viejos y niños, un enorme bloque de espaldas y cabezas con las manos en el aire se precipita sobre el emisario a arrancarle la primera frase de los labios.

—Vencimos —dice el mensajero, y saltando de su caballo, cubierto de polvo y epopeya, entrega a Diego Laínez un pliego de Rodrigo.

El viejo con los dedos heroicos abre el pliego y lee en voz alta sobre la eternidad:

“Padre: Loado sea Dios. Llegué. Mire. Triunfé. Traigo cautivos cinco reyes moros. Vete a esperarme a Burgos, allí llegaré mañana antes del mediodía. Soy fiel vasallo y a mi rey debo ofrecer primero estos cautivos. Si el rey no los acepta, te proclamaré a ti rey de las tierras que posees y de las que he conquistado, y a ti

rendirán vasallaje los cinco reyes prisioneros y a ti pagarán tributo”.

El entusiasmo entre todos los oyentes llegó a tan alto, que estalló en silencio, en un gran silencio de laurel y de mármol.

Todos se abrazaban llorando. El nombre de Vivar otra vez subirá al cielo en el pecho de la alondra del Destino. Todo Vivar era un solo abrazo, un solo corazón, llevado en andas a todos los hogares.

La alegría de Diego Laínez caía en gotas luminosas de sus ojos, caía sobre su mujer, caía sobre sus hijos, caía sobre su pueblo, caía sobre sus tierras.

Teresa Álvarez se desplomó de rodillas ante una imagen de la Virgen y envuelta en una oración y en un sollozo voló fuera de la atmósfera terrestre.

CAMPEADOR CID

En Burgos, la discusión que trajo el nuncio entre sus pliegues episcopales y morados como una manzana rellena de discordias, afiebra las cabezas y enronquece las gargantas.

Estalló la manzana en medio de la asamblea y los gusanos se debaten en el suelo, se enredan en los pies.

¡Ah! La manzana. Mirífico fruto de crepúsculo. Desde los tiempos de Adán hasta hoy, este fruto no nos ha traído nada bueno, y mucho me temo que esconda

todavía en su bolsa más de alguna desgracia imprevista. Porque la manzana es un fruto de engaño y de trampa, aliado de serpientes, enemigo del hombre. Durante miles de años escondió en sus adentros las leyes de la gravitación universal, y se necesitó toda la audacia de un hombre de imaginación para arrancárselas.

Manzana. Fruta equívoca, balanceando entre fruto y legumbre, tan patata, que la lengua francesa sólo la distingue de la otra por su posición en el espacio. *Pomme de terre* en vez de *pomme* a secas.

No aprecio la manzana, porque me turba lo indeciso. O fruta o legumbre, no vacile usted más; ¡qué diablos!

En mi imaginación la veo cerrándonos las puertas del Paraíso con toda la fría redondez de su forma redonda. Redonda como la Tierra, como el aburrimiento, como la malicia.

La empuñadura de la puerta del Paraíso es una manzana. Una manzana aceitada, resbaladiza, tan aceitada, que no hay forma de hacerla dar vueltas.

Tengo por cierto que haciendo un agujero a una manzana y mirando al interior con un microscopio, un buen microscopio, y con mucha atención, se vería aún a Adán y Eva con sus caras de bobos, hipnotizados por el árbol de la fatalidad.

Así, nada tiene de extraño que, siguiendo su tradición, la manzana que el nuncio trajo a Burgos tenga revuelto a todo el mundo.

Se debaten los prelados, gritan los teólogos, chillan los juristas, se encolerizan los nobles y la palabra *excomunión* cada cinco minutos cae como una bomba y deja

temblando todas las piernas, desde las del rey hasta las del último escribiente.

La atmósfera se hace pesada, irrespirable de súplicas y amenazas. Va a estallar la tempestad y en los hábitos del nuncio se ven reflejos eléctricos. Rayos y relámpagos se preparan, se entrenan para salir al medio.

Felizmente en ese instante un vocerío que viene de afuera hace callar todos los labios.

El vocerío crece, aumenta, engorda. Airado el rey se precipita a sus balcones. Se asoma del interior con gesto airado..., y vuelve al interior el rostro abierto en una larga sonrisa monárquica.

Afuera el pueblo se aparta como en dos orillas al paso de un río. Al medio, Rodrigo Díaz y los hombres de Vivar, envueltos en aullidos de victoria, vienen entrando al palacio. Todos visten oro y seda, Rodrigo viste armas de sol; todos espadas ceñidas, Rodrigo estoque de luz; todos con lanzas al cielo, Rodrigo la lanza más alta entre su guante mallado; todos sombreros muy ricos, Rodrigo un casco de aurora bajo un bonete arrebol. En ese instante es él el punto más luminoso del firmamento.

Diego Laínez, que se ha adelantado a los suyos, ya está junto al rey.

—Rey Fernando —dice el viejo—, ahí tenéis a mi hijo de vuelta de su campaña, con cinco reyes moros prisioneros y un gran ejército de cautivos.

—Que venga a mí —exclama el rey—, que venga a mis brazos ese Ruy Díaz, que venga ese diablo y león bravo.

Volviéndose al embajador del Papa, el rey agrega:

—Mirad, monseñor; he ahí lo que hacen mis hom-

bres contra el infiel, mientras vos venís de Roma con frases de lucha entre cristianos.

Bajo un halo de admiración, Rodrigo avanza hacia el rey, y al besarle la mano, le dice:

—No me tengo por honrado en besar mano de rey; al besar la de mi rey, sí me siento muy honrado.

—Ven a mis brazos, Rodrigo —responde el rey—. Un vasallo como tú no es vasallo, sino sostén, columna de un trono, ornato de una corte.

—Señor —exclama Rodrigo—, os he traído cinco reyes tributarios por un conde que os maté.

—Cinco reyes tributarios —repite el rey—, ahora que el emperador Enrique, apoyado por el Papa, me manda una embajada pidiendo tributo y parias.

—¿Qué decís, señor? —grita Rodrigo—. ¿Castilla parias, por qué?

—Dice el Papa que todo el mundo cristiano las rinde y las paga a Enrique. A ver tu consejo, Rodrigo. Bien puede hablar quien cinco reyes trae a su rey. Habla; ¿qué piensas?, ¿qué dices?

—Que esta tierra que ganaron a espada y lanza nuestros abuelos es libre y por lo tanto no debe parias a nadie. Dar parias, pagar tributo, significa reconocer otra soberanía, aceptar esclavitud. Yo no acepto otro rey que vos, a quien de buen grado he reconocido tal. Mas si vos aceptáis rendir parias al extranjero, yo dejaré de ser vuestro vasallo y me iré por mi cuenta a conquistar tierras de moros.

—Dice el nuncio —objeta el rey— que el Papa es el rey de los reyes y el señor del universo.

—De sus almas —responde Rodrigo—, no de los terrenos.

—Sostiene el emperador que cobró parias en otros tiempos.

—Los que entonces las pagaron con aquel tiempo se fueron. Que repita el nuncio en Roma que decimos en Castilla que Papa y emperador son aquí extranjeros y nadie les dará tributo.

—Tiene razón Ruy Díaz —dice el rey.

El nuncio se levanta y amenaza:

—La cólera del cielo caerá sobre vosotros.

Rodrigo, rojo, irritado, brama:

—La cólera del cielo no está en vuestras manos, sino en las manos de Dios. Soy cristiano, vengo de pelear por Cristo y mañana por Cristo volveré al campo, y en su nombre ofreceré al enemigo mi cabeza; pero esta cabeza que doy por Cristo no se dobla a ningún yugo. Yo no entiendo de discursos, sólo sé que no he nacido esclavo y que esclavo no seré; no sé de argucias, soy hombre de campo y sé campear y en el campo defender mi libertad.

Al oír estas palabras un docto se levanta y en tono despreciativo le lanza a la faz como un guante melifluido:

—El mancebo confiesa que no entiende una palabra de lo que aquí tratamos. No es docto, no le gustan los libros; le gusta campear, es campeador.

—Es campeador —ríe el nuncio en carcajadas de vidrios rotos.

—Es campeador —va de boca en boca, entre los timoratos que no tienen más fuerza de defensa que su ironía.

—Es campeador —resbala entre los labios untuosos de la envidia.

—Soy campeador —grita Rodrigo, cogiendo la burla al aire como una piedra, aceptando orgulloso el calificativo y lanzándolo al firmamento—. Soy campeador, y vosotros, raza de siervos, ¿qué sois? Soy campeador y os demostraré en el campo lo que esto significa.

Y la palabra de la burla en sus labios se dignifica, se dora, brilla, relampaguea, se hace blasón, se hace estrella.

—Es campeador —dice el rey—, y por serlo será en mi corte el primero.

Rodrigo se yergue fieramente y sus labios aún parecen saborear la palabra de la ironía: campeador. ¡Qué voluptuoso sabor da a su garganta esa palabra! Mirando al rey agradecido, agrega con los labios aún gustosos del adjetivo:

—Rey Fernando, enviad al Papa vuestros doctos que lo convenzan de su error y enviadme a mí con diez mil guerreros a convencer al emperador. Veremos quién hace más si un campeador o diez doctos.

—Irás contra el emperador, te concedo diez mil hombres, y luego tú mismo irás a hablar con el Papa. Serás campeador y docto. Campeador te has mostrado insuperable y docto más que todos estos otros. Tienes la ciencia del alma, la ciencia pura del campo, la ciencia del buen sentido, la única que siempre encuentra la palabra verdadera, sin enredos ni artificios, cuadrada como piedra de monumento.

—Señor, mi brazo es vuestro, mandad en él —res-

ponde Rodrigo—; mi espada sostendrá vuestro honor y el honor de Castilla, contra todos los pueblos de la tierra.

Un momento la asamblea queda en suspenso, y de repente el entusiasmo, tomando todas las manos, libertando las manos de las cabezas, prorrumpe en un solo aplauso, unánime, compacto, en un aplauso de hoguera.

El rey y Diego Laínez se abrazan emocionados, como si ambos fueran padres de tal hijo.

Aprovecha el instante Rodrigo para decir al rey:

—Este asunto se ha acabado, señor; Dios dirá pronto la última palabra. Por el momento bajemos al patio, donde quiero presentaros los cinco reyes cautivos que serán vuestros vasallos y toda la tropa mora que bese el suelo ante vos.

—Bajemos, Rodrigo; vamos, mi campeador, a ver tu presa guerrera y contemplar tu gran triunfo.

Al ver al rey y a Rodrigo bajando las escaleras, el pueblo, arremolinado en torno de los guerreros de Vivar y de sus cautivos, prorrumpe en un griterío de entusiasmo que levanta el cielo mil metros más de su altura habitual.

Rodrigo presenta al rey sus nuevos vasallos y los cinco reyes cautivos inclinan ante el rey todo su Oriente esplendoroso, sus frentes llenas de *Corán*, sus ojos de mil mezquitas, sus corazones de mil huríes.

—¡Viva el rey! ¡Viva Rodrigo!

—¡Viva Rodrigo! ¡Viva el rey!

Y una voz extraña se oía entre las otras voces:

—¡Sidi, Sidi, Sidi Rodrigo! ¡Viva el Sidi Rodrigo!

Esta voz ya la habían oído en el campo los soldados

de Vivar, la habían oído cuando volvían con los cautivos. La habían oído entre el polvo del camino.

¿De dónde salía? ¿Qué significaba? Salía de las piedras, brotaba de la tierra y ellos iban repitiéndola sin entenderla. Cid Rodrigo. Cid Rodrigo. Se les había pegado al corazón, se les había aferrado a la lengua, como las lianas de los árboles de donde nacía. Cid Rodrigo. Cidi. Cid.

¿Quién fue primero en proferirla?

Imposible saberlo. Ninguno de ellos lo sabía; se encontró de repente sobre todos los labios.

¿Nació de la tierra? ¿Cayó del cielo?

Imposible saberlo. De la tierra y del cielo, de las piedras y los árboles, del polvo y del aire. Nació de todas partes al mismo tiempo. Llenó el espacio como la luz.

—¡Viva el rey! ¡Viva Ruy Díaz! —seguía el griterío.

—¡Viva el Cid! ¡Sidi Rodrigo! ¡Viva el Cid! —La palabra persistente sobresale entre todas, levanta la cabeza por encima de todas.

—¿Qué significa Cid? —pregunta el rey—; ¿qué significa esa palabra Cid?

Una voz docta y anónima responde:

—Significa señor. Señor en árabe es *sidi*.

—Y bien, puesto que así te llaman tus vencidos —dijo el rey— y que tal nombre suena a triunfo y a mascota, desde hoy todos te llamaremos Cid. Ya sabes, mi campeador, mi orgullo, mi capitán, desde hoy te llamas Cid.

Levantó Rodrigo la cabeza al cielo como para recibir el bautismo. La levantó alta, tan alta que las nubes

le rodearon y un dedo sagrado escribió en su frente: Cid.

—Hermoso nombre tiene mi campeador —repetía el rey.

Cid. Cid. Cid Campeador.

Desde ese momento Rodrigo Díaz de Vivar se llama el Cid Campeador y con este nombre se sienta sobre la creación.

Y así de una palabra brotada de la ironía y otra nacida del seno de la tierra, del alma oscura y confusa del Destino, se formó el nombre más extraordinario y singular de la epopeya: Cid Campeador.

El corazón de España se dilata a ese solo nombre y se hace universal.

Ungido, transfigurado, Rodrigo se yergue sobre los talones de los más altos montes. El rey lo besa en la frente como para consagrar el bautizo, y elevando los ojos al cielo ambos pasan en un vuelo inmenso sobre la tierra.

Hay un ruido de palmas, hay un rumor de versos. Rodrigo entra como un gran barco en la gloria.

La multitud se hace una sola garganta para gritar:

—¡Viva el Cid Campeador!

España se hace un solo eco para repetir:

—¡Viva el Cid Campeador!

El nombre sube, sube al espacio, se condensa, se electriza y vuelve a caer sobre la tierra en lluvia de heroísmos.

—¡Viva el Cid Campeador!

Una bandada de golondrinas pasa volando, pesca el nombre al vuelo, y va a repetirlo por todos los rincones del mundo:

—Mío Cid, Mío Cid —van chillando las golondrinas.

España se agranda de todas las leguas de esta palabra.

Así el nombre Cid brota repentino de los poros de la tierra y se encuentra instalado sobre todos los labios, cantante como un árbol de luz. Nace, crece, sube al cielo, se multiplica, se hace selva, invade las llanuras, cruza los ríos, traspone las cordilleras, cubre a España, salta las fronteras y los mares, llena a Europa, desborda del mundo, crece, crece, asciende, asciende, y se para arriba en el cenit, hinchado de esperanzas.

Historia y Geografía se obsesionan con su nombre. Cid hacia el norte, Cid hacia el sur, Cid hacia el este, Cid hacia el oeste. La rosa de los vientos huele a Cid Campeador.

Sobrepasa todas las banderas y todos los pájaros. Hace un ruido de mil banderas y de mil pájaros.

Abajo todos contemplan, llorando, arrodillados. Un millón de cabezas son un ramo de ofrenda.

El heroico nombre, enredado en laureles, forma un nido de águila en el punto más alto de la Historia, dando a la Historia vibraciones de poema. Allá en la eternidad, anidado en las cuerdas de un laúd.

CID. CID. CID.

Campeador.

CID CAMPEADOR.

Una alondra sale disparada como un cohete y estalla cantando sobre España.

FANTASÍA IMPERIAL

El duque Raimundo de Saboya marcha sobre España. Este es el resultado de la respuesta que el nuncio llevara a Roma.

Furioso el emperador, preparó un ejército de doce mil soldados escogidos. Mucha caballería, soberbia infantería. Lo más selecto de sus tropas alemanas, con su mejor estratega a la cabeza: Raimundo de Saboya.

Los españoles son nueve mil. Unos pertenecen al rey, otros al Cid. Rodrigo manda todo el ejército. Alvar Fáñez y Martín Antolínez son sus segundos.

Los alemanes vienen cantando el *Deutschland übe alles*. Avanzan por los caminos y nuevos paisajes oyen diálogos en lengua incomprensible. Desde Roma, el Papa los salpica con bendiciones, los empuja con plegarias.

Y las tropas alemanas avanzan en buen orden. Una maquinaria de doce mil hombres en marcha hacia España, aplastando arbustos, levantando tierra. Un, dos; un dos; un, dos. Tic, tac, tic, tac. Se diría que desde entonces el reloj del tiempo tomó un ritmo sacro-germánico y militar.

Del otro lado los nueve mil españoles llenan los campos de lanzas y de risas. Van al encuentro del enemigo el corazón blindado y la boca llena de chistes y de longanizas. Nueve mil españoles, nueve mil chistes malos por minuto, esos chistes malos que se celebran más que los buenos, porque se presentan humildes, sin pretensión, se dejan caer de los labios escurriéndose como

monos miedosos. Nueve mil chirigotas avanzan relucientes de heroísmo e inconsciencia al encuentro del *Deutschland über alles*, grave y solemne en doce mil gargantas de órgano y de selva.

El aire se hace comestible con un olor a sobreasada y a jamón serrano que sube de los bolsillos.

Al frente de sus tropas el Cid va pensando en Jimena. Antes de partir él quiso verla y ella se negó. Le envió a decir que le había perdonado, pero que jamás volverían a estar frente a frente. Sin embargo, él sabe que ella le ama aún y que sufre tanto como él.

Babieca, como si adivinara los pensamientos de su amo, vuelve la cabeza y relincha hacia España.

El Cid se despierta de sus ensoñaciones. Sacude la melena, piensa en la batalla que va a librar. Todo en vano, Jimena está allí de pie en el camino, delante de él. Torna la cabeza, Jimena está allí en el camino detrás de él. Jimena está de pie adentro de sus ojos. No hay modo de librarse; ella tiene la forma de sus miradas.

Vencido el vencedor, inclina la cabeza y se resigna.

El camino ha sido largo, van muchos días de marcha y, sin embargo, ella le ha seguido sin desmayo. El recuerdo va al tiempo de su paso, con la fidelidad de un perro amigo. Al trote, si él trota; al galope, a la carrera, al paso, si él va al paso, a la carrera o al galope.

Apenas han pasado el puerto de Aspa los dos ejércitos se divisan.

Allá a lo lejos brillan los ojos estrategas de Raimundo de Saboya en medio de sus barbas y de sus doce mil soldados.

El Cid se detiene con el corazón pesado de amor y sus miradas de ángel decidido se encuentran a mitad de camino con las miradas de su rival. Al choque de estas dos miradas, la una fría de ciencias y estrategias, la otra cálida de pasión y de destinos, se produce la corriente y estalla una enorme centella.

Y otra vez entre los dos ejércitos frente a frente se abre paso el río de silencio.

Al otro lado flamean las banderas imperiales; a este lado las castellanas. Se diría dos bandos de gallos con las alas abiertas.

Dice el Cid.

—Tú, Alvar Fáñez, con tus hombres, a la derecha. Tú, Martín Antolínez, con los tuyos, a la izquierda. Yo al centro, frente a los míos. Y sobre todo no os mováis hasta que yo os lo ordene.

En aquel tiempo los generales marchaban al frente de sus tropas y peleaban a sable limpio, como el mejor de sus soldados, más que el mejor de sus soldados. No como hoy, que los generales dirigen las batallas desde atrás, mirando la muerte con anteojos, dando órdenes por teléfono, inclinados sobre un mapa y marcando puntos con banderitas de papel. Un cigarro en la boca y una bolsa de agua caliente sobre el vientre. Una sonrisa diabólica desenvainada en los labios y una espada beatífica envainada en la cintura.

En ese entonces se peleaba cuerpo a cuerpo en una fantasmagoría de alaridos y de lanzas. Eran guerras de soldados y no de químicos, guerras de músculo y bravura, no de cálculo y geometría.

Brillan al sol las corazas y los escudos alemanes. Brillan al sol los escudos y las corazas españoles. El sol se reparte en reflejos iguales por ambos lados. Se diría una tromba de espejos.

Los dos ejércitos se toman el pulso.

El Cid espera, quieto, sereno, entregando su corazón a su estrella.

La primera columna alemana se desprende y marcha compacta y maquinal hacia adelante.

El Cid espera.

Vienen avanzando los alemanes en filas de cuatro en cuatro.

El Cid espera.

Apenas la columna enemiga llega a cien metros de distancia, el Campeador levanta la espada y rompe a la carrera con los suyos.

En una carrera desenfrenada, arrolladora, cae sobre el enemigo, y en el tiempo que dura el canto de un mirlo, lo deshace por completo. No queda uno en pie.

Vuelve el Cid Campeador con todos los suyos a su campo a esperar en la misma posición que tenían antes del encuentro.

Raimundo de Saboya juzga que esto es buen signo y que los españoles no tienen grandes fuerzas, y lanza una segunda columna.

Igual movimiento de los españoles, igual choque, igual derrota de los alemanes.

El de Saboya frunce el cejo y destaca una tercera columna.

Tercera embestida, tercer choque, tercera derrota.

El campo está lleno de cadáveres, las piedras parecen pequeñas islas en lagos de sangre.

Mide el Campeador las fuerzas contrarias, en una rápida ojeada de golondrina, y al ver que el grueso de las tropas alemanas vienen al trote hacia los suyos, hace una señal a Alvar Fáñez, otra a Martín Antolínez, y suelta su derecha y su izquierda a todo tren contra el enemigo.

Pescarlos en el medio y encerrarlos.

Vacilan los germanos. Tarde comprende Raimundo de Saboya la maniobra. Golpeado por ambos flancos, ya es imposible volver atrás.

Es el momento que aguarda el Cid para lanzarse con sus vivareños al medio de la hoguera.

Hecho un endemoniado, el Campeador reparte golpes a derecha e izquierda, corta cabezas, rompe brazos, parte pechos con armadura y carne. Babiéca salta, cocea, pisoteando cuerpos, salpicando sangre.

Y el Cid se mete, se mete entre el ramaje tupido de lanzas, avanza en medio del cuerpo enemigo, los ojos hipnotizados por la bandera sacro-germánica que flota en el centro. Avanza, nada se le resiste. Los pechos de piedra de Babiéca se abren camino entre las olas humanas. Avanza. Llega junto a la bandera, de un salto la coge, de otro salto echa a tierra al saboyano, le hace apresarse por sus hombros y asomando la cabeza sobre las nubes grita con voz de trueno:

—¡Victoria! —y bate la bandera enemiga en su mano.

Los alemanes, al ver a su jefe prisionero y su bandera en manos de aquel ángel fulminante, levantan los brazos pidiendo paz:

—*Camarade! Camarade!*

El Campeador, ebrio de su propio grito, sigue gritando:

—Victoria. ¡La victoria es mía! —y vuelve a su campo con la bandera enemiga, que el viento despeina como una cabellera.

Iluminado, radiante, esbelto, alto de una victoria más, sonríe al Romancero.

Así los generales de aquel tiempo pescaban la Victoria de los cabellos y la arrastraban de fuerza a su campo. No flirteaban con ella como los generales de hoy, ni le enviaban misivas perfumadas...

*

No habían tenido tiempo aún los castellanos de saborear el triunfo cuando los franceses se dejaron caer sobre ellos.

Aliados del Sacro Imperio Germánico, venían a prestar ayuda a los alemanes. En el fondo, los franceses venían de mala gana y sólo por cumplir un pacto.

No era muy simpático el emperador al rey de Francia y una larga rivalidad separaba sus almas.

Venían los franceses con el vientre lleno de *chansonnets* y de burdeos.

Los jefes traían la lanza en la mano derecha y una botella de *champagne* en la izquierda. Los soldados traían la lanza en la mano izquierda y una botella de *Château-Margaux* en la derecha.

Los castellanos bebían un sabroso mosto sin nombre.

Subió al cielo un relente de vino y los llanos empezaron a bailar y a tambalearse al ritmo musical y vinícola.

Al divisar a los españoles, en las filas francesas hubo un rumor. Se escondieron las botellas como por encanto, en el fondo de un saco misterioso; se cortaron las canciones a medio verso sobre todos los labios, brillaron las lanzas y las espadas y picaron las espuelas.

Cayó el ejército francés como un rodado de rocas sobre los castellanos y leoneses.

—¡Hidepucha! —gritó el Cid—; los franceses ahora.

Apenas tuvo tiempo de poner atrás sus prisioneros, bajo buena vigilancia, y de ofrecer el pecho al choque.

Esta llegada repentina de los franceses casi fue un Waterloo. Felizmente no hubo *calembour* y el pájaro de la inocencia, el ángel primitivo y directo que protege a los puros, protegía al Campeador.

Deshizo a los franceses como había deshecho a los alemanes. Entró en ellos como un energúmeno y sus tropas hicieron gran destrozo.

El capitán de los franceses se batió lo mismo que un león, pero nada pudo contra el Cid.

Apenas alcanzó a gritar: “Merd...!”, y cayó al suelo con la garganta tronchada; la e vino a pronunciarla en el otro mundo, frente al Supremo Juez.

El Cid, que tenía ya muchos prisioneros alemanes, dejó en paz a los franceses que quedaban en pie después de la batalla y volvió a su campo batiendo al aire otra bandera enemiga.

Iluminado, radiante, alto de dos victorias más, em-

prende el camino del retorno con el duque Raimundo de Saboya prisionero.

FANTASÍA PAPAL

Cuando el emperador y los reyes cristianos vieron la carnicería que hizo el Cid en sus tropas, imploraron al Papa para que escribiera al rey Fernando que llamara al Cid a Castilla.

La fuerza del Campeador es irresistible, nada queda en su pie frente a él. Vale más inclinar la cabeza y dejar caer las coronas de esperanzas y ambiciones.

El Santo Padre convoca a un Concilio en Roma y cita a todos los príncipes cristianos o a sus representantes.

Obediente el rey Fernando, envía al Cid acompañado de varios caballeros de su mejor nobleza.

Atraviesan la Cataluña, pasan los Pirineos, galopan toda la Costa Azul, entre un perfume de flores clásicas y de mar, tan cantado por poetas, que las olas tienen un ritmo de verso griego, las flores un olor de verso latino.

Cuando el hambre aprieta y aprieta la fatiga a los caballos, hacen un alto, toman aliento y siguen otra vez la marcha.

En Barcelona se comen unas butifarras con monjetas. En Marsella una succulenta *bouillabaisse* regada de ricos vinos de Francia, vinos que hacen bailar las barbas y los ojos entre chasquidos de lengua dignos de los más famosos mosqueteros, esos chasquidos que son chi-

cotazos que da la lengua al vino, para extraerle todo su sabor, arrancarle toda su sangre.

Y de nuevo sobre los caballos. La primera media hora de la digestión al paso, luego al galope.

Bandadas de pájaros vuelan en el aire, juegan sobre sus cabezas, saltando de vez en vez pequeños paquetes de excremento como radiogramas del cielo. Ríen, chillan, llenan la atmósfera con sus diálogos asoleados y se dejan caer sobre su alegría en grandes resbaladas de patines aceitados.

El Cid los mira embobado, con el alma llena de contentamiento, de salud y amor. ¡Qué dulzura hay en la naturaleza de estas regiones! Todo es buen presagio, piensa y sonríe como los pájaros, como los árboles, como las piedras.

Al llegar al sitio que hoy ocupa Montecarlo, había gran tumulto de gentes en la playa. Un velero griego estaba anclado al frente y tres atenienses habían bajado a tierra y extendido sobre la ribera un tapiz verde llamando a las gentes a jugar con unos dados.

Los castellanos se acercaron a ver lo que pasaba. Miró el Cid perder a todo el mundo y luego pidió los dados. Los sacudió en sus manos y los lanzó sobre el tapiz. Rodaron los tres dados en un ruido de destinos y de fortunas deshechas, y se pararon en seco. Tres seises.

—Amigos —dijo el Cid a los suyos—, ganaremos en Roma; Dios está por nosotros.

Y luego, mirándose espantado a sí mismo, rehaciéndose colérico de su debilidad, dio un puntapié al tapiz, a

los dados y a la caja de los dineros, y lo echó todo a rodar lejos.

¿Qué significa esta atracción de probar el azar? ¿Va a ser éste un vicio de la raza? Él, que sentía llevar adentro de su cuerpo a toda España, tembló.

—Dejemos para otros este gesto imbécil —rugió—. Adelante, amigos.

Los tres griegos se quedaron mirándolo estupefactos y algo en el fondo de sus cerebros seculares dijo una palabra hacia el Olimpo.

Cae la tarde. Siguen su marcha los castellanos. Ascenden unos montículos de los Alpes, lentamente entre rocas y árboles duros, y antes que se ponga el sol llegan a la cima del último montículo. Esbelto en su caballo, envuelto en los rayos rojizos del ocaso, el Cid aparece sobre Italia.

Mira un momento las tierras que se extienden a sus plantas y luego se deja resbalar hacia Roma en el vaivén de un largo galope, llevando a la grupa un olor de violetas de Parma.

Galopan toda la noche. No hay tiempo que perder. Italia ondula como un puente al ritmo del galope. Una luna italiana brilla en el cielo pontifical. Y ellos avanzan hasta quebrarse de cansancio. Se detienen un momento y embelesados contemplan el paisaje.

Un gallo dormido en el sombrero de un soldado florentino se despierta y canta como un tenor.

El Campeador se sacude el cansancio, se seca el sudor, palmorea a Babieca y parte decidido, liviano de confianza, a cumplir su misión.

Durante toda la noche, bajo una magnífica luna de Carrara, entre una mandolina al sur y una góndola lírica al norte, se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del deber.

Contadas las jornadas llegan a Roma.

Desde el primer momento el Campeador se sintió mal en aquella corte adulatora, palaciega y sensual.

Demasiado aparato externo y poco valer interno. Mucha apariencia, escasa realidad. Riqueza de vestuario, pobreza de cuerpo.

Comedia. Comedia.

El prefería la corte de Castilla, de hombres sinceros, rudos, bárbaros caballerosos, capaces de exponer el pellejo en todo momento y por cualquier cosa, sin esconder el alma detrás de frases dulzonas y fementidas.

No se jugaba al *esprit* ni al flirteo en aquella corte. Esos hombres sabían violar, pero no sabían flirtear ni fabricar bellas frases.

Miró, comprendió y juzgó.

“No hay aquí justicia ni amor a la justicia —pensaba—; no hay autenticidad ni amor a lo auténtico. Hay sólo conveniencias y amor a la conveniencia. Todo es materia comprable y vale más aparentar sin valer, que valer sin aparentar”.

Cierto es que en España la cosa no anda muy bien tampoco. La justicia está lejos de realizar un ideal. Cierto que hay abusos, cierto que hay quienes roban propiedad que no les pertenece y quienes usurpan y ostentan hasta títulos que pertenecen a otros, burlando el respeto a las leyes y aun a la propia dignidad; pero, a pesar de todo,

allá hay más substancia de realidad, de cosa tangible y no aparente.

Allá puede sentirse a veces indignación, aquí se sienten náuseas.

Pocos días después, en la Iglesia de San Pedro, el Papa Víctor preside rodeado de su corte y sus cardenales, en un cuadro sagrado, solemne, color vitral.

Príncipes y caballeros llegan a besarle la mano.

Cuando el turno toca al Cid, ve junto al trono del Papa las siete sillas de siete reyes cristianos. Ve la del rey de Francia junto a la del Santo Padre, y la del rey, su señor, un estado más abajo. Al verlas palidece.

Llégase junto al Papa, hinca una rodilla en tierra y le besa la mano, diciendo:

—Este homenaje es a vos, Santo Padre, del caballero al rey de las almas.

Luego se levanta, echa a un lado la silla del rey de Francia y pone allí la del rey Fernando.

—Este homenaje es a mi rey —dice—, del vasallo a su señor.

Al ver esto un duque se acerca al Cid, exclamando:

—Maldito seas, castellano, que el Papa te excomulgue. Has insultado a un rey, el mejor y el más glorioso.

Le mira el Cid de alto a bajo y responde:

—Dejemos en paz a los reyes, duque, y si vos os estimáis ofendido, debatamos la querella entre los dos.

Se acerca al duque y le da un repujón que casi lo echa a rodar al suelo y lo deja muy callado.

Al saber esto el Papa, descomulga al Campeador. El Cid se prosterna ante él.

—Absolvedme, Papa —dice—; si no el Romancero os censurará hasta el fin de los siglos.

El Papa, que es hombre cuerdo y que adivina en Rodrigo, bajo el cuerpo de muchacho indomable e impulsivo, un alma sana y sencilla, no vacila un instante y responde:

—Yo te absuelvo, Rodrigo; te absuelvo de buen grado a condición que aquí en mi corte te muestres siempre cortés y medido. Domina aquí tus nervios y deja para las batallas esos arranques bárbaros.

Rodrigo se retira contento y contento sonríe al mundo.

En los días sucesivos se muestra más respetuoso. Cada vez que el Papa toca el punto escabroso del emperador Enrique o cualquier otro concerniente a España, el Campeador sólo responde:

—Sin ayuda de nadie nuestros abuelos conquistaron sus tierras. Sin ayuda de nadie nosotros peleamos contra los moros, y sin ayuda de nadie seguiremos peleando. ¿Qué puede pedirnos quien no nos ha ayudado, quien no nos ayuda y no nos ayudará?

De esta respuesta no lo saca nadie. No sabe responder otra cosa, no quiere responder otra cosa.

Tan bien lo hizo, que a fuerza de repetirla, la verdad de su respuesta llegó a imponerse a todos, y viendo que era imposible sacarlo de adentro de su verdad, nadie insistió más.

Visitó los monumentos magníficos de la ciudad y emprendió la vuelta a Castilla con su causa ganada, que habría perdido seguramente si hubiera entrado en lar-

gos alegatos de juristas, en sabias discusiones de docto, en sutilezas de teólogo.

Y el Cid Campeador se alejó pensando: "Podrá estar aquí el solio de Dios, podrán estar aquí las llaves del cielo; pero Dios está en España, la puerta del cielo está sobre los Pirineos. Prefiero Santiago a San Pedro. Este lloró, pero negó a Cristo tres veces; aquél no lloró, pero no lo negó ninguna".

Y el Papa se quedó pensando: "Prefiero ese muchacho bueno y exaltado, rudo y violento, cándido y subversivo, a todos los tibios y atildados que me rodean. De aquél puedo esperar todo; de éstos no puedo esperar nada".

EL CASTILLO DE LOZANO

Los únicos que habían aprovechado las discusiones y peleas entre cristianos eran los moros. He aquí cómo la ambición romana favorece a veces a los hijos de Cristo.

Los moros volvieron a la carga. Entraron por Castilla desbaratándolo todo a su paso, pillando e incendiando.

Al llegar el Cid a Burgos se encuentra con que el rey lo está esperando para salir contra los invasores.

La corte y el pueblo lo reciben en triunfo. El rey lo abraza y no le permite hincar una rodilla en tierra al saludarlo. Mil coronas caen sobre su cabeza desde todas las almas, y el pueblo en delirio aplaude a su héroe, al

hombre que no sólo sabe triunfar con la espada sino también con la palabra.

El pueblo ha encontrado quien le estremezca, quien lo saque de lo habitual y dé alimento a su espíritu y a su imaginación. El pueblo adora en Rodrigo la fiesta maravillosa de sus propias vibraciones, adora en él su hambre de grandeza, su sed de realizarse.

El Campeador, él solo, es el espectáculo de España.

Al salir de los festejos del palacio, una noticia salta a recibirlo en la punta de su lanza. Los moros están sitiando el castillo de Lozano, y Jimena hace dos días se defiende adentro heroicamente con un puñado de asturianos.

Saberlo Rodrigo y temblar de pies a cabeza, todo fue uno.

Rápido como el rayo reúne cuarenta lanzas. Llama a sus amigos Martín Antolínez, Muño Gustioz, Alvar Fáñez, Per Vermúdez y saltando de la mesa a los caballos, vuela con ellos hacia el castillo.

Envía recado a su padre y a su tío Arias Gonzalo para que le preparen más gente por si llega el caso de verse obligado a hacerlos llamar. Todo lo prepara, nada olvida, sólo se olvida de sí mismo. En su carrera vertiginosa se deja atrás él mismo.

El sol angustiado se retuerce moribundo y se hunde en aguas lejanas con los ojos enrojecidos de tristeza.

Se nubla el cielo, un viento se levanta y se acerca a paso de viento. Sopla dulce y agudo. Engañador, viento hispano, viene a matar hombres y no a apagar candiles.

Empieza a llover. El cielo desata su cabellera y la deja caer en lluvia torrencial sobre la noche.

Nunca Babieca había sentido más nerviosas las espuelas del amo.

¡Cómo corre el pequeño grupo de jinetes entre el ramaje de la lluvia! Parece que fueran suspendidos del cielo por cuerdas de plata.

¿Cuánto tiempo llevan corriendo? El Campeador no lo sabe, pero cree que va atravesando la eternidad.

Después de un siglo de carrera desenfrenada, llegan a lo alto de la loma detrás de la cual ya pueden ver el castillo.

El castillo está ardiendo. Suben las llamas al cielo en un alboroto de brazos enloquecidos. Son una enredadera de fuego que se abraza y trepa por los cañaverales de la lluvia.

Es el duelo entre dos cabelleras: la cabellera de la lluvia, la cabellera de las llamas. La cabellera que cae del cielo a la tierra, la cabellera que sube de la tierra al cielo.

Al acercarse más los caballeros distinguen las sombras que corren entre las llamas. Sombras de moros que atacan, sombras de cristianos que se defienden. La lucha en la hoguera.

Rodrigo piensa en Jimena. Jimena, desesperada, desfallecida, acaso muerta, en el fondo de ese enorme brasero, detrás de esa cortina de llamaradas.

No puede contenerse y un grito ronco, exasperado, delirante protesta en su garganta:

—Santiago Apóstol, ¿qué haces? Juro a ños, hidecane, que ésta la pagaréis muy cara.

Decirlo y lanzarse en medio de la pelea entre juramentos y espadaos todo fue uno.

Corre el Cid con sus caballeros hecho un endemoniado, de un lado para otro. Sembrando la muerte en zigzag entre la lluvia y el fuego.

Al verlo los moros, un gran grito se levanta entre ellos:

—¡El Cid! ¡El Cid!... Mío Cid, walí, Mío Cid. En mal hora lo vomitan las llamas.

—¡El Cid! ¡El Cid!

Al solo nombre del Cid el espanto y la confusión reinan entre los moros.

El Campeador salta de un lado para otro y la espada de la muerte brilla en su mano.

Los moros emprenden la fuga atropellándose, arañándose, cayendo y levantando, trepando por la lluvia y por encima de la noche.

Rodrigo en la fiebre de su angustia sólo piensa en Jimena. Salvarla a ella de las llamas. Que los moros se vayan al diablo por ahora. Ya la pagarán.

De una ventana de arriba oye salir los alaridos desesperados de la nodriza.

Rodrigo se precipita hacia la escalera para subir a las alcobas. La escalera, cortada por las llamas, se desmorona en carbones ardiendo.

¿Qué hacer? Sale corriendo y vuelve a mirar la siniestra ventana por donde se oyen los gritos.

Hay un árbol, hay un árbol no lejos de la ventana, que pasa más arriba, casi hasta el techo mismo del castillo.

Está salvada. Bendita sea la mano que plantó tal árbol.

En tres saltos Rodrigo alcanza las ramas. Sube, su-

be, trepa, trepa. Allá en lo más alto se cuelga de una rama y se deja caer en la ventana.

¡Qué a tiempo llega! Las llamas empiezan a ganar la habitación y entre el fuego y el humo apenas puede ver las manos de la nodriza que se tienden a él.

—Allí, allí está. Sálvela.

En un rincón, Jimena, de rodillas, medio asfixiada, espera la muerte.

El Campeador corre hacia ella, la coge en sus brazos y se precipita a la ventana.

Jimena le hace un signo: “Primero a ella. Salva primero a la nodriza”.

Rodrigo, en su angustia, vacila, mira hacia todos lados no sabiendo qué hacer. Rápido coge un cortinaje que empieza ya a incendiarse. Lo tira, lo desprende de su sostén, lo apaga en el suelo pisoteándolo y amarra en él a la nodriza.

La nodriza, medio muerta, lo mira hacer. Y así, en un minuto, él la deja caer por la ventana a sus amigos que aguardan abajo, contemplando la patética escena.

Salvada la nodriza, vuelve a coger a Jimena y con la preciosa carga en los brazos se desliza fuera de la ventana, salta de un saliente a una cornisa, de una cornisa a un balcón, de la muerte a la vida y con ella en los brazos, liviana a su corazón, cae en tierra lejos de las llamas, fuera de los muros de fuego.

Entre los árboles, bajo la lluvia, frente al incendio, el Campeador mece a Jimena sobre sus rodillas. Jimena, convertida en un niño (la muerte vuelve recién nacidos

a los que se escapan de sus garras), esconde la cabeza en los brazos del hombre y llora, llora.

El Campeador ya no es el Campeador, sino Rodrigo. El alma guerrera desfallece en una ola de ternura.

—¿Me amas aún? ¿Me has perdonado? —pregunta.

Por toda respuesta, ella le estrecha más contra su corazón, su pobre corazón con hambre.

Él insiste:

—No te he salvado la vida para que me perdones, sino porque te amo. El cielo nos tiene destinados el uno al otro y yo sé que en el cielo estamos unidos ya. Si yo maté al conde fue porque mi honor lo exigía, y sin honor no me habría atrevido a mirarte. Así ello no fue una prueba de desamor hacia ti, sino al contrario. Comprende el alma de un hombre.

Ella volvió los ojos hacia él y los abrió tan grandes que todo el dolor humano se vació sobre la noche, cruzó la noche entre dos orillas de lágrimas.

Rodrigo vio detrás de sus ojos el Vía Crucis de la espera y la besó en la frente.

—Me amas aún, ¿verdad?

Ella no respondió. Tembló entera, bajó los ojos. Una corona de espinas le apretaba la garganta.

CALAHORRA

El rey ha llamado a consejo a los primeros señores de su corte.

Diego Laínez, Arias Gonzalo, Per Ansures y el más

joven y ya más glorioso de todos, el Cid, esperan la palabra del rey.

Se trata de la disputa de Calahorra.

El rey Ramiro de Aragón y Fernando de Castilla se disputan desde hace tiempo esta ciudad fronteriza de sus reinos.

Inútilmente ambos reyes han derramado la sangre de los suyos. En verdad no vale la ciudad tal carnicería de cristianos, y así el rey de Aragón ha enviado al rey Fernando un emisario encargado de proponerle resolver este pleito en un combate singular.

Habla el rey Fernando:

—Parientes y amigos leales, propóneme el rey Ramiro que un torneo solucione esta vieja disputa de Calahorra, que no es justo que una larga guerra debilite nuestros reinos, cuando un solo hombre por lado puede ser de Dios el fallo. Así que si yo acepto, que nombre mi mejor caballero y salga al campo frente al suyo.

—Me parece razonable —dice Diego Laínez— que una sola muerte salve muchas vidas.

—Yo pienso que es peligroso —responde Per Ansure— dejar a una sola lanza la solución del problema. Ejército contra ejército, al cabo los castellanos venceremos.

—Van muchos años —objeta Arias Gonzalo— y no vencemos. ¿Quién es el caballero elegido por don Ramiro?

Dice el Cid:

—Qué importa, señor, quién sea.

—Es don Martín González —contesta el rey—, y es el mismo embajador que me envía.

—¿Ese gigante ha elegido? —exclama Per Ansu-
res—; Martín González, que dicen ser el hombre más
fuerte del mundo.

Arias Gonzalo agrega:

—Es un Rodamonte, un toro de fuerza y bravura.

—Sin duda, la mejor lanza de Aragón —opina Die-
go Laínez.

El Cid Campeador mira al rey y mirándole le dice:

—¿Y no hay, señor, en Castilla ninguna lanza que
pueda salir frente a Martín González? ¿Vos no sabéis de
los vuestros a quién elegir? ¿Ninguno os ha probado ser
hombre como el que más?

—Contra semejante fiera temo por todos los míos
—responde el rey.

—Yo estoy dispuesto a salir frente a él —grita Arias
Gonzalo.

—Tú no —brama el Cid—; tú tienes cuatro hijos y
yo no tengo ninguno. Rey Fernando, ¿queréis llamar al
embajador de Aragón?

—Decidle que entre. Allí en la sala de abajo espera
nuestra respuesta.

Llama Rodrigo a un paje y el paje sale en busca del
temible aragonés.

Al abrirse la puerta aparece en el umbral un hom-
bronazo que casi no cabe por ella. Unas espaldas de roca,
unas manos que serían colas de tiburón si no estuvieran
en la punta de los brazos, un pecho de velero.

Martín González, la frente en alto, mira con orgullo
a todos.

No es un hombre, es una mole de arrogancia.

—Salud al rey de Castilla —truená su voz, gruesa de aplomo y confianza en sí.

—Acercaos, caballero —dice el rey—; no faltará en Castilla ni en León un hombre si hay un hombre en Aragón.

—Eso quiere el rey Ramiro y eso os propongo en su nombre. Designad un caballero que frente a mí salga al campo, de hombre a hombre, mano a mano, y que Calahorra sea del rey que tenga el mejor vasallo.

—Difícil me ha sido elegir un castellano, que todos querían ser elegidos y defender los derechos de mi reino.

—Veo, señor, que en vuestros vasallos aumenta el desprecio a la vida —exclama desdeñoso Martín González.

El Cid no le deja concluir de hablar y salta:

—Despreciaros a vos no es despreciar la vida, señor don Martín González, y mañana nos veremos en el campo.

—¿Tú eres el que llaman Cid, el que anda haciendo hazañas entre moros y alemanes? Allí voy a demostrarte que no es lo mismo pelear contra morillos blandengues que contra hombres de montaña y cristianos de Aragón.

—Estáis insolente, aragonés; guardad las bravatas para la lanza. Mañana nos vamos a ver en el campo, cara a cara.

—Hasta mañana, señores. Ya sabéis, en la frontera misma de Castilla y Aragón será el campo. Mi rey estará allí y señalados los jueces saldremos a la lidia. Nosotros llevamos doscientos soldados; llevad otros tantos.

Responde el rey:

—Decid a Ramiro que allí estaré con mis hombres.
Hasta mañana, en el campo.

EL TORNEO

El campo está señalado. Un campo liso de tierra arenosa y brillante. La mesa sobre la cual van a jugarse el destino de una ciudad y el destino de dos hombres.

Los bandos a cada lado. El rey de Aragón, don Ramiro, con los suyos, y el rey Fernando I de Castilla entre sus nobles y en medio de sus soldados.

Poco temían entonces los señores desórdenes y trampas en estos duelos. Una honradez esportiva reinaba en ellos, y las reglas del arte se cumplían con la estrictez impuesta por la nobleza de la caballería.

Tranquilos los jueces esperan en un estrado el momento de la lucha, la hora del fallo.

En uno y otro bando los estandartes al aire picotean el cielo como bandadas de pájaros ansiosos.

El Cid, vestido de todas sus armas, con el broquel en una mano y la lanza en la otra, se acerca al estrado de su rey. El rey le bendice diciendo:

—Ruy Díaz de Vivar, Mío Cid Campeador, no olvides que en tus manos he puesto el honor de mi reino. Dios te acompañe como te acompañan todos los corazones de Castilla y de León.

Rodrigo se levanta.

—Gracias, mi rey. Rey Fernando, gracias.

Sereno, fuerte de su propia fuerza y de todos los co-

razones de León y de Castilla, el Campeador se acerca a Babieca, le acaricia el lomo, el cuello. Babieca siente mil manos en la mano del Cid, palpita de orgullo, adivina que el poema lo está mirando desde algún sitio, respira el cielo a pulmón lleno. Babieca se ofrece al Cid por entero y el Cid se ofrece entero a Babieca.

Tal caballo para tal caballero. El Campeador salta sobre él y entonces se siente completo. Están pegados por la leyenda y separarlos sería un crimen: manaría sangre de romance.

Sin el Cid sobre sus lomos, Babieca se siente muerto; sin Babieca entre sus piernas, el Cid se siente sin vida. Son una estrofa cortada.

Caballo y caballero forman un todo, un bloque de epopeya. Igual confianza tiene el uno en el otro. Se aman con toda la fuerza de una gesta, se sienten atados con todo el vigor del universo.

Adivinan que juntos han de pasar a la Historia, hechos un nudo de heroísmo. Y ese nudo que hizo la admiración, nadie podrá desatarlo.

Hasta el fin del mundo atravesarán al galope la memoria de los hombres. Juntos. Juntos. Y cuando suene la trompeta final, el Cid llegará sobre Babieca, caracoleando, saltando entre las hierbas del valle de Josafat.

Ahora están allí bajo un sol ibérico, al borde de los designios, y salen al campo con una seguridad de estatua ecuestre.

Al frente aparece Martín González.

Martín González, bajo sus armaduras relucientes, se ve aún más enorme, más temible que lo que ayer le vi-

mos. Es un barco blindado que va a luchar contra un hombre.

Solamente que ese hombre es el ángel predestinado y lleva en sí las alas de la epopeya. De lo contrario no habría lucha posible.

Si alguien pudiera verlos detrás de la visera, vería un rostro fiero, espeso y ceñudo: Martín González; vería un rostro rosa, abierto, sonriendo al cielo: Ruy Díaz.

Cada cual a su lado. Los caballos inquietos, piafando, frente a frente, y el azar en el medio como un dios enigmático. Un fluido de destino corre por ambas lanzas.

Un gran silencio agarrota el mundo y todas las miradas cuelgan de ese silencio. Un silencio capaz de espantar a un dragón.

Las almas están en suspenso, todas las almas con el gatillo levantado.

Dan la señal los jueces y ambos destinos parten como dos rayos a partir el Destino.

Pisando sobre la alfombra de mil miradas se embisten con furor los caballeros. El choque resuena en todo el valle. Cambian golpe a golpe, lanza a lanza.

¡Miradlos! Son dos fantasmas de acero llenos de muerte y cólera sobre el día que tiembla. Los choques repetidos hacen saltar chispas y convierten el campo en un verano de estrellas.

De pronto Martín González recibe un formidable golpe. Mira saltar su lanza en pedazos al cielo y medio desarzonado casi se cae a tierra. El Campeador se detiene.

—Yo no ataco a enemigo desarmado. Pide otra lanza.

Martín González corre hacia los suyos en busca de otra lanza y vuelve al medio del campo.

Sigue el combate. Asalto tras asalto, sin desmayar un punto.

El Cid, ebrio de España, es el demonio de la ferocidad en medio de un reflejo de golpes ardientes, de un torbellino de lanzas y armaduras rayadas, trizadas. Pega, pega y recibe golpes. No flaquea frente al monstruo que llena el espacio de resoplidos de fuelle.

Cruje el aire entre los dos y a través de los agujeros de sus máscaras brilla un infierno de ojos.

Pasan y repasan los caballos, giran sobre sus patas y se embisten perdidos en remolinos de locura.

En un asalto de Martín, el Cid pierde su lanza y al choque siente su cuerpo herido. Salta la sangre, mas no se mueve una línea de su montura.

Martín González a su vez espera que el Cid cobre otra lanza.

—Ve por otra lanza y trata que sea de buen acero, Rodrigo; eres más hombre de lo que yo creía, tienes corazón fuerte; pero tu audacia te hará salir mal de esta batalla y tu cabeza quedará cortada en este campo. No verás más Castilla ni Vivar, ni verás a Jimena, que amas y que te ama.

El Cid responde:

—Martín, eres buen caballero, no tengo reparo en declararlo. Pero las palabras que has dicho no son de un hombre valiente, pues este combate debe librarse a golpe de lanza, con la fuerza de nuestros brazos, y no a golpe de palabras ni con la fuerza de nuestras lenguas.

Dice y se lanza sobre su adversario; le descarga golpes cerrados, sordos; le rompe las cotas, le hiere en el pecho.

Martín González no cede; devuelve lanza a lanza. Se estrellan como planetas, en un ímpetu de mecánica celeste, envueltos en un tumulto de centellas y polvo. Son una tormenta sobre el campo a pleno sol.

La sangre se desliza y rueda en hilos largos desde la visera al pecho, desde el pecho a los pies. Saltan al aire trozos de furor.

Un arroyo de viento pasa sobre sus cabezas y se impregna de un ruido seco, de un hálito ardiente que llena el día.

Los dos reyes, frente a frente, se miran, se observan. Cuando Martín González domina, algo ríe en el corazón de Ramiro; cuando el Cid domina, algo ríe en el corazón de Fernando.

Un águila se cierne sobre sus cabezas y pasa y repasa observando la lucha, cansada de observar el movimiento planetario.

Llena los valles un ruido de mar rompiendo barcos. Dos lanzas martillean en las puertas del cielo.

¡Oh terrible espectáculo, misterioso y fatalista, en que dos lanzas van a arrancar el secreto del Destino! Produce el pánico sagrado de las cosas de otro mundo.

Nada más trágico y grandioso que esta lucha por la justicia, en que dos pueblos delegan en dos brazos el averiguar de qué lado está la razón, de qué lado se inclina el dios de sus creencias. Fe en que ese dios hablará

por uno de ellos y dirá sus deseos en trazos de hierro. Fe en Dios o en el azar.

Los ojos, llenos de angustia y de milagro, ven pender del cielo a los paladines colgando de hilos que mueve un Juez Supremo.

Los paladines de la muerte, encargados de inclinar con sus vidas la balanza, de hacer saltar de sus corazones partidos el fallo del cielo envuelto en sangre, sólo son instrumentos.

Mirando el combate los reyes tiemblan como ante Dios mismo. Nadie habla en torno de ellos, esperando que Dios hable. Y cuando Dios hable, estos pueblos ingenuos doblarán la cabeza ante la palabra de Dios y se someterán resignados, se apartarán sin odios.

¡Silencio! El dios brutal de los guerreros está allí.

De momento en momento el combate se va haciendo más feroz, como si cada uno de ellos, exasperado por la destreza del otro, redoblará el empuje.

Cada cual tiene confianza en su estrella y su estrella les multiplica el ardor, los sostiene con su luz.

Los choques son horrendos. La sangre de las estrellas salpica el campo.

Pasa el viento. El viento que hace girar los molinos, ahora, allí detrás de ellos, hace girar la ruleta del designio. Gira, gira, lenta, incansable, con el ritmo de las esferas.

Dios preside.

Se diría que el combate se efectúa muy lejos, por encima de las nubes. Pero el ruido de las armas nos trae a la realidad.

Fácilmente puede verse que Martín González empie-

za a perder pie. Aún tiene fe en su cuerpo hercúleo. El Cid tiene confianza en su destino y en Babieca.

El temerario se descubre y tienta a su enemigo. Martín González da una embestida como salto de tigre. Brillan los ojos del Campeador, y picando a Babieca le sale de frente al encuentro con todo el peso de su cuerpo y el impulso del caballo disparado. Hace un quite prodigioso a la lanza del aragonés y le clava la suya en pleno pecho, traspasando armadura y carne, estremeciendo las entrañas del planeta.

Cae a tierra como un árbol Martín González. Salta de su caballo el Cid y convertido en leñador, haciendo hacha con su espada, le corta la cabeza de un golpe y presentándola a los jueces pregunta:

—¿Hay algo más que hacer, para que Calahorra pertenezca a mi señor?

—No —responden los jueces—, no; pues en la lucha el derecho se ha quitado de Ramiro y de su reino.

El Campeador limpia la sangre de su espada y cae al suelo de rodillas. Levantando las manos al cielo, rinde gracias a su dios militar.

—Gracias, Señor del universo, gracias por haber dado el triunfo a Castilla por medio del último de tus servidores.

Vuelve a subir en su caballo y corre hacia el rey, sosteniendo un reino en la punta de su lanza.

Una artillería de aplausos se descarga sobre él en el campo de Castilla. El rey Fernando lo recibe en palmas, lo estrecha, lo besa.

El rey abraza al Cid. El Cid abraza a Babieca. Se

cuelga de la cabeza de su noble animal, saltando, riendo infantil en la ebriedad de su triunfo. Entra en la alegría pendiendo aún por un hilo a la eternidad.

DOÑA URRACA

Bajo un cielo de gloria el Cid vuelve a Burgos.

Una noble exaltación heroica ensancha la atmósfera, lava las nubes con olas de viento, llena de amor la tierra y el aire.

Todo respira la grandeza del hombre que va sembrando grandezas a su paso.

Castilla ya no sabe hablar sino del Campeador, y su nombre en los labios se cambia en plegaria. Vivir tiene el alma hecha un jardín donde todas las flores son Rodrigo. Donrodrigo de noche. Donrodrigo de día.

La primera en salir a recibirle a su entrada en la capital fue la infanta doña Urraca.

Doña Urraca, la mujer misteriosa, el corazón silencioso, el duro enigma de esta epopeya.

¿Ama al Cid doña Urraca? Nunca se ha sabido. Algún verso pretendió revelar el secreto de esta alma suprema y de su amor callado. ¿Verso escapado de Dios o del hombre? He ahí el problema. Y nada sabemos. Nada.

Ella le ve pasar en triunfo ante sus ojos, de corona en corona, de laurel en laurel, y sus labios sonríen, pero no hablan.

Le ve junto a Jimena, ligados por estrellas invisibles; le ve lejos de ella, rotas las ligaduras por la fatalidad, y sus ojos de infanta se oscurecen, se aclaran, se oscurecen y callan.

Mujer de energías sobrehumanas, pecho de hierro y de blandura, viril, hábil en el gobierno, sutil en la política, su piel magnetizada adivina el futuro. Se arriesga y es prudente. Ruge y se domina. Canta y aguza sus espadas.

¿Ama al Cid doña Urraca? ¿Sabe el Cid de este amor? ¿O acaso fue él mismo el que en alguna hora infantil, allá en sus temporadas en Zamora, le dijo su amor y espantado de su locura dejó la semilla y no volvió jamás al campo que aguardó callado?

Infanta arrulladora y tenebrosa, casta y sangrienta, yo siento que un amor te pesa sobre el alma. No temas, yo guardaré tu secreto; duerma en paz tu orgullo, y la palabra que tú no dijiste al hombre, no he de decirla yo en mi libro. Soy caballero.

Míralo combatir aquí en estas páginas, hermoso como un velero en tempestad, y vete a la noche oscura y que tu corazón sangre en silencio.

¿Ama al Cid doña Urraca?

Alma recia, castillo cerrado al viento. ¿Hirió quizás su altivez el que otra mujer osara poner sus ojos donde ella los pusiera y herida fingió una amistosa indiferencia?

¿No es bastante para ella el que tiene cinco reyes por vasallo, el hijo favorito del triunfo? ¿No se cree él bastante, o su amor por Jimena le hizo olvidarlo todo? ¡Oh doña Urraca! ¡Oh misteriosa, que pasas por la Historia activa y doliente, arrastrando tu manto de estrellas!

COIMBRA

El Cid Campeador obedece a su destino, como el mar obedece a las lunas.

El rey Fernando está ya viejo y cansado de pelear, pero no puede resignarse a morir sin realizar el sueño de toda su vida: llevar sus armas lo más lejos posible, redondear su reino desde el Ebro hasta el Tajo y del Tajo a Coimbra.

¿No le ofrece el brazo de Ruy Díaz una ocasión única para emprender su gran campaña? ¿No era este hijo de los designios el que esperaba su reino, lleno de fe, iluminado de anuncios?

Adelante, pues. Con el Cid a la cabeza, todos los muros son Jericó. El Campeador tiene pacto con la trompeta de los milagros.

Escasea el dinero para la empresa. Mas allí están las joyas de su esposa, la noble reina doña Sancha.

Son pocos los soldados con que cuenta para tan ruda campaña. Mas allí está el nombre del Cid, y el entusiasmo que produce tal nombre en todo su reino sacará soldados de debajo de la tierra.

Adelante. Con el Cid Campeador a la cabeza de seis mil soldados parte el rey Fernando detrás de su viejo sueño.

Amanece sobre el mundo. Los pájaros impacientes vuelan hacia el oriente a picotear el alba para que salga el sol.

La tropa se pone en marcha. Amanece sobre España. De victoria en victoria, tomando ciudades y ganan-

do batallas, después de haber hecho tributarios a los reyes de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla, en siete meses de pelea, una tarde llegan frente a Coimbra.

El Cid instala el campamento del rey y parte con unos cuantos a estudiar la ciudad y los campos vecinos.

Queda el rey con Alvar Fáñez y Per Vermúdez. El Cid parte con Martín Antolínez, Galín García y Muño Gustioz y da una vuelta en torno de la ciudad.

La ciudad está bien defendida, fuertes murallas, macizas torres de piedra y ancho foso en torno.

Esto no asusta al Cid, y desde la mañana siguiente, al grito de “¡Cierra España! ¡Santiago Apóstol!”, empieza el asalto a la ciudad. La tempestad bramando en plena tierra entre lluvias de dardos, catapultas escupiendo rocas, arietes dando embestidas de toro ciego y torres que se levantan y escalas que caen con racimos humanos colgando en el firmamento.

Los moros de la ciudad son numerosos y bravos. Rechazan el asalto.

Uno tras otro rechazan los asaltos. Peleando duro, día y noche, incansables.

Así pasan seis meses y la ciudad no se rinde.

Los sitiadores empiezan a perder paciencia, se desaniman los soldados, aumenta el hambre entre los cristianos, han consumido todos sus víveres, no hay más carne en el campo.

El rey, al ver sus tropas diezmadas, trata de levantar el cerco y discute con el Cid, que propone aún dar un último ataque al día siguiente.

Esto están tratando, cuando se presentan al rey

unos monjes del monasterio de Lormano, y vienen a ofrecerle, en nombre del abad, trigo, mijo y legumbres, que ellos han cultivado con gran trabajo, rogándole no alce el cerco, y que si no lo alza, le darán carne en abundancia y todo lo necesario.

El rey les agradece, prometiendo no abandonar aún el campo, y reparte los víveres entre sus compañías.

Los monjes se retiran diciendo que el abad les manda su bendición y que reza noche y día al Apóstol Santiago pidiéndole protección para los cristianos.

—Yo le he visto el otro día sonreírse sobre su altar —dice un monje flaco, de barba alucinada y con ojos de fiebre divina—. ¡Cómo sonreía el buen Apóstol! Yo le estaba encendiendo velas y diciéndole en voz baja: “¡Protector de España, protege a los españoles!”

—Pedidle aún por nosotros esta noche —dice el Cid—, y que si no nos ayuda no vale llamarse patrón de España.

—Decidle que cambiaremos de patrón —grita Vermúdez, siempre loco y exaltado.

El monje se aleja santiguándose.

—No digáis eso, que el santo os ama.

—Calla, Vermúdez —exclama el rey—. ¿Y si el santo se ofende?

—No se ofende porque sabe que todos le queremos y que entre soldados hay que aguantarse el carácter. El se dice soldado; que demuestre serlo.

Ha caído la noche y un misterio se cuaja en la oscuridad. Noche pesada de presagios. La intranquilidad tiene los cerebros en delirio. Los nervios cantantes esperan un acorde que va a brotar de ellos.

Satisfecha el hambre, los vientres cantan victoria.
Pero ¿y esa cosa vaga que se cierne sobre las cabezas?
¿Ese susurro de alas en el espacio, lejos?

¿Qué genio palpita en las entrañas de la oscuridad?

El rey está viejo y cansado y todo lo deja en manos
del Campeador.

El Campeador se mira las manos pesadas de res-
ponsabilidad y ahora las ve brillar. Brillan en la noche.

¿De dónde viene ese resplandor extraño?

¿Y ese rumor de plumas? ¿Qué cosa se está escri-
biendo en el pecho del tiempo?

Rodrigo tiene sus armas, tiene su cabeza, tiene su
gran corazón, y además todo eso misterioso que se mue-
ve sobre él. Durante la noche se pasó estudiando su plan
de ataque. Afiebrado, loco en medio de sus estrategias.

A la mañana siguiente, la salida del sol da la señal
del asalto.

¡Cierra España! ¡Apóstol Santiago, a nosotros!

—¡Santiago! ¡Santiago!

La tierra cruje de carros, corren los caballeros en ca-
rreras locas de un lado para otro, una plantación de cruces
se agita en manos de los cristianos, entre lanzas y espadas.
Se agarran al aire las escalas de cuerda e hileras de hom-
bres trepan, trepan hasta tocar el cielo; los arqueros tañen
sus cuerdas de muerte con ternura musical. La cristiandad
se balancea en cien arietes, vomita en mil catapultas.

El Campeador brama órdenes entre el ruido infernal
de la reyerta y entre orden y orden demanda al viento:

—¡Santiago! ¡Santiago Apóstol, en tu nombre lu-
chamos! ¡Santiago! ¡Santiago!

“Yago, Yago”, repite el eco, y algunos juran que oyeron: “Ya voy, ya voy”.

A las once de la mañana los castellanos habían tomado una de las torres. Al mediodía se veían obligados a abandonarla. Ganaban ventajas por aquí, las perdían por allá.

Uno de los compañeros del Cid cayó junto a él con el vientre atravesado. La matanza era horrorosa. El Cid corría como un relámpago de una puerta a otra. Él mismo dirigía las maniobras de seis torres que se acercaban a los muros.

El rey en persona tomaba parte en el combate. Los soldados, en masa, por una sola garganta enloquecidos voceaban:

—¡Santiago! ¡A nosotros, Santiago! —y levantaban las manos al firmamento.

El Campeador con todas sus máquinas rompía ya una puerta y hacia allí volaban cientos de soldados. El delirio subía de tono. Aquello era una fantasmagoría de energúmenos indómitos.

Machaqueaban la puerta y temblaba el universo. El Cid iba adelante, seguro en su Babieca, que rompía el viento con sus pechos...

—Al ataque, muchachos, sin desmayo —vociferaba el Cid—; firme, firme ahí. Esa puerta será nuestra. ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Patrón de España!

La tropa, en su clamor, repetía:

—¡Santiago! ¡Santiago!

De pronto, rompiendo el firmamento, se oye una voz inmensa que retumba rodando sobre el orbe:

—¡CIERRA ESPAÑA!

Y arriba en el espacio, saltando de nube en nube, a galope tendido, viene el Apóstol Santiago, en un caballo blanco, envuelto en una bruma de luz que vibra como un gran viento.

Todos los perros del campamento aúllan mortalmente, un griterío sagrado sube de la soldadesca frenética. Una ola de locura inunda la tierra y el ejército entero se siente sacudido por un enorme sollozo eléctrico y estalla en un llanto de júbilo y milagro.

Aumenta la energía en todos los brazos, todo el mundo tiene dobles fuerzas. Triplican los golpes de los arietes y de las catapultas. Crece el ardor indomable en todos los corazones. Todo se multiplica por cuatro, y ante tal empuje cede la puerta principal, rompiéndose en mil trozos.

Por allí se precipita el Cid al frente de su tromba hirviente.

Coimbra está tomada.

EL CID ES ARMADO CABALLERO

El rey se instala en Coimbra, para poner en orden su nueva conquista.

Hace venir a la reina, a don Sancho y a las infantas, bajo la guarda de Diego Laínez y Arias Gonzalo, juntamente con el arzobispo de Oviedo y otros prelados que vienen a bendecir las mezquitas que el rey ha convertido en templos cristianos.

Después de dos días de fiestas, al tercero, el domingo 26 de julio, el rey ha decidido armar caballero a Rodrigo Díaz de Vivar, en la mezquita mayor, convertida en templo a la Virgen, y en el altar de Santiago. Es el premio a las hazañas de su Campeador.

Desde la tarde del día anterior, el sábado 25, la misma reina y las princesas empezaron a arreglar el altar. Todo un verano de flores llenó la iglesia. El perfume cálido salía en un río por las puertas y embriagaba la ciudad entera.

Quiso el Cid que se pusieran las armas ante el altar desde el día antes, para pasarse él allí toda la noche, entregado al recogimiento y a la oración, preparando su alma al acto solemne del día siguiente, a la comunión del militar con su oficio, a recibir su hostia de gloria, a la consagración de su vida a su espada.

Así él fue el inventor de la vela de armas que más tarde se convirtió en rito obligatorio a todo aspirante a la orden nobiliaria de la Caballería.

Es la noche. Diego Laínez acompaña a su hijo hasta el templo.

—Hijo mío —dice el viejo—, reflexiona en el honor que vas a recibir, piensa en todo a lo que este honor te obliga, recuerda tu sangre, venera a tus antepasados y no faltes nunca a la lealtad que debes a tu patria, al rey que te colma de tantos favores y a sus descendientes.

—Así lo haré, padre. No temas por el honor de tu hijo.

—Nadie tan joven como tú ha sido armado caballero; es verdad que nadie a tus años ha hecho lo que tú has hecho.

—El rey en mí recompensa tu lealtad. Fuiste, padre, un valiente guerrero y una cabeza de buen consejo; lo que el rey hace por mí, a ti te lo debo.

—Tu modestia me colma, pero no es así, hijo mío; a tus méritos propios el rey va a dar su premio. Ahora te dejo solo, solo frente a ti mismo.

—Gracias, padre: quiero estar solo.

Resuenan en las baldosas los pasos de Diego Laínez, y el Cid se queda solo, sumido en la semioscuridad del templo. Una gran lámpara brilla temblorosa en lo alto.

El Cid se acerca al altar y se arrodilla sobre el silencio.

El Cid Campeador, solo, inclinado sobre sí mismo. Solo adentro de sí mismo. Solo recorriendo su alma con sus ojos.

¡Oh espectáculo supremo! El hombre que ama camppear, el hombre del ruido, el señor de los ejércitos, el jefe de multitudes, el voceador de comandos, allí solo en la obscuridad y el silencio.

Ante el altar, en una bandeja de plata, brillan la espada que el rey le va a ceñir y unas espuelas doradas.

Ni un ruido quebranta la quietud del templo, cerrado a la vida, cerrado como un corazón que ya no late más y que aún conserva una figura de amor adentro.

El Cid, solo, envuelto en sí mismo, envuelto en su pasado, envuelto en su futuro, en sus hazañas, en sus días de luz y en sus días de lágrimas.

Detrás de él se mueve una sombra de milagros, delante de él se agita una sombra de designios, sobre él se cierne una aureola de Dios.

¡Oh Cid, cómo te admiro en este instante, en este momento en que puedo pescarte inmóvil, quieto ante mí!

Es la gran noche de tu alma. Te ves tan puro en tu desnudez, tan enorme en tu reconcentración, que sales por encima de tus reflexiones, por encima del espacio, por encima de la vida y de la muerte, asomas la cabeza por encima de los siglos. Vienes a mí iluminado a través de tu muerte, vienes a mí sobre un gran mar a través de tu vida, bajo un cielo de palomas. En el campo radiante de tus miradas ondula la marea de las batallas. Tus ojos son los dos bajos relieves de la gloria; tus manos, que cortaron el camino a las caravanas sedientas, se juntan para ofrecerse en un corazón, y tú pasas vestido de cometa sobre la historia humana, desde España al infinito.

El árbol de tus proezas se deshoja sobre el universo en un otoño de estrofas. Es una metamorfosis de versos entre ruiseñores principescos.

El primer poema de mi raza está regado con el sudor de tu frente. Al revés de Atila, en donde pisa tu caballo nacen flores, brotan romances.

Tu furia de amor y fe plantó cuatro cruces en el viento, y de ellas colgó sobre el mundo la guirnalda de los cuatro horizontes.

Eres el sortilegio lanzado por los huracanes de Dios al medio de las batallas. Te veo allí elevarte y salir de tu carne, sublime evadido, en un frenesí divino, retorcido hacia el infinito en un éxtasis místico, en un alcoholismo celeste.

Eres el árbol que sube, sube, para llevar otra vez al Cielo el Cristo que bajó a visitarte el alma.

De rodillas, inclinado debajo de un chorro de centellas, los ojos clavados en un viaje. ¿Adónde vas? En un vuelo inmenso sales resplandeciente hacia tus reinos internos. El que ahora quisiera seguir la ruta de tus pensamientos perdería la razón de espanto, se ahogaría en las angustias del vértigo. No hay límites a tu alma. Detente. ¿Adónde vas? ¿Cómo voy a seguirte?

La marcha de los siete planetas se retrata en el espejo de tu escudo.

Vete, vete. Deja tu carne y vete vestido de epopeya. Yo velo junto a ti, fastasma planetario, enorme, sin contornos.

Vete. Mientras vas rodando sobre la elipse de Dios, yo velo al pie de tu memoria.

Tu corazón segrega una estela de proezas y acaso puedan seguirte mis ojos.

Se fue. La iglesia quedó sola y quedó solo el mundo.

Allí frente a mis ojos, en la bandeja de plata, la espada resplandece, se retuerce en llamaradas, le brotan dos alas, dos grandes alas de fuego, y plumas ardiendo. La espada se mueve, se levanta, se eleva, vuela sobre mi cabeza, vuela sobre el templo, vuela sobre la tierra. Oigo una hecatombe de planetas que se precipitan sobre el caos, oigo abrirse ventanas en el cielo, la eternidad zumba en mis oídos. ¿En dónde estoy? ¿Qué sucede? Un remolino de luz me coge en su centro y caigo, caigo interminablemente.

¡Ah! Por fin. Aquí estoy. He vuelto a la tierra, he recuperado los sentidos. Aquí sobre una página blanca.

Amanece. El Cid está en su reclinatorio, arrodillado,

pálido, con los ojos fijos en su alma, hecho la estatua de sí mismo.

Toda la noche la pasó de rodillas.

Yo lo contemplo en silencio y veo que este hombre tiene la forma de mi admiración.

Lo contemplo y contemplo su historia. He visto su alma; ya puedo irme y seguir más seguro la marcha feérica de sus tropas sobre las praderas encantadas del romance.

*

A los primeros ruidos de la vida, el Campeador vuelve en sí, se sobresalta, levanta la cabeza y se pone de pie.

El rumoreo crece afuera. Llaman las campanas endomingadas, lavándose a chorros de cielo, preparándose a la fiesta.

Al abrirse las ventanas de la iglesia, un rebaño de luz se precipita adentro.

Van y vienen sombras de frailes, deslizándose sobre alfombras de sol, con las manos dentro de las anchas mangas, donde se ha refugiado la noche que quedaba entre las naves.

El pueblo se aglomera en torno de la iglesia; en la plaza, frente a la puerta, los soldados cristianos se disputan los mejores lugares. Se oyen músicas a lo lejos. Caen las campanadas sobre la multitud.

La comitiva del rey llega al atrio. Se abren las puertas y Rodrigo aparece entre dos pajes. No lleva espada. El rey avanza. Rodrigo inclina la cabeza ante el rey y espera.

El arzobispo de Oviedo con la cruz, en medio de sus prelados y de sus ayudantes, se adelanta hasta la puerta.

Coimbra entero se pone de rodillas.

Entonces el rey con la reina, seguidos del heredero don Sancho y las infantas, avanzan con el Cid y toda la comitiva hacia el altar de Santiago.

La reina doña Sancha será la madrina y el infante don Sancho el padrino del nuevo caballero, y para dar más brillo a la ceremonia el rey ha regalado al Cid su propia espada.

El templo se llena de gentes. Diez mil ojos de entusiasmo están clavados en el Campeador.

Junto al altar, ante el Cid, el rey. A cada lado del Cid, la reina y el infante. Detrás, las infantas, Diego Laínez, Arias Gonzalo y los otros nobles. Luego vienen los hidalgos, los amigos y segundos del Campeador.

El Campeador se arrodilla, el arzobispo abre ante él el Evangelio, y el rey, con la solemnidad de un momento culminante en la Historia, exclama:

—Rodrigo, ¿queréis ser caballero?

—Sí, quiero —responde el Cid con una voz que aún resuena sobre España.

—Pues Dios os haga buen caballero. —Repite el rey—: Rodrigo, ¿queréis ser caballero?

—Sí, quiero.

—Pues Dios os haga buen caballero. Rodrigo, ¿queréis ser caballero?

—Sí, quiero —responde el Cid por tercera vez.

El rey mira a doña Urraca.

—Infanta, ponle la espuela.

Doña Urraca coge la espuela y se la pone al pie. Lector, en vano miras los ojos de la infanta; no verás en ellos ni el más leve temblor. Te olvidas del carácter de esa gran mujer y de su estirpe.

—Gracias, señora —dice el Cid—. Con el soberano honor que me habéis hecho, me levantáis sobre el mundo.

Coge la espada el rey, y con la espada en la mano pregunta otra vez al Cid:

—Rodrigo, ¿juráis por la cruz ser buen caballero?

—Sí, juro —reponde el Cid.

—Rodrigo, ¿juráis defender la justicia y el derecho?

—Sí, juro.

—Rodrigo, ¿juráis ser fiel a Dios, fiel al rey hasta la muerte?

—Sí, juro.

El rey le toca el hombro con la espada y se la cuelga al cinto diciendo a la leyenda:

—Recibe esta espada. Ha brillado en diez combates fiel en mi mano. Que brille en veinte en la tuya.

—Vuestro ejemplo y el de mi padre —contesta el Cid— me ayudarán a darle nuevo brillo.

—Que Dios Nuestro Señor y el Apóstol Santiago te tengan por caballero y quieran guiar tus pasos.

Y entre el ruido de mil trompetas que rompe el firmamento al mismo instante, el rey le da un beso en la boca y no le da espaldarazo.

Se sacuden las campanas en un derrumbe de acero, en una catarata de bronce. El techo del cielo cae sobre Coimbra.

El pueblo, afuera, prorrumpe en griteríos de fiebre y

vértigo. En su delirio, los soldados levantan las manos al cielo y colgados del nombre del Cid se balancean sobre la locura.

Encima de su altar, el Apóstol Santiago, clavado en la tela, mira al Campeador con envidia; el rey sonríe desde lo alto de su satisfacción; la reina y las infantas huelen a flores de gloria; don Sancho siente cosquillear sus pies nerviosos como alas. Diego Laínez es una sola lágrima sobre la emoción.

Afuera, al lado de la iglesia, Babieca se come los arcos de flores.

LA VUELTA A BURGOS

Burgos ya no conocía más fiestas que los retornos del Cid.

Cada vuelta del Campeador es una entrada triunfal en la ciudad. La nobleza, el clero, el pueblo tienen vestiduras especiales para las entradas del Cid.

No se ha extinguido aún el eco de las campanas de Coimbra, cuando empiezan a batir el aire las campanas de Burgos. Durante este periodo de su vida, Rodrigo atraviesa España sobre caminos de campanadas. Cabalga sobre las campanas de todas las ciudades cristianas y las campanas galopan detrás de él con el ritmo de sus mesnadas.

Es el hombre del triunfo. El triunfo va atado a la cola de su caballo, ligado a él de un modo misterioso. No se sabe por qué, pero ante el hecho no queda más

que inclinarse. Así como en los naipes hay un as de triunfo, así suele pasar en la vida; de repente sale un hombre que es el as de triunfo de la vida. El Cid no es un genio militar como Alejandro, como Aníbal, como César o como Napoleón. Es otra cosa. Tampoco es un talento militar como Escipión, como Turena, como Wellington. Es otra cosa. Es más y es menos. Digo mal, es más. El talento puede derrotar al genio: véase el caso de Escipión y Aníbal, el de Wellington y Napoleón.

Mirad al Cid en las batallas; es más que genio y que talento. Es el hombre eléctrico. Al genio puede fallarle la inspiración, al talento pueden fallarle los cálculos, al hombre eléctrico no le falla la electricidad. Por encima de la inspiración genial y de los cálculos rígidos, está la descarga a alta potencia, está la corriente de voltaje irresistible que un hombre puede hacer pasar de polo a polo de su ejército. Y esto es el Cid.

Es una furia de cuerpos, de brazos y de bíceps. Es la fe, el ardor exaltado de la fe, la inconsciencia de la fe, la locura de la fe que multiplica las fuerzas y para la cual no hay valla posible.

Por todas partes donde pasa, tras sus pasos quedan signos indescifrables. Yo les propongo a los más sagaces: decid el misterio, resolved el problema.

Y es que el problema no tiene solución. Se le contempla, se le mira obrar, se le ve salir de todas las leyes y entrar en el imponderable, en lo que no puede reducirse a lógica. Es así y nada más. Sin duda alguna, la calidad de nervios, de sangre, de huesos y músculos del Cid es superior a la de todos los hombres conocidos.

Un funcionamiento perfecto de todos sus órganos en un equilibrio absoluto le asegura esa salud maravillosa que le permite reconcentrar en sí energías y fuerzas insuperables. Su estómago, sus intestinos, su hígado, sus riñones, su bazo, superiormente dotados, le permiten quemar más carbono que diez individuos corrientes.

Come magníficamente, con un apetito de jugos gástricos quintaesenciados.

Su digestión soberbia y poderosa transforma en fuerza todo lo que atrapa en sus engranajes, extrae de los alimentos el oxígeno, los fosfatos, el carbono, las sales, el nitrógeno, los arseniatos en la dosis perfecta, necesaria para crear un fenómeno humano.

Esto es un hecho en el Campeador, pero no basta para explicar todo el hombre. Por encima de eso hay la corriente voltaica. Su cuerpo es una estupenda usina que elabora el imponderable. Es una usina que fabrica lo extranatural a fuerza de natural, lo desequilibrado a fuerza de equilibrio.

Rompe la lógica en fuerza de su lógica, porque toda esa usina trabaja al servicio de una exaltación nunca vista; y es esa exaltación la que le sublima y hace ilógico, tan ilógico que muchos creen ver en sus hechos puras patrañas y exageraciones de cerebros infantiles. Sin embargo, todas las proezas del Cid son efectivas y seguramente conocemos pocas al lado de las que realizó. Esto es así, aunque ello duela a la razón.

No es lógico que el Cid pelee en proporción de uno contra siete y que venza. Pero es así. No es lógico que al frente de unos cuantos soldados semibárbaros pueda

triunfar de enormes masas de árabes cultos, bravos, orgullosos y convencidos de su superioridad, porque esos hombres que acababan de fundar en Europa un gran imperio, una gran civilización superior a cualquiera de Europa de esos tiempos, tenían por los españoles un desprecio olímpico. El mismo desprecio que los españoles de hoy pueden tener por los marroquíes. No es lógico que el Cid venza a la superioridad numérica, a la superioridad de armamentos y a la superioridad de civilización. Pero es así. Vence.

Y es que el Cid sale de la categoría de los hombres y entra en la categoría de los elementos. El Cid no es un hombre. Es el viento, es el mar, es la tempestad, es el huracán.

El Cid es la fe. Un minuto de duda y el Cid se acaba, se deshace, se convierte en polvo. El huracán no duda, corre, arrasa. Un terremoto no duda, sacude, desarraiga, derrumba.

El Cid entra en la categoría de los elementos, pero no por esto deja de ser hombre; es un elemento profundamente humano. Nada en él de guerrero mitológico, nada de Siegfried. Su espada no ha sido labrada en una caverna de gnomos, ni en el yunque del dios de las montañas. No ha arrancado sus fuerzas a los brujos de la selva, no ha desentrañado el misterio del fondo de la tierra, ni ha bañado su cuerpo en la sangre de un dragón.

El Cid Campeador es un hombre que llora, que sufre. Es un elemento vulnerable, el huracán herido, que sangra pero no desmaya. Lloro cuando la vida lo separa de Jimena, llora cuando un rey ingrato lo destierra. Llo-

ra como cualquier hombre, lágrimas saladas de ojos de hombre. Sangra cuando una lanza enemiga o un dardo hieren sus carnes, sangra como cualquier hombre, roja sangre de heridas de hombre.

Sin embargo, el pueblo, con esa necesidad mística de todos los pueblos, se empeña en hacer de él un dios. Los pueblos son idólatras por esencia y se complacen en formar del mar un Neptuno y de los vientos un Eolo.

Para amigos y enemigos, el Campeador sale de lo natural. Unos hacen de él un dios, otros un demonio.

Nada más hermoso que este hijo del diablo trepando del infierno por una cuerda, a puro pulso, y cayendo sobre España en una noche oscura. Nada más extraordinario ni más alucinante que este hijo del diablo puesto al servicio de Dios.

El pueblo castellano adora a su dios. Tiene un dios en la tierra a quien rendir homenaje, un dios tangible, visible, y se entrega por entero a la voluptuosidad de su idolatría. Esta idolatría por el Cid se ha extendido ya hasta a su caballo. Babieca es un semidiós. Se desatan las lenguas contando con fruición anécdotas de Babieca, y en las mañanas no se atreven a lavarse las manos que lograron acariciarle el lomo por la tarde.

No es extraño, pues, que en esta entrada del Cid a Burgos no haya miradas sino para él, ni es extraño que todos los corazones sean campanas en delirio y todas las campanas corazones delirantes.

La ciudad flota al viento en miles de banderas, los balcones son racimos de cabezas. Una fiebre especial cae de las nubes y se condensa en una bandada de ma-

nos que aplauden. La emoción recorre la ciudad en largas ondas magnéticas. Las cuerdas vocales saltan en estallidos frenéticos, y en medio de la fascinación general pasa el Cid al frente de sus tropas como un monumento de heroísmos.

Los caballos llevan cintas de colores en las orejas. El pueblo se aparta como un mar Rojo ante el milagro. La batahola de gentes y oriflamas se incendia en un fuego místico. Las muchachas desde los balcones se arrancarían los ojos para lanzarlos al paso del Campeador, si no fuera porque al arrancárselos dejarían de verlo. Todas están sonrojadas, como si todas tuvieran un lazo secreto que las une al ídolo, como si todas se sintieran implicadas en su triunfo. ¡Rubor de esposas!

Grupos enteros se arrodillan en un gesto sagrado y loco ante la comitiva de la gloria. Otros forman una larga procesión detrás, llevando coronas en la punta de sus lanzas. Cuatro mocetones llevan sobre sus hombros una especie de andas con una imagen de Babieca, toscamente labrada en madera. Babieca sobre sus cuatro patas mirando al mundo, magnífico y soberbio, desde su estatua popular y rudimentaria.

Por encima de la locura total, las trompetas sueltan al aire pedazos de corazones, trozos de almas.

Todo Burgos es una alfombra a los pies del Campeador.

Cae la noche. Las multitudes se dispersan y vuelven a sus casas, dejando lo mejor de ellas en las calles.

En el palacio real todo huele a fiesta de leyenda, todo se viste de gran día para la crónica y el poema.

Un susurro de palmas flota sobre la Historia. La noche se hace profunda y lírica, tiene forma de laurel y de beso.

Todas las muchachas del reino sueñan con el Cid.

BABIECA

Babieca es un semidiós.

Hubo un emperador romano que elevó un templo a su caballo y le acordó honores de senador.

El caballo de Calígula no lo merecía. No había hecho nada para merecer un templo. Babieca sí lo merece. Yo pido que se eleve un templo a Babieca. Un templo al aire libre, un templo de cielo y sol, con mucha avena y cebada en vez de flores. En cuanto a los honores de senador, sería denigrar a Babieca.

El caballo del Cid es un semidiós. Un potro de nervios de acero y elástico, de nervios cantantes, de cola rebelde, de grandes narices olfateadoras y palpitantes como un corazón.

Cuando Babieca relincha, el viento se envanece, se hace épico, y España se despierta más ágil que un ejército dormido al redoble del tambor.

El eco orgulloso transmite sus relinchos de verso en verso.

Yo por mi parte confieso que prefiero los relinchos de Babieca a todos los discursos célebres que conozco, y creo que ellos hicieron más efecto sobre España, tuvie-

ron más influencia en su historia que las más lucidas locuciones oratorias. Babieca es el Demóstenes y el Cicerón de los caballos. Es algo superior a ese griego y a ese latino, porque tiene además mucho de Homero.

Babieca es un semidiós. Pastará sobre el Olimpo hasta el fin de los tiempos.

Era tal la idolatría española por el celeste potro que muchas recién paridas se presentaban al cura a preguntarle si podrían poner a sus hijos el nombre de Babieca.

Evidentemente los curas se negaban diciendo que no había San Babieca en el calendario.

Es un semidiós y un arquetipo. El caballo con más caballosidad que jamás se ha conocido. Su cuerpo es un cuerpo sano, robusto, sólido. Perfecto equilibrio de músculos y nervios. Sin grasas. Magníficas líneas de caballo, soberbias formas, sin la menor alusión a otro animal, ni a hombre ni a mujer. Nada de híbrido en Babieca. Suprema realización del caballo. Es el caballo tipo.

Rica sangre, pechos potentes, paletas recias, ancas duras y adentro un temperamento impetuoso, lleno de dinamismo, cargado de pasión.

Suponed al Cid convertido en caballo por alguna hada musulmana; he ahí a Babieca. Como Babieca convertido en hombre habría sido el Cid.

De allí viene la comprensión de esos dos seres. La comprensión y la compenetración. Es el uno para el otro; por eso ambos se aman con locura; Babieca ama al Cid humanamente, el Cid ama a Babieca caballunamente.

Son inseparables. El principio de la dinámica universal se ha sintetizado en ambos.

Babieca al lado del Cid se olvida del mundo, de sus pompas y su avena, y lanza heroicos relinchos de plenitud.

Escarba el suelo, nervioso, pronto; agita los ijares en olas internas. Siente bajo sus plantas el cosquilleo del pedestal, roza sus flancos la pluma del poema.

Plantado sobre sus cuatro patas, hierve de decisiones y domina sus nervios con una paciencia de santo. Nada rompe la armonía de su ser.

Este magnífico potro árabe convertido al cristianismo es el resumen de las fuerzas secretas de la naturaleza, de las ciegas leyes físicas.

Su cuerpo es un templo. Un templo a su raza; y tiene adentro más soldados que el caballo de Troya.

Él solo vale muchos ejércitos.

Babieca, nada te importe no tener templo, ni honores de senador. Ríete de Calígula. Tú mismo eres tu propio templo y aquí tienes este retrato que yo hago de ti con amor y admiración. Tú sabes que este retrato vale más que honores parlamentarios.

A cualquier poeta Babieca le haría volar más alto que Pegaso.

Babieca oye y piafa. Está contento de mí. Gracias, Babieca.

Allá en la más alta arista de la fábula, Babieca patea, se para en dos patas para morder una estrella, levanta la cola y se pee sobre la Historia, orina largos versos dorados y de un salto se echa al galope al otro lado del mundo, lanzando con sus cascos ardientes puñados de rubíes a sus idólatras.

HOMENAJE Y PLEITESÍA

Hace un mes que el rey se ha trasladado con la corte a Zamora. La reina y las infantas suelen pasar temporadas en la ciudad hermosa y leal.

Muchos de los nobles les acompañan durante estas vacaciones y van a instalarse también allí.

El Cid tiene una gran casa en Zamora, y aunque había pensado retirarse por algún tiempo al lado de sus padres, a Vivar, el rey le ha rogado venir con él y ha tenido que instalarse junto a la corte.

El Cid se place en Zamora. La ciudad tiene muchos recuerdos para él y es muy histórica. Tiene un olor heroico a cielo picado de lanzas, y sus casas cuadradas de piedra, bien plantadas sobre sus cimientos, parecen octavas reales de un futuro poema.

El Cid se siente fraterno en Zamora.

Aquel día el rey le había citado a la corte y seguramente trataba con sus grandes señores de asuntos de su reino. No eran pocas las complicaciones que debían presentarse al pobre rey, rodeado aún de tantos pequeños Estados a pesar de sus conquistas.

El Campeador está en palacio cuando se presentan los mensajeros de los cinco reyes moros que había vencido en sus primeras campañas y que se reconocieron sus tributarios.

Inclinándose ante el Cid, los mensajeros le dicen humildemente:

—Sidi, hacia vos nos envían los reyes tus vasallos, para pagarte el tributo a que se comprometieron. En

signo de buena amistad, os traemos, además de lo debido, veinte caballos blancos como el armiño, veinte grises manchados, treinta colorados y otros tantos alazanes, con todos los enjaezamientos de cuero dorado y de plata. He aquí para vuestra novia, doña Jimena, dos piedras de jacinto, muy preciosas joyas y tocados, y para vestir a tus gentiles hombres dos cofres de ricas sedas.

El Campeador, sonriendo agradecido, responde:

—Amigos, vuestro mensaje se equivoca de puerta, pues, yo no soy el amo donde se encuentra el rey Fernando; todo le pertenece; nada es mío; yo soy su más humilde vasallo.

La modestia del Cid agrada al rey, y éste dice a los mensajeros:

—Enseñad a vuestros amos que aunque su señor no sea rey, aquí reside como rey y todo lo que yo poseo me lo ha conquistado Rodrigo Díaz de Vivar, y que estoy muy contento de tener tan buen vasallo. Decidles que todos los presentes que le han enviado, hoy mismo estarán de orden mía en su casa, y que así será siempre.

Rodrigo agradece al rey Fernando y se aleja a despedir a los mensajeros de los reyes moros con otros regalos para sus amos.

No es el Cid hombre para quedarse sin corresponder a los agasajos, así vengan ellos de más poderosos que él, así tuviera que estrujar sus fondos. El Campeador se bate de igual a igual con los más altos y no ama ser deudor de nadie en nada.

Caballero de fondo y forma.

DOS MUERTES EN DOS SEMANAS

Decididamente el Campeador no ama la quietud de la ciudad, no puede quedarse tranquilo en la corte. El rey, conocedor de sus gustos, sabe aprovecharse de ellos, y ahora tiene al Cid, hace más de tres meses, estudiando los campos, caminos y montes hacia Valencia.

Valencia la codiciada. Hacia ella se tienden los ojos de cuantos tienen un poco de poder efectivo en la península. Es una carrera de miradas ansiosas a cuál llega primero. Solamente que la empresa es difícil, pues Valencia contiene lo más granado y poderoso de la morería y tiene defensas de mar y tierra inexpugnables.

No importa. El Cid vuelve a Castilla y trae ya sus planes de conquista en la cabeza y en los bíceps.

Viene al paso del caballo, soñando en el atardecer, soñando y silbando. Esta empresa ha sido un paseo, un paseo tranquilo y discreto de hacendado que sale a contemplar sus tierras. ¡Y cómo le gusta al Cid mirar a España! Echar el alma a pastar en sus valles y triscar en sus montañas. Echar a rodar los ojos sobre la península amada, mirar su cielo, beber sus aguas, aspirar sus bosques, sus hierbas. En el alma del Cid crece toda la flora de España y él se siente embriagado de su propia alma.

Mientras sus ojos feroces e inocentes van mirando el mundo embriagados en la belleza de las cosas más simples, él piensa. Piensa en sus proyectos, piensa en Jimeña y va silbando sobre sus pensamientos.

Babieca marcha encantado de los silbidos del amo.

Siente unas ganas locas de saber silbar para acompañarle y formar un dúo egloheroico.

Jimena le ha perdonado, y aunque la discreción no le permite frecuentarla como antes, pronto llegará el día en que puedan realizar su sueño.

Esta vuelta a Burgos silenciosa, callada, sin batahuelas de triunfo, aunque él trae un gran triunfo interior, le place enormemente. Saborea la calma de estos instantes con verdadera delicia.

Allá lejos ya se divisa la ciudad y nadie sabe que el Campeador retorna de un largo viaje secreto. A su paso los labriegos se descubren y bendicen al cielo que les procura la dicha de verlo en sus caminos.

Apenas llega a Burgos, una noticia corre a traspararle el corazón: sus padres han muerto. En el espacio de dos semanas murieron ambos. Bendiciendo su nombre, volaron el uno en pos del otro, de la gloria a la gloria.

Arias Gonzalo le da la noticia. El dolor lo demuda. La noticia lo atraviesa de parte a parte. Como un niño se echa llorando en brazos de su tío.

El rey le dice entre lágrimas que entierre a sus padres en la abadía de San Pedro de Cerdeña, ciudad que él le dio en feudo como premio a sus triunfos contra los enemigos de Castilla.

Llora el rey, llora Burgos, llora España, llora el Romancero. Por encima de todas las lágrimas se oyen los sollozos de Vivar.

Hacia allá parte el Cid. Cumplida su misión ante el rey, que le abraza como otro padre, vuela a su casa solarie-

ga a encerrarse en el dolor, entre los muros del recuerdo.

Allí estará más en contacto con ellos, allí podrá respirar el aire que ellos respiraron por última vez.

Allí verá la figura adusta del amado viejo sentado en su sillón, mirándole orgulloso, entre panoplias y armaduras. Allí verá la figura dulce de su madre entre las frutas de la mesa, detrás del humo de la sopa.

Diego Laínez y Teresa Álvarez están en todos los rincones de Vivar y en toda el alma de su hijo.

Ellos vinieron al mundo para engendrar la epopeya y vivirán encima de todos sus actos, flotarán sobre todas sus proezas, reinarán en todos sus himnos.

Diego Laínez y Teresa Álvarez duermen el sueño eterno bajo la piedra del romance, la piedra esculpida por el hijo.

El Cid llora sobre esta piedra, llora como nadie nunca ha llorado, y yo soy el único en mirarlo.

EL AMOR EN LA CRUZ

Vive el Cid encerrado en su dolor.

Aquella alma batalladora se siente sumergida bajo una capa de recuerdos familiares y se deja correr a la deriva de sus sentimientos. Un periodo de calma entre los muros de Vivar.

Jimena, que no puede dejar de amarle y que al fin y al cabo le debe la vida, se decide a ir a visitarle. Ella tiene que comprender que no ha sido tan grave la falta del

Campeador al matar a su padrino. Su honor lo obligaba y no ha hecho más que vengar una ofensa.

Ella tiene que sentir que él no ha querido atropellar su amor y que habría dado su vida por que no hubiera sido Lozano el ofensor de su padre.

Además, ¿cómo podría ella dominar su corazón, que le pide en cada latido ir a consolar al que ahora sufre y con más razón que ella, puesto que ha perdido sus verdaderos padres?

Rodrigo tiene el alma abierta en cruz y la espera.

Ella entra en su alma, en esa alma que es una gran bahía de tristeza, como un barco cargado de horizontes azules.

Ella lleva al doliente la panacea de sus ojos.

Él se siente revivir bajo esas manos que son nidos de auroras; él, que en sus noches de melancolía, de furor o de sangre no ha dejado de ver sus miradas en todos los resplandores del mundo.

Ella está allí ante él con sus ojos para poemas, con su cabellera para dedos trémulos. A él le place llorar escondido bajo su cabellera de pasión.

Un enjambre de estrellas de amor, de estrellas sin nombre, porque tienen todos los nombres, nacen en el cielo renovado.

El amor que los une tiene el mismo color de la fatalidad que los había separado.

EL MORO ABDALA

Hace ya varios días que un moro se presenta en tierras castellanas, preguntando por el Cid y retándolo a desafío.

Penetra en Castilla, insulta al Campeador y se vuelve a sus tierras.

El moro Abdala es un valiente, gran jinete y gran guerrero, diestro como nadie en el manejo de las armas. Nacido bajo signos astrológicos especiales, los sabios de su raza ven en él un futuro Almanzor. Así lo dijeron al mundo las constelaciones, así lo escribió en grandes letras el Zodíaco.

Llegan a oídos del Cid los desafíos e insultos de Abdala. El descaro inútil del joven moro le irrita, la ofensa le sacude de su dolor, y salta del sillón del pesar sobre su montura, decidido a castigar al atrevido.

Por el valle de las Estacas marcha el Cid en Babieca con su lanza y sus armaduras. Deja a mano izquierda el pueblo de Constantina y sigue su camino solitario, en la tarde, sin temor a emboscadas ni a la fiera que se esconde en los bolsillos de la selva y sale a esas horas a rondar en busca de alimento.

El Campeador sabe que por aquellos sitios se pasea orgulloso el moro Abdala, lanzando improperios al viento, entre el terror casi supersticioso que inspira a los castellanos su audacia sin igual. Creen ver en él una especie de demonio salido de algún encantamiento oriental para vengar a Mahoma y reconstruir su reino.

Abdala quiere en un día, venciendo al Cid, llenarse de más gloria que todos los reyes moros en diez años de guerra. El ambicioso quiere de un salto pasar a ser jefe indiscutido de su raza. Una vez jefe absoluto, ya dará qué hacer a los cristianos.

El Cid lo sabe, adivina en él un hombre capaz de cualquier cosa, un temerario, pero al mismo tiempo un guerrero de valor real. Por eso va en su busca.

Chocando contra su pecho, en la cumbre de la colina, el sol pega sobre sus armaduras. ¡Cómo centellea el Cid! Rutilante en su paraíso militar sobre el planeta.

Allí se baja del caballo y se sienta a esperar entre unas peñas. Su vista abarca todo el valle.

No pasa mucho tiempo cuando ve venir por la llanura al moro Abdala, vestido de ricas ropas y armado de fuertes armas. El Cid le deja acercarse y cuando ya está a tiro de voz, le grita, saliendo de las peñas:

—Espérame allí, moro Abdala; no te muevas, no te muestres cobarde.

A los gritos el moro levanta la cabeza y viendo al Cid que baja la colina a todo trote, responde:

—Hace largo tiempo, buen Cid, que espero este día. No temas que huya, no hay hombre nacido de madre del cual yo me esconda. Desde mi infancia soy guerrero y sólo sé huir la cobardía.

El Cid llega al campo frente al moro.

—De poco te servirá alabarte, moro Abdala, si no eres realmente buen brazo. Si eres el que tú pretendes, llegó la hora de emplear tu valor y tu fuerza.

—A tus órdenes, buen Cid; listo estoy.

Carga el uno sobre el otro, se chocan las lanzas, se miden, se tantean.

El Cid sonríe. Es un buen adversario, es valiente, es firme el muchacho. Vale la pena el combate.

El Cid sonríe. Se muerde la sonrisa, se la traga de un bocado, clava las espuelas al caballo, aprieta la lanza y carga en tres saltos.

Cataplum. La lanza rompe el pecho del moro, lo saca por el aire y Abdala va a estrellarse contra el suelo como un pájaro ciego. Allá salta en pedazos el Zodíaco, llueven trozos de constelaciones, se parte toda la relojería astrológica.

El Campeador baja de su caballo, se acerca al adversario y, en medio del sol que sangra de antemano, le corta la cabeza con toda urbanidad.

LA MUERTE DEL REY FERNANDO

Enfermo de gravedad, el rey Fernando siente que la muerte se acerca a paso de muerte. Hoy como ayer, el reloj del cementerio avanza un poco.

El rey hace venir junto a su lecho al Cid y le encomienda sus hijos. Toda la familia real rodea de su emoción al enfermo.

—Rodrigo —dice el rey con voz temblorosa—, sólo cuentas veinticuatro años; pero cada año tuyo vale por cinco de otro; así he pensado en ti para que veles por mis hijos y por Castilla. Teniendo tu promesa puedo morir tranquilo... Tú me inspiras más confianza con tu bra-

zo y tu cabeza que cualquier otro de más años que tú.

—Señor —responde el Cid—, castellano soy y os juro que el rey de Castilla será siempre mi rey. Velaré por todos vuestros hijos y trataré que a ninguno ocurra ningún mal.

—Gracias, Rodrigo; me llevo al cielo tu palabra y pediré a Dios que te ayude.

Cuando el rey sintió que entraba en la agonía, pidió que lo vistieran con hábitos monacales, se hizo ceñir ciclicos y conducir a la iglesia.

La triste comitiva sale del palacio real.

Con el rey en el centro, tendido sobre unas andas, se dirige al templo entre cánticos y abades.

Lleva la cruz, a la cabeza, su propio hijo el bastardo don Fernando, cardenal de Castilla, arzobispo de Toledo y maestre de Santiago.

Le siguen la familia real y la nobleza. Junto a las infantas va Jimena. Detrás, Arias Gonzalo, el Cid, el conde Per Ansures, Alvar Fáñez, el conde García Ordóñez, Martín Antolínez, Per Vermúdez, Muño Gustioz, Galín García y muchos otros.

Luego vienen los hidalgos e infanzones y, por último, el pueblo.

Lloran lentas las campanas en el cielo por su rey.

Llora lento en la tierra el pueblo por su rey.

Tendido sobre ceniza ante el altar, el rey se quita la corona y la hace poner a los pies del crucifijo. Con una vela en la mano oye la misa y comulga. El mismo responde con voz sorda a los oficios.

Los salmos de la muerte llenan de muerte el aire. El

último suspiro del rey asciende a Dios entre los himnos y nadie se apercibiría de su muerte si la vela no se cayera de sus manos desde el otro mundo.

*

El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

Desgraciadamente a la muerte de Fernando Magno no pudo darse el grito clásico. Al fin de su vida el rey cometió un grave error político, y fue el dejar dividido su reino entre sus hijos; su reino, constituido a fuerza de tantas penas y tantas guerras, una vez fraccionado perdía todo su poder, que sólo residía en la unidad.

Esa unidad de Castilla, León y Galicia que le daba tal consistencia, que pudo imponerse a los reinos de Navarra y Aragón y someterlos a una especie de vasallaje y tutela; esa unidad que le permitió ensanchar sus dominios y penetrar en los reinos moros que no tenían más que someterse a su poder o a su influencia, una vez rota podía despertar rebeliones y facilitar los caminos a la ambición.

El rey Fernando dejó divididos sus Estados entre sus hijos: a Sancho dejó Castilla, León a Alfonso y Galicia a García. Doña Urraca heredó el señorío de Zamora y doña Elvira el de Toro.

El rey ha muerto. ¡Vivan los reyes!

Sólo que muchos reyes difícilmente pueden vivir al mismo tiempo de los trozos de un solo reino. Entonces el grito de "Vivan los reyes" se convierte en "Mueran los reyes" y se vuelve automáticamente al de "Viva el rey". ¡Viva un rey!

Así lo entendía don Sancho, que por ser el mayor se consideró defraudado con el reparto del reino de su padre entre sus hermanos.

Además, él comprendía que sólo bajo la unidad podía subsistir el imperio y ser un valor real digno de tomarse en cuenta y capaz de hacerse respetar en cualquier momento, pudiendo sólo así realizar el gran sueño natural de su casta: la reconquista de España, la unificación de la nación hispánica.

Fraccionados, eran tres reinos de juguete, hacían retroceder cien años el dominio español. En una sola mano era ya una fuerza respetable.

Nada más difícil que abandonar un sueño. Se puede a veces abandonar una realidad, pero el sueño se convierte en un anhelo continuo, en una obsesión implacable que se aferra a nuestra alma, que se apodera de nuestro organismo y no hay modo de desprenderse de él.

Tres grandes nubes negras de tempestad se forman en el cielo ibérico.

DON SANCHO

Don Sancho II el Fuerte es un hombre bravo de corazón, inquieto, ambicioso y en el fondo profundamente lógico.

Al subir al trono de Castilla en 1065 se encuentra frente al problema que planteara la muerte de su padre: volver a conquistar los otros reinos y señoríos recortados a su corona.

Castilla es la porción más pequeña, y si sus hermanos se unieran contra él, la cosa se pondría grave. No basta, pues, ser buen guerrero; hay que ser también hábil diplomático.

Uno de sus primeros actos es nombrar al Cid jefe de todos sus ejércitos.

No olvidemos la admiración que el nuevo rey don Sancho tenía por el Cid, no olvidemos que el nuevo monarca fue compañero de armas del Campeador y que éste le salvó la vida en aquellos tiempos juveniles en que sólo se llamaba Rodrigo. El día de la famosa cacería del jabalí, Ruy Díaz de Vivar aún no era el Cid Campeador.

El rey don Sancho piensa que España es el baluarte de la cristiandad en Europa y que es preciso, cueste lo que costare, volver a constituir el bloque entero sobre el cual reinó su padre y que éste jamás debió haber dividido.

Don Sancho lleva ya más de un año esperando se le presente una coyuntura para realizar sus planes. Silencioso, huraño, se pasea inquieto sobre la paciencia.

No tarda don García en ofrecerle la oportunidad de intervenir en sus asuntos. Don García, el menor de los tres y el más belicoso de todos; don García, rey de Galicia, decide un buen día invadir los dominios de su hermana doña Urraca. De buenas a primeras le arrebató la mitad de su señorío de Zamora.

A este pretexto se coge don Sancho, y alegando que su hermano ha quebrantado el acuerdo de su padre, se decide a atacarlo.

Con este objeto convoca las Cortes y expone sus

propósitos. Todos los grandes señores de su reino están reunidos junto a él.

El conde García Ordóñez se opone a las razones del rey, declarando en voz alta:

—No debéis olvidar, don Sancho, la voluntad de vuestro padre. Vuestro deber de hijo os obliga a respetarla.

Don Sancho se enfada y responde:

—¿Y mi deber de monarca? Olvidáis, conde, que el amor a la patria está por encima de todo.

Esto diciendo, el rey coge la mano del Cid:

—Y tú, Ruy Díaz, ¿qué piensas? Habla, dame tus consejos.

—Señor —responde el Cid—, no me parece bien aconsejaros que vayáis contra el mandato de vuestro padre. Sabéis que vuestro padre os partió sus reinos y que en su lecho de muerte hízome jurar que aconsejase a sus hijos lo mejor que yo pudiese, y que nunca mal consejo les diera. Mientras yo pueda, así debo hacerlo.

—De modo que todos me abandonáis —exclama don Sancho.

—Yo no os abandono —responde el Cid—; os digo mi parecer; vos obraréis como os plazca y yo estaré siempre de vuestro lado.

—Y tú, Alvar Fáñez, ¿no dices tu opinión? —pregunta don Sancho.

—Señor, vos sois el rey y vos mandáis.

—Yo digo —habla el rey— que don Alfonso y don García hacen alianzas contra mí y que si yo no caigo pronto sobre ellos, ellos caerán sobre mí cuando yo menos lo piense.

—Rey don Sancho —dice el Cid—, ¿estáis seguro de lo que habéis dicho?

—Sí, lo estoy; tengo informaciones que me prueban que don Alfonso ha hecho alianza con sus primos de Aragón y Navarra, y que no sólo con cristianos, sino aun con los moros de Córdoba y Toledo. Hechas estas alianzas, busca ahora la amistad de don García. Por don García debe comenzar el escarmiento.

—¿Contra quién van esas alianzas? —pregunta García Ordóñez.

Y el rey responde:

—Es fácil adivinarlo; no van contra los infieles, puesto que con ellos hacen pacto; no van contra don García, puesto que buscan su alianza; sólo queda Castilla, puesto que ninguno de ellos ha buscado su amistad.

—Dios os ilumine —dice el Cid—, y obrad según vuestra conciencia. Si juzgáis que don García os da pretexto de intervenir y que por allí podéis comenzar a realizar vuestros planes. Dios os guíe, si vuestros planes son buenos. Sólo un consejo quisiera daros: si pensáis atacar a don García, pedid permiso a don Alfonso para cruzar las tierras de León. No os echéis encima dos enemigos de golpe.

—Has hablado bien, Ruy Díaz, y así se hará. Se hará más aún. Tú, Alvar Fáñez, irás a tratar con don García que me entregue su reino por las buenas, antes de obligarme a hacerle la guerra.

—Rey don Sancho, vos mandáis —contesta Alvar Fáñez.

—Señores —termina el rey—, ya conocéis mis pro-

pósitos. Los que estén conmigo, vengan bajo mis banderas. Los otros, obren según les plazca.

Levanta el rey la sesión. Triste se queda el Cid. El conde García Ordóñez se aleja taciturno.

LA GUERRA CONTRA GALICIA

Inútil es decir que el bravo y turbulento don García rechazó todas las demandas de don Sancho y se lanzó a la guerra.

La primera y segunda nube de aquellas tres que dejamos formándose sobre el cielo ibérico, hinchadas ya a todo reventar, se chocan y estallan en lluvias, truenos y perdigones.

Don Alfonso de León, menos belicoso que sus dos hermanos, pero más astuto y político que ellos, deja pasar libremente a don Sancho por sus tierras. ¡Qué mejor para él que sus hermanos se debiliten, luchando entre sí!

Aunque no guarda muy estrictamente su neutralidad, ni mucho menos los avances de amistad que hiciera a don García, no trata de intervenir en la lucha, ni de impedir a ninguno de ellos el paso por su reino.

En la primera batalla don Sancho vence a don García. Este se retira con su ejército, pero no cede, y presenta una segunda batalla a don Sancho, lo derrota y lo hace prisionero.

Prisionero va don Sancho y vencidos los castellanos. En vano don Sancho ofrece presentes y riquezas a los seis caballeros que lo guardan, para que lo dejen en li-

bertad. Sus ofrecimientos y sus súplicas son rechazados. Sin esperanzas sigue el rey a sus vencedores, cuando ve que las tropas gallegas corren y se agolpan peleando hacia un solo lado del valle. A los pocos instantes aparece Alvar Fáñez, con dos caballeros, y salta sobre los seis guardadores de don Sancho, lanza en mano; los derriba del caballo y grita al rey:

—Pronto, conmigo; el Cid me ha mandado a vos; huyamos hacia aquel lado. Es él quien llegó de improviso y libra batalla a don García.

—¿Cuántos hombres trae? —pregunta el rey.

—Trescientos, pero son bravos.

—Ánimo, pues, caballeros —exclama don Sancho—; bajemos corriendo al llano; si el Cid por aquí ha asomado, nuestro es el campo.

A mandoble limpio el Campeador se mete entre los gallegos y cambia la derrota en triunfo. Él mismo, con sus propias manos, hace prisionero a don García.

Don Sancho encadena a su hermano y lo encierra en el castillo de Luna. Castillo de hermoso nombre, blanco en las noches, propicio a los sueños. Castillo color divagación de prisioneros. Don García tendrá claro de luna hasta la muerte.

LA GUERRA CONTRA LEÓN

Don Sancho, vencedor del rey de Galicia, se tornó contra su otro hermano y le envió a pedir sus reinos. “Alfonso de León —decía en la carta el castellano,

los intereses del reino exigen una sola corona; vamos, pues, a disputarla en lidia franca, frente a frente en campo llano. Dios decidirá en la contienda y dará el fallo”.

Convenidos los dos hermanos, la batalla se libró en Llantada y fue en extremo sangrienta.

El Cid la decidió en favor de don Sancho, pero como no fue del todo contundente, los leoneses no se dieron por derrotados, y en la noche empezaron a recibir ayuda de los vencidos de Galicia y a engrosar su bando. El Cid, comprendiendo el peligro, convenció al rey castellano de que era más prudente levantar el campo con un triunfo y esperar mejor ocasión, que no exponerse a una posible derrota.

Guardó don Alfonso su reino de León y ambos hermanos permanecieron tranquilos durante un buen tiempo. Pero don Sancho no abandona fácilmente sus proyectos y vuelve a proponer a don Alfonso otra batalla en las mismas condiciones que la anterior.

Seguro de su triunfo, don Alfonso acepta la proposición de don Sancho.

Ambos ejércitos se encuentran en la frontera de Castilla y León, frente al pueblo de Golpejares. Don Sancho comete el error de dividir su ejército y mandar al Cid con sus famosos trescientos a cortar el camino a los aliados de Alfonso. Este yerro le hizo perder la batalla.

Huyen los castellanos, abandonando todo su campamento en manos de los leoneses.

Vuelve el Cid y encuentra a los suyos en derrota y otra vez prisionero a su rey. Combatiendo como puede, atacando por aquí, retrocediendo por allá, en vano trata de reanimar a los fugitivos.

Don Alfonso y el conde Per Ansures dirigen la batalla y ya reposan sobre sus laureles. Lejos de ellos, trece caballeros se llevan a don Sancho bajo su custodia a la prisión. De repente, como una visión, aparece ante ellos el Cid; trae la lanza rota y la armadura partida.

—Caballeros, libertad a mi rey —ruge el Cid.

—Aquí sólo manda don Alfonso —contestaron los caballeros—. Id a pedir orden y lo libertaremos.

—Dadme una lanza, si sois hombres; entre hidalgos no hay orden como la lanza.

Los trece caballeros se consultan y deciden cederle una lanza. Así exige la hidalguía, y en aquellos tiempos la hidalguía era ley.

Se mete el Cid entre ellos; a golpe de arma y rebotes de caballo, mata a varios, hiere a otros, los revuelca por el suelo y sólo queda uno en pie, tan cansado, que se entrega.

—Toma, para bombones —le dice el Cid, y le arroja una perra gorda.

El rey, viéndose libre, echa los brazos al cuello de su libertador, exclamando:

—Creí que me habías abandonado.

—Yo nunca abandono a nadie.

A galope tendido vuelven ambos a juntarse con los suyos.

Don Sancho, abatido, no sabe qué partido tomar. Reunido a sus hidalgos detrás de unos robledales, con la cabeza entre las manos, sentado en un tronco, fija los ojos en la noche.

El pesado silencio del desastre agarrota todas las gargantas.

Una rana croa por hábito en algún estanque y se muerde la lengua cuando quiere atrapar una estrella.

El pobre rey fugitivo rompe el silencio:

—¿Qué hacer? Fuimos vencidos.

—Os advertí que era un error dividir las tropas — responde el Cid—; los míos casi no han peleado.

—Caro me cuesta no haber seguido tu consejo. Y ahora, ¿qué hacer?

—Lo primero reunir los dispersos, animar a los fugitivos y rehacer la tropa. Mis vivareños están intactos y con ganas de romperse el alma por vos y por mí. El rey Alfonso juzga ganada la partida y se ha retirado a Carrión, donde sus tropas celebrarán la victoria. Hasta mañana no tratarán de entrar en Castilla; caigámosles de improviso al amanecer, y el triunfo volverá a nuestro lado.

Así lo hicieron. Martín Antolínez, Per Vermúdez, Diego Ordóñez y Alvar Fáñez corrieron a juntar las tropas. El Cid, Muño Gustioz fueron a estudiar el campo.

Una vez todo listo, la hueste de fantasmas lunarios se puso en marcha.

En Carrión, los leoneses están de fiesta. Toda la noche la pasaron en gran alborozo, bebiendo y bailando con las mozas del pueblo y a la luz de las hogueras.

La columna del Cid se acerca sigilosa y casi sin respirar. Llegan hasta ellos los sonos de las gaitas, de los tamboriles y los piporros. Buen augurio.

Todo el campo se pone sigiloso, la noche anda con pies de gato. Es un silencio que alarmaría a cualquiera, y si en el campo de don Alfonso no estuvieran unos durmiendo, otros ebrios y otros bailando, no faltaría quien

hubiera dado la alarma. La terrible alarma de la quietud, de esa quietud en que parece que la naturaleza se hubiera congelado dentro de un *iceberg*.

Avanzan los castellanos con calzas de silencio en los pies. Los comandos se repiten en secreto pasándolos de boca en boca por debajo de los brazos.

Llegan a la parte más difícil, que es atravesar el río Cea. Busca el Cid un sitio fácil para vadear el río. Los infantes montan en grupas de los caballeros y una vez en la otra orilla siguen al Cid, que los lleva cortando camino por atajos y entre sotos.

Carrión se yergue frente a ellos a menos de media legua, arriba de una colina. Dejan los caballos a unos cuantos peones y siguen a pie escondiéndose entre las matas. El Cid adelanté va mostrando el camino. Trepan la colina arrastrándose, sin ruido. Castilla a paso de zorro va escalando la noche.

Carrión baila, bebe y duerme al son de las rondas triunfales. En medio de la alegría, Carrión está muy lejos del enemigo, lejos, detrás de los mares. Es una isla de inocencia.

El rey don Alfonso discute en la sala del consejo con sus caballeros y capitanes lo que hay que hacer al día siguiente.

El día siguiente empieza ya a presentarse por las ventanas del cielo, cuando rompe el aire un clamoreo fantástico. Los castellanos caen sobre la plaza como brotados del suelo, se echan sobre el enemigo en confusión y despedazan cuanto encuentran, sin cuartel y sin tregua. Una voz roja va gritando:

—¡Por don Sancho! ¡Por don Sancho!

Al oír el alboroto don Alfonso y sus segundos, como un solo resorte, se ponen en pie y echan mano a las espadas.

No hay tiempo. En mil pedazos saltan al aire las puertas y las ventanas, y una avalancha de energúmenos se precipita en la sala a gritos:

—¡Por don Sancho! —y levantando los hierros desarman a todo el mundo.

En dos saltos don Alfonso se escurría entre los suyos, y protegido por ellos va a trasponer la puerta cuando una mano le toca el hombro y una voz enérgica y respetuosa cae en sus oídos:

—Don Alfonso, no hay salida. Por don Sancho os hago preso.

Vuelve la cabeza el rey y se encuentra cara a cara con el Cid.

—Déjame libre, Ruy Díaz, y en retorno te daré lo que me pidas —dice Alfonso.

Y el Cid responde:

—Ruy Díaz no compra a nadie, y a Ruy Díaz nadie lo compra.

Abriéndose paso en medio del tumulto, con la espada chorreando sangre, aparece don Sancho hecho una furia. Al ver a su hermano se precipita sobre él con la mano en alto.

El Cid le sujeta la mano y su brazo de hierro se la deja clavada en el cielo.

—Déjame —grita Sancho.

—Es prisionero mío.

—Te lo compro, Ruy Díaz; pídemelo lo que quieras —
brama don Sancho.

—A Ruy Díaz nadie compra; Ruy Díaz no vende a
nadie.

—Te daré por él...

—Mañana me daréis las gracias por no habérselo
entregado.

—Soy tu rey.

—No lo seríais si dos veces yo no os hubiera libertado.

—Como sea, soy tu rey; entrégamelo, te lo ordeno.

—Por mi rey contra mi rey. No quiero rey fraticida.

—Rodrigo, tú has ganado esta batalla, tú me has
devuelto mi corona. ¿No sabes el peligro que mi herma-
no significa? Tú no le conoces; ¿quieres que yo sea un
necio?

—Quiero que seáis generoso.

—Tú te haces responsable de él. Acaso tengas razón.

—Señor, victoria obliga. Prisionero don Alfonso, dis-
poned de su persona, pero no de su vida.

—Si es prisionero —responde don Sancho—, que le
pongan cadenas y que vaya a prisión.

Así se hizo. El Cid le salvó de la muerte, pero no de
la prisión. El violento don Sancho no cedió un punto en
esto.

Encarcelados don García y don Alfonso, ya no hay
más rey que don Sancho.

La infanta doña Urraca, al saber la suerte de su her-
mano Alfonso, por quien ella tiene especial cariño, sale
de Zamora y va a pedir por él a don Sancho.

A sus súplicas se juntan las del conde Per Ansures,

que fue ayo de don Alfonso en su niñez y que era su valido en el reino de León.

Dice a don Sancho la infanta:

—Señor, don Alfonso ya no es peligroso para vos. En nombre de nuestro padre, dejadlo libre.

Responde don Sancho:

—Nuestro padre, al dividir su reino en tres, cometió un grave error. Un reino grande requiere un solo rey.

—Don Alfonso os cede sus derechos —exclama Per Ansures—; Castilla será grande y nadie os disputará el cetro. Dejadle libre.

—¿Libre? Jamás —contesta don Sancho.

—Entrará en un convento y tomará los hábitos insiste doña Urraca—; yo os lo aseguro en su nombre.

Ante tal afirmación y tanto ruego, don Sancho dio libertad a su hermano, que fue llevado bajo guardias de la prisión al convento.

En el convento de San Fagundo don Alfonso tomó una mañana los hábitos monacales.

Del convento de San Fagundo, don Alfonso huyó una noche y fue a refugiarse a Toledo, bajo la protección del rey moro Alí Maimón.

ZAMORA

Ya no hay más rey que don Sancho.

Dos retazos quedan aún para completar su bandera: Toro y Zamora.

Manda a pedir a su hermana doña Elvira el señorío de Toro, y ella se lo cede sin poner inconvenientes.

Sólo queda Zamora, y en Zamora, doña Urraca, de temple y corazón tan fuerte como su plaza.

Don Alfonso en Toledo, en la corte de Alí Maimón, vive bajo el hechizo arábigo de la princesa Zayda, hija del rey de Sevilla. Acaso espera su día y, para matar el tiempo, bebe a grandes sorbos el cálido brebaje de los ojos amados.

En todos los jardines, bajo todas las lunas toledanas, sólo se oyen suspiros de amor. “¡Dios mío! Si Zayda fuera cristiana”. “¡Alá! Si Alfonso fuera moro”. Entre suspiro y suspiro, don Alfonso no se olvida de la política; lleva el veneno en los huesos. Sacando la cabeza de entre los sueños musulmanes, escribe a menudo a su hermana doña Urraca, que vive temblando en Zamora. La infanta conoce a don Sancho y sabe que su ambición no se duerme.

Don Sancho no suspira: ruge. Piensa que Zamora es un nido de conspiraciones, y además la plaza fuerte le conviene más que cualquier otra de España por su situación geográfica y sus defensas naturales.

Don Sancho quiere obtener la plaza de Zamora a cualquier precio.

El Cid le aconseja que trate primero de obtenerla por las buenas, aunque conociendo a doña Urraca cree difícil que ésta acepte entregar la ciudad.

Don Sancho parte con sus tropas a Zamora. Lleva un gran ejército y sus mejores equipos. Una vez llegado frente a Zamora, da una vuelta en torno de la ciudad.

¡Ah! La hermosa ciudad, la magnífica fortaleza. Le parece tener a flor de mano el sueño de mil noches. Sólidamente construida sobre roca tallada, recias murallas, torres en abundancia, y como si esto fuera poco, defendida por el Duero, que corre a sus pies. Plaza fuerte inexpugnable, aunque todos los ejércitos del mundo la sitiaran.

—Si mi hermana Urraca me la diera —exclama el rey—, yo la preferiría a cualquier otra de España.

En su tienda está don Sancho, meditabundo, con los ojos aún llenos de la visión de piedra y torres hasta el cielo.

Hace llamar al Cid, y cuando éste acude a su llamado, le dice zalamero y afectuoso:

—Rodrigo, yo te he nombrado jefe de toda mi casa, primero entre los primeros; te he dado en mis tierras más de un condado y el mejor de Castilla; en nombre de la amistad que nos une desde la infancia, te pido que vayas a Zamora y trates con mi hermana que me entregue la ciudad por haber o por cambio. Decidle que le daré en trueque a elegir entre Medina de Rioseco, Valladolid, Valladolid y Tierra con sus tierras. Decidle que si no consiente se la tomaré por la fuerza.

—Señor, bien me va vuestra embajada; mucho tiempo viví en Zamora con doña Urraca en casa de Arias Gonzalo, que hacía de ayo de los dos. Embajada de palabra puedo aceptar, mas en caso de guerra no desenvainaré mi espada contra la infanta. Tengo un juramento hecho y os juro que el juramento me ata las manos. Quiera Dios que la infanta acepte vuestra demanda.

—En ti confío.

—En ello pondré mi alma. ¡Ah! Si pudiera evitar esta lucha.

*

Al entrar el Cid en Zamora, doña Urraca y su asesor Arias Gonzalo, el íntegro caudillo y jefe de su casa, el buen viejo Arias Gonzalo, le reciben con todo honor y cortesía.

Impuesta de la embajada, la infanta protesta entre lágrimas de cólera:

—Don Sancho, contra la voluntad de nuestro padre, usurpó sus reinos a don García y a don Alfonso, y ahora quiere arrebatar-me Zamora. Piensa don Sancho que soy mujer y que no puedo contra él. Tarde o temprano pagará sus tropelías. Que no se olvide del cielo. Ya ves tú, Arias Gonzalo, tú que eres mi segundo padre, yo te dije muchas veces: “No hay que confiar en don Sancho”.

—Señora —responde Arias Gonzalo—, os pido en merced que no os aflijáis. Reunid vuestros vasallos y exponedles la demanda del rey. Si ellos consienten, entregad la ciudad; si prefieren resistir, moriremos todos defendiéndola como exige nuestro deber de gentiles-hombres.

Al llamado de la infanta llegan sus caballeros, y al oírla, todos a una juran morir hasta el último antes que entregar la ciudad. La infanta se vuelve al Cid:

—Id y decid a mi hermano que antes moriré yo con los de Zamora, y ellos conmigo, que entregarle la ciudad.

Cuando el Cid vuelve con esta respuesta al campamento del rey, oye detrás de sus pasos los gritos de los vasallos de doña Urraca:

—¡Viva la infanta! ¡Viva Zamora!

Y en el fondo su corazón de hidalgo bate campanas de oro comprendiendo la hidalguía.

Dios del cielo, que así sea siempre en mi España.

Con los ojos endemoniados de ira oye don Sancho la respuesta de su hermana. No habla, ruge con los puños levantados, pletóricos de amenazas:

—Aunque fuera Zamora la ciudadela del mismo infierno, aunque se escondiera entre peñas ardientes y abismos de fuego, he de tomarla. ¡Ah viejo traidor de Arias Gonzalo, tu cabeza y la de tus cuatro hijos será mi venganza!

—Arias Gonzalo no es traidor —responde el Cid—; su obligación es servir a la infanta. Ojalá todos vuestros servidores os sirvieran siempre como los Arias sirven a doña Urraca.

—Tú te pones contra mí, Rodrigo —brama don Sancho—. No te basta haber declarado que no irás contra Zamora. ¿Quieres sembrar el desaliento entre los míos?

—Yo nunca he hablado de abandonaros. Iré con vos, estaré entre los vuestros, pero no he de pelear contra Zamora.

—Ni tienes para qué quedarte entre los míos. Don Diego Ordóñez de Lara será mi alférez. Capaz serías de desanimar mis huestes. Acaso tú mismo aconsejaste a los de Zamora no entregarme la ciudad.

—Yo no contesto a tales ofensas. Me retiro.

—Vete. Sí, vete, Rodrigo; y no fuera porque mi padre te dejó a mí encomendado, te mandaría colgar ahora mismo. Vete y de aquí a nueve días has de salir de todas mis tierras por un año desterrado.

Sereno el Campeador, con la cabeza tan alta que resplandece en el cielo, se aleja y antes responde:

—Vos me desterráis por un año; yo me destierro por cuatro.

IDA Y VUELTA DEL CID

En la misma tarde de aquel día, el Cid levanta sus tiendas y parte con todos los suyos a Castro Nuño, para de allí seguir a Toledo.

—Amigos —dice el Campeador a sus huestes—, en Toledo está don Alfonso y acaso tengamos mucho que hacer por aquellos lados.

—A Toledo, pues. Todo el mundo a Toledo.

Y todos parten contentos, porque aquellas mesnadas indomables prefieren pelear contra moros que estar perdiendo su tiempo en combates cuya utilidad no les parece muy clara, ni les produce entusiasmo.

Cuando los condes y ricos hombres de la tropa de don Sancho vieron partir al Cid y a sus soldados alegres cantando por los caminos, fueron hacia el rey muy intranquilos por lo que había hecho y a rogarle hiciera volver al Cid.

—Rey don Sancho, no debierais perder un vasallo

como el Cid por ningún motivo. Pensad que perdéis el primer guerrero del mundo. Señor, enviad por él y no le dejéis partir de vuestro lado, que mucho perderéis.

Pasada la primera cólera, el injusto rey comprendió la torpeza que había cometido y envió a Diego Ordóñez de Lara al frente de una embajada a pedir al Cid que volviera, prometiéndole no guardarle rencor, y que le daría de su tierra otro condado y sería siempre el primero de su casa.

Diego Ordóñez alcanza al Campeador en Castro Nuño, cuando éste ya se preparaba a seguir su viaje hacia Toledo.

—Cid famoso, nuestro rey me manda a vos.

Al oír las palabras del rey en boca de su embajador, responde el Cid:

—Decid al rey que en cuanto a sus ofrecimientos de tierras y honores los agradezco, pero no los acepto, y en cuanto al ruego que me pide volver junto a él, consultaré primero a mis vasallos.

Agasaja el Cid a Diego Ordóñez de Lara, por quien tenía gran estima, y le envió al rey con esa altiva respuesta.

—Mañana sabrá el rey lo que mis vasallos hayan acordado.

Tuvo don Sancho que tragarse la píldora de semejante contestación. Ella le hizo comprender mejor su desafuero y medir el valor del hombre a quien había ofendido, y que ahora se mostraba alto como el más alto, haciendo resaltar que su sumisión era sólo voluntaria.

Consultando a sus vasallos, el Cid prueba su habilidad política, pues les hacía ver a ellos cómo les tomaba

en cuenta en los actos trascendentales de su vida, y al entregar su porvenir a la resolución de ellos, no podía darles mayor prueba de estima ni obligarlos más finamente para el futuro.

Cuando se supo que los vasallos del Cid habían acordado volver al campamento, hubo enorme alegría entre los soldados y señores de don Sancho. El mismo rey salió a recibirlo al camino a dos leguas de distancia del campamento, con cincuenta hombres de escolta.

Al verlos abrazarse otra vez en señal de reconciliación, todos los castellanos baten palmas, bajo un cielo de alegría, entre brisas de optimismo.

Un vuelo de golondrinas bendice el campo.

CUIDADO, DON SANCHO

Don Sancho aprieta el cerco de Zamora. Aprieta, aprieta como una serpiente de acero.

Adentro de la plaza, los soldados de doña Urraca no desmayan.

¡Viva Zamora! ¡Viva la infanta!

Arias Gonzalo y sus hijos están en todas partes. Corren por los andamios de ronda con la velocidad de una corriente eléctrica. En su furor bélico se multiplican de un modo milagroso. Se les ve en todas partes al mismo tiempo. En cada torre hay un Arias. ¿Pero cómo, si las torres son más de veinte? Misterio. El diablo sabrá cómo. En donde los castellanos abren un portillo, allí aparece el pecho de un Arias.

¡Viva la infanta! ¡Viva Zamora!
¡Viva Castilla! ¡Viva don Sancho!

De un campo a otro vuelan saetas y gritos. Lanzas escalas los sitiadores, cortan escalas los sitiados. Zamora es un nido de águilas en una nube de piedra. Castilla es una serpiente en llanos de arenas de oro. Picotean los aguiluchos, aprieta la sierpe sus anillos, aprieta, aprieta.

Ya en Zamora casi no hay qué comer. El momento es grave. No hay qué comer, pero hay audaces, y el hambre aumenta la audacia. Hay dos ojos afiebrados que corren de un lado a otro, dos ojos en delirio y una voz que brama al viento: “No me exasperes, rey Sancho, que no respondo de mí”. El verlo asusta a los suyos.

—¿Qué tienes, Vellido Dolfos? ¿Qué te pasa? Calma tus nervios.

Vellido Dolfos no oye, algo lo arrastra de los cabellos. Como un autómatas corre a la puerta de los Zambranos de la Reina en su buen potro de raza:

—Dejadme la puerta abierta —grita—. ¡Zamoranos! Os juro que hoy la victoria será nuestra.

Sale a escape, a escape atraviesa el campo castellano y llega atrás, al sitio donde don Sancho contempla la maniobra de sus tropas. Don Sancho está a caballo; a pie están junto a él sus segundos.

Al ver al caballero que viene corriendo se apartan los soldados sin saber de qué se trata. El mismo rey se queda perplejo y lo mira acercarse. Será un fugitivo, será un emisario.

El audaz Vellido Dolfos sabe el efecto que produce la audacia y sabe aprovecharlo.

Llega junto al rey y rápido como el rayo:

—A vuestra salud, señores —grita—. ¡Por doña Urraca! —y con una destreza suprema lanza su venablo al rey, le atraviesa pecho y espalda, vuelve el caballo de un salto y corre otra vez a Zamora.

A los gritos de todos, sale el Cid de su tienda, ve un alboroto en el campo y un jinete que corre hacia Zamora como alma que lleva el diablo.

Monta el Cid en su potro, adivinando algo malo, y en la precipitación se olvida de su casco y de sus espuelas. Corre que se mata detrás del jinete para apresarle, mas no le alcanza. Este se mete otra vez por el postigo de los Zambranos de la Reina y las puertas se cierran justo cuando llega el Cid a recibirlas en las narices de su caballo, y sólo le queda rugir con rabia:

—Maldito el caballero que sin espuelas cabalga.

Al verlo junto a sus muros, la infanta se asoma por una almena y grita en versos de romance, olvidando los asonantes en su cólera:

—Afuera, afuera, Rodrigo, el soberbio castellano. ¿Qué vienes a hacer aquí? Debiera darte vergüenza luchar contra una mujer, y debieras acordarte que yo te puse la espuela cuando mi padre te hizo en Coimbra caballero.

Aplastado por la estrofa de la infanta, volvióse el Cid a su campo silencioso, con el corazón lleno de faltas, sucio de remordimiento, ignorando aún lo que había pasado.

El campo resuena de clamoreos. Don Sancho ha sido herido. Vellido Dolfos le ha muerto.

—Le ha muerto a traición —aúlla Diego Ordóñez de Lara.

—A traición —repite todo el campo castellano.

—No a traición, frente a frente —vociferan los zamoranos.

—A traición.

—Frente a frente.

—Es un traidor.

—Es un valiente.

—Ha muerto el rey.

—Ha salvado a Zamora.

—Traidor, traidor.

—Valiente, valiente.

—La Historia dará mañana su fallo.

—La que escribiréis vosotros será parcial.

—Ya veremos.

—Nada vale.

El rey don Sancho yace sobre su lecho de muerte, próximo a exhalar el último suspiro. Toda la flor de Castilla es una guirnalda de lágrimas en torno al moribundo.

Con una voz entrecortada de hipos agónicos el rey murmura:

—Dios lo ha querido. Acaso he obrado mal. Conde García Ordóñez, acercaos. Vos que fuisteis entre los míos el más amigo de don Alfonso, decidle que me perdona, que yo creí obrar por el bien de Castilla; decidle que le recomiendo mucho a Mío Cid, que haga algo por él y le reciba por vasallo. Y vosotros, caballeros, decid de mi parte a...

La muerte cortó la palabra. Nunca se supo el nombre, nombre que quedó enredado detrás de los labios, que se contrajo en la lengua del moribundo y que acaso su alma fue repitiendo en los espacios como un canto de pájaro.

Murió el rey.

El Cid entonces se levanta y grita en voz alta encima del cadáver y del código de Caballería:

—Que se ofrezca un caballero, antes del fin del día, para desafiar a Zamora y vengar la muerte del rey.

Nadie responde. Ante todos los ojos se yergue la visión del viejo Arias Gonzalo, aunque viejo, bravo como el más bravo y fuerte como el más fuerte, y sus cuatro hijos, ya casi tan famosos como el padre.

—Sabéis —agrega el Cid— que yo no puedo armar-me contra Zamora, porque así lo tengo jurado.

Diego Ordóñez, arrodillado a los pies del rey, se levanta y habla:

—Puesto que el Cid ha jurado lo que no debía, yo desafiaré a Zamora. Sangre de Lara soy, hijo del conde don Ordoño y primo de nuestro rey por la real casa de León. Dejé mis haciendas por servirlo, también puedo dejar mi vida.

—Sois bravo y sois fuerte —responde el Cid—; no dejaréis vuestra vida. Señores, aquí tenéis un campeón de Castilla, un caballero tal que nadie se apercibirá que yo falto.

En su potro, Diego Ordóñez de Lara sale del campo y llega a Zamora dando voces, insultando y desafiando a toda la ciudad y a sus moradores.

—Zamoranos, os tengo a todos por traidores y fe-
mentidos. A todos os desafío, a todos os reto a duelo, a
los muertos y a los vivos, a vuestros antepasados y a los
que aún no han nacido, a los panes que coméis y a las
aguas que bebéis, a todo lo que es Zamora y respira aire
zamorano.

Desde la torre más próxima, Arias Gonzalo responde:

—Habéis perdido el sentido, Diego Ordóñez, retan-
do a los que ya murieron y a los que aún no han nacido,
y a nuestros panes y a nuestras aguas. Basta con retar a
los vivos. Yo acepto el reto, y pues habéis retado a con-
sejo, en desafío total, tenéis que luchar con cinco, como
es costumbre en tal caso y ley de Caballería. Yo acepto
el reto; yo y mis hijos.

EL DUELO

Señalado el campo, nombrados los jueces, Arias Gon-
zalo y sus cuatro hijos se arman para la lucha. El
viejo quiere combatir el primero. Sabe que Ordóñez de
Lara es hombre diestro y feroz y prefiere morir él que
ver morir a sus hijos. Además, piensa que él tiene más
experiencia en esta clase de combates y que él puede de-
bilitar a don Diego y herirlo antes que entre en lucha
con sus hijos.

Pero la infanta doña Urraca se le cuelga del pecho
llorando y deshechos los cabellos:

—Yo te suplico, padre mío, mi segundo padre, que
no salgas al campo. Estás viejo y fatigado y si te matan

me dejas sola en el mundo en el momento más difícil de mi vida.

—Dejadme ir, señora; me han desafiado y me han llamado traidor.

—Tus hijos lavarán la afrenta. Venid aquí, Gonzalo, Diego, Pedro, Rodrigo; impedid que vuestro padre salga a luchar antes que vosotros; sería para vosotros más que un insulto.

—Me han llamado traidor, señora.

—Nosotros te vengaremos, padre, y si todos muriéramos, entonces puedes salir tú.

Los demás caballeros se juntan a la infanta; todos le suplican que renuncie a salir el primero. Arias Gonzalo se siente doblemente afligido, pero no puede menos que ceder a los ruegos.

Llama al primero de sus hijos:

—Gonzalo Arias, id al campo y vengad a Zamora.

La infanta doña Urraca se abraza llorando al viejo:

—Tiemblo por ellos; ese Diego Ordóñez de Lara es una fiera.

—Yo los envidio —contesta el buen Arias Gonzalo.

Gonzalo Arias, hijo de Arias Gonzalo, muere en manos de Lara.

El viejo llama al segundo de sus hijos:

—Diego Arias, id al campo y vengad a Zamora y a vuestro hermano.

Cuando el segundo agoniza sobre la hierba, el viejo llama al tercero:

—Pedro Arias, id al campo y vengad a Zamora y a vuestros hermanos.

—Qué es ese Lara —gime la infanta.

Se oyen llantos en torno al viejo, muchos lloran y se duelen al ver esos héroes tan jóvenes hechos pedazos por la lanza implacable del castellano.

—¿Por qué lloráis? —dice el viejo Arias Gonzalo—; ¿por qué tales sollozos? ¿Acaso mis hijos han muerto en las tabernas o jugando entre tahúres? Han muerto como caballeros, combatiendo con sus armas, por defender a Zamora, por defender vuestro honor.

Detrás de la cabeza del buen viejo el Romancero teje una corona de versos.

Pedro Arias, el tercero, llega a la estacada y se lanza sobre Diego Ordóñez, hiriéndolo en el hombro y en el brazo. El de Lara le pega en la cabeza y en el casco. Pero el hijo de Arias Gonzalo, sangrando mortalmente, le hiere el caballo en el pecho y el caballo huye arrastrando a su caballero y sale del campo.

Maldice a su caballo Diego Ordóñez de Lara. Gritan los castellanos:

—¡Que vuelva al campo! Está intacto.

—No puede volver a entrar —responden los de Zamora—. Ya está vencido.

—El caballo lo sacó —gritan unos; y los otros:

—No importa; no puede seguir la lucha.

El Cid es el fiel de campo y discute con los jueces.

Arias Gonzalo se acerca:

—No hay caso; mi hijo ha vencido.

Dice un juez:

—¿Cómo puede vencer un muerto?

—Sacando al vivo fuera de la raya. Y así fue.

Don Diego Ordóñez quiere continuar la lucha.

El Cid, aunque mucho amaba a los hijos de su tío Arias Gonzalo, habría preferido el triunfo de Castilla, pero su honradez y su hidalguía le obligan a apoyar la decisión de la mayoría de los árbitros, que no permiten continuar la lucha.

Así termina el triste sitio de Zamora. Zamora es inexpugnable como doña Urraca.

EL ENTIERRO DE DON SANCHO

Clamores de aflicción llenan el campo. Se ven venir flotando al viento estandartes bermejos y quinientos caballeros con la cabeza descubierta. En medio de los caballeros avanza un monumento y sobre el monumento un ataúd cubierto.

Helo ahí al rey don Sancho, caído de su saña al catafalco de la muerte.

Un murmullo dolorido sube al espacio. Los castellanos llevan el real cadáver sobre sus hombros y sobre su tristeza.

El cielo toma una apariencia de templo, la tierra toma aspecto de miseria solemne, de ceniza y majestad.

La procesión conmovedora lleva al rey al convento de Oña y allí le dan el descanso de piedra, el sepulcro sin propia memoria, en donde todo ser se convierte en mendigo de un recuerdo, de una lágrima.

Duerma en paz. ¡Cuán reducido queda el sitio que el hombre ocupaba en la vida!

DON ALFONSO

A la muerte del rey don Sancho, los leoneses y gallegos, que habían estado sometidos a él por la fuerza del triunfo, empezaron a desertar el campo y a volverse a sus tierras.

Reunidos en Burgos los caballeros castellanos, discutían la proclamación del nuevo rey. No podía agradecerles aceptar a Alfonso, que, vencido por ellos cuando reinaba en León, no debía haber olvidado su derrota. Por lo tanto, su coronamiento significaba el predominio de León sobre Castilla, y ellos sentían la misma falta de adhesión a don Alfonso que los leoneses habían sentido por don Sancho.

Pero como no había otro príncipe a quien otorgar la corona, tuvieron que pensar en don Alfonso.

—No podemos aceptarle por rey —prorrumpe en medio de la discusión Diego Ordóñez de Lara—, puesto que don Alfonso parece haber estado inmiscuido en el asesinato de don Sancho.

—¿Qué pruebas hay para tal acusación? —pregunta García Ordóñez.

—No hay pruebas, hay sospechas. Se sabe que el día antes de la muerte del rey llegó a Zamora un emisario enviado de Toledo por don Alfonso a doña Urraca; se dice que el emisario conferenció largo con ella y que pasó la noche en casa de Vellido Dolfos.

El Cid se levanta, y al ponerse de pie, junto con él se pone de pie el silencio. Habla el Cid:

—Entonces, señores, quiere decir que al ofrecerle la

corona a don Alfonso, debemos hacerle jurar que no murió don Sancho por su consejo; y hecho el juramento, debemos proclamarlo nuestro rey, puesto que no hay otro príncipe a quien ofrecer la corona, y que él es el heredero legítimo.

Pensando todos que después del juramento, limpio el príncipe de sospechas, no había inconveniente para proclamarlo, la idea fue aceptada.

Don Alfonso, en Toledo, advertido por carta de doña Urraca de la muerte de su hermano, sólo aguardaba el momento de poder partir a Castilla.

Temía don Alfonso que el rey moro tratara de impedirle volver a sus tierras, y guardaba secreta la noticia de la muerte de don Sancho.

No tardó en presentársele la ocasión de salir de Toledo, y una noche, en compañía sólo del conde Per Ansuers, huyó de la corte de Alí Maimón.

Llevaban los caballos herrados al revés, por si el rey moro mandaba perseguirles, engañar a los perseguidores. Así, en una carrera astutamente arresada, los jinetes llegaron a Castilla, mientras sus pisadas seguían corriendo hacia el sur.

¡Cuidado! ¿Qué es ese ruido? En este instante en el mundo hay un país sin corona y un hombre que cruza la noche tras un reino y un trono.

Al día siguiente de su llegada a Burgos, en reunión general, don Alfonso manifestó a todos los grandes señores castellanos que, muerto don Sancho y siendo el segundo hijo del rey Fernando, a él venía la corona.

—Espero de vosotros que me juréis obediencia y me

rindáis lo que es mío —dice don Alfonso.

A pesar de lo que habían acordado días antes, todos los grandes señores, los prelados y consejos juran y van uno por uno a besar la mano al rey. Sólo el Cid permanece de pie, inmóvil y la frente en alto.

Alfonso, al ver la actitud del Cid, no puede menos de exclamar:

—Amigos, pues que todos me recibís por señor, querría saber por qué no ha venido a besarme la mano Ruy Díaz.

El Cid, con esa serenidad de las grandes almas que viven cernidas en las alturas, responde:

—Señor, todos los hombres que aquí veis, aunque ninguno se atreve a decíroslo, han tenido sospechas de que por vuestro consejo murió el rey don Sancho; en consecuencia, os digo que si no os laváis de esto, como debéis hacerlo, yo nunca os besaré la mano.

—Mucho me place —dice Alfonso— que haya uno entre vosotros que me haya manifestado lo que todos han pensado de mí. Decidme, ¿qué debo hacer para borrar la sospecha inicua que el vulgo se ha atrevido a arrojar sobre mi frente?

—Debéis prestar juramento de no haber tomado parte, ni por orden ni por consejo, en la muerte de don Sancho.

—¿Y quién se atreverá a tomarme el juramento?

Un silencio amedrentado se hace en la sala. El Cid frunce el entrecejo y rotundo deja caer sus palabras:

—Yo. Pues que ningún caballero, a pesar de haberlo todos así acordado, se atreve ante vos ahora, yo os to-

maré el juramento; yo, Ruy Díaz, muy honrado de representar a Castilla.

Domina el rey la cólera que le produce la hidalga altivez del Cid y comprendiendo que el jurar será una buena medida política para atraerse a los castellanos y una garantía contra posibles lazos que puedan tenderle los ambiciosos, se humilla y acepta.

—¿En dónde debo jurar? pregunta.

—En el templo de Santa Gadea —responde el Cid—, allí se coronan nuestros reyes.

LA JURA EN SANTA GADEA

Llegado el momento de la jura, el templo de Santa Gadea se convierte en templo de caballería. Resueñan las baldosas bajo los pasos duros de los guerreros, se agolpa el pueblo a las puertas, los arcos de las bóvedas se curvan de solemnidad y los enormes pilares, como si les hubieran salido alas, levantan el templo por encima de toda España.

Allí está la flor del reino, la corte con sus nobles y sus señores. Tanto los hombres leales como aquellos siempre dispuestos a la traición y que se llaman nobles sólo por un absurdo derecho de sangre y herencia.

Es un instante imponente. El Cid está en la cúspide de su vida, en el momento trascendental en que muestra al mundo la medida de su alma, la grandeza de su carácter. La jura de Santa Gadea prueba que el Cid no sólo es guerrero y sabe vencer y defender su patria, sino

que también es capaz de defender los derechos de su conciencia y de la conciencia de su pueblo.

El Campeador, el vencedor de batallas, el jefe indiscutible en el terreno material, se convierte ahora también en jefe espiritual. Pasa de golpe a ser el primer hombre de su país.

Toda la idolatría de Castilla está pendiente de su héroe. Castilla es un collar de ojos colgando al cuello del Campeador. En él se encarnan en este instante la libertad y los derechos del hombre frente al poder, la independencia del espíritu que exige una satisfacción a sus escrúpulos, ante el que se cree por encima de las exigencias.

España siente en este momento que nadie la ha concretado, ni puede concretarla jamás como el Cid, y por eso crece de satisfacción, se agranda su orgullo, se agranda de tal modo, que en ese instante rompe sus ligaduras en el mapa y llena toda la tierra.

Este no es un momento español, es un momento universal. Es el hombre que empieza en una época oscura a sentir sus derechos frente al monarca.

Emocionado a pesar de él, don Alfonso aguarda de pie ante el altar, y de pie ante el altar, el Cid es la conciencia del mundo.

El Cid coge los Evangelios y los abre sobre la conciencia humana. Pone el rey la mano sobre el libro sagrado.

La atención general es sobrecogedora. Una perplejidad inmoviliza todos los rostros, desorbita los ojos. El silencio se hace de piedra profunda. Se diría que el

mundo cuelga de un hilo y que ese hilo ya va a cortarse.

La voz del Cid truena por encima de la expectación de los hombres y las crónicas:

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en orden de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro —contesta Alfonso, palideciendo.

Dice el Cid:

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que os mate un traidor que sea vuestro vasallo.

—Así sea —contesta trémulo Alfonso.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en consejo de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro —repite el rey, blanco como un invierno.

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que un puñal villano os atraviese la espalda.

—Así sea.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en pensamiento de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro —responde el rey, verde como el cadáver de su hermano.

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que el que os matare arroje vuestro corazón a los perros.

—Así sea —ruge el rey—. Y ya es demasiado, Rodrigo, de un vasallo a su señor.

—Vasallo no era, sólo ahora lo soy. Ayer no quise besar vuestra mano; hoy la beso si me la dais.

Responde seco el rey:

—No.

—Rey Alfonso, no deja de ser honrado sin besar mano de rey el que tiene muchos reyes por vasallos. Veo

que no habéis comprendido toda la lealtad que había en mi actitud y el bien que os he hecho al obligaros a jurar vuestra inocencia.

—Mi alma y mis manos están limpias de la muerte de don Sancho.

—Debierais agradecerme que por mí lo sepa el mundo y lo registre la Historia.

El conde Per Ansures, adelantándose al Cid, exclama:

—El rey olvidará el agravio, aunque mucho le apretaste.

—Apretada es una jura.

—¡Paso al rey!

Nobles e hidalgos abren cancha y el rey Alfonso VI sale del templo ágil, liviano, recién nacido.

EN VIVAR

Sintiéndolo el Cid que el nuevo soberano no está bien dispuesto hacia él, prefiere retirarse a sus tierras a quedarse en Burgos. Allí esperará que el tiempo haga comprender a Alfonso quién ha sido el más digno de todos sus vasallos.

Harta falta hace el Cid en sus tierras. Sus ricas heredades y haciendas, Vivar, Silos, Cardaña, hace tiempo que le reclaman. Su tierra le recibe sombrero en mano, radiante, llena del sol de su gloria. Grandes son sus tierras y necesitan muchos cuidados.

El caserón de Vivar, fuerte, viejo, negruzco, se pone blanco al contacto de su señor.

Allí se ha instalado el Cid, y con él sus familiares. El retorno de sus mesnadas tiene toda la villa de fiesta. Vivir parece una feria. Alegres las mozas miran pasar los soldados que han combatido con el señor. Todos traen reflejos de heroísmo, todos tienen algún fragmento de Cid en sus personas.

Las veladas son un largo rumor de hazañas en torno a los braseros. Vivir sueña batallas, duerme entre espadas. Se enreda la epopeya en los cabellos de los chicos dormidos, reduce a mitad la edad de los ancianos y dobla la edad de los niños.

Todo se hace indómito, llameante, varonil. El lenguaje toma timbres de acero. En las tierras del Cid se habla un español más seco, más alto, más épico que en el resto de España. Se habla en poema. Las palabras tienen reverberaciones de milagro.

Un día se anuncia que vienen los enviados de los reyes moros vasallos del Campeador a pagar su tributo. El pueblo los mira entrar en la mansión del jefe patriarcal con la mayor naturalidad del mundo. Nadie se extraña de ese desfile de cuento de hada. Viven en lo maravilloso y ellos se consideran en Vivir más que en una corte, se sienten más grandes a la sombra del Cid que a la sombra de un rey.

Con sus mulas cargadas de riquezas entran los quince emisarios moros en el patio de la augusta casona.

Junto a los corredores, un hombre en un dormán de cuero cuenta sacos de trigo. Al otro lado, el Cid conduce a Babieca al bebedero.

—Señor —dicen los moros—, buscamos a Mío Cid.

—Yo soy —contesta el Campeador, acariciando el cuello de Babieca.

Los moros le miran extrañados. Ese hombre vestido toscamente, sin sedas, sin oro, sin contray; ese hombre que hace el oficio de un peón junto a un caballo, ¿ese hombre es el héroe del mundo, es el terror musulmán, es el ídolo cristiano?

Los moros se miran entre sí, vacilan, abren los ojos. El Cid sonríe. Los moros se consultan, se hablan en secreto. El Cid sonríe con las alas abiertas de sus labios francos.

—Cuando mis armaduras se reposan —dice—, yo soy un buen labriego. Hombre de la tierra, vuelvo a ella; ella es siempre fiel y siempre generosa.

¡Oh el gran hidalgo labrador!

—Mío Cid, he aquí el tributo de vuestros reyes vasallos: caballos, mulas, pavos y gallinas, marfil, oro, seda y piedras de valor. Os envían lo mejor de su haber con sus saludos y su pleitesía. Al mismo tiempo os mandan decir que son muchos los desmanes que comete el cruel Abenamic, arrasando sus tierras y robando su ganado.

—¿Quién es ese Abenamic?

—Es el jeque que se ha instalado en un viejo castillo en los pinares de Alcolea. Es un hombre terrible y sanguinario, sin respeto a la ley ni a pactos.

—Está bien. Dad las gracias a vuestros amos y decidles que yo me entenderé con ese jeque. Pasad la noche en Vivar; os haré preparar posada y mañana partiréis.

En el patio del solar, el Cid reparte los tributos entre

todos los suyos proporcionalmente, como es su costumbre, y en la noche hay gran fiesta en Vivar.

Entre gritos de alegría se muestran unos a otros los repartos del Cid. Cada cual lleva a su casa lo que le ha tocado y vuelven a las calles a cantar y a bailar.

Se encienden grandes luminarias. Todo es risa y alborozo. Brillan las pupilas de fogatas y de mosto.

Los quince moros son quince barbas sentadas sobre los talones y bajo los turbantes. Son treinta ojos fascinados desde el fondo de una Arabia de incienso y sueños.

Miran pasar las rondas, y las almendras dulces de su ojos evocan un paraíso de huríes con árboles cargados de senos maduros, tan cargados que las ramas se doblan encima de los labios.

Y piensan los moros: “¡Ah! Si entre nosotros hubiera ahora un guerrero como Mío Cid”.

ABENAMIC

Diez días después, en la calma de la tarde, un caballo remata su galope frente a los muros de Abenamic.

En ese antro de peñas vive el monstruo detestado de los suyos, el tigre sediento de vísceras rojas, temido de todos y no amado de nadie.

Se baja el Cid de su caballo, atraviesa el patio entre odres y tinajas robadas a los Cuarenta Ladrones, y marcha resuelto, imperial. Brilla en sus ojos la justicia suprema.

Traspone el umbral del jeque. Al ver frente a él este

hombre de rostro solemne y trágico, Abenamic se yergue y saca su espada.

—¿Quién eres? —pregunta.

—Soy la justicia —responde el Cid.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Justicia.

Su brazo formidable levanta la espada y la deja caer sobre la cabeza del monstruo. Abenamic se desploma sobre un guiso de sesos sangrientos y el Campeador vuelve a salir con el mismo paso resuelto e imperial.

Ante el hombre de acero, de ojos ardientes, sereno y ceñudo, nadie se atreve a chistar. Pasa el Cid.

La chusma del jeque se echa al suelo en reverencia besando la tierra.

Pasa el Cid, pasa el asombro. Resuenan los pasos del asesino justiciero y nadie se mueve, nadie se atreve a levantar la cabeza.

El peso del prodigio inclina los turbantes.

Cuando se oye un galope que se aleja y resuena en la tarde, la chusma se levanta restregándose los ojos.

—¿Quién es? —pregunta uno.

Y un viejo de blancas barbas, llenas de experiencia, de piojos y de enigmas, responde:

—Es el rayo del cielo.

EL CASAMIENTO DEL CID

Llegó por fin el día de realizar el sueño blanco, el sueño interrumpido por la fatalidad. Llegó el día

anhelado, el día del corazón. ¡Cante el mundo en todas sus campanas y en todos sus clarines!

Es el 18 de julio de 1074. El alba se levanta vestida de novia, España huele a azahar y en el templo, convertido en un gran ramillete blanco, blanco de sol, blanco de amor, blanco de esperanzas y de optimismo, el Cid y Jimena unen sus almas para toda la vida, para toda la Historia, para todo el Cantar.

El Campeador ha arrancado su corazón de en medio del fuego de las luchas y lo presenta incólume, redondo como un fruto ardiente, a Jimena, a doña Jimena. El guerrero ha vuelto a su alma.

Jimena ante el altar, tocada con un velo de encajes blancos que cae sobre sus espaldas y se arrastra en una larga cola de reflejos plateados, parece una mujer de mar.

¿Es éste, acaso, el anuncio de una vida tempestuosa, de un porvenir de galera de oro siempre al borde de los naufragios?

Las dos voces que murmuran: "Sí quiero", enternecidas, húmedas de lágrimas cantantes, forman en el aire un nudo sobre sus cabezas, un nudo que se propaga en la luz y repercute en el infinito.

El aire se hace caricia ante ese nudo que va enlazándose de eco en eco en los espacios. Hasta el fin del mundo se oirá el eco de esas voces fundidas en un solo suspiro.

Nadie mira al rey, nadie mira a los grandes señores adornados con sus mejores lujos, ni a las damas hermosas ataviadas de contray y relucientes de pedrerías. To-

das las miradas no se apartan un instante de Jimena y del Cid.

Jimena sin una sola joya, como si quisiera decir: "En mí sólo yo valgo". Y realmente cuánto más se destaca su belleza en la plenitud de sus líneas sin abalorios ni falsías. El Cid, sobriamente vestido, y también como ella, demostrando su rango sólo en la riqueza sencilla de su ropa.

Jimena es prima del rey, pero España dice que el rey es primo de Jimena.

Lo más engalanado del día es el cielo. Un cielo reverberante de azul y de contentamiento. De cuando en cuando pequeñas nubecillas forman coronas de encajes sobre Burgos, diademas de azahar, y se alejan hacia las tierras vivareñas en sonrientes avanzadas de alegría.

Cuando el Cid y doña Jimena, con toda la real comitiva de la boda, salen del templo, prorrumpe el pueblo en vítores y cantos a su ídolo.

Castilla entera cae a los pies de los desposados en un enorme ramo de flores.

Toda la ciudad está empavesada de arcos y banderas. Cuelgan ricos tapices de todos los balcones, cuelgan las almas de todos los ojos, cuelga la adoración de todos los labios.

Al verlos salir del templo el entusiasmo estalla y corre en un reguero encendido a lo largo de la muchedumbre hasta el último confín de Burgos. No queda un rincón de la ciudad sin un poco de sol, sin el calor de la gran llamarada.

Las calles están de fiesta. Los muros de las casas se separan cuidadosamente para dejar sitio a todo el mundo. Sale Pelayo disfrazado de toro y vestido de colorado; pasan danzas de lacayos; Antoño trota a la jineta sobre un asno; Peláez con sus vejigas huye de los muchachos, y un mozo, vestido de diablo, corre espantando a las mujeres.

De los balcones lanzan a los novios puñados de trigo.

Al paso de la comitiva caen flores, flores, flores. Es una lluvia de flores. Nadie sabe de dónde han podido sacarse tal cantidad de rosas, claveles, azahares, margaritas, lirios, violetas.

Caen del cielo.

Juntando todas las flores de España no se llegaría a la mitad de las que allí vuelan por el aire y yacen en el suelo como mariposas predestinadas.

El amor al Cid ha hecho el milagro de la multiplicación de las flores.

Es un cañoneo de ramilletes, es una nevazón de pétalos, y algunos, en su delirio, arrojan entre las flores pedazos de sus corazones enloquecidos de ternura.

Todo anuncia la felicidad, el planeta respira ventura por todos sus poros.

Allá en medio del universo, Babieca está pastando tréboles de cuatro hojas.

El mundo es un naranjo en flor.

Burgos es un barco de perfumes.

Es un día esplendoroso como un gran navío iluminado.

La vida navega en mares embriagados de presagios.
Castilla levanta el ancla hacia la dicha. España levanta el ancla hacia la gloria, la tierra levanta el ancla hacia el sol.

El amor ha invadido a todos los hombres. Se rompen los diques de todas las almas, todas las pasiones se desbordan y un gran río vertiginoso de idolatría pasa en avalancha por las calles.

Una imperiosidad de exteriorizarse agita los nervios y los brazos de la multitud.

España es la novia del Cid. España ha delegado en Jimena su representación, por eso late en todos los latidos de la ilustre mujer.

España tiembla emocionada y va con las mejillas arrebolada de rubor, bajando las pupilas candorosas, cada vez que mira al esposo.

Su mano tímida se entrega en las manos del hombre fuerte y ella marcha a su lado, confiada, segura a la sombra de su héroe.

El cielo pone su corazón de palio para que pase España.

AMOR, NOCHE DEL GIGANTE

Apenas terminadas la ceremonia y la fiesta obligatoria en el palacio real, los nuevos esposos parten a Vivar, a aislarse en sus tierras, a reconcentrarse en sí mismos, lejos del mundo, solos entre los suyos.

Ronda de bailes y cantos salen a acompañarles al

camino fuera de Burgos, rondas, cantos y bailes vienen a alcanzarlos de Vivar para llevarlos en triunfo hasta la vieja mansión rejuvenecida.

El camino de Burgos hasta Vivar es una cadena de nueve kilómetros de alma y exaltación.

Mil bocas cantan, dos mil ojos lloran, diez mil manos aplauden, cien mil estrellas se derrumban del cielo sobre todos los pechos.

Las mozas tienen el corazón en los labios, tienen el corazón en los ojos, tienen el corazón en las manos.

Helo ahí al Cid revestido de amor.

Helo ahí al vencedor humanizado de ternura.

Y allí junto a él, Jimena, como la llave de la emoción.

Aquella mujer hermosa y fuerte le arrancaba el sentimiento de los huesos. Y ahora allí en la casa solitaria, los dos, frente a frente de su amor, pueden esconderse en su felicidad.

Pasaron los días de separación y de amargura, pasaron las noches de angustia y de insomnio.

Helo allí, el hombre de todas las hazañas, el hombre vertiginoso, el hombre justiciero, el hombre que fascina la Leyenda y enloquece la Historia, en brazos del amor, en su primera noche de amor.

¡Ah la humana gavilla de suspiros!

¡Oh Campeador, otra vez como en aquella noche memorable allá en Coimbra, vuelves a salir fuera del tiempo y del espacio, fuera del calor y del frío!

Esta noche es la noche de tu carne.

Y cómo se parece a aquella otra, a la noche de tu espíritu. Y es que todos los momentos de exaltación, ¿sa-

bes tú?, arrancan al hombre de sí mismo, le lanzan disparado por las rutas lácteas del infinito y la medida del arranque es la misma o de diferencia imperceptible a la pobre visión humana.

En el terrible combate de la dualidad, alma y carne, no es posible saber cuál arrastra al otro, mientras uno no haya vencido. En qué trampas, en qué engaños de mirajes no caen los árbitros, inútilmente atentos. De las dos águilas que se elevan anuladas a picotazos, a azotes de ala y de garras, ¿cómo saber cuál arrastra a la otra?

Sin embargo, hay algo que te dice oscuramente, a ti, Campeador, que debes dar tu preferencia al espíritu.

En tu inocencia crees que la vida de la carne es menos rica en maravillas, menos apta a los encantamientos, a las supremas evasiones.

Tienes miedo a la materia. Un prejuicio metido en la piel de tus ancestros repercute en ti y tiemblas. ¡Ah, si la carne coge demasiado predominio sobre el alma!

Hombre eres y nada puedes hacer contra ello.

La vida de la materia, te dice ese algo en el fondo de ti mismo, es el cáncer del alma.

El alma va vagando en sus espacios zodiacales, serena en grandes resbaladas de ensueño, ebria de sus propias magias. De pronto se enferma, le aparece un tumor, crece el tumor, se desarrolla rápido, feroz de apetito, y he ahí la vida. El tumor es el hombre. El pájaro divagador, suelto, alucinado en los círculos de sus imágenes libres y ricas, se torna torpe, angustiado, pobre, empostrado, grasiento. Como todas las enfermedades, tiene el tumor su periodo de aparición, su crisis y su fin. Muere

el tumor y el espíritu sana, se recobra, rompe los lazos de esas moléculas engordadoras, vuelve a encontrar su salud. ¿No es eso lo que crees?

Así como el cuerpo se enferma para entrar en la muerte, así el alma se enferma para entrar en la vida.

El Campeador teme a la materia. Ama con todas las fuerzas de su ser a esa mujer hermosa que se aprieta a él, carne de pasión, soñadora al borde del sacrificio.

Hombre puro, hombre santo, ¿cómo has podido mantenerte con esas delicadezas en medio de las chusmas desbridadas y de la soldadesca en fiebre?

Realmente es un caso curioso el de este Campeador. Tiene treinta y tres años y su cuerpo no ha rozado mujer alguna.

Está virgen. Podéis reír cuanto queráis, yo lo considero digno de un respeto admirativo. Que en aquella época, en la cual hasta el clero vivía en medio de libertades exageradas, este hombre haya podido conservarse virgen más allá de los treinta años, me parece extraordinario.

Y no por enfermedades o anormalidad, que no caben en semejante cuerpo, monumento de equilibrio vigoroso; no porque la carne no le exigiera, sino porque él podía dominarse, manejaba de tal modo sus sentidos. Es admirable.

Y ahora, helo aquí, pobre cosa vibrante frente al momento de sucumbir. Y ¿quién dice sucumbir? ¿De qué subsuelos de herencias místicas brota esa palabra imbécil aplicada al amor?

Libértese el guerrero de vanos escrúpulos y bástele mezclar en la pasión toda la fuerza de su espíritu. Nun-

ca se ha visto tan hermoso como ahora, prisionero del misterio más profundo.

Jimena le presenta entre sus brazos su consagración de hombre, le abre una vida nueva en los vértigos de su carne.

La maravillosa primavera de su cuerpo se ofrece al suplicio.

Minuto trémulo que se acerca en dos ojos angustiados como corderos mortales, en dos senos en agonía de palomas palpitantes, minuto que se acerca con la velocidad de las auroras boreales.

La muerte. La muerte en todas partes amasada al amor, al acto de vida. ¡Qué burla de un dios envidioso!

Durante un minuto el mundo va a cambiarse en un paisaje coloreado de mil flores de piel y luego caerá en las profundidades húmedas que hay debajo de los jardines en el sombrío país de las raíces.

¡Qué importa! No se ha dado al hombre un viaje más hermoso que ese breve morir a dos.

El Cid tiende los labios y todo se dulcifica. Jimena entorna sus ojos de Edad Media.

Algo se rompe en las brumas profundas del mundo y esa ruptura tiene un eco en el Paraíso.

Rodrigo, Ruy Díaz, Mío Cid, el Campeador entró en la caverna de la locura humana, rompió su castidad, cayó en el remolino de la fiebre universal.

Es la noche de su carne. Sangre de la carne, dulce sangre de estrellas. La constelación herida levanta el vuelo y seguirá sangrando eternamente.

¡Qué delicia angélica es el amor! ¡Qué veneno mági-

co infiltra en los huesos, qué líquido celeste difunde en la sangre!

El ritmo mortal de esos cuerpos enlazados se propala por la tierra. Todos los amantes de España siguen el ritmo de su dios. La noche se llena de senos y toma una ondulación de algas sonámbulas. El mundo entero se entrega al amor en honor de nuestro Cid.

Todas las cosas quedan marcadas de su sello.

Canten los laúdes del universo, la mujer ha podido aproximarse a ese hombre. Se hizo humano el gigante.

Cantad, laúdes, la noche ilustre.

DOS VOCES

Es cosa sabida que todos los países tienen un hada madrina encargada de protegerlos.

El Hada Madrina de España está inquieta. Hace muchas noches que no puede pegar los ojos, sus hermosos ojos negros, serenos de tan dulce mirar, nunca bien alabados.

Se pasea de un lado para otro en su gruta de reflejos y mirajes insoñados. Mucho le intranquiliza la dudosa conducta del nuevo rey con el Cid. Graves temores la asaltan.

En las noches, mientras el rey está solo, ella se acerca invisible y le habla al oído.

Pero en el día llega la Envidia, se acerca al rey y le habla al otro oído.

Es sabido que la Envidia es la enemiga del Hada

Madrina. En todos los países frente a la gruta del hada se esconde la caverna de la Envidia.

El pobre rey Alfonso oye las dos voces y vacila, duda, no sabe aún comprender cuál es la del buen consejo, la noble, la desinteresada o sólo interesada en la grandeza del país que vigila, en la justicia verdadera.

—Rey Alfonso, rey Alfonso —dice el Hada Madrina—, el Cid es el hombre que te conviene. No dudes de su lealtad, no le guardes rencor por un acto que fue salvador para ti y que debieras agradecerle. El Cid es el hombre más grande de España, España lo necesita, trata de volverlo a ti, ten confianza en él. No basta que hayas presidido su boda, llámale a tu lado y que en tu corte sea el primero entre los primeros.

El rey escucha, se levanta y va a hacer llamar al Cid; pero la Envidia se acerca y le dice al otro oído:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el Cid se cree más que tú. Entre él y tú, tu pueblo está por él. No le dejes alzarse mucho, no sea que un día te aplaste. Es un hombre orgulloso, y donde está presente no hay nadie más que él.

El rey vuelve a sentarse. La frente se le oscurece, se le frunce el entrecejo y se le empuñan las manos.

El Hada Madrina llora y vuelve a hablar:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, desconfía de la Envidia, desconfía del conde García Ordóñez, a quien tanto has elevado. El Cid no sabe adular, pero sabe serle fiel; desprecia a tus favoritos, porque sabe que tras la sonrisa hay muchos capaces de traición.

Vuelve la Envidia y dice:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, García Ordóñez será tu hombre; aleja de ti a Rodrigo y a cuantos por él abogan: el conde don Per Ansures, don Diego Ordóñez de Lara y ese viejo Arias Gonzalo.

Vuelve el Hada Madrina y habla:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, los que abogan por el Cid son lo mejor de tu tierra; los que te hablan en su contra son cobardes traidores. El Cid de una bofetada les haría nacer alas y los enviaría volando más allá de tus montañas.

Dice la Envidia:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, si al terrible Campeador no cortas pronto las alas, se alzarán con tu corona y España lo aplaudirá. Prefiere vivir aislado en Vivar, entre los suyos, que doblegarse ante ti. Desafía tu poder y no teme tus enojos.

Dice el Hada Madrina:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el Cid es leal como nadie y como nadie te sirve. Sin él, fuera tu corona la mitad de las mitades. No es raza de cortesanos, pero es raza de sinceros. Mientras otros te sonríen, él te toma fortalezas, gana batallas y tierras. ¡Qué importa que sea rudo el que desarraiga torres! No se doblan sus rodillas porque son de roble y roca, pero hace ante ti doblegarse las rodillas de los otros.

La Envidia:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el Cid está cabizbajo; piensa montarse a tus barbas y más de un golpe medita. Ese hidalgo montañudo con aires de emperador que espanta a los mismos lobos, demasiado libre anda paseán-

dose por tus tierras. Yo te advierto del peligro de ese trueno en libertad.

El Hada Madrina:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, ¿dónde puedes encontrar cadenas para los truenos? Guarda tu ira de sus iras y pon tu afecto en su afecto.

La Envidia:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, míralo bien cómo crece. Para que el mundo te vea, tienes que subirte en hombros de ti mismo cinco veces. Multiplicado por cinco, le llegas a las rodillas. ¿Has comprendido el peligro? Su voluntad es más fuerte que la tuya en toda España. Más miedo inspira Babieca que todas tus tropas juntas.

El Hada Madrina:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el Cid pondría ese miedo al servicio de tu causa. Llamándole junto a ti, nada pierdes, mucho ganas.

La Envidia:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, para el mundo, él es Castilla. ¿Tú quién eres? No eres nadie. El espanto de los moros tiene el largo de su lanza, y el que tú inspiras no llega al espesor de un cabello. Su nombre llena el planeta, el tuyo apenas tu casa.

El Hada Madrina:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el Cid ha puesto su nombre al servicio de tu patria.

La Envidia:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, si no le cortas las alas, cuando menos te lo pienses verás a Babieca sentado presidiendo tus banquetes.

El Hada Madrina:

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el porvenir hablará.

LLAMADA DEL REY AL CID

¿Oyó el rey la voz del Hada Madrina o la necesidad lo ha obligado a acudir al Cid? Ello es que el rey manda llamar a Mío Cid y le confía sus más importantes empresas.

Una de estas empresa es la de ir a poner orden en Andalucía y cobrar las parias que desde tiempo de Fernando I pagan a Castilla los reyes de Córdoba y Sevilla.

Durante su aislamiento en Vivar, el Cid ha edificado su dicha: con sus manos y las manos de Jimena, ha pasado dos años amasando su felicidad.

En todo ese tiempo raras veces fue a la corte y sólo una vez salió en expedición militar. Una expedición corta hacia Cuenca y de la cual el Cid volvió ensangrentado y triunfante a encerrarse otra vez en sus tierras.

La tierra de sus primeros sueños, de sus primeras proezas. Allí es amo y señor, único dueño.

Sus hermanos Hernán y Bermudo murieron en la oscuridad. En la oscuridad producida por la sombra del gigante. Como ya no son necesarios a la epopeya, podemos dejarlos dormir en paz y hasta aceptar que no hayan existido nunca.

En el viejo solar de los Laínez la vida ha tomado la cadencia de las manos de Jimena.

Todas las mañanas el sol sonríe en la cara de dos

chicas regordetas y de enormes ojos que son la luz del corazón del Cid.

Jimena le ha dado dos hijas: Cristina y María, y en realidad el alba de Vivar aparece primero en las mejillas de las dos nenas, después sale el sol.

Y andan por los corredores de la vieja mansión unos pequeños pasos vacilantes y unas grandes risas de dientes nuevos y unos inconsolables llantos brotando de una cabecita redonda sembrada de pelusa.

Esas dos mínimas reinas de Vivar hacen perder con sus magníficos desplantes la vetustez al solar. Toda la adusta gravedad de las piedras se diluye en esas pupilas de mar.

Vivar está chocho.

De boca en boca por el pueblo corren las gracias de las chicas, y ese año el cura ha bautizado un noventa por ciento de Cristinas y otro noventa por ciento de Marías. La aritmética diría: imposible; pero ¿qué puede la aritmética contra la realidad?

Es natural, pues, que la empresa confiada por el rey a Rodrigo no alegre mucho a Jimena. El hombre amado empieza otra vez su terrible vida guerrera. La guerra es la rival de Jimena. Es preciso que toda mujer tenga rival.

El Cid se despide de su mujer y de sus hijas. Nota Jimena que desde ese instante un ritmo guerrero gobierna los nervios de su esposo.

Tomó ya el vaivén de las batallas. Un largo estremecimiento bélico recorre las fibras de Vivar. Babioca huele la guerra y da saltos para desenmohecerse los músculos.

Apenas ha amanecido en las mejillas de sus hijas, cuando el Cid se pone en marcha con sus hombres. Largas marchas en largos días vibrantes de ijares sudorosos.

Al llegar a Andalucía se encuentra con que Motamid, rey de Sevilla y vasallo del rey Alfonso, está en guerra con Abdallah, rey de Granada.

Los dos reyes moros se odian desde hace tiempo y ha estallado el conflicto que debía estallar.

El rey Abdallah y los granadinos tienen en sus filas varios caballeros cristianos a su servicio. Se destacan entre ellos el conde García Ordóñez y Fortún Sánchez.

Estos nobles cristianos ayudaban a Abdallah con sus armas y sus riquezas contra Motamid, a pesar de ser Motamid vasallo del rey castellano.

El Cid, cuando supo que el rey de Granada venía contra el rey de Sevilla, montó en cólera y le envió una carta con estas palabras:

A Abdallah, rey de Granada.

Muy señor mío:

He sabido que usted marcha, con un grueso ejército, contra Motamid, rey de Sevilla.

Advierto a usted que siendo Motamid vasallo y pechero de mi rey don Alfonso VI, no puedo permitir semejante ataque ni contemplar con los brazos cruzados que el ejército granadino venga destruyendo sus tierras. El deber de la alianza me obliga a tomar su defensa y a pedir y exigir a usted el retiro inmediato de sus tropas.

Si usted no atiende a mi pedido, me veré forzado a prestar ayuda a los sevillanos y a entrar en guerra contra Granada.

Debo advertirle también que con no poca extrañeza he sabido que se encuentra entre sus generales el Conde García Ordóñez, acompañado de otros caballeros cristianos.

Le agradecería manifestara a esos señores mi extrañeza y comunicarles meditar sobre las consecuencias que ello puede acarrearles.

Esperando tome usted muy en cuenta mis palabras, saluda a usted,

EL CID RUY DÍAZ

Un inmenso trueno rompiendo las cadenas del cielo puso punto final a esta carta, y el zigzag fosfórico de un relámpago le puso rúbrica.

Así esta carta fue fechada en las nubes.

Al leer el mensaje del Cid, Abdallah lanza una carcajada morisca y lo pasa de mano en mano entre los caballeros cristianos, que le hacen coro en otra quebrazón de risas.

El rey granadino llama a los mensajeros del Cid y les dice entre burlas:

—Como contestación a ese Cid, podéis decirle que ayer estábamos apenas a unos cuantos kilómetros al interior de las tierras de Motamid, y que mañana habremos llegado hasta el castillo de Cabra.

BATALLA DE CABRA

Efectivamente, así fue. Al día siguiente las tropas de Abdallah llegaban arrasándolo todo, a sangre y fuego hasta el castillo de Cabra.

Allí los esperaba el Cid.

Apenas oyó de labios del mensajero la respuesta del orgulloso granadino, la comunicó a Motamid, le hizo preparar sus tropas y partió con sus huestes cristianas y las huestes musulmanas a marchas forzadas hacia Cabra.

—Allí tengo una cita —decía el Cid—; corramos, no sea que lleguemos atrasados, cosa que la educación me impide.

Llegaron adelantados.

No hace una hora que están allí cuando la colina del frente florece de gritos salvajes y de miles de turbantes.

Sobre un caballo árabe, lleno de seguridad y de telas flotantes, aparece Abdallah; a su lado, sobre un potro magnífico, lleno de barbas, aparece el conde García Ordóñez.

Babieca mira los dos potros y escupe por el colmillo.

El horizonte se cubre de soldados por todas partes. Van brotando en líneas compactas, en líneas de oriflamas y turbantes. Moros y cristianos van brotando de una fuente desconocida y en un instante ponen sitio al paisaje.

Corren los comandos entre relinchos de caballos optimistas.

Es la hora de tercia, la famosa hora de tercia, legendaria, bíblica, con gusto a poema, impregnada de suce-

sos trascendentales. Hora temible por todo lo que ha pasado en ella y más temible aún por lo que ha de pasar. La hora de tercia es entre las horas lo que el número siete en la magia.

Durante un momento los dos ejércitos se contemplan. Es el momento solemne de todos los combates, desde los últimos insectos, pasando por los gallos y los perros, hasta los leones y los hombres. El momento en que el mundo suspende la respiración. La naturaleza presiente la gran lucha y en el campo que queda entre los dos bandos la última rata desaparece bajo la tierra. Frente a frente miles de estatuas se miran inmóviles.

De repente se hace un estremecimiento entre las estatuas y el Cid atraviesa en aerolito el espacio que lo separa del enemigo.

Es la señal. En pos de Mío Cid un enorme bloque de mármol llameante se lanza a la carrera a todo lo ancho y a todo lo largo. Se mete el Cid entre los granadinos y ya sabemos cómo se mete semejante titán.

Con él entra la mitología en la realidad. Un moro inmenso, una especie de Goliat, le sale al encuentro. De un formidable golpe de mandoble, el Cid lo parte en dos de alto a bajo y pasa entre las mitades sangrientas, veloz, incontenible, hecho un enredo delirante de espada-zos inenarrables.

Ante semejante catarata entre ellos, el bando enemigo se descompone, empiezan a flaquear las piernas. Un como terror sagrado se apodera de los corazones y de los brazos.

Rotas por todas partes las huestes de Abdallah, inú-

tilmente se rehacen, inútilmente tratan de apretarse y resistir.

Gritan los jefes desconcertados, se aturden los soldados, se juntan por aquí, se rompen por allá. Por donde se abren los contrarios se meten los del Cid en una desembocadura de río estrepitoso.

El Cid se pierde debajo de los molinetes gigantescos de su mandoble, que le hace una cortina de hierro movable y fulminante.

Poco antes del mediodía el enemigo está en completa derrota; ya no hay esperanzas.

Apenas el sol llega al cenit y caen de su disco las doce campanadas como gotas ardiendo, la huida pavorosa se produce. No hay quien sujete esos pies electrizados por el pánico.

Abdallah corre entre los suyos y todo él es un manto blanco volando al viento.

Mío Cid, con sus caballeros cristianos y sus moros sevillanos, emprende la tarea fácil de la persecución. El tremendo castellano tiene los ojos puestos en un caballero barbudo que va huyendo ante él. No se preocupa más de Abdallah ni de los otros; sólo ese caballero cristiano lo tiene como hipnotizado en su siga.

Espolea el caballero de las barbas, espolea el Cid detrás de él. Babieca ha comprendido de qué se trata y mueve las patas desaforado como émbolos a todo vapor.

En cuatro minutos lo alcanza el Cid, lo estrella con su caballo y tira rodando al suelo caballo y caballero. En un pestaño salta de su montura y se echa sobre él. Lo pesca de las barbas y lo pone en pie de un sacudón.

—Parece mentira, conde García Ordóñez —le grita el Cid—; parece mentira que te adventures en guerras contra vasallos de tu señor. Si andas tras el botín o tras de tierras, vete a pelear contra moros enemigos de Castilla, pero no contra pecheros de nuestro rey. Eres mi prisionero y ya sabes por qué te he mesado las barbas. Ríe ahora como reías ayer.

El conde García Ordóñez no dice una palabra y se traga su vergüenza envuelta en saliva y bilis. La vergüenza es un bocado indigesto, se pega en el vientre y no hay más purgante que la venganza que puede a veces hacerlo correr. El pobre conde baja los ojos y marcha entre cuatro soldados detrás del vencedor.

Manda el Cid recoger todo el botín y las riquezas que quedan en el campo y se vuelve a Sevilla.

En Sevilla entrega a Motamid todo lo que los granadinos le habían robado y además le permite escoger otros bienes entre los arrebatados al enemigo.

Hombre generoso, el Cid, a los tres días, da libertad a García Ordóñez y a sus compañeros.

Motamid no halla qué hacerse de agradecimiento.

Declara cinco días de fiestas públicas en honor del vencedor y lo llena de regalos. En grandes arcos en las calles hace inscribir en letras de flores: "Cidi el Campeador. Cidi el Campeador".

La batalla de Cabra sella al Cid el título de Campeador, lo pega a su primer título con soldaduras de sangre y gloria. A partir de este día, el nombre Campeador cobra un significado más superlativo que el que el mismo Cid le había dado al aceptarlo de los labios de la ironía.

Al quinto día por la tarde se despide el Cid de Sevilla y de su rey y emprende el retorno a Burgos con sus tropas, sus regalos y las parias para su señor.

Se alejan cantando por los caminos. Sevilla es un punto atrás, lejos.

Cae la noche.

Una hermosa luna empolvada hace la coqueta detrás de dos nubes.

LA VUELTA

Vuelto el Cid a Burgos, el rey lo recibe en triunfo, se muestra lleno de afecto hacia él, plenamente satisfecho de la misión que le encargara y de acuerdo con todo lo que había hecho en Andalucía.

El Cid Campeador, contento del resultado tan rápido y glorioso de la expedición, vuelve a retirarse a sus tierras entre los suyos.

Mientras él vive en la calma y duerme sobre el amor de su casa y la adoración de un pueblo, no deja la Envidia de trabajar en su contra. Día y noche habla al oído del rey, y ahora, después de su nuevo gran triunfo, más imperativa que nunca y aliada al odio de García Ordóñez.

¡Con qué recelo miran los cortesanos al héroe de Vivar! Y sobre todo el conde de las barbas mesadas se convierte en el fantasma felón del victorioso.

Sin embargo, el rey no parece dejarse convencer aún. Alfonso VI es un hábil político y comprende que no le conviene enajenarse al Campeador.

Pasan los días y los meses en tranquilas relaciones. Ruy Díaz ve a García Ordóñez convertirse en el gran favorito de su señor, pero no se inquieta. Inconmovible sabe que los parientes y amigos del favorito tejen toda clase de intrigas en su contra.

Mío Cid oye cantar los rui señores de Vivar y descansa en su honradez y en su propio valer.

El rey sabrá apreciar, piensa, y aunque le recuerden todos los días aquello de la jura y traten de pintarle los peligros que significa un hombre tan amado del pueblo, sabrá ver la parte de envidia en los discursos de esos cortesanos.

Mío Cid oye cantar sus rui señores.

Viene la primavera, reverdecen los campos a fuerza de sol y reverdecen los resentimientos del monarca a fuerza de intriga.

Pronto las flores cubren el verdor de los campos y la amistad parece cubrir los resentimientos del rey.

Cuando menos lo pensaba, Alfonso recibe noticias de sublevaciones y guerras en Andalucía. Inmediatamente junta un gran ejército y envía mensaje al Campeador para que venga a ponerse al frente de sus tropas.

Enfermo el Cid, presa de una alta fiebre, doña Jimena recibe el mensaje y ella misma responde al enviado del rey, que su marido, enfermo de cuidado, no podrá moverse de la cama.

Redoblan sus cantos de alegría los rui señores de Vivar. Mío Cid no partirá.

Doña Jimena se retira a su habitación y escribe en su diario. Vais a ver lo que escribe:

Hoy martes 13.

Han venido de parte del rey a buscar a Rodrigo para ponerlo al frente de una nueva expedición militar. Mi pobre Rigo, como le dicen las chicas, está enfermo y no podrá partir.

¡Dios mío, casi me he alegrado de su enfermedad! Perdóneme el cielo por lo mucho que en otras ocasiones he debido lamentar que sea tan famoso vencedor.

A menudo me pregunto: ¿cuándo terminarán estas cabalgatas y estas conquistas? ¿Qué ley divina permite a los reyes con sus guerras tener tanto tiempo separados a los esposos?

El rey ha hecho de mi Rigo, dulce y cariñoso, un león feroz. ¿Con qué derecho le llama a su lado a cada momento, le encomienda empresas cuando le place y sólo me lo suelta cuando no le es necesario?

Cuando llega a mi lado, su caballo viene cubierto de sangre, y él mismo tan ensangrentado que inspira pavor. Apenas está en mis brazos se duerme cansado y se agita y forcejea soñando batallas.

En realidad, yo no tengo marido y querría saber si Rodrigo se ha casado conmigo o con España.

¡Pobre doña Jimena! El Cid no os pertenece ni se pertenece a sí mismo. El Cid obedece a la oscura volun-

tad de su raza; lo mueven energías ignoradas que brotan de las raíces de su pueblo y se amplifican en él.

Nada puede hacerse contra tales fuerzas, contra la razón de ser de un futuro que se va abriendo camino.

LA INTRIGA

No pudiendo el Campeador conducir los ejércitos castellanos-leoneses, el mismo rey se pone al frente de ellos y parte a Andalucía.

Los moros fronterizos, al ver pasar los ejércitos hacia el sur, no tardan en decidirse a aprovechar las circunstancias, sabiendo que Castilla y León quedan sin tropas, e invaden el reino de Alfonso, devastándolo todo a su paso. Los atrevidos llegaron hasta poner sitio al castillo de Gormaz.

Una mañana llevan la noticia al Cid de lo que está pasando. El Cid, convaleciente aún, siente batir ardiendo las alas de su corazón, pide le pasen sus armaduras y hace ensillar a Babieca, mientras envía emisarios a buscarle hombres, para salir contra los moros.

Apenas reúne unos cuantos centenares de soldados se lanza al campo. Más que su ejército, su nombre pone en fuga a los moros. Nadie se atreve a presentarle batalla, y después de unas cuantas escaramuzas, los bandos enemigos huyen por todos lados como manadas de búfalos.

Persiguiendo a los moros, el Campeador se mete en sus tierras, llega a Toledo, haciendo en el campo enemigo lo que ellos habían hecho en Castilla: destruir y arrasar.

Siete mil esclavos se lleva el Cid, siete mil entre hombres y mujeres.

Es un gran triunfo; pero (hay peros en los triunfos) el Campeador ha atacado a Toledo, con cuyo rey tenía pacto el rey Alfonso desde los tiempo en que vivió refugiado en aquella corte.

Alfonso VI, al volver a Castilla y saber que el Cid ha devastado durante su ausencia y sin su permiso el reino de Toledo, se enfurece contra él.

No pierden los enemigos del Cid semejante oportunidad de malquistarlo con el rey. García Ordóñez, colgado como mono de las orejas del monarca, sabe mejor que ninguno destilar las palabras del odio.

El buen conde no olvida. Aún le escuecen las barbas, y las frases que salen de entre ellas salen enrojecidas como mechones sangrientos.

—Señor —dice—, Ruy Díaz, que quebrantó los pactos que vos habíais firmado con Alí Maimón cuando éste os dio asilo en Toledo, no lo hizo sino para que os matasen a vos y nos matasen a todos vuestros familiares.

Otra voz cortesana agrega:

—Ruy Díaz quiere mandar más que vos y haceros romper vuestras alianzas a su antojo. No olvida que os hizo prisionero después de Golpejares.

Y luego otra:

—Si no le castigáis y no le hacéis sentir vuestro poder, su orgullo le montará sobre vuestra corona. Ya el atrevimiento de la jura que os tomó sobre razón de la muerte del rey don Sancho, no ha tenido castigo suficiente; si ahora le dejáis impune se sentirá más fuerte que vos.

Brillan de cólera los ojos del rey. ¡Qué brillos arranca la ira a las miradas humanas!

¡Y cómo resbalaban insinuantes las palabras de la envidia!

La jura de Santa Gadea, el aprisionamiento de Golpejares, la supuesta insumisión y rebeldía del Cid ante el rey, todo esto se amalgama en el fondo del alma de Alfonso, todo se revuelve y despierta otra vez el rencor dormido.

¡Qué escala de malas pasiones y bajas insidias se ponen en juego para aplastar al gigante que oscurece demasiado con su sombra de gigante!

El odio, la envidia, el rencor vienen a desembocar como ríos cenagosos en una orden de destierro, en una carta en que el rey emplaza al Cid para que salga de su reino en nueve días.

Esta carta no se conoce; el Cid, después de haberla leído con los ojos húmedos de emoción, la echó al fuego para salvar ante la posteridad la memoria de su rey.

Suprema hidalguía del ofendido hacia la persona del ofensor.

EL DESTIERRO. SALIDA DE VIVAR

Al saberse la noticia del destierro del Cid, el viejo castillo de Vivar se llena de gente. Familiares y amigos del Campeador vienen a pedirle órdenes y a saber lo que ha pasado.

No faltan los que le aconsejan sublevarse contra el

rey. El Cid podría haberlo hecho, y no sólo eso, sino haber marchado contra Burgos, tomarse la ciudad y destronar al rey si quisiera, pero su alma de buen vasallo, su altura de miras sin ambiciones personales, le impiden obrar así.

Ni por un momento acepta la idea de la rebeldía. El rey lo expulsa de sus tierras; Mío Cid calla y se apresta a obedecer. El rey confisca sus haciendas y sus feudos; Mío Cid calla y se inclina.

A sus parientes y vasallos no dice más que lo que vais a oír, siempre tratando de disculpar al rey:

—El rey Alfonso, mi señor, presta oído a mis enemigos y a los traidores que le rodean, y me expulsa de sus tierras, cerrando sus puertas a los caballeros leales. El tiempo ha de decirle quiénes eran sus mejores servidores; por el momento, amigos míos, sólo nos quedan nueve días para salir del reino. Obedezcamos. A los que conmigo quieran venir, Dios le dará buen pago; también a los que se quedan quisiera dejar contentos.

—Nadie se queda, buen Cid —grita Martín Antolínez—, sino las mujeres y los ancianos. Todos queremos partir contigo.

—Con vos nos partiremos, Cid —agrega Alvar Fáñez—; con vos nos iremos por yermos y por poblados. Ninguno os ha de faltar mientras tengamos salud. Como leales vasallos, como fieles amigos, con vos gastaremos nuestras mulas y caballos, nuestros dineros y nuestros vestidos.

—Con vos partiremos —repite Muño Gustioz—. A vuestra sombra nada ha de faltarnos y la gloria nos sobraré.

Per Vermúdez se pone de pie y batiendo el aire con su gorra prorrumpe en estallidos de alegría:

—¡Viva el destierro! No han de faltar castillos que tomarse para pasar las noches. Cid, tus estandartes flotarán sobre diez mil almenas y todos los caballeros que hayan recibido afrenta, a tu sombra encontrarán un refugio y vendrán a engrosar tus filas.

Emocionado el Cid, estrecha a todos sus amigos y les agradece con sus buenas palabras:

—Desde ahora sois más que vasallos y más que amigos, sois mis hermanos, y yo os juro que no os ha de pesar lo que hacéis por mí. Reunid todas las huestes y partiremos esta misma noche; no hay tiempo que perder.

Inmediatamente el Cid escribe un mensaje al rey:

Mi scñor y rey, mañana cumpliendo vuestras órdenes, alcanzaré las fronteras de Castilla. Me alejáis de vuestro lado; desde hoy, para mí me gano, pues para vos me pierdo. Gracias, señor; vos me abríis las puertas del destierro; pero hay tanto mundo detrás de esas puertas, que siento mis alas más fuertes que nunca. Los caballeros que me siguen y vienen a mi servicio son hidalgos orgullosos y bravos, las cuatro partes del mundo les parecerían estrechas, y así con ellos agrandaré vuestros reinos y las tierras que conquistaré serán la Nueva Castilla.

No os culpo de lo que hacéis conmigo, ni os guardaré rencor; sólo culpo a vuestros cor-

*tesanos. Dios os perdone como yo os perdono
y os haga ver pronto la lealtad de vuestro.*

RUY DÍAZ

En la mansión de Vivar se prepara la salida al destierro. Es un bullicio loco de hombres, caballos, mulas y perros. Un desorden mareante de armas, víveres y mantas.

Se interpelan a gritos en todos los tonos de voz. Las cuerdas vocales vibran al delirio y los juramentos corren sobre ellas como los aló en los hilos telefónicos.

De repente, un juramento demasiado grueso se queda parado como una golondrina. Entonces doña Jimena se asoma airada al balcón y todos bajan la vista temblorosos. Es el ama, la esposa del amo, que no gusta de palabrotas. El rubor ensangrienta las mejillas y un minuto de silencio avergonzado se produce en el patio.

Mientras se reúnen las gentes y se alistan los soldados, el Cid envía a su mujer y sus hijas con sus damas, y bajo buena escolta, al monasterio de San Pedro de Cardeña. Allí irá a despedirse de ellas.

La indignación que produce el destierro del Campeador es tan grande, que todo Vivar quisiera partir con él, y el héroe se ve obligado a rechazar los ofrecimientos a numerosos idólatras suyos.

Es lo único que ha conseguido el monarca: levantar más aún la figura del Cid, endiosar al que castiga. El desterrado entra más glorioso que nunca en todas las almas y en todos los fervores.

En un momento se juntan las huestes. De las casas salen las mujeres y los ancianos a despedir a los soldados que prefieren el destierro con el Cid a quedarse en sus tierras sin el Cid.

—Cuando a Castilla volvamos —grita un moce-
tón—, todos volveremos muy ricos y muy honrados.

Lloran las mujeres, suspiran los ancianos, rabian los muchachos. Se va el Cid Campeador. Se va el héroe, se alejan las veladas épicas. Todo entrará en la oscuridad.

Los grandes acontecimientos son como islas rodeadas de lágrimas y de aplausos, envueltos en murmullos de envidia y grandes olas de gloria. Más allá están la calma y el silencio.

El Cid se va, y el largo llanto que lo sigue apaga los rumores del odio. Airoso, soberano en Babieca, el Campeador parece un desterrado hacia el Olimpo.

En torno a su cabeza reverbera la aureola de los grandes destinos, una de esas aureolas que se sienten y que inspiran confianza y entusiasmo, una aureola eléctrica, rica y calurosa como la zona ecuatorial.

—¡En marcha! Hacia Burgos.

La columna se desprende de la ciudad y al mismo tiempo un enorme grito prorrumpe en mil pechos y estalla en el cielo:

—¡VIVA EL CID CAMPEADOR!

Se va el señor con sus caballeros. La ciudad no se mueve del borde del camino y lo mira alejarse con los ojos y los brazos tendidos hacia él.

Vivar quiere aferrarse al amado para que no se aleje.

Una corneja pasa volando a la derecha.

Adiós. Adiós.

—¡Viva el castellano leal! ¡Viva Mío Cid!

La última nubecilla de polvo se pierde en la última mirada, y Vivar queda desoladamente pobre.

LA SALIDA DE BURGOS. LOS COFRES

A su paso por Burgos, las gentes llorosas se agolpan a las ventanas. Se pintan el amor y la angustia en todos los rostros, pero nadie se atreve a invitarlo por miedo a la cólera del rey.

De ventana en ventana pasa un largo suspiro: “¡Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!”

Muchos quisieran albergarlo, pero ninguno se atreve, y sólo las ventanas siguen rezando en voz baja: “¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!”

De uno que otro balcón más audaz se desprende una flor y cae a los pies de Babieca. El Campeador mira dulcemente y agradece con una sonrisa triste el homenaje tímido y anónimo.

Al llegar a su casa, su casa de Burgos, la casa que había habitado en los tiempos en que el rey tenía sus oídos cerrados a la intriga y los ojos abiertos al valer, no pudo evitar un estremecimiento.

La puerta está cerrada. Las gentes del desterrado llaman en voz alta. Nadie responde y nadie viene a abrir.

El Cid no puede contener su cólera.

—¡Cómo! ¿También han cerrado mi propia casa? Esto es ya demasiado.

Pica al caballo, se echa sobre la puerta, desprende el pie del estribo y de dos golpes abre la puerta de par en par.

Entonces, en el momento en que va a pasar el umbral, una chica de nueve años se desprende del Cantar y acercándose al Campeador le habla con un ingenuo y sabroso ritmo de verso:

—Campeador, que en buen hora ceñiste espada, no podemos, Mío Cid, darte asilo por nada; el rey nos lo ha prohibido con severas amenazas. Si te abrimos perderemos los haberes y las casas, perderemos nuestros ojos, nuestros cuerpos y aun las almas. No podemos albergarte, ni tampoco venderte nada, ni trigo, ni pan, ni vian-das, ni la ración más menguada. Cid, en el mal de nosotros vos no ganaréis nada. Seguid y que Dios os proteja y la tierra os sea ancha.

Dijo la niña y volvió a meterse corriendo dentro de su estrofa.

—Bien —dijo el Cid—, no hagamos mal a nadie. Si-gamos nuestro camino, y pues que no debo entrar en mi casa, vamos a acampar en los arenales fuera de la ciudad.

Al pasar frente a la iglesia de Santa María, la iglesia donde se celebraron sus bodas, descabalgó del caballo, las rodillas hincó en tierra y se pone a rezar con los labios del corazón:

“Reina del cielo, tú que todo lo sabes, sabes que el rey me destierra, magüer que no soy culpado. Obedezco y no discuto. Me voy de las tierras en que nací, de estas tierras que adoro y que me adoran. Es justo que mande el rey y que obedezca el vasallo. Reina del cielo, a ti te encargo mi Jimena y mis hijas Cristina y María; protég-

gelas bajo tu manto y haz que pronto pueda llamarlas a mi lado. Reina del cielo, haced a mi rey venturoso, que no eche de menos mi espada ni mi brazo y que un día abriendo los ojos vea cómo los envidiosos manchan los pechos hidalgos. Y tú, Señor Jesucristo, desterrado de tu pueblo, tú que sabes cuánto duele la injusticia, ayúdame con tu gloria y tu bendición. Ves que soy pobre y no tengo alimento para dos días de viaje con mis mesnadas; protégeme a mí y a ellos, que lo merecen porque son bravos y son leales; ponme muchos enemigos por delante que sean ricos y poderosos. Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; ¡ay del que no haga tu voluntad en la tierra! De ése me encargo yo; se entiende que con tu ayuda. Miles de infieles pondré de hinojos a tus pies”.

Terminada su oración, con el alma más liviana y los músculos más fuertes, el Cid salta sobre su caballo y al frente de sus huestes traspone las murallas de Burgos, atraviesa el río Arlanzón y manda plantar las tiendas en los arenales que rodean la ciudad.

Es la noche y una luna inmensa sonríe bonachona a los desterrados. A su luz se ven las tiendas como colmenas de dulzura y sobre todas ellas flotan en bandadas las banderas del Cid, atraídas por la miel.

Parece un ejército que sitiara a Burgos. La ciudad ingrata sitiada de amor. Con los brazos cruzados, de pie frente a su tienda, el Campeador contempla esos campos que fueron creados para que él naciera en ellos y se nutriera de ellos; aspira esa brisa que brotó para buscar sus pulmones y que pasa orgullosa de purificar su san-

gre. Contempla los ríos que van a lavar su cabellera al mar, las montañas que buscan los pies de un dios en todos los caminos del cielo y sobre ellas los rebaños que pastan las pisadas divinas. ¡Castilla, Castilla, cómo sientes el peso de esas miradas que te aman y te comprenden! ¡Cómo sientes que ese hombre que te contempla es el eje de tu universo, el cenit de tu vida! ¡Oh la tristeza ardiente de esa mirada que teme mirar por última vez!

Nada tiene secretos para sus ojos purificados por la pasión natural. Los animales, los paisajes, los pájaros, las flores y los árboles sorprendidos en sus leyes recónditas se entregan a él con el corazón abierto.

Hombre libre, conquistador que la injusticia desata las manos; sin apoyos de su rey ni de su nación, va a lanzarse a fundar reinos y crear patria. ¡Bendita sea la hora de la injusticia! ¡Bendita sea la hora en que se abrió la puerta del destierro! Por esa puerta va a salir España a ser España. ¡Bendita sea la hora que va a dar vida a tanta estrofa de epopeya!

Una campana lejos despierta al Cid de sus sueños. Al lado de la campana galopa Martín Antolínez, con seis hombres. Al llegar junto al Cid, se apea de su caballo.

—Mío Cid Campeador —dice—, aquí os traigo pan y vino para todas las gentes. No le he comprado; fui a buscarlo a mi casa.

—Gracias, Martín Antolínez. Muy escasos andamos de víveres. Gracias, amigo leal; si Dios me da vida, te doblaré los pagos.

—Por ahora, señor, durmamos y tratemos de partir

cuanto antes, que por haberos servido, la cólera del rey me perseguirá mañana. Las cosas que aquí me dejo en muy poco las estimo, y si alcanzo a escapar con vos, algún día el rey me querrá por amigo.

—Escucha, Martín Antolínez; no podemos partir sin llevar lo necesario para vestir y comer. Plata y oro necesito para emprender mis campañas. He pensado que tú vayas a Burgos a conseguirme dineros.

—Y ¿cómo voy a conseguirlos, Mío Cid?

—¿El nombre del Cid no vale nada? Vete a la judería, tengo dos cofres de cuero, los llenaremos de arena, para que sean muy pesados; busca a esos dos buenos judíos que se llaman Moisés Roschil y Abel Vidas, diles que voy desterrado por el rey y necesito dinero, diles que me está prohibido comprar nada en Burgos y que me hagan un préstamo por dos cofres en que tengo mis tesoros guardados. Mientras tú vas y los traes, yo preparo aquí los cofres.

Sale al galope Martín Antolínez. El Campeador llama a Alvar Fáñez, y juntos sacan los cofres fuera de la tienda, los llenan de arena y los remachan cuidadosamente.

Antes de la media noche, Martín Antolínez está de vuelta al campamento. Él a caballo, los dos judíos en mulas.

—Entrad a mi tienda, amigos —dice el Campeador—; mis buenos Moisés y Vidas, vengan esas manos. Sabéis que me voy de Castilla porque el rey me ha desterrado, pero el mundo es grande y yo soy guerrero, mucho tengo que ganar y no me olvidaré de vosotros. Por el momento necesito dinero, y como no puedo llevarme

esas arcas que allí veis y que guardan parte de mis tesoros, querría dejarlas empeñadas en vuestras manos, pero a condición de que juréis no abrirlas en un año. Si en un año no os he devuelto el doble de la suma prestada, entonces sólo podéis disponer de ellas.

Los judíos se consultan en un rincón de barbas y de cuchicheos, y luego el más viejo, abriendo unos ojillos en que brilla todo el oro del mundo, responde en voz alta:

—¿Quién podrá negar algo al Cid Campeador? Señor, os daremos dos mil florines por ellas y os juramos en nombre del Dios de Abrahán que no abriremos las cajas en todo el plazo de un año.

—Convenido —dice el Cid—. Llevaos los cofres y ponedlos a resguardo; cuidad que nadie se entere en Burgos. Y tú, Martín Antolínez, ve con dos escuderos, acompañándolos a su casa, y tráete los dos mil florines. Vuelve pronto, que quiero salir de aquí antes que cante el gallo.

Los judíos contentos besan al Cid las manos y arrastran los cofres para cargarlos en sus mulas.

¡Qué livianos les parecen, aunque son viejos ellos y los cofres muy pesados!

El viento de la noche agita los estandartes. Baten las alas de las tiendas con ansias de eternidad. Ya van a lanzar el vuelo inmenso sobre el mundo.

Allá en las fuentes del Almanzora un lobo lame la luna.

SAN PEDRO DE CARDEÑA

Las huestes del Cid duermen. Él, solo, vela en su tienda y está tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera oye cuando Martín Antolínez entra.

—Aquí estoy, Campeador; cumplí tu encargo y te traigo los dos mil florines. Los buenos judíos me dieron cien de regalo, por haberles llevado el negocio.

—Ven a mis brazos, Martín, fiel vasallo y grande amigo. Ya tenemos dinero para empezar nuestras campañas. Ahora manda levantar el campo y recoger las tiendas.

—Hay que partir aprisa.

—Partamos. Quiero que en San Pedro de Cardena nos coja el cantar del gallo.

—Mío Cid, que en buen hora naciste, quisiera volver a mi casa para hablar con mi esposa de lo que todos los míos harán durante mi ausencia. Si el rey confisca mis bienes, poco me importará. Al alba os alcanzaré en Cardena.

—Está bien, Martín Antolínez; partid a Burgos y decid antes a los otros caballeros que todos los que quieran ir a ver sus casas y dejar órdenes para el tiempo que se alejan, hagan como vos. Yo os esperaré en Cardena hasta que rompa el sol.

Espolea el Cid su caballo y con todos los suyos cabalga a mucha prisa.

Grupos de gentes se asoman en los alrededores de la ciudad, mirando, acaso por última vez, a los que arroja la ira del rey, y en la noche clara los jinetes que se alejan

ven bultos confusos que levantan las manos diciendo adiós.

Babieca vuelve la cabeza hacia Burgos y relincha lleno de luna.

Galopan, galopan. Resuenan los cascos de los caballos, sembrando estrellas épicas en el camino.

Una corneja pasa volando a la izquierda.

Ya apenas se oye muy lejos el ruido del galope. El eco quisiera conservar ese ruido y transmitirlo en herencia al futuro.

Pronto va a amanecer. Un ruiñeñor se deshace cantando. Saca de su pecho cálido todo lo mejor que sabe de memoria, para el Cid, llorando al desterrado en un largo romancero, prolongando sus escalas en la noche que se estremece de dolor. En este momento ese pequeño ruiñeñor representa a España mejor que nada. Él es Castilla, que no puede manifestarse de otro modo. El alma castellana se exhala por su garganta, miles de corazones lloran en sus trémolos. España se deja caer desde su pico en bendiciones y adioses sobre su Campeador.

Allá frente a las huestes brota de la noche San Pedro de Cardaña, y junto con la ciudad brota al alba. Los caballeros apuran el paso bajo una cosa informe que se lava en el cielo.

Los hombres se sienten frescos como árboles. Los pechos se llenan de trinos. El alba es el altar de los pájaros que suben al cielo en busca de dios antes que las hostias.

Durante un minuto todo el universo es una algarrabía de trinos. Sube y baja la vida en millones de escalas,

se enreda el mundo en infinitas redes de acordes y pasa la Tierra rodando sobre su elipse entre arcos de canciones.

De pronto se hace el silencio, todos los pechos alados se callan de común acuerdo, dominan su fiebre. Es el instante que aprovechan los gallos. Se golpean el vientre, llenos de preparativos, y cantan para despertar al sol.

Antes que el sol les obedezca, Mío Cid llega frente a la abadía de San Pedro y salta de su caballo.

Llama a la puerta. Adentro se oye un murmullo de maitines que se corta. Los monjes adivinan que el Cid ha llegado y salen al patio con luces y con candelas.

El abad don Sancho se adelanta al atrio.

—Gracias a Dios que llegáis, Mío Cid —dice el abad—; puesto que estáis aquí, por mí seréis hospedado.

Estoy muy contento de vos, don Sancho; aquí prepararé mi comida y la de mis vasallos.

En esta casa vos mandáis, mi señor Ruy Díaz.

—Padre abad, en esta abadía que fue fundada por mis abuelos y que está exenta de tributo al rey; en esta abadía en donde están enterrados mis padres, dejaré bajo vuestra custodia a mi mujer y a mis hijas. Las dejo a vuestro amparo hasta que vuelva vencedor o hasta que yo las llame; y si muero, quedan encomendadas a vos y a la abadía mientras ellas vivan. Hoy que salgo de estas tierras os daré cincuenta marcos; pronto os enviaré el doble, pues no quiero que el monasterio sufra por mí gasto alguno. Para mi esposa Jimena, sus hijas y sus damas, os dejo cien marcos. Si ese dinero se acaba, dadles lo que necesiten; así, don Sancho, os lo mando. Por

cada marco que gastéis en ellas, daré cuatro al convento.

—Se hará como habéis ordenado.

En el fondo de los corredores aparece doña Jimena con sus dos hijas. A cada una de las niñas la trae en brazos una dama.

El Cid corre hacia ellas. Doña Jimena se echa en sus brazos llorando:

—¡Ah! Mío Cid, Mío Cid, por intrigas de malsines salís desterrado del reino.

—Jimena, mi esposa honrada y bendita, os amo como al alma mía. Viviendo los dos, tendremos que separarnos; pero antes de muy poco tiempo hemos de juntarnos otra vez, y con estas manos podré casar a mis hijas y a vos serviros hasta mi muerte.

El Cid la estrecha contra su corazón, coge en brazos a sus dos pequeñas y las besa, las besa y las contempla incansablemente. Siempre se mira poco lo que se ama.

En el gran comedor, entre doña Jimena y sus hijas, frente al abad don Sancho, almuerza el Cid Campeador su último almuerzo en Castilla, su último almuerzo en familia.

Afuera sirven a sus vasallos.

La noticia del destierro se ha esparcido de tal modo, que muchos otros caballeros van llegando a juntarse a los que parten. Llegan grupos de guerreros por todos los caminos, de todas las ciudades.

Martín Antolínez llega con ciento quince soldados. ¡Cómo van engrosando las filas del Cid!

¡Cuántos dejan su casa, su tierra o su posesión por seguirlo hasta la muerte!

Terminado el almuerzo matinal, el Cid con doña Jimena, sus hijas y el abad pasan un instante a la iglesia. Rezan fervorosamente, con una bella piedad de piedra, antes de separarse.

De rodillas a la izquierda del altar, reza doña Jimena, con sus ojos de Edad Media iluminados de más allá: “Señor Jesucristo, tú que eres guía de todos, guíame al Campeador, líbralo de todo mal, y si hoy nos separamos, vivos vuélvenos a juntar”.

Arrodillado a la derecha del altar, reza el Cid con sus ojos de guerrero resplandecientes de armaduras de fe: “Señor Jesucristo, tú que eres guarda de todos, guárdame a Jimena y a mis hijas, líbralas de todo mal y a todos vivos vuélvenos a juntar”.

Entre el padre y la madre, las dos chicas con sus sonrisas de fruta lechosa piden al cielo por el padre que se aleja, rezan a Dios por su Rigo, en un idioma de pájaro y flor.

Detrás, el abad don Sancho reza en latín.

Alvar Fáñez de Minaya irrumpe en la iglesia y acercándose al Campeador:

—Ya es tarde, buen Cid —le dice—. ¿Olvidáis el plazo que os han señalado? Pensemos en ir andando. Los duelos de hoy muy pronto en gozo se tornarán.

Salen todos del templo. Afuera los caballos aguardan impacientes.

Un caballero trae a Babieca por la brida; al ver al Cid el buen potro mueve la cabeza más contento que una cola de perro.

El Campeador estrecha a sus hijas y a doña Jimena.

Los cuatro forman un nudo de separación y abrazos. Doña Jimena le besa las manos y no sabe más que llorar y llorar. No puede hablar, pero cada lágrima encierra una palabra de amor cristalina y su llanto forma largas frases dolorosas que caen transparentes de sus ojos y que el Cid lee enternecido hasta el límite de la ternura.

Tampoco él habla y nadie habla en torno. El dolor los separa del mundo, los hace un grupo aislado en medio de esta página de adiós.

Cuando el Cid de repente se desprende de los suyos, su rostro se contrae, se estremecen sus nervios, como si acabara de cortar de un golpe las adherencias de un miembro ensangrentado.

Salta sobre su caballo, atolondrado, inhábil, aturdido:

—Adiós, adiós; pero será hasta pronto. Don Sancho, bajo vuestra custodia queda mi tesoro.

Como si quisieran salir más luego del dolor, parten los caballeros al galope. Atrás se queda Alvar Fáñez haciendo una última recomendación:

—Abad don Sancho, si veis venir más gentes para buscarnos, decidles que sigan el rastro y marchen a buen andar. Adiós. Hasta la vista.

—¡Qué el cielo os depare suerte!

—Llevad nuestras bendiciones.

—Y llevaos también nuestras lágrimas.

—Adiós. Adiós.

Galopan los caballeros. El Cid va mirando hacia atrás. Doña Jimena agita una mano sobre la angustia. Aún sigue esa mano moviéndose en el aire de España. Aún se mueve en el poema. La hermosa mano blanca

que parece volando detrás del héroe. ¿Vuela o bendice? Vuela y bendice.

¡La hermosa mano en el laúd del viento! ¡La mano blanca en el laúd de las separaciones! ¡La mano que seguirá tañendo en la ausencia y vibrando en el recuerdo!

A LAS FRONTERAS

1 081.

El destierro es la libertad. El destierro es el Cid perdido para el rey, ganado para España, ganado para la causa profunda y oculta de la raza, ganado para sí mismo, vuelto de lleno a su razón de ser, entregado al designio.

El año 1081 nos muestra al Cid obedeciendo al imperativo de su destino. Sin descanso galopará sobre ese año y lo dejará en medio de la Historia entretejido de proezas.

Sale del corazón del rey y millones de corazones le abren sus puertas. A medida que va saliendo de Alfonso VI, va entrando en España, va entrando en el mundo, va entrando en la leyenda, va entrando en la mitología.

Sale de Castilla y todos los caminos de España se ofrecen a él, vienen a lamerle los pies como perros amigos.

En todas las selvas, en todas las montañas, los pájaros lo llaman, lo invitan: "Por aquí, por aquí", le gritan en su lengua mojada de nubes.

Adonde llega el Cid, llega el milagro, lo inaudito, la maravilla, lo alucinante.

Cada sitio que pasa de largo, cada sitio que abandona, queda opaco y sombrío, entra en la muerte, se marcha en un rincón de la Historia.

Quinientos hombres le acompañan, quinientos hombres han querido dejarlo todo para entrar con él en la fábula. Quinientos hombres van a todo trote cruzando la leyenda, sembrando romanceros, enriqueciendo de imágenes la epopeya y dejando en el aire un reguero de palabras fuertes y gruesos juramentos.

Con el Cid, a la cabeza no temen a nadie. Fanfarrones y valientes, todos callan cuando él habla. Entre tantos hombres íntegros, pechos nobles, hidalgos de fe, se han metido seguramente muchos aventureros audaces, ojos de fiebre, manos de rapiña. No importa; todos son instrumentos ciegos de la causa y todos le obedecen y le adoran. Sólo a él.

La mesnada feroz y rebelde obedece al Poema.

Tras el hombre que adoran, galopan hacia la frontera. Ni un solo momento les asalta la duda o el temor. ¿Qué les importa salir del reino si ese hombre solo vale cien reinos?

El Cid sale de la tierra que le vio nacer; él, en cuya alma se registraban todos los murmullos de su tierra, se ve ahora expulsado de ella y se diría que al salir desterrado es él que destierra al reino que abandona. Lo destierra a la oscuridad, mientras él entra en la luz.

Por seguirlo a él, la Crónica hasta se olvidará de sus enemigos. Ellos se quedan, pequeños, rabiosos, insatisfechos de su venganza; él se aleja majestuoso sobre la injusticia.

Tiene el alma en orden y nada puede romper ese orden. Una gran serenidad vuela de sus ojos y se pasea con alas lentas sobre las cabezas.

Alfonso ha querido desterrar al Cid de Castilla y en realidad ha desterrado a Castilla del Cid.

Por eso, los que forman esa columna que va alejándose en la noche no parecen desterrados. Van cantando y riendo llenos de entusiasmo y de confianza en su jefe. Ellos saben que ese hombre de cabeza ardiente, rellena de sabiduría, de imágenes y estratagemas, conoce trucos y astucias como ningún guerrero ha conocido, sabe descubrir las leyes ocultas del combate, adivina al enemigo y coge al vuelo los instantes precisos. ¡Detrás de él hasta la cueva del diablo!

Y el Cid, si no fuera por Jimena y por sus hijas, también iría riendo y cantando.

No teme a la vida ni a la muerte. Corre a su destino y sólo sufre por su tierra y por su dama.

Galopan, galopan.

Enormes fauces se abren en la noche y la Epopeya se los traga.

*

Difícil es seguir ahora las andanzas del Cid, Durante un tiempo su camino se encuentra sembrado de obstáculos, y va tan rápido cruzando entre mil dificultades, pasando de una batalla a otra, de un monte a un llano, de un llano a una selva, de una selva a un río, que nos es imposible alcanzarle.

Lector, para seguirle en esta etapa vertiginosa, debemos coger un anteojito de larga vista y largos siglos y enfocarlos en el año 1081. Veamos. Pon tus ojos en él y enfoca. ¿Qué estás mirando?

—Veo a Cleopatra en una barca sobre el Nilo.

—Te has equivocado, te has pasado muy lejos; enfoca más hacia acá. Déjame a mí; yo tengo hábito de graduarlo.

—No, no; déjame a mí... Ya está, ya lo enfoqué justo. Tengo el año 1081. 1081 en las rutas de España.

—¿Qué ves?

—Veo al Cid Campeador, al que en buen hora nació y en mejor hora ciñó espada, al de la noble barba crecida... Han pasado la noche en Espinas de Can, cabalgan al amanecer y siguen su camino al destierro. Dejan atrás San Esteban, pasan por Alcobiella. ¡Dios mío, qué ligeros van! Parece que tuvieran ansias de llegar a la libertad. Ya se van acercando a las fronteras, se va acabando Castilla. Pasan la calzada de Quinea y cruzan el río Duero por Navas de Palos, encima de un verso firme y enmohecido.

Las pastoras bajan por todas partes y le llevan ramos de flores. Los pastores le ofrecen lo mejor de sus ganados. El cid agradece las flores con los ojos mojados:

—Gracias, niñas, por vuestras flores; algún poeta se encargará de agradecerlos por mí. En cuanto a vuestros rebaños, guardadlos bien; ¿para qué voy a privar a cristianos, cuando pronto a los moros se los podré ganar?

Siguen su marcha; Babieca va cubierto de flores. Hay un junco en la punta de cada lanza. Llegan a la Figueruela; el Cid manda tomar descanso.

De todas partes se le vienen a juntar guerreros.
Duermen. La noche es una bandera.

LA PUERTA DEL DESTIERRO

Al día siguiente por la mañana, que es el último del Aplazo, parten más rápidamente que nunca. Galopan, galopan. Pasan los llanos y los montes debajo de las oriflamas al viento, con una velocidad cinematográfica.

Por la tarde acampan a descansar en la Sierra de Miedes. Han llegado a la frontera. El Cid sin bajarse de su caballo, recorre lentamente su campamento. Se rasca las barbas. Mira allí frente a ellos las tierras de Atienza, que pertenecen a los moros.

Las aspas de unos molinos giran al viento. Siente el Cid unas ganas locas de espolear su caballo, arremeter contra los molinos lanza en ristre y dejarlos clavados en el cielo, mariposas de la tarde. Pero se domina y le oigo decir:

—Dejemos esos gestos para otros.

¡Ah Cid, todo lo de tu raza está en ti! En vano te dominas. ¡Tú sabes que otros vendrán que no podrán dominarse, y el gesto que tú no quieres hacer se hará en el tiempo, no quedará en ese limbo en donde se amontonan los actos que no se ejecutan!

¿Por qué sonríes? ¡Oh Cid, padre del poema, al pensar en el futuro Cervantes tu corazón bate campanas!

Antes de entrar en las tierras de Atienza, el Cid Campeador revista sus tropas: lleva trescientas lanzas y doscientos hombres de a pie.

Los de a pie montan a grupas en las grandes galopadas, cuando hay prisa. Cuando no la hay, siguen como pueden a buena marcha y largo trote.

El Cid sonríe contento:

Dad cebada a las bestias, coma lo que pueda cada cual. A la noche pasaremos esa sierra bravía y las tierras del rey quedarán atrás. ¿Veis? Aquella es la frontera.

—Allí se abre la puerta del destierro.

—¡Viva el Cid Campedador!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Vivaaaaaa aa a aaaaa a a a a!

Mientras el eco se llena de aes, yo me lleno de emoción.

Lector, ¿qué ves ahora?

Es la noche y van pasanso la sierra. La luna de los grandes augurios no les abandona un momento; su beso los unge en la frente. Allá arriba en la cumbre cruzan la puerta del destierro.

Detrás de la puerta los espera el Poema con los brazos abiertos. El Cantar se cuelga al cuello del Cid y le besa a boca llena.

El Romancero le regala una magnífica espada: Tizona.

TIZONA

Hombre de espada eres, tendrás que vivir de tu espada. Rey sin reino, tu espada será tu cetro y tu corona. Tu espada hará la patria, hará a España y no tendrás otra patria que tu espada.

¡Cuántos monarcas rendirán vasallaje a esa espada!
¡Sobre cuántos versos brillará más que los ojos del poeta!

El Cid enternecido recibe su Tizona y la acaricia con sus manos estusiastas como fuego al viento.

Tizona ya sintió la electricidad de ese brazo extraordinario, ya sintió las corrientes que bajan por esa mano. Ya está unida al Campeador para todos los siglos, como Babieca.

Ya se formó la trinidad indivisible en el infinito: el Cid, Babieca, Tizona.

Después vendrá Colada, que es también un buen mandoble, pero no como Tizona.

Colada servirá en los hechos de segunda importancia, porque su nombre es más feo y su acero no tan fino, aunque superior a todas las demás espadas del mundo, excepción hecha de Tizona. Tizona es el dios de las espadas, es entre las espadas lo que el Cid entre los hombres, lo que Babieca entre los caballos.

Y es falso que fue ganada a los moros después de la toma de Valencia: Tizona se la regaló al Cid el Romanero al salir de Castilla.

Tizona atraviesa el pasado oscuro como una luminaria y esculpe a grandes golpes el nombre de España en la eternidad.

Tizona parte en dos la historia humana.

Sobre la estatua de Babieca, en la mano del Cid, Tizona reina épicamente sobre el mundo.

Tizona vive por sí sola con una vida de pájaro y de dragón. Esa espada vuela sobre la tierra, cambiando de víctima como los rayos de Dios; conoce el camino de los

pechos y de las cabezas, las rutas de la muerte, y rompe las vidas, quiebra los horóscopos, parte los destinos sin permitir escapadas al azar.

Tizona tiene carne y nervios: los nervios y la carne del Cid se prolongan en ella.

De los remolinos de Tizona nace el huracán. El huracán que apaga todas las bujías de la vida.

Las innumerables manos que se tienden a atraparla sólo atrapan sus reflejos.

Tizona va dejando una traza brillante sobre las edades. Es un zigzag de fuego en la noche del tiempo.

Va precedida del prodigio, seguida del milagro. Arroja sortilegios a manos llenas.

Tizona colgada del espacio está aún chorreando gotas de sangre sobre este libro y sobre las centurias que van pasando bajo ella.

Tizona, eres eterna como un cisne al cual han extraído la muerte de sus cuerdas vocales.

CASTEJÓN

— ¿Qué ves ahora?

—El Cid y su mesnada envueltos en un viento de presagios empiezan a caminar loma abajo. Se detienen en el bosque antes de llegar al llano.

El Campeador mira a lo lejos con unos ojos de fuego penetrantes y se pasa la mano por su noble barba crecida:

—Andaremos toda la noche para que no nos descubran y al amanecer pondremos sitio al pueblo de Castejón. Preparemos la emboscada.

A la palabra emboscada todos los cuerpos se untan de sigilo y de silencio.

El mundo se agazapa y se lleva un dedo a los labios.

Pasan el resto de la noche ocultos entre los árboles.

Alvar Fáñez de Minaya se acerca al Cid:

—Mío Cid, he pensado que mientras vos os quedáis aquí con las tropas, yo podría partir con unos doscientos hombres de vanguardia y hacer una correría por las tierras.

—Bien hablado, Minaya; corred la tierra sin miedo, hasta más allá de Hita; que lleguen las vanguardias hasta Guadalajara y Alcalá.

—Podréis hacer un buen botín —opina Martín Antolínez—, mientras nosotros tomamos a Castejón.

—Yo me quedaré aquí a la zaga —añade el Cid—. Guardaré Castejón, para que nos sirva de amparo, y si os pasa alguna cosa mandad aviso a retaguardia, para que podamos socorremos a tiempo.

Dicho esto designa los guerreros que partirán con Minaya, y él se queda con los otros.

Ya rompe el albor del día. Un sol de conquista sube en el cielo a paso militar, haciendo derroche de toda clase de armaduras.

El Cid sonríe con grandes labios de optimismo y se le ve reverberar entre lanzas y broqueles en el incendio de su paraíso guerrero.

Se abren las puertas de Catejón y las gentes van saliendo a su trabajo en los campos. Aprovecha el Cid el

momento y brotando de su escondite se deja caer sobre la ciudad.

Apresan moros y moras, también los ganados que pastan en los contornos. Los que guardan las puertas de la plaza huyen despavoridos al verse asaltados de improviso.

Con su Tizona desnuda en la mano entra el Cid en Castejón.

—No os espantéis, moritos; no mataremos a nadie, que no hay necesidad. Traedme pronto vuestro oro y vuestra plata, pues necesito seguir mis campañas.

Dos días después vuelve Alvar Fáñez con sus vanguardias. Llegaron hasta Alcalá y de allí retornaron por el río Henares arriba.

Minaya trae mucho ganado de vacas y ovejas, ropa de valor, un buen botín que viene a juntarse al que ha hecho el Campeador.

En Castejón el Cid recibe a Alvar Fáñez entre abrazos y aplausos. Una vez reunidas las riquezas conquistadas por ambos, el buen Cid ofrece a Alvar Fáñez la quinta parte de todo.

—Mucho os lo agradezco, Cid Rodrigo; con ese quinto de botín se daría por contento hasta el rey Alfonso; pero yo no tomaré dineros que sólo a vos os pertenezcan, puesto que los he ganado con hombres vuestros. Ya me daréis algo el día que os gane una cosa buena.

—Todo lo mío es tuyo, Minaya, y lo que quieras no tienes más que pedirlo.

Manda el Cid repartir el botín y que los repartidores hagan su recibo a todo el mundo.

A cada uno de los caballeros le tocan cien marcos de plata, y a los peones cincuenta. Al Cid le guardan la quinta parte del total.

No pudiendo venderla en Castejón, ni queriendo llevar cautivos ni grandes cargas, manda vender su parte a otras ciudades más ricas y más pobladas. Los moros de Hita y Guadalajara le compran su quinto en tres mil marcos de plata.

Después de recibir el pago. Mío Cid reúne a los suyos y les habla de esta suerte:

—Oíganme todos, Minaya, no debemos quedarnos más tiempo en Castejón. El rey Alfonso está cerca y puede venir a atacarnos. Partamos; no asolaré el castillo; se lo voy a dejar intacto a los moros, y así por lo que les quito no podrán hablar mal. Estáis todos pagados; mañana al romper el día, en marcha otra vez. Yo no quiero luchar contra mi rey.

—¡Adelante, entonces!

—Adelante.

—Dormir bien y mañana siga la ruta...

Junto con salir la aurora, salen ellos de Castejón. Pasan las Alcarrias, pasan las Cuevas de Anguita, cruzan el río y se meten en los campos de Tarans. Por todas partes van cogiendo botín; ya nada les hace falta; tienen víveres, dinero y ropas para buen tiempo.

¡Qué contentos van y qué buena sombra es la del Cid!

Albergan todos entre Farija y Cetina, y cada uno entre la vida y la muerte.

ALCOCER

Al otro día las mesnadas del Cid pasan por Alhama, Hoz del Río, Bubierca y Ateca.

Frente a Alcocer acampan en un otero redondo, arman allí sus tiendas. El Cid piensa tomarse el pueblo. Unas las plantan en la sierra y otras a la orilla del río Jalón.

Alrededor del otero, el Cid manda abrir un foso para librarse de las sorpresas.

Vuela la noticia de que el Cid ha entrado en tierra de moros y que ha tomado a Castejón y ha puesto sitio a Alcocer. Nadie se atreve a salir de la ciudad para labrar los campos.

Viendo el Cid Campeador que Alcocer no se rinde después de quince semanas de sitio, se decide a usar de un ardid, una de esas estratagemas de guerra con las cuales tiene rellenos los sesos.

Manda levantar todas las tiendas, menos una que deja allí plantada como si no hubieran tenido tiempo de llevársela, y parte con sus mesnadas a todo galope, Jalón abajo.

Los de Alcocer se preguntan: “¿Qué pasa? El Cid va huyendo, sería el momento de salir de la ciudad y echársele encima. Seguramente se le han acabado los víveres o ha sabido que otro ejército se acerca. Corramos”.

Salen los moros de Alcocer detrás del Cid, pensando en el rico botín que harán entre los cristianos.

—No le dejemos escapar.

Cuando el Cid ve que sus perseguidores se han ale-

jado bastante del castillo, vuelve grupas con todos los suyos y se les deja caer encima con su rapidez y empuje habituales.

El Cid, con Alvar Fáñez, Muño Gustioz y unos treinta caballeros de sus mejores jinetes, se avanzan volando a cortarles la retirada por detrás, mientras Martín Antolínez, Per Vermúdez, Galín García y Alvar Salvadores, con el grueso de las huestes, atacan por el frente.

Caen los moros entre charcos de sangre, se debaten sus cuerpos en la muerte, mientras centenares de almas vuelan al paraíso de Mahoma.

Per Vermúdez entra al castillo con la bandera en la mano y la planta en la torre más alta.

Sobre Alcocer flota la bandera del Cid.

—Ahora ya tendremos mejor vivienda para el descanso.

Poco les había de durar el descanso. En la vida del Cid hay muchas batallas y pocos lechos. Los caminos de la Epopeya casi no tienen posadas.

Asustados de los avances del Cid, los pueblos de la comarca piden auxilio al rey moro de Valencia, el cual manda a los emires Galve y Fariz con tres mil soldados para atacar al Cid.

Los emires cercan el castillo de Alcocer, plantan sus tiendas en las llanuras y le cortan el agua. Entonces el Cid reúne a sus segundos y les consulta sobre lo que piensa hacer.

—Habéis visto que las fuerzas sitiadoras son demasiado numerosas para luchar con ellas en el campo. No podremos escaparnos de noche. Todo el castillo está ro-

deado; nos han quitado el agua y pronto va a faltarnos el pan, ¿qué hacemos?

—Atacarlos mañana mismo al amanecer —exclama Alvar Fáñez.

—Así quería oír hablar —responde el Cid.

—Atacarlos.

—Atacarlos, salir al campo —gritan todos.

Al siguiente amanecer todos salen del castillo, menos dos peones que se quedan a guardar la puerta.

Dice el Cid.

—Per Vermúdez, tomad mi bandera. Sois bravo, mas no os adelantéis sin que yo os lo ordene.

Per Vermúdez se inclina ante el Cid y coge la bandera con sus manos de orgullo y de amor.

Corren los moros a ponerse las armas y redoblan sus tambores para despertar las tropas.

Redoblan de tal modo, que se rompe el eco y se triza el paisaje en varias partes.

Vienen los moros al encuentro.

—Que nadie se mueva —grita el Campeador.

—Nadie salga de sus filas —repite Alvar Fáñez— hasta que el Cid lo mande.

Per Vermúdez, viendo avanzar a los moros, no puede aguantarse más y espolea el caballo rugiendo:

—¡Que el Creador nos asista! En medio del enemigo voy a clavar la bandera. Que vengan a defenderla los que puedan.

—¡No lo hagáis, por caridad! —grita el Cid.

—No puedo más —responde Vermúdez—; tal como digo se hará.

Antes de terminar su frase, espolea el caballo y se mete como un gran río en medio de los moros.

Al verlo el Cid con la bandera en alto en una mano y dando golpes de mandoble con la otra entre miles de brazos que se tienden a arrebatarle su insignia, entre cientos de espadas y lanzas que tratan de romperle la loriga, deja correr su ímpetu y se lanza a su defensa. bramando a sus huestes.

—Corred hacia la bandera. Ayudad a mi abanderado.

Ponen los cristianos las lanzas en ristre, inclinan todos la cabeza sobre el arzón y arrancan contra el enemigo con diez corazones en cada pecho.

Suben y bajan las lanzas, agujerean las adargas, se quiebran las mallas de las lorigas, codo abajo corre la sangre, saltan escudos rotos, los pendones blancos en rojo se cambian y en medio del tumulto huyen caballos sin caballero.

—¡Por Santiago!

—¡Por Mahoma!

—¡Por Cristo!

—¡Por Alá!

En un grupo compacto en torno de Per Vermúdez pelea el Cid, con sus mejores caballeros: Alvar Fáñez, Martín Antolínez, Muño Gustioz, Galín García, Alvar Salvadores, Martín Muñoz. Al verlos pelear como demonios brotados del infierno, se diría que bastaría esa sola falange de energúmenos para derrotar a todos los ejércitos del mundo.

A Alvar Fáñez le matan el caballo, le quiebran la lanza; echa mano a la espada, y aunque va luchando a

pie, da unos tajos que parece que tuviera un motor metido en el brazo.

Cuando el Cid ve a su primo a pie, se precipita sobre un jefe moro que tiene muy buen caballo, de un golpe lo parte por la cintura, arroja al suelo las dos mitades, y cogiendo el caballo se abre paso hasta Alvar Fáñez, que de un salto se monta arriba y sigue luchando con tal furor que enemigo que topa es cadáver antes de pestañear.

Entre tanto el Cid se encuentra cara a cara con Fariz; ¡qué tres tajos le ha tirado! Tan ciego en su rabia loca, que le fallan los dos primeros, pero el último le atraviesa la loriga, le rompe las carnes, y el emir huye por el campo destilando chorros de sangre.

Por su parte, Martín Antolínez tiene medio muerto al otro emir, Galve; destrozado el yelmo, rotas la lanza y la espada, el emir no tiene más que volver grupas y dejar correr el caballo.

Con la huida de los emires, se produce el desbande moro y el Cid gana la batalla.

Queda el campo sembrado de moros y de un rico botín. El Cid reúne los suyos y cuenta sus bajas. Sólo quince hombres ha perdido. Se echa al suelo de rodillas:

—Loado seas, Señor, que nos has dado el triunfo en una batalla tan recia.

*

Ahora le veo que reparte entre los suyos las presas ganadas, lo veo que llama a Alvar Fáñez y le dice:

—Alvar Fáñez, tú eres mi brazo derecho; quiero que

vayas a Castilla y llesves al rey Alfonso treinta buenos caballos, con sus sillas y bien enfrenados, con sendas espadas colgando de los arzones. Quiero que llenes una gran bota con oro fino y con plata y la llesves a Jimena y a mis hijas, que me hagan decir mil misas y los demás se lo guarden, y además lleva cuatro mil florines a esos buenos judíos Moisés Roschil y Abel Vidas; llévalos también algunos ricos tejidos que ellos aprecian y cuidan más que sus ojos los cristianos.

—Iré a Castilla, buen Cid —responde Fáñez de Minaya—, y cumpliré tus encargos de muy buen grado.

—Si acaso cuando volváis no estamos aquí —dice el Cid—, seguidnos a donde estemos. Por la espada y por la lanza nos ganamos el vivir; pero estas tierras son pobres y tendremos que marcharnos pronto. Iremos a Barcelona a ofrecer nuestros servicios al conde Ramón Berenguer.

De todas partes se le vienen a juntar soldados.

Fulminante y triunfal ha sido la campaña del Cid. No es una campaña de hombres, sino de demonios o de arcángeles. Cada día se embarca en una nueva aventura como en un velero de sueños. Audaz, vertiginoso, en el tiempo de tres estrofas de Romancero se toma un castillo, gana dos batallas y hace cautivos cuatro jeques moros.

Vende Alcocer en cinco mil marcos de plata.

Calatayud, Ateca, Terrer, Daroca, Molina, le pagan tributo. Se toma a Celfa, que no lo quería pagar, y perdona a Teruel porque su corazón romántico piensa en que allí dos seres se han de amar históricamente. ¡Toda su raza y la historia de su raza están en él!

ALVAR FÁÑEZ ANTE EL REY

Entra Alvar Fáñez en Burgos a cumplir la misión que le confiara el Cid.

Abriéndose paso entre la curiosidad y la admiración de los burgaleses, llega hasta el palacio real.

—Rey Alfonso, rey Alfonso, el Cid os envía conmigo estos treinta caballos ricamente enjaezados y su homenaje de desterrado. Plegue a Dios que sin su brazo no se caigan vuestras almenas. Ha conquistado muchas tierras y va por esos caminos ganando batallas y ensanchando vuestro reino. Así paga el Cid al rey que le vedó sus tierras.

—Alvar Fáñez de Minaya —responde Alfonso—, no hables así a tu rey. Sólo desterré al Cid para que viera que mi justicia a todos alcanza y que nadie en mi reino puede creerse por encima de ella. Decídle que castigué su soberbia, pero que admiro sus proezas y que puede volver a mi reino y recobrar sus tierras. Gran lidiador es el Cid, es fuerte y noble como nadie, pero poco humilde. Dadle un abrazo en mi nombre y decídle que Castilla está llorando por él.

Sale Alvar Fáñez del palacio y se dirige al barrio judío. Golpea en la puerta del chiribitil que habitan Moisés Roschil y Abel Vidas. Se abre la puerta con precauciones de cárcel y guarida. Asoman dos narices bíblicas y cuatro ojos llenos de *Talmud*.

—Soy Alvar Fáñez; por el Cid vengo.

—¡Oh señor, pasad!; ¿qué os trae por aquí?

—Vengo a pagaros la deuda del Cid.

—Falta aún para el año —dicen unos labios de versículos.

—El Cid paga antes de plazo.

—Ahí están las arcas... si queréis llevároslas.

—No. Tomad aquí cuatro mil florines por los dos mil que prestasteis.

—¿Y los cofres?

—¿Los cofres? Para qué quiero esos cofres, que sólo contienen arena. Los judíos se miran espantados con un espanto de derrumbe profético, de esos derrumbes en que no queda piedra sobre piedra.

—¿De qué os asustáis ? ¿No os he traído el dinero?

—Señor, no contenían sino arena, no valían nada. Nosotros que creíamos guardar un tesoro.

—¿Qué habéis dicho? ¿Os parece que no vale nada la fe de un caballero, os parece poco tesoro la palabra del Cid?

—Pero, señor, ¿y si llega a morir?

—Habríamos pagado sus vasallos; os lo dice Alvar Fáñez.

Con un portazo de indignación y orgullo herido, sale Minaya de casa de los judíos y vuelve al corazón de la ciudad.

¡Cómo sabe hablar del Cid al corazón de la ciudad!

¡Con qué pasión cuenta Alvar Fáñez a los burgaleses los hechos gloriosos del Campeador!

Al paso de Minaya, un aura de gloria sale de todas las casas de Burgos. En la misma tarde parte al monasterio de San Pedro de Cardena a saludar a Jimena y a sus hijas en nombre del Cid y llevarles esa gran bota llena de oro y plata.

El abad y doña Jimena con sus hijas y sus damas salen a recibirlo. Todo son preguntas sobre el Cid, y son tantas las que se agolpan en la garganta de la esposa, que no puede proferir ninguna.

Minaya sonríe y vuelve a contar por milésima vez en el día las brillantes acciones guerreras del héroe. Doña Jimena está tan habituada a oír las hazañas de su esposo que parece que ya las supiera de antemano. Lo que más le interesa es su salud.

—Esta bien, más joven y más fuerte que nunca —dice Alvar Fáñez—, y si no fuera por estar separado de vos, sería el más feliz de los hombres. Mientras haya riqueza en mano enemiga, nada puede faltarle.

Doña Jimena cruza las manos sobre el corazón para que la tristeza se esconda.

—Mandó al rey treinta caballos —cuenta satisfecho Alvar Fáñez—, mandó pagar a los judíos el doble de la suma prestada, y a vos, señora, os envía esta bota llena de oro fino y buena plata. Pide que se le digan mil misas y que os guardéis el resto, y os manda decir que como Dios le conserve la vida, seréis muy rica y honrada como una reina. Dice que cuidéis bien a sus hijas, aunque sabe que vos no necesitáis consejos; que no estéis nunca de ociosa, que es lo mismo que estar muerta; que guardéis vuestros ricos paños para cuando él vuelva o vos vayáis a su lado, porque la hembra sin marido debe de andar con llaneza, y dice que Dios os bendiga como él os bendice todas las noches.

Doña Jimena entorna sus ojos de tejedora en la espera.

—¿Cuándo volvéis a su lado? —pregunta.

—Hoy mismo y cuanto antes. Castilla sin el Cid no tiene interés para nosotros. Yo corro a encontrarlo, que debe ir ya camino de Barcelona.

—Llevedle nuestros saludos, nuestras gracias y nuestras lágrimas. Aquí esperamos que él ordene en nuestras vidas.

—Adiós, señora; adiós, abad don Sancho; rogad por nosotros.

Parte a largo galope dejando una estela de semidiós en el aire castellano.

Doña Jimena se queda mirando esa estela que irá desde Cardeña hasta el Cid. Las chicas, tirándole de la falda, la arrancan de su sueño:

—¿Dónde está papá?

—¿Adónde está Rigo, mamá?

—Está siguiendo su destino, hijas mías; está agrandando España.

BARCELONA

Alvar Fáñez a largo galope vuelve en busca de los desterrados. Preguntando por aquí, inquiriendo por allá, poco antes de Barcelona alcanza las huestes del Cid.

Gran algarazara se arma a su llegada. A todos les trae noticias de sus casas y de los suyos. El Cid le abraza contento y esa noche preparan una gran cena de alegría. Festejan a Alvar Fáñez y se festejan a sí mismos, pues nadie tiene desgracias que deplorar.

Después de dos días de marcha llegan a Barcelona. El pueblo les acoge con simpatía y el Cid se presenta a ofrecer sus servicios al conde Berenguer Ramón II. Viendo que el amo de Barcelona no se interesa por sus servicios ni acepta su ofrecimiento, el Cid sin pérdida de tiempo se despide de la ciudad condal.

—Señor conde —dice Martín Antolínez, levantando la frente altiva—, me sospecho que mañana os ha de pesar. No sabéis lo que habéis perdido.

—A Zaragoza, amigos —exclama el Cid.

—A Zaragoza.

Alvar Fáñez se acerca al Cid:

—Decidme, Mío Cid, ¿cómo vais a ofrecer vuestros servicios al rey moro de Zaragoza?

El Cid sonríe rascándose las barbas:

—¿Y qué importa que sea moro, si yo puedo servirme de él para la causa cristiana? Ten confianza en mí, Alvar Fáñez; ya tengo trazados mis planes y el tiempo hablará.

Sale a galope la mesnada visionaria con el alma llena de sortilegios, dejando en el aire una nube como un polvillo de estrellas.

Todavía resuena sobre esos campos el galope de la mesnada milenaria, y Dios sabe cuántos siglos se seguirá oyendo.

Desterrados de Castilla, despreciados en Barcelona, el Cid y sus huestes siguen su marcha inquebrantables, con unos rostros de confianza y optimismo, con una despreocupación tal que nadie podría adivinar en ellos ni los contratiempos ni el destierro.

Entre chanzas y risas siguen su marcha de desterrados hacia la gloria, bajo los enigmas de los astros.

ZARAGOZA

En la última etapa antes de llegar a Zaragoza, en la tienda del Cid se reúnen sus principales caballeros a discutir de la situación y los problemas que puedan presentarse.

—¿Sabéis —dice al Cid Alvar Fáñez— que Almutadir, el rey de Zaragoza, es un hábil político y un sutil tramador de pactos, como los más finos moros? ¿Sabéis que él fue quien hizo matar a su hermano Modafar para apoderarse del trono de Lérida?

—Cuántos cristianos hacen lo mismo —replica Per Vermúdez—. ¿No mató Berenguer Ramón II, conde de Barcelona, con sus propias manos, a su hermano Ramón Berenguer Cap d'Estopa?

—No digo lo contrario —objeta Alvar Fáñez—; yo sólo quiero advertir a Mío Cid de todo lo que pueda amenazarle entre las gentes en que va a tener que actuar ahora.

El Cid escucha en silencio y se advierte en sus ojos la satisfacción que le produce ver el interés que se toman por él sus caballeros. Martín Antolínez opina también:

—Tiene razón Alvar Fáñez, estamos entre gentes de cuidado, traidores, asesinos, falsos y, lo más peligroso, demasiado sutiles. Tendrá Mío Cid que usar de toda su sagacidad para no verse envuelto en conflictos.

Sereno el Cid se yergue:

—Con nuestra buena estrella —dice— y con la fuerza de nuestros brazos saldremos con bien de aquí como de todas partes. No cerraremos el ojo y seguiremos nuestros planes.

Muño Gustioz y Galín García se ríen de los peligros al lado del Cid.

Alvar Salvadores predica la prudencia de acuerdo con Alvar Fáñez.

El Cid Campeador sonríe y parece tener fijos sus ojos en un punto lejano, a la orilla del mar.

En Zaragoza, Almutadir acoge al Cid con grandes muestras de amistad y con un agrado muy sincero. La fama del Campeador había llegado hasta él, conocía sus hazañas, sabía qué clase de hombre era, y comprendió de qué inestimable valor sería para él, monarca poderoso y rodeado de enemigos, el concurso de semejante vasallo.

No alcanzó a estar mucho tiempo el Cid al servicio del rey moro. Almutadir murió poco después de la llegada del Cid a Zaragoza, cometiendo a su muerte el grave error político, tan habitual en aquel entonces: dividir sus Estados entre sus hijos.

El rey zaragozano tenía dos hijos: Almutamin y Almondír. El primero recibió el trono de Zaragoza, y el segundo, Denia, Tortosa y Lérida.

Este reparto debía abrir una nueva era de guerras y revoluciones.

El Cid se queda en Zaragoza al servicio de Almutamin, que le considera como un elemento indispensable para el mantenimiento de su corona.

Por su parte, Almondir hace alianza con Sancho Ramírez, rey de Aragón; con el conde de Barcelona Berenguer Ramón; con el conde de Rosellón, el de Carcasona y el señor de Vich.

He aquí la guerra.

BATALLA DE ALMENARA

Almondir y sus aliados van a poner sitio al castillo de Almenara, antigua fortaleza destruida y que el Cid había aconsejado a Almutamin hiciera reedificar.

Los aliados estrechan el cerco de tal modo, que empieza a faltar el agua a los sitiados. Desesperada es la situación. Almutamin acude al Cid, que se encuentra en Escarpe, castillo que el desterrado acababa de tomar a los aliados.

El rey moro y el caudillo cristiano celebran una entrevista en Tamarit.

—Sería bueno —dice el rey— que atacarais al enemigo para hacerlo levantar el cerco.

El Cid, que ha estudiado bien la cosa, no puede aceptar semejante proposición:

—No debo comprometer mis huestes en una batalla en la cual serán aplastadas por el número inmensamente superior del adversario. El valor indomable y reconocido de mis hombres no puede hacer milagros.

—¿Qué me aconsejáis, entonces?

—Ofreced dinero a los sitiadores.

Almutamin propone el rescate a los aliados, pero és-

tos rechazan el ofrecimiento, creyendo la ciudad ya casi segura en sus manos.

Al saber el Cid que los aliados se negaron con mofas a aceptar el rescate propuesto por el rey zaragozano, reúne sus mesnadas y se prepara a la batalla animándoles con una corta arenga:

—Soldados, vamos a pelear contra un enemigo cien veces superior a nosotros; vamos a salvar del hambre y la desesperación a esos valientes de Almenara, que se sostienen sin desmayar contra un ejército formidable. Nunca habéis tenido una oportunidad como ésta para demostrar a moros y cristianos vuestro heroísmo sin igual. Adelante; desde lo alto del Parnaso cuarenta poetas os contemplan.

Inmediatamente los soldados del Cid cinchan bien los caballos, se arman de todas sus armas y con ceños de decisión parten en busca del adversario.

Al bajar la cuesta ven las fuerzas enemigas acampadas en torno de Almenara.

Verlos y lanzarse al ataque, todo es uno. No hay tiempo para un verso en la rapidez furiosa de semejante asalto. Ante tal impetuosidad y tanta audacia, los aliados pierden su aplomo, quedan turbados, descompuestos, con la boca abierta.

Por esa boca abierta se mete el Cid lanza en ristre; a caballo entre Dios y el diablo llega al corazón del enemigo. Allí se produce el síncope, el síncope mortal.

El ejército aliado es un gran cadáver verdoso, tendido sobre el campo con las manos crispadas y la boca abierta en una horrible mueca al infinito.

Así gana esta batalla Mío Cid el de Vivar, a gran honra de sus barbas. El mismo conde Berenguer es hecho prisionero, y cuando cinco días después fue puesto en libertad bajo la condición de firmar un pacto de paz con Almutamin, al volver a sus tierras iba una frase bailando en su cabeza: "Señor conde, me sospecho que mañana os ha de pesar no haber aceptado los servicios del Cid. No sabéis lo que habéis perdido".

TRIUNFO TRAS TRIUNFO

A pesar del recibimiento triunfal que se le hizo en Zaragoza, donde el pueblo lleno de admiración y batiendo palmas de júbilo salió a su encuentro; a pesar de que esta hazaña de Almenara le dio tal ascendiente que llegó a tener más autoridad que Almutamin en su propio reino, el Cid no se sentía contento. La nostalgia de la tierra natal y de los suyos se apoderaba por momentos más imperiosamente de su corazón.

En esos días de alegría su rostro era el único rostro de tristeza.

Se había demostrado no sólo un gran guerrero, sino un gran caudillo, un admirable conductor de hombres, y no sólo un gran caudillo, sino también un político hábil y prudente.

Pero en este período de su vida el Cid pasa por un momento de vía crucis. Ocultas luchas internas agitan su alma y se diría que por primera vez la duda muerde en el pecho de este hombre decidido y sin vacilaciones.

De un lado, le tiran su familia y su tierra. El rey Alfonso lo llama a Castilla. De otro lado, el plan secreto que sólo él conoce y que tiene trazado en su cabeza desde hace tiempo.

Levanta los ojos al cielo y el cielo permanece inmóvil, cuajado de enigmas, luciendo destinos.

“¡Animo, corazón! Un hombre decidido vale miles de tibios”.

El Cid se queda en Zaragoza.

Empieza una serie de correrías por las regiones de Almondir, ataca a Morella y deja convertida en yermo toda la comarca de Alcalá de Chisbert, con gran contentamiento de su señor Almutamin.

Almondir pide auxilio a su aliado el rey Sancho de Aragón, el cual reúne un gran ejército, dispuesto a dar al terrible castellano un golpe de gracia, y viene a acampar en las orillas del Ebro.

Desde su campamento envía un mensaje al Cid:

Cid Rodrigo de Vivar, te doy dos días de plazo para abandonar todo el territorio perteneciente a mi aliado Almondir de Denia.

Rápido el Campeador responde con otro mensaje:

A los reyes don Sancho de Aragón y Almondir de Denia: decidme con franqueza si queréis continuar vuestro viaje, para enviaros una escolta.

Semejante ironía enfureció a los dos reyes, y decididos a castigar la burla, el moro y el cristiano acometen con ímpetu exasperado a las huestes de Mío Cid.

El choque es formidable como una rotura de diques. Mío Cid a la carrera, mandoble limpio, la Tizona cor-

tando cabezas, entra lo mismo que un elefante en la victoria.

A este hombre lo sigue el milagro como un animal doméstico. La victoria le ama como una hembra violada en belleza.

¿Quién puede ponerse frente a él? ¿Quién eres, Campeador, de dónde has sacado ese poder misterioso?

El que burla a la muerte, el que vence la sed, el que domina el hambre, el que atraviesa los desiertos, el que traspone las montañas con una naturalidad de fábula, no parece ser un ser de este mundo, ni su historia puede pertenecer a la historia de los hombres.

El Cid es la Hazaña, es la personificación del fenómeno proeza.

Enemigo que se le pone por delante, se diría que tiene pacto con la derrota o que la hermosa ninfa de cabellos al viento que llaman la Fuga le tiene hipnotizado.

Las mesnadas del Cid, persiguiendo a moros y cristianos, hacen dos mil prisioneros, entre los cuales el mismo rey de Aragón acompañado de dieciséis nobles de su corte.

Un magnífico botín cae en manos del Cid.

Aquella noche en la tienda del vencedor, el rey Sancho de Aragón se pasea pensativo de un lado para otro. El Cid lo contempla en silencio. De pronto el rey, como reuniendo en una todas las ideas que le asaltan, se detiene un momento exclamando:

—¿Qué diablos había comido tu padre la noche que te fabricó?

El Campeador no puede contener una carcajada

volcánica que se viene a la boca. En el fondo ese hombre terrible y fantasmagórico tiene mucho de niño. Su alma se conserva pura, primitiva, limpia como una piedra preciosa caída de otros astros.

Nada más extraño que ver cómo este hombre ha podido conservar su alma fresca, en todo su valor intrínseco, sin manchas al contacto de una vida tumultuosa, de una vida material y sangrienta.

En medio de las batallas más horrendas ha llevado su alma en alto por encima de la masa hirviente, sin que nada pueda alcanzarlo, como el bardo portugués llevaba su poema sobre las olas del naufragio. Y es que una fe ardorosa, un fuego invisible, elevan sus acciones mucho más arriba que simples hechos guerreros.

La fe mantiene a este hombre en una esfera tan elevada que su alma puede fácilmente remontarse sobre el cuerpo y vivir en medio de deliquios superiores. También hay un místico en el Cid, como en todo exaltado.

Es un visionario con grandes pies plantados en la tierra.

De tal modo su persona ejerce una sugestión, una invencible atracción en los que pueden acercarse a él, que después de esta batalla, cuando el Cid ofrece generosamente poner a sus prisioneros en libertad, ellos no quieren aceptar esta libertad y prefieren seguir a su lado.

Y así todos sus prisioneros con el rey y los nobles señores entran en Zaragoza junto a él.

El recibimiento que la ciudad hace al vencedor es aún más magnífico que el que le hiciera después de la batalla contra Berenguer Ramón, y lo más curioso es

que en esta entrada triunfal el enemigo aplaude a su vencedor tanto como los suyos propios.

El rey Almutamin y sus hijos salen a abrazarle al camino y le llevan sus corazones hasta el palacio real. Lo colman de presentes, pero no le regalan el único presente que él anhela: su patria.

En español y en árabe millones de gritos aclaman al héroe; en español y en árabe miles de inscripciones dicen su victoria sobre estandartes y tapices colgados; en árabe y en español cientos de ojos de mujeres furtivas le lanzan lo mejor de sus sueños, el más ardiente de sus deseos.

REPOSO

El corazón del Cid siente el mal de la tierra, la nostalgia de su país.

Así, cuando el rey Alfonso vuelve a llamarle, no puede contenerse, no puede dominar su corazón, y emprende con todos sus vasallos el camino del regreso.

El camino del regreso va de bajada, aun en las cuestas más duras de subir. De Zaragoza a Castilla las rutas se convierten en una blanda hamaca. Se va pisando sobre amapolas. De una rama a otra los pájaros se lanzan pedazos de sus corazones en cantos cálidos.

El cielo está todo bordado de triunfo. Los ríos cambian su curso para seguir como fiel trailla al Campeador. Nubes, pájaros, viento y aguas le van acompañando y victoreando hasta Burgos.

Allí el pueblo sale desorbitado y heroico a su encuentro, con hambre de gloria, con sedes épicas largo tiempo contenidas en la espera de este momento.

El alma castellana se sale de madre, se desborda de entusiasmo y en su fiebre delirante llega casi a ahogar al ídolo que vuelve.

Las campanas se funden en sonos de alegría, se deshacen en rosas de felicidad.

El rey Alfonso, siguiendo la corriente de su pueblo, le recibe entre palmas y agasajos. Castilla es una corona de laurel sobre su cabeza.

El rey castellano le da los castillos de Dueñas, Ibia, Eguña, Campo, Langa, Briviesca y Ordeyón. Le da carta sobrada y soltura para que tuviese por suyos y en heredad a sus descendientes todo lo que quiera conquistar en tierra extranjera.

El Hada Madrina de España sonríe y llora de alborozo en su gruta. La Envidia se arrincona, mordiéndose los labios de cólera

¿Cuánto tiempo durará el triunfo del Hada?

Brillan los astros sobre España y juegos de espejismo se tejen en la altura.

Es la paz, la calma en la vida del hogar. El gigante se reposa con los pies al fuego. Se mece en el corazón de la esposa, sonríe en los labios de las hijas.

Sin embargo, algo trabaja en su cabeza, algo crece en su cerebro.

¿No será éste el recogimiento de la ola que va a lanzarse con más fuerza?

Hay tremendas batallas en su alma. Se sienten ruido

de armas y fragor de mandoble en su pecho.

Luego el silencio, la calma. Y otra vez el ruido y los mirajes fascinantes ante los ojos. Pasan inmensas cargas de caballería bajando de sus cabellos a sus barbas. Tropes victoriosos hacen bajos relieves en su frente, hacen estatuas en su memoria, y de pronto, al pie de su sillón demasiado confortable, todos los moros salen huyendo de España y saltan en un gran salto blanco de Tarifa al África.

El Cid se levanta y se pasea nervioso.

Se oye en la noche la explosión de un rubí.

NUEVA SALIDA DE CASTILLA

Tres días después, el Campeador con numerosa hueste marcha otra vez hacia las fronteras por los caminos de Castilla.

Se lamenta la égloga casera, aplaude la epopeya turbulenta.

Todos sus amigos, todos sus vasallos y parientes le acompañan de nuevo. ¡Qué alegría se pinta en esos rostros visionarios llenos de barbas y proezas! ¡Cómo ha aumentado su número! ¡A cuántos han tentado las narraciones de los que volvieron ricos y salieron pobres!

Vuelven a su elemento como peces asfixiados. Van ansiosos de la calma al alboroto, del hogar a la batalla, y hasta los caballos marchan engreídos, orgullosos.

Babieca va saltando contento como si fuera a la querencia. La querencia de esos potros es la guerra.

Ya Alvar Fáñez había dicho al Cid que no podría resistir largo tiempo en la corte y menos en la inactividad; le había hecho ver que el mismo rey cambiaría pronto sus agasajos en frialdad y que volvería a dejarse influenciar por sus cortesanos y sus rivales envidiosos.

Seguramente el Campeador advirtió también algún síntoma anunciador del predominio de los felones e intrigantes que se pegan a los tronos como ávidos moluscos, y prefirió partir antes que romper con el rey.

Nada habló sobre el particular; sólo un día se le oyó decir:

—Detesto al moro porque es el invasor, el intruso en nuestras tierras; pero más que al moro detesto a los traidores, al cortesano falso y palaciego. Este es el hombre más dañino en un país.

Tal vez esa frase puede interpretarse como reveladora del estado de su ánimo, y más que ésa, esta otra que va repitiendo desde que se puso en marcha:

—Me gusta la acción y no las palabras inútiles. El reposo tiene para mí más peligros que cien emboscadas. Tiene el peligro de la palabra.

Sea como fuere, lo cierto es que el Campeador no alcanzó a quedarse dos años en Castilla y que en el tiempo que duró su periodo de calma parecía más pequeño, más débil, más opaco, y que ahora, apenas ha saltado sobre su caballo, va respirando a cuatro pulmones y creciendo a cada paso de Babieca.

Marcha iluminado detrás de su destino y más lleno de amor a su tierra que nunca. Los árboles que va dejando hacia atrás tienen calor de alma y color de patria.

El país del cual nos alejamos para siempre es más amado que el país al cual se vuelve; pero cuando este país es el campo de nuestra quimera, la tierra de la realización de nuestros sueños, entonces se reviste de todas las fascinaciones y nos atrae con impulsos magnéticos.

Al pasar el río Duero, todos los caballos de las mesnadas de Mío Cid doblan el cuello hasta el agua, se detienen a beberse el río en grandes sorbos, en anchas aspiraciones, y siguen su camino rumbo a Calamocha.

El sol tendido sobre algún mar lejano da el último suspiro y se hunde en las aguas.

A VALENCIA

En Calamocha viene a ofrecerle parias y tributo el señor de Albarraçín, que había oído decir que el Campeador pensaba atacar sus tierras. El soberano musulmán se declara su pechero, pechero de este rey sin reino, del héroe vagabundo, del nómada sublime que, dominando tantas ciudades y haciendo temblar tantos tronos, no tiene una ciudad que sea suya ni un trono desde el cual dictar sus fallos.

De Calamocha sigue el Cid a Zaragoza, de donde le llama Almostain. Este monarca da aún más ascendencia al Campeador que su padre, Almutamin. El castellano se ha convertido en una especie de fetiche de Zaragoza.

Almostain quiere que el Cid le ayude a obligar al rey de Denia, el inquieto Almondir, su rival infatigable, a levantar el sitio de Valencia.

Al solo nombre de Valencia los ojos del Campeador brillan con reflejos de espadas y broqueles.

Valencia, la ciudad codiciada. Valencia, la plaza sobre la cual se tienden las miradas de cinco reyes, las manos de cien jeques y las redes de mil intrigas.

El Cid acepta gustoso el pacto que le propone Almostain; lo acepta como aliado, pues ya no es vasallo suyo y sólo reconoce como rey a Alfonso VI.

El Cid Campeador, entre Alvar Fáñez y Martín Antolínez, seguido de Per Vermúdez, Muño Gustioz, Galín García, Alvar Salvadores, Gil Ordoño y muchos otros infanzones, marcha hacia Valencia al frente de su hueste de tres mil hombres.

Va entrando a paso de caballo glorioso en la última etapa de su vida. Tiene cuarenta y nueve años. Tiene una hueste idólatra y brava, tiene a Babieca, tiene a Tizona.

Está tan fuerte y tan ágil como en su primera juventud. Nutrido de sentencias y solomos, tiene pronta la respuesta de la boca y de los brazos.

Va entrando a paso de caballo olímpico en la etapa más difícil de su vida.

Marcha hacia Valencia, se va acercando a Valencia. Ahora tendrá que poner en juego no sólo sus dotes de soldado y de caudillo, sino también su astucia y su talento de político.

En medio de batallas, de guerras, de revoluciones, de enredos diplomáticos, alianzas y contraalianzas, complicaciones de todas clases, asesinatos, traiciones, el Cid pasa incólume con los ojos clavados en una idea fija y triunfando al fin de todos sus enemigos.

Demonio de la intranquilidad, siempre se guarda sereno. Salta a la derecha, salta a la izquierda, ataca hacia adelante, marcha hacia atrás, vuelve a avanzar, se escurre por un lado dando coletazos como un tiburón, se cuela por otro y resbala entre las manos del adversario. El tiburón se convierte en anguila, la anguila en león, se esconde en la selva y espera astuciosamente o se encarama al picacho más alto y observa al enemigo, aguardando el momento de encerrarlo y apretarlo como una liana. El león se convierte en zorro, el zorro en águila. Él solo es toda la fauna y toda la flora.

Nada más extraordinario que la vida de este ganador de batallas, que esta vida en zigzag sobre la hazaña, de prodigio en prodigio.

Tiene cuarenta y nueve años de edad y yo le veo marchando a Valencia a paso lento de majestad sobre Babieca.

A los pies de este hombre imperturbable y temerario, sereno e intranquilo, se desenvuelve el tiempo, pasa la eternidad al ritmo de sus mesnadas. Silban los dardos, huyen manadas de derrotas, caen coronas entre risas mortales.

Él y sus huestes van pasando ante la eternidad. España desfila tras el Cid a los ojos del mundo, en una columna larga y magnética como una serpiente.

Pasan los gallegos, celtas de alma de luna y origen misterioso; van los asturianos, primos de los gallegos, creyendo seguir aún a don Pelayo; van los leoneses, con aires de leones y a paso de Duero; los castellanos recios, seguros de sí mismos, viendo en las tropas enemigas re-

baños de carneros y en los castillos molinos de viento. Se destacan los vivareños por sus ojos de fe y rostros ardientes; son los más antiguos en las huestes del Cid, los privilegiados del Cantar y del Romancero. Pasan también navarros y aragoneses, algunos con tipos de iberos puros, cabezas cuadradas, sesos de piedra, músculos de roca, nervios de acero. Impermeables.

Junto a los cristianos marcha Almostain con cuatrocientos soldados moros.

Pasan hacia Valencia. Pasan, pasan, pasan ante la Gesta, ante la Crónica, ante el mundo, ante mí, ante ti. Pasan a los pies del Cid.

Almondir, que tiene sitiada la ciudad, al saber que se acerca el Campeador, levanta el sitio y se encierra en Tortosa. Siguen su marcha los cristianos, preparándose a la batalla, sin saber que Almondir ha abandonado el campo.

Y allá al frente se yergue Valencia; de repente aparece la ciudad, limpia, mondana de sitiadores.

La columna se detiene un instante; contempla. La serpiente lanza hacia la plaza las líneas de sus miradas y enclava bien la presa en medio de su campo hipnótico.

Valencia percibe el fluido maléfico y vacila.

Alcadir, rey de Valencia, siente un escalofrío que baja y sube en largos arpegios por su espina dorsal musulmana.

Conocedor del Cid y de todo lo que es capaz el héroe castellano, Alcadir comprende que no le conviene tomar actitudes belicosas, sino al contrario conjurar el nuevo peligro con demostraciones de amistad.

Alcadir, el hombre que hace y deshace alianzas y pactos todos los días por salvar a Valencia, sale a recibir

al Campeador y a agradecerle por haberlo librado de Almondir. Lo llena de abrazos y regalos y le fija como campamento la huerta de Villanueva.

Viendo Almostain que en medio de todos estos festejos al Cid, a él se le deja a un lado, y adivinando que éste tiene tanto interés como él por la plaza, se retira a Zaragoza, fingiendo dejar las manos libres al cristiano.

—Bravo —exclama el Cid al verlo alejarse—. Ya hemos espantado a todos los pretendientes de Valencia, se retiran los rivales.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta Alvar Fáñez.

—Esperar, y mientras esperamos voy a hacer algunas correrías contra los súbditos del rey de Denia. Cuestión de desenmohecer las espadas y ganar algo de botín para las tropas.

Dicho y hecho. Ataca a los moros de Xérica y hace una algara por la comarca imponiendo tributos y desenmoheciendo las espadas.

Sin embargo, este problema de Valencia no es tan sencillo, pues si ha logrado alejar de allí a dos de sus pretendientes, Almondir de Denia y Almostain de Zaragoza, le queda un tercero y es el más importante de todos, puesto que es su propio rey Alfonso VI, de quien él se considera aún vasallo.

Reúne el Cid a sus caballeros y les pone en autos de sus proyectos:

—He decidido volver a Castilla, para discutir con el rey sobre este asunto de Valencia.

—¿Necesitamos su apoyo para tomar la ciudad? —pregunta Martín Antolínez.

—No; pero como yo he de tomarla en su nombre y no en nombre de reyes moros, debo consultarlo y ponerlo sobre aviso para que nos sostenga una vez dueños de la plaza.

—Tiene razón Mío Cid —opina Alvar Fáñez—; no hay que olvidar a los poderosos almorávides que seguramente vendrán a arrebatar Valencia de manos de los cristianos.

—Esta ciudad es una presa importante, y todos los que a ella pretenden hoy, harán alianzas mañana contra el que logre conquistarla.

—A Castilla, pues —truená la voz dura de Per Vermúdez.

Apenas el Cid se ha alejado de Valencia en marcha hacia Castilla, que Almostain firma alianza con Berenguer Ramón de Barcelona y vuelve sobre la ciudad.

Ambos aliados se toman el castillo de Cebolla, fijan allí su centro de operaciones y ponen sitio a Valencia.

Alcadir envía mensajeros a alcanzar al Cid y hacerle saber lo que está pasando, asegurándole que se defenderá hasta que él llegue con sus tropas.

Vuelve el Cid a la carrera con un ejército entonces de siete mil hombres.

El conde Berenguer, al saber la vuelta del Cid y con tropas mucho más numerosas, levanta el cerco y se retira sin presentar combate.

Al divisar las huestes del Cid que se acercan, Alcadir sale otra vez de la ciudad y firma pacto con el Campeador, por el cual se compromete a pagarle un tributo de diez mil dinares mensuales, con la condición de que

éste obligue a someterse a los señores de los castillos y pueblos que se le han sublevado, le pacifique sus tierras, le proteja contra sus enemigos y no se aleje de la comarca.

El Cid tendrá su mercado y sus depósitos de trigo en Valencia, y allí podrá vender el botín que gane en sus correrías.

Ya Valencia es tributaria del Campeador. La serpiente va cerrando el ángulo fatal de sus miradas como tijeras diabólicas.

BATALLA DE TEVAR

Dos anhelos priman en el alma del Cid: la amistad de Alfonso VI y la posesión de Valencia. ¡Qué no ha hecho el hombre indomable por conseguir esa amistad, y siempre entre él y el rey se atraviesa un poder oculto, y cuando ya parece que los dos corazones van a sellarse en un beso de lealtad, vuelve a producirse la separación, vuelve a levantarse un muro de incompreensión!

En cuanto a la posesión de Valencia, el Campeador podría tomar la ciudad cuando quisiera, y si no lo hace es porque razones política le aconsejan no precipitarse.

Estos últimos meses del año 1090 los pasa el Cid en correrías por los alrededores y en incursiones en las tierras del rico y poderoso Almondir. Toma el castillo de Polope, toma a Miravet, recorre triunfalmente toda la región desde Játiva a Orihuela.

Su solo nombre produce un escalofrío de terror en

todo el Levante. Se ven temblar las provincias en el mapa como hojas de árbol.

Ha formado un ejército de demonios indómitos, una falange invencible que obedece lo mismo que una maquinaria al menor gesto de sus ojos.

—Qué más quiere el rey Alfonso —dice con razón Alvar Fáñez— que tener a su servicio este magnífico ejército que no cuesta ni un maravedí a Castilla.

Pero Almondir no se duerme un instante. Espantado mira las correrías del Cid por sus tierras, piensa que éste se dejará caer el día menos pensado sobre Tortosa y que puede perder las más preciosas ciudades de su reino, en vista de lo cual se decide a acudir una vez más a Berenguer Ramón de Barcelona, que sabe guarda rencores al Campeador; le ofrece dinero y toda clase de ventajas para firmar una alianza y deshacerse de una vez por todas de la pesadilla del terrible vivareño.

El conde, que no ve las horas de poderse vengar del Campeador, reúne un fuerte ejército y parte inmediatamente a entrevistarse con Almondir. Establece su campamento en Calamocha y conviene con Almondir tratar una alianza con Almostain de Zaragoza y con el mismo Alfonso VI para emprender todos los príncipes juntos una gran campaña contra el Cid.

El rey de Castilla, hábil político y que sabe muy bien en el fondo de su alma a qué lado le conviene jugar, pues está seguro de la lealtad de su vasallo, a pesar de sus viejos rencores, no entra en la Liga y rechaza de plano todos los ofrecimientos.

Tampoco entra Almostain, temeroso del resultado

final de la campaña, pero si no presta sus tropas, ayuda en cambio con dinero a sus antiguos rivales, y para no malquistarse la amistad del Campeador, que puede a lo mejor salir triunfante de esta prueba como de tantas otras, le manda aviso, hipócritamente, de lo que traman contra él sus enemigos.

Mío Cid acampa entre montañas en el valle de Pinar de Tévar.

Al recibir el aviso de Almostain, responde con el mismo enviado las siguientes palabras:

A Almostain, rey de Zaragoza: gracias por las noticias que me dais, mas como no temo a mis enemigos, podéis decirles que aquí en Pinar de Tévar les quedo aguardando a su entera disposición. Acaso no se atrevan a venir y sería lástima, pues este año está aún muy pobre de hermosas batallas. Decid de mi parte a Berenguer Ramón, que tanto él como los suyos son unos cobardes, mentirosos y fanfarrones, que no son hombres, sino mujeres de brazo débil y boca jactanciosa. A vos os saluda,

RUY DÍAZ.

Sin hacerse rogar el astuto Almostain, muestra a Berenguer la carta encantado de aumentar la distancia entre los dos caudillos cristianos y de debilitar en guerrear a tres poderosos rivales.

Irritado el conde, responde directamente al Cid:

Ruy Díaz, has pretendido que yo y los míos no somos otra cosa que mujeres. Si Dios nos ayuda, muy pronto te convencerás de que te has equivocado. Nosotros sabemos que los cuervos de los montes, las cornejas, los milanos, las águilas, casi todos los pájaros, en una palabra, son tus dioses, y que tienes más confianza en sus augurios que en el socorro del Todopoderoso. Nosotros, al contrario, creemos que no hay más que un solo Dios y que este Dios nos vengará de ti, poniéndote en nuestras manos. Mañana en cuanto salga el sol nos verás cerca de ti y si tú abandonas entonces tus montañas para venir a medirte con nosotros en el llano, te tendremos por Rodrigo, llamado el Batallador y el Campeador; pero si no acudes, te tendremos por traidor. No te dejaremos hasta haberte cogido vivo o muerto, y te trataremos de la manera con que tú pretendes habernos tratado.

BERENGUER RAMÓN, CONDE DE BARCELONA.

Inmediatamente responde el Cid:

A Berenguer Ramón, conde de Barcelona: no voy a contestar a tus afirmaciones respecto a supuestas supersticiones mías. Hermosos son los pájaros cuando vuelan por los aires y algunos son agradables en el plato; pero sólo en tu cabeza cabe confundir la admiración natural del hombre ante las cosas de la naturaleza con el culto. Sí, te he llenado de injurias; pero he ahí mis razones: Cuando estuviste con Almostain en Calatayud, le dijiste que por miedo a ti yo no me había atrevido a pe-

netrar en su territorio. Algunos de los que te siguen, como Raimundo de Barán, han afirmado lo mismo al rey Alfonso, en presencia de varios caballeros castellanos, y tú mismo, estando presente Almostain, has dicho al rey Alfonso que me hubieras echado del país de Almondir si yo me hubiera atrevido a esperarte, y que desde luego tú no querías combatir contra un vasallo del rey de Castilla. He aquí por qué he hablado mal de ti: detesto los embustes y las fanfarronadas. Pues bien, al presente no tienes excusa alguna para no atarme; al contrario, has hecho que Almondir te prometiera una gruesa suma y te has comprometido con él a echarme de su territorio. Mantén tu palabra, pues. Ven a combatirme si te atreves. Estoy en un llano, el más grande que se halla en este país, y en cuanto te vea te daré tu paga como siempre.

RUY DÍAZ DE VIVAR.

Apenas recibida esta carta, Berenguer, que es un hombre bravo y que cuenta con huestes muy numerosas y también valientes, se pone en marcha hacia el valle de Tévar.

Los francos, como llamaban entonces a los catalanes por haber sido Barcelona feudo francés, se deslizan silenciosos en la noche, y aprovechándose de la oscuridad ocupan las montañas que rodean el campamento del Cid.

Al amanecer, antes que salga el sol, los catalanes se dejan caer de sorpresa como una avalancha montaña abajo. Los soldados del Campeador apenas tienen tiempo de calarse las armaduras.

—¡Hijuna! Nos sorprenden desarmados —ruge el Cid, saltando sobre Babieca y corriendo entre los suyos para ponerlos en orden de combate.

—Arriba, muchachos —grita por otro lado Alvar Fáñez, tratando de alentar a las gentes—. ¡Animo, ánimo!

No necesitan de estas llamadas las tropas aguerridas del Campeador. No son estos hombres fáciles al desaliento.

—A la carga —brama el Cid, y él mismo, dando el ejemplo, carga el primero sobre las avanzadas enemigas.

—Adelante, adelante —vocifera Muño Gustioz.

—No haya desmayo —exclama la voz de trompeta de Per Vermúdez—; demos una lección a los que pretenden vencernos con sorpresas.

—Por aquí, por aquí —se oye la voz de Martín Anolínez—, duro por aquí.

El Campeador y sus segundos se meten por todas partes en las filas contrarias, embistiendo con una ferocidad nunca vista. Tizona se ha vuelto loca en brazos de su dueño, que da quites a la muerte hasta hacerla perder la orientación, que salta el peligro, se balancea sobre los abismos colgado de su buena estrella, de esa estrella madrina de los predestinados. Su brazo cargado de relámpagos produce lluvias de sangre sobre el campo.

Los dos ejércitos son una ola que sube y baja arrasando algas de muerte que flotan perdidas en el vaivén alucinante.

De repente, en medio del tumulto fragoroso, Babieca tropieza en unas piedras y rueda al suelo.

—Me cago en diez —revienta una voz en el Olimpo, y Mío Cid siente una lanza que le rompe las espaldas.

Su rica sangre salta de la herida y riega la tierra. Ese trozo de tierra es hoy día un relicario de poemas. Cae su sangre sobre España, cae gota a gota sobre la memoria de los hombres. Se produce el milagro de la transustanciación y España se convierte en una hostia épica.

Sangre del Cid.

Mi pluma está roja de su sangre.

En un segundo sus caballeros le rodean para protegerlo, y yo convierto mi pluma en lanza y atravieso diez moros; pero el héroe ya está de pie. Babieca patea de rabia contra sí mismo y Tizona se aferra más sólida a la mano poderosa.

El herido siente aumentar la cólera en su pecho, aumenta también en los suyos, y un gran viento de indignación sacude los corazones de sus hombres, que se precipitan en una legión infernal e incontenible.

La sed de venganza redobla las fuerzas, triplica el empuje, cuadruplica la rapidez de los golpes.

El Cid ya no siente la herida; pega, arrasa, desploma. Babieca estrella al mundo con su pecho potente; Tizona parece una máquina ebria de movimiento. Dislocada del puño de su amo, se diría que se agita por sí sola, delirante, eléctrica. En su propio furor no obedece más órdenes que las de su febrilidad. Tizona tiene el diablo adentro.

Ante tal embestida, el enemigo se dobla, se quiebra, se desbarata. Empieza a recular: primero lentamente, luego más rápido, va aumentando el ritmo de la retirada, hasta que de pronto se produce un sálvese quien pueda de pinares y montañas.

El campo es del Cid. Cinco mil prisioneros hacen sus huestes, y entre ellos quedan otra vez el conde Berenguer Ramón y muchos de sus nobles.

Cae la noche sobre un tapiz bordado de cadáveres. En el medio, la sangre del Cid es una gran amapola mitológica.

BALANCE GLORIOSO

Consecuencias de esta victoria:

1. Queda despejado el camino de Valencia.
2. El conde Berenguer Ramón y el señor Guerau d'Alamany pagan al Cid ochenta mil marcos de oro por rescatar su libertad.
3. Almondir muere de disgusto, y su sucesor prefiere ponerse bajo la protección del Cid, mediante un tributo anual de cincuenta mil dinares, a guerrear contra él.
4. Berenguer Ramón hace lo mismo y pone bajo la protección del Campeador una parte de sus dominios mediante cuarenta mil dinares al año.
5. Gana Mío Cid la espada Colada, casi tan magnífica como Tizona.

Aquella noche, en la tienda del Cid, Alvar Fáñez y

Martín Antolínez suman los tributos mientras el Campeador se pasea entre dos cielos:

Dinares al año

Conde de Barcelona.....	40.000
Rey de Tortosa.....	50.000
Alcadir, rey de Valencia.....	150.000
Señor de Alpuente.....	10.000
Señor de Albarracín.....	10.000
Señor de Segorbe.....	6.000
Señor de Murviedro.....	6.000
Señor de Xérica.....	4.000
Señor de Almenara.....	3.000
Señor de Liria.....	2.000
Total	281.000

Sin trono ni corona, el Cid es un potentado. El que salió desterrado de Castilla con una pequeña columna de valientes, reina en una de las regiones más ricas y extensas de España, gracias a su genio militar y político.

Tiene una renta que le envidiaría cualquier soberano de Europa: 281,000 dinares al año, aparte todos los tesoros en joyas, piedras preciosas, tejidos, tapices, etc.

Es el rey del acero, como dirían en Nueva York, ¡Pero qué rey y qué acero!

BATALLA ESTOMACAL

Es el guerrero tremendo y el pirata financista de su Época, el Napoleón y el Rothschild, el Creso y el Alejandro, y, sin embargo, muchas veces no tiene qué comer. Con las arcas llenas de oro, las ollas suelen estar vacías.

Hoy, 2 de mayo, están combatiendo frente a Liria. Una gran parte del ejército musulmán acampa fuera de la plaza, a la sombra de cien medias lunas caídas del espacio a las banderas.

Hambrientos y fatigados de las algaras del día, el Cid y sus caballeros regresan al campamento y se sientan a cenar frente a una larga mesa hecha de cuatro tabloncillos posados sobre troncos de árbol. Una rústica mesa de aventuras.

Al frente, en el campo enemigo, los moros también se dedican a la agradable tarea de llenar los vientres.

Uno de los servidores del Cid se acerca a él y le dice casi al oído:

—Señor, poco habrá que comer, pues ya los víveres andan escasos.

—Sirve lo que sea, hijo mío. Mañana será otro día y ya veremos modo de aumentar los comestibles.

Algo sonrojado el mozo se presenta con una gran fuente de lentejas, y una vez todos servidos no puede menos de volver a advertir que no hay otra cosa.

—¡Cómo que no hay otra cosa! —exclama Per Vermúdez—. Había que advertirlo antes. Lo dices a última hora, gandul, y cuando cada uno de nosotros tiene más hambre que diez lobos.

—Y da pena, señor —agrega otro de los servidores—, cuando uno ve allá al frente a los moros preparando pollos y corderos para su comida, no tener aquí más que pan y lentejas.

Mío Cid lanza una mirada relámpago a sus capitanes, y poniéndose de pie, grita sonriente:

—Amigos míos, esto es una vergüenza, ya habéis oído: el enemigo se harta de buenos platos a nuestras barbas. Propongo que nos lancemos sobre ellos y les cambiemos las lentejas por sus pollos y sus corderos.

—Nada de cambiarles las lentejas —alardea Per Vermúdez entre las risas de todos—; agreguemos sus corderos y sus pollos a nuestras lentejas.

—Bravo, Per Vermúdez; aprobado —grita Martín Antolínez.

—Bravo, bravo —repiten todos a coro, y corren a los caballos.

—Hurra por los pollos y los corderos.

A gran galope se lanzan sobre el campamento enemigo. Entran entre los moros rasgando tiendas y repartiendo golpes con tal apetito, que el jeque y los suyos salen huyendo en vendaval y se pierden en las distancias de la fuga.

Nadie se preocupa de perseguirlos. El Cid y sus capitanes se apoderan de todo lo que hay sobre la regia mesa abandonada y vuelven cantando con los pollos y los corderos en alto como gloriosos trofeos para el vientre que ya se regala en anchas carcajadas.

Cada pollo, cada plato es una bandera.

Antes que se enfriaran las lentejas han ganado una batalla, una magnífica batalla estomacal; y una pierna

de cordero acompañada de un ala de pollo viene a posarse en los platos todavía humeando para dar testimonio de la rapidez fulminante de tan gloriosa acción.

¡Cómo engullen esas bocas! Ríanse ustedes del ruido que hacen en Italia los dientes de Ugolino.

Un moscardón pasa y repasa sobre los guisos con un rumor de agua gaseosa.

LA LEALTAD SE INDIGNA

A pesar de sus triunfos, el Cid, soberano verdadero de todo el Levante, sigue empecinado en considerarse vasallo de Alfonso VI y pronto a probar su lealtad en cualquier momento.

Así, cuando el rey de Castilla le hace saber que prepara una gran expedición contra los almorávides y que le agradecería verlo formar parte de ella con sus huestes, el Campeador, que sigue sitiando a Liria por no haberle pagado el tributo convenido, levanta el cerco y parte de inmediato a reunirse con el ejército real.

Entre Martos y Jaén, el Cid alcanza las tropas de Alfonso. El rey sale a recibirlo lleno de contento y colmándolo de agasajos, pero su corazón siempre está pronto a dudar del más fiel y más grande de sus vasallos.

Alfonso ha plantado sus tiendas en la montaña; el Campeador, para darle una prueba de amistad y demostrar cuánto vela por su rey eligiendo para sí y los suyos el sitio de más peligro, planta las suyas en el llano, delante de las de su monarca.

Este gesto de deferencia y de amor es interpretado por Alfonso como una arrogancia insolente, y enfurecido dice a sus caballeros:

—Mirad qué afrenta nos hace Ruy Díaz; cuando llegó decía que estaba fatigado por la larga cabalgada, y ahora nos disputa el paso y levanta sus tiendas delante de las nuestras.

—Al engreído Campeador siempre le gusta hacer sombra —no pierde la ocasión de afirmar el conde García Ordóñez, sin disimular sus viejos odios.

¡Aún no ha olvidado, después de tantos años, las barbas mesadas en la batalla de Cabra!

—Sería oportuno —agrega— darle una lección.

—Bien la merece —exclama el rey—; no hay manera de doblegar el orgullo de este vivareño.

Librada la batalla, el triunfo parece ya de los cristianos, cuando nuevas tropas llegan en socorro de los moros, y Alfonso, aplastado por el número, tiene que empezar a retirarse.

En esta ocasión, el talento militar del Cid salva de un desastre completo a sus compatriotas, y con su energía impide el desbande. A pesar de esto, el rey, encolerizado por el fracaso de la expedición y azuzado por sus cortesanos, culpa al Campeador del resultado de los acontecimientos.

Es preciso prender a Mío Cid y castigarle.

¡Pobre rey, prender al huracán, castigar la tempestad!

Al saber las intenciones de Alfonso, el Cid se siente hervir de indignación, y reuniendo a sus segundos, les impone de los planes del rey.

Inútil es decir que, viendo claramente la injusticia, todos esos hombres que lo adoran le aconsejan no tolerar semejante ultraje. No faltan entre ellos algunos que hasta le indican debe rebelarse contra el rey y asaltar su campamento.

No llega a tanto el Cid, pero tampoco está dispuesto a soportar más los repetidos agravios del soberano, que no quiere ver la limpieza de sus actos y siempre tan dispuesto a interpretarlos torcidamente.

En el silencio de la noche en vez de atacar al campamento leonés y castellano, el Campeador se desliza con los suyos a paso de zorro y regresa a las tierras valencianas.

A la mañana siguiente, el rey Alfonso, viendo que el odiado vivareño se le ha escapado entre los dedos, furibundo de ver burlados sus propósitos, toma la resolución, de acuerdo con sus capitanes, de castigarle sea como fuere, en lo que más pueda dolerle.

Alfonso se decide a arrebatarle Valencia. Valencia, el más hermoso sueño del Mío Cid. Valencia, que ya puede considerar como suya, puesto que le paga tributo y que su rey Alcadir le obedece como vasallo.

*

Aprovechando el rey castellano que el Cid pelea en Zaragoza en defensa de Almostain contra los aragoneses, marcha con un gran ejército sobre Valencia, firma alianza con los genoveses y los pisanos, que le apoyan con cuatrocientos barcos, y pone sitio a la ciudad por mar y tierra.

Cuando llega la noticia al Cid de lo que está pasando en Valencia, su indignación le hace comprender que se acabaron los tiempos de las contemplaciones y que está obligado a dar una lección a su rey.

Basta ya de hacer la corte a un hombre tan ciego y arbitrario, basta ya de buscar una amistad tan difícil cuanto equívoca.

Castigará. Pero sobre todo castigará al conde García Ordóñez, al sembrador de la discordia, para hacerle ver que sabe muy bien de dónde vienen todas las injusticias que sufre, y que si el rey es culpable por dejarse engañar tan fácilmente, el conde es más culpable aún por obrar siempre en nombre del odio.

Castigará al rey y a su consejero. Responderá a la ofensa con otra ofensa mayor.

Su talento político le indica a la primera reflexión lo que debe hacer.

Deja las comarcas zaragozanas y parte con todo su ejército hacia Castilla. Atraviesa en tromba arrolladora por los campos de Nájera y Calahorra, que gobierna el conde García Ordóñez. El rayo vacía su cólera en las propias tierras de su enemigo personal. Asalta las ciudades de Alberite y Logroño, que se rinden a su empuje, y pone sitio a la fortaleza de Alfaro.

Tomada la fortaleza al primer asalto, Muño Gustioz aconseja al Cid seguir sobre Burgos. Ese sería el castigo ejemplar, la bofetada resonante, el sopapo de eco en eco, que se repetiría para atrás hasta el primer día del mundo y para adelante hasta el último minuto de la creación.

—No —dice Mío Cid—, ya les he demostrado que

puedo hacerlo; ahora quiero que vean que mi venganza va dirigida principalmente contra García Ordóñez, que sientan que mi paciencia también tiene un límite, y que soy vasallo de Castilla porque me da la gana, y puedo dejar de serlo cuando se me antoje.

—Tienes razón que te sobra —exclama Alvar Fáñez, excitado por las palabras de su jefe—; has peleado por el rey, has olvidado tus empresas personales por las suyas, y no saben agradecerte; prestan oído a las más bajas intrigas, como si los hechos no gritaran en tu favor.

De lo más hondo del alma del Cid, salen estas palabras:

—¡Ah! Si el rey me hubiera comprendido, si el rey me hubiera ayudado.

—¡Dios, qué buen vasallo sería si tuviese buen señor! —murmura Martín Antolínez.

Y Per Vermúdez:

—Si el rey no os hubiera alejado de su lado, con todos sus ejércitos bajo vuestro mando, éste sería el día en que no quedara ni un solo moro en toda la península.

—No marcharé sobre Burgos —dice el noble Cid—; me instalaré aquí en Alfaro y esperaré que venga García Ordoñez a liberar sus tierras.

Y a pesar de una voz secreta que le dice al oído cuán fácil le sería entrar en Burgos y que hasta podría proclamarse rey si quisiera, en medio de un pueblo idólatra de su héroe y de su leyenda de hazañas, no da un paso más allá. Espera.

No tuvo mucho que esperar. Asustado, el rey levanta el sitio de Valencia y corre a defender sus tierras.

¿Teme acaso que el que ha vencido tantos reyes y conquistado tantos reinos, le arrebatase también el suyo?

Otra cosa quiere el Cid: obligarlo a retirarse de la ciudad levantina y luego verse las caras con el conde de las barbas mesadas. Sus planes se realizan.

Se realizan en todo sus deseos, pues García Ordóñez le anuncia que se presentará a atacarlo, enviándole a pedir que permanezca sólo siete días más en sus tierras e irá a librarle batalla.

—¡Al fin! —exclama el Cid—. Decid a ese conde que aquí le aguardo no sólo siete días, sino tres veces siete. Al fin voy a encontrarme en campo abierto, a todo aire, con el cortesano insidioso y ruin. Loado sea Dios.

Llegó la hora de la justicia y del castigo.

Toda España espera palpitante ese momento, la Crónica clava los ojos anhelantes, la Leyenda levanta la cabeza. ¡Con qué placer vamos a contemplar y a describir la batalla en que el Cid arrancará otra vez un buen mechón de barbas a su mortal enemigo!

Por desgracia, no podemos describir esa batalla: el intrigante García Ordóñez nos ha defraudado. Se pone en camino con sus tropas y se vuelve atrás, sin presentarse ni cerca de donde le espera el Campeador.

En vano mi pluma se había bañado en agua rosada y se preparaba frotándose las manos a dar unos cuantos pinchazos al pobre conde, tomarlo prisionero y restregarle los labios en un cerro de excremento. No se presenta. Pasa el plazo y pasa tres veces. Ni humos del conde. Me deja con la pluma en la mano, me arrebató la miel de la boca, me roba el placer del castigo.

¿No te atreves a venir? Bien; quedarás como un cobarde, como un cortesano envidioso y ruin. Aquí te clavo ante el mundo, te clavo en esta página, y yo mismo te meso las barbas.

¡Cobarde!

DIARIO DE ABEN ALÍ

Habitaba a la sazón en Valencia un célebre poeta árabe llamado Aben Alí, primo hermano de otro escritor no menos célebre, de origen algo turbio, mitad cristiano y mitad musulmán, llamado Jacinto Aben Aben.

Aben Alí llevaba un diario que nos servirá para esclarecer muchos puntos dudosos, pues en él encontraremos anotados día a día no sólo los acontecimientos más importantes que se iban sucediendo en la ciudad, sino, de un modo breve y rápido, sus opiniones y hasta las conversaciones de las gentes.

1. Ayer, paseando por la orilla del mar, oí decir a unos mercaderes que el Cid Campeador había sido visto cerca de Segorbe. Parece ser que viene sobre Valencia con tropas más numerosas que el año pasado. Es increíble cómo el solo nombre del caudillo cristiano hace temblar a los valientes y palidecer los rostros. Su solo nombre infunde más terror que cien legiones. ¿Por qué Alá no ha hecho nacer entre nosotros un hombre como éste? ¿Por qué el cielo no nos da otro Almanzor que

venga a salvar nuestra cultura, que es la única cultura importante en el mundo, de estos bárbaros rudos e ignorantes, y que salve a nuestra religión, única verdadera, de las herejías cristianas?

¡Los designios de Alá son insondables!

2. Dicen que el Cid trae muchos soldados. Dicen que antes de entrar en las provincias del Levante envió mensajes por Aragón, Navarra y Castilla, llamando a todos los que quisieran cabalgar con él. Que se unan a sus huestes, porque va a sitiar Valencia. Dicen que el Cid hizo anunciar que los esperaría tres días en Canal de Celfa y que llegaban hombres armados por todos los caminos. ¡Qué espíritu aventurero tienen estos godos!

Dicen que el Cid Rodrigo viene furibundo contra el cadí Ibn Djahaf, que entregó nuestra ciudad a los almorávides, mató al podre Alcadir, que era su protegido, y quiso prender a Al Faradi, representante suyo en Valencia. Ibn Djahaf es un tiranuelo vanidoso y estúpido, pero Al Faradi es un traidor, y desde el punto de vista de la raza es más execrable su conducta que la del primero.

3. Esta mañana Ibn Djahaf recibió una carta llena de amenazas del Cid Campeador, en la cual cuentan que dice: "Has cometido una acción villana arrojando la cabeza de tu rey a un estanque y enterrando su cadáver en un estercolero. Fuera de esta cuenta que ya arreglaremos, te exijo que me devuelvas el trigo que dejé en mis graneros de Valencia".

Me gusta el tono enérgico de esta carta. ¡Qué no daría por que hubiera entre nosotros un hombre así! Se

diría que hay un momento en que los dioses impiden a ciertos pueblos producir grandes hombres.

4. Ibn Djahaf ha respondido al Cid: "Tu trigo ha sido robado y mal puedo devolvértelo. La ciudad está ahora en poder de los almorávides, y si tú te pones bajo la obediencia del emperador Jusuf, estoy pronto a ser tu amigo y aliado"

Mucho me temo que carta tan imbécil y tan desprovista del menor sentido diplomático tenga malas consecuencias.

5. Ya está. Ya ha estallado la cosa. Con razón me temía que este infeliz de Djahaf nos arrastraría a la pérdida. El Cid Campeador ha contestado apenas unas cuantas palabras: "Te juro en nombre de Dios que yo iré a vengar la muerte de mi amigo Alcadir".

Esto es la guerra. El descontento crece en la ciudad y hasta dicen que en los barrios bajos ha habido motines.

6. El Cid ha ordenado a los señores de todos los castillos de la región que acudan a proveer sus tropas.

7. El Cid ha puesto sitio a Cebolla. Dicen que mientras sitian la ciudad, otra parte de sus tropas hace correrías por los campos, llevándoles víveres y ganados en abundancia.

8. Aquí en el interior de Valencia la situación se complica, y no se sabe nada de muy preciso. Unos dicen

que Ibn Djahaf ha querido sublevarse contra los almorávides; otros dicen que todas son intrigas del jefe de éstos, Aben Nazir, y otros culpan al viejo Abderam, ex rey de Murcia. En todo caso, no puede negarse que el odio contra Djahaf aumenta en el pueblo y que está justificado por la actitud de ese estúpido.

9. Hoy ha partido una embajada compuesta de cinco figurones respetables, que llevan magníficos presentes al emperador Jusuf.

10. Gran consternación en la ciudad. Apenas se habían alejado de Valencia los embajadores que iban a verse con el sultán marroquí, el Cid se dejó caer sobre ellos y les arrebató las enormes sumas y riquezas que llevaban a Jusuf.

11. Hoy ha venido a verme un amigo de la infancia muy dado al ocultismo, y me ha contado que ayer asistió a una reunión de magos y hechiceros que evocan los espíritus en medio de sombríos conjuros y estudiaban el porvenir en las formas del humo del incienso. Según estos adivinos, se preparan grandes catástrofes contra nuestra raza.

Todo el día he quedado pensativo y triste. He escrito un poema sobre la raza que se muere después de haber cumplido una noble misión entre los bárbaros y los infieles.

12. El Cid Campeador es la obsesión de esta ciudad. Todo el día he oído hablar de él y comentar sus hazañas

con gestos desalentados. Dicen que ha destruido los molinos de la comarca, quemado las barcas del Guadalauiar y que la fortaleza de Cebolla se ha deshecho a su empuje y caído en su boca como un pastel. Hay gran pánico entre los jefes, pues seguramente pronto se presentará ante nuestras puertas.

13. Sucedió lo que había de suceder; hoy al alba se presentó el tremendo Campeador frente a los muros de Valencia. Está peleando por apoderarse de la huerta de Villanueva. Valencia está sitiada. ¡Qué pronto se dice una cosa tan lamentable!

14. Ya se apoderó de la huerta de Villanueva.

15. Hoy se ha lanzado contra el arrabal de Alcudia. Los heridos que llegan cuentan que la batalla es horrorosa; dicen que en lo mejor de la pelea el caballo del Cid, el famoso Babieca, se cayó al suelo; pero su amo en un segundo volvió a saltar arriba y siguió cortando cabezas con más ímpetu y más rabia. El dragón cristiano se abría paso entre los pechos y las lanzas como un barco en el mar.

Las avanzadas del Cid atacan las murallas por el lado de la puerta del Puente de Alcántara. Cae un diluvio de piedras sobre ellos y no retroceden. Atacan con una ferocidad de leones. Se retiran un momento y vuelven como la ola a embestir con más ganas.

16. Alcudia ha caído en su poder. El pánico crece por minuto. Las gentes andan por las calles con los ojos

desorbitados. Se han reunido los notables de la ciudad y han enviado una embajada al funesto Campeador, pidiéndole la paz.

17. El Cid Campeador ha contestado con una altanería de hombre muy seguro de sí mismo. Exige la salida inmediata de Valencia de los almorávides, pago del tributo de diez mil dinares mensuales que le había acordado Alcadir y todas las sumas retrasadas, devolución del trigo que tenía almacenado en nuestra ciudad, establecimiento de sus reales en Cebolla y en Alcudia.

Esta última cláusula significa que la paz sólo se refiere a Valencia y que no piensa soltar ni uno solo de los arrabales que nos ha arrebatado por la fuerza. Ibn Djahaf ha aceptado estas condiciones.

18. El Campeador parece mostrarse satisfecho y arregla sus conquistas como si fuera un buen político y un hacendista hábil.

19. ¡Qué galimatías hay en la ciudad! Nadie sabe lo que quiere.

20. Llegan noticias consoladoras: dicen que el señor de Albarracín y Murviedro, el famoso Ibn Razín, ha comprado la alianza de Sancho de Aragón y emprenderán juntos una campaña contra el Cid. ¡Loado sea Alá!

21. En la noche, las tropas del Cid han desaparecido de nuestra vista. ¿Qué sucede? Esta mañana no se ha visto ni una sola tienda en los alrededores. Han desa-

parecido de un modo mágico, como si se hubieran volado por la noche.

22. Nada. No se sabe nada del Cid y de sus huestes. Se los ha tragado la tierra.

23. Las tiendas de Mío Cid se volaron en el silencio de la noche como grandes pájaros fatales, y nadie ha sabido más de ellos.

24. Ibn Djahaf ha vuelto a llamar al emperador Jusuf y a los almorávides. Esto me parece un grave error político y presiento que tendrá tristes consecuencias.

25. Saltó la liebre. Ese Cid es un hombre fantástico y enigmático, huele los acontecimientos en el aire y resuelve las situaciones con tal rapidez, que desbarata a todos sus enemigos. Se dejó caer de sorpresa en las tierras de Ibn Razín, entró en ellas a sangre y fuego. He aquí resuelto el secreto de la misteriosa retirada de Valencia. Ibn Razín completamente derrotado. El Cid dueño de un enorme botín en ganado vacuno, caballar y lanar, y como si esto fuera poco ha separado de Ibn Razín a Sancho de Aragón y ha firmado pacto de alianza con él.

26. El Cid ha enviado a decir a Jusuf que si se atreve a aproximarse a Valencia, tendrá que entenderse con ocho mil caballeros, después de su alianza con el aragonés.

27. Parece ser que Jusuf no ha hecho mucho caso de las amenazas del Cid Campeador, pues hoy han llegado noticias de que su ejército pasó por Murcia.

28. Dicen que el ejército almorávide ha llegado a Játiva, pero que no viene bajo el comando del mismo Jusuf, que se encuentra enfermo, sino de su yerno Abu Ibrahim. A medida que avanza va engrosando el número de sus soldados. De todas partes acuden musulmanes ansiosos de libertar nuestra raza del terrible cristiano.

29. A pesar de las noticias que llegan, el Cid no se retira. Los almorávides ya están en Alcira. ¿No adivina este hombre que si libra batalla a nuestros aliados nosotros saldremos a atacarlo por la espalda y será despedazado en menos que canta un gallo? ¿O está tan seguro de sus fuerzas y de su genio militar que no teme a nadie, ni le asusta la enorme superioridad numérica de sus adversarios?

30. El Cid ha destruido todos los puentes del Guadalquivir y ha inundado la llanura. Ahora comprendo. El astuto estratega ha dejado sólo un paso bastante estrecho para que puedan cruzar los almorávides. Seguramente allí piensa atacarlos.

31. El ejército almorávide acampa en Alcocer. El pueblo en masa corre a las torres para divisar las lanzas del ejército libertador. Yo he subido también y a lo lejos sólo he visto una nube de polvo que ascendía al cielo. El

Cid no se ha movido de su sitio y demuestra una calma verdaderamente incomprensible.

32. Es una noche negra y pesada. El cielo se derrumba en truenos y rayos y se deshace en un diluvio. Desde lo alto de las murallas se divisan las hogueras del campamento de nuestros aliados.

Mañana se dará la gran batalla. Aquí se apresuran los preparativos para recibir en triunfo a los almorávides y también para salir y echarnos contra los cristianos en lo mejor de la pelea.

33. ¡Oh decepción! Nadie comprende lo que ha pasado. Las tropas almorávides no se han acercado a presentar batalla. Vuelven a retirarse a toda prisa hacia el sur. ¿Cómo es posible? Sin ni siquiera intentar socorrernos.

34. Ha llegado al Cid la noticia de nuestra intención de salir de la ciudad y atacarle por la espalda cuando estuviera combatiendo con nuestros aliados. Sus soldados llegan hasta nuestras murallas furibundos y nos llenan de insultos, mostrándonos los puños cerrados. Nos gritan palabras incomprensibles: hideputa, follones, hideperras, maricas, cabrones y muchas otras que no recuerdo y que deben ser groserías repugnantes.

35. Este Cid es un enemigo implacable; hicimos mal en quererlo traicionar. Ahora, dueño del campo, aprieta más y más el cerco de la ciudad.

36. Empieza a sentirse el hambre. Junto con el hambre aparecen los rostros amenazadores, se habla de complots. Ibn Djahaf no sabe qué hacer, está temeroso, y el miedo le ha convertido en un tiranuelo cruel. Ha ordenado decapitar a tres conspiradores, sin juicio ni pruebas.

37. Hoy ha sido descubierta otra conspiración contra el cadí Djahaf. Dicen que Ibn Mochich la dirigía.

38. Ibn Mochich ha sido apresado y sus cómplices han pagado con la cabeza.

39. ¡Qué enemigo más despiadado que este Cid! Hoy ha obligado a entrar en la ciudad a todos los que se habían escapado de ella por miedo al hambre, y amenaza con la hoguera a los que traten de salir. El astuto quiere aumentar las bocas hambrientas entre nosotros. ¡Como si fueran pocas!

40. El asalto de hoy ha sido espantoso, indescriptible. El aire estaba cálido del roce de millones de dardos, ballestas y piedras. Crujían los muros del aire, temblaba el cielo. Atados de hombres trepaban como lagartos por miles de escalas. Arietes formidables golpeaban las puertas de un modo tan ensordecedor, que aquí en el centro de la ciudad, donde yo vivo, he tenido que pasar todo el día con los oídos tapados. Ahora mismo oigo el trágico pam... pam... pam... pam... ¡Alá, que las puertas no cedan! Silban los venablos en el aire y son tantos que a veces hacen verdaderas cortinas en el cielo.

Oigo una voz frente a mi ventana que dice: “Estamos perdidos; el imbécil de Ibn Djahaf es el culpable de todo”.

41. Siguen los asaltos. Asalto tras asalto con un encarnizamiento feroz. ¡Qué cosa más horrible que el sitio de una ciudad! Toda mi filosofía se desmorona ante las terribles escenas que veo a cada instante. Y ese ruido ensordecedor que repercute en el cielo: Pam... pam... pam...

Un olor a sangre llena toda la tarde entre alaridos cercanos y alaridos lejos. En el firmamento se entretejen gritos en lenguas diferentes.

Todas las mezquitas resuenan de plegarias, se elevan al cielo hinchadas de súplicas.

42. Pam... pam... pam. Sigue el ruido ensordecedor desde que amanece hasta la noche. Gritos, alaridos. Golpes, ballestas, dardos. Desde lo alto de sus torres rodantes los soldados del Cid disparan sobre las calles de la ciudad, sembrando la muerte. ¡Ah Valencia, Valencia, qué fragorosa estás en medio del mapa terrestre brillante de sol! Si esto sigue así, poco tiempo más podremos resistir.

El Cid y sus capitanes son verdaderos endriagos, están en todas partes, animando con el ejemplo a sus soldados, peleando con un furor infatigable. Cada uno de ellos vale por cien hombres.

43. La ciudad no puede resistir más. Lo único que me consuela en la idea de la toma de mi amada Valen-

cia es que voy a ver de cerca al titán de Castilla. ¡Alá me perdone! Tengo una curiosidad enfermiza de contemplar a este terrible Cid y ver si está hecho como los demás mortales.

44. Ibn Djahaf no sabe qué hacerse. Crece el odio contra la persona del tiranuelo vulgar, estallan motines por todas partes, y ahora el pueblo se atreve a acusarlo a gritos de regicida y de haberse robado y escondido los tesoros de Alcádir.

45. El asalto se ha hecho general y más furioso que nunca. Se arrastran los heridos por las calles, dejando regueros de sangre. Toda la ciudad es un tumulto de dolor y de muerte. Ya toda resistencia es imposible y dicen que a las cinco de la tarde abrirán las puertas al enemigo.

Pero ¿qué pasa? ¿Qué es ese estrépito y ese alboroto infernal? Voy a ver que sucede.

Se acabó todo. Adiós, Valencia; mira cómo ruedan mis lágrimas. Ya no veo lo que escribo. A las tres de la tarde entró el Cid Campeador en la ciudad. Lo vi, lo vi, y ahora que he satisfecho mi curiosidad, sólo sé llorar por lo que hemos perdido. Venía al frente de los suyos en un potro orgulloso que parecía andar sobre nubes; venía cubierto de polvo, de barbas y de sangre; llevaba en la mano una espada desnuda reluciente como un verso épico; sus ojos brillaban como si fueran el único punto luminosos de la Historia y sus enormes espaldas parecían sostener un mundo. Detrás de él marchaban en buenos caballos sus capitanes y más atrás toda la co-

lumna de demonios. Pasaron entre la multitud de los nuestros que los contemplaban con bocas abiertas de silencio. Iban cantando una canción en honor de Valencia, de sus bellezas y sus mujeres. ¡Cómo se ve que codiciaban largos años nuestra ciudad y que soñaban con ella! No les falta razón.

LA TOMA DE VALENCIA

Es natural que el Cid al entrar en Valencia, en la ciudad tantos años codiciada, sienta una revolución de alegría en todos sus átomos; es natural que brillen sus ojos con un brillo histórico y glorioso.

Es también natural que esa inmensa satisfacción invada a todos sus hombres, pues es sabido que la electricidad del héroe comunica sus vibraciones a los suyos.

El Cid entra en la ciudad sobre un pedestal de contentamiento y detrás de él sus huestes van cantando “Valencia”, olvidados ya de todas las penas y la sangre que les ha costado su conquista; van cantando “Valencia” con sus voces roncadas y terrosas, sin respetar las leyes del Tiempo y el Espacio:

*Valencia, tus mujeres de ojos negros
son mi eterna adoración;
Valencia, azahares de naranjos
simbolizan mi canción;
Valencia, te recuerdo y me trastorna
tu perfume embriagador;*

*Valencia, quien te ha visto no te olvida
y por ti muere de amor.*

Dueño de la ciudad, el Cid se dirige a la torre más alta y desde allí contempla ante el pasado y el futuro su ansiada conquista, con ojos de enamorado.

Allá arriba, en el pináculo de su vida, su corazón palpita en la tarde y sus pulmones se absorben todo el aire del mundo.

El mar con un ruido de mil tambores canta victoria a sus pies.

El redoble de las olas apaga el Poema, cubre la Gesta y el Romancero.

Vuelve su mirada hacia los campos, y la tierra le envía sus bendiciones en perfumes de frutas y flores. Todo ese panorama de mar y tierra, con barcos, hombres y caballos encima, es suyo. Todos esos paisajes y esas marinas son suyos, antes que de ningún pintor.

Allá arriba, en el pináculo de su vida, el que fue expulsado indignamente de su patria, el que venció a todo aquel que se le puso por delante, el que desbarató reyes moros y cristianos, el que hizo temblar las naciones y las leyendas, contempla las tierras que ha ganado con su brazo y su cerebro. ¡El reino más rico de España!

La tarde se hincha de orgullo.

Y cuando el Cid Campeador empieza a bajar de la torre, sus pasos repercuten en el universo. Va bajando del cielo a la tierra por una escala de versos.

SEÑOR DE VALENCIA

En la tierra lo primero que hace es ordenar a los suyos respeten los bienes y las costumbres de los vencidos; lo segundo es mandar ejecutar al despreciable Ibn Djahaf, y lo tercero, retirarse a descansar al Alcázar, que ha convertido en su residencia.

En los días sucesivos se emplea en poner en orden la administración de la ciudad. Expulsa de ella a todos los que muestran veleidades rebeldes y hace venir cristianos a ocupar sus sitios.

Una vez todo arreglado a su antojo y sólidamente instalado en su nueva conquista, reúne a sus caballeros y les dice. Vais a oír lo que les dice:

—Tú, Per Vermúdez y Muño Gustioz, id hacia los sarracenos y encargaos de los heridos y enterrad a los muertos. Decidles mi voluntad y que, terrible en la guerra, somos dulces en la paz. No tomaré sus bienes ni sus hijas, y nada tienen que temer de mí mientras se mantengan leales y tranquilos...

“Tú, Alvar Fáñez y Martín Antolínez, id a Castilla y llevad al rey Alfonso, el ingrato, cien magníficos caballos ricamente enjaezados, cien esclavos moros que los guíen por la brida y cien llaves de las ciudades y castillos que he ganado. Id a San Pedro de Cardena a buscarme a Jimena y a mis hijas, llevadles treinta marcos de oro fino para que puedan emprender el viaje a Valencia. Llevad otros treinta marcos al abad don Sancho para que adorne su altar, dadle mis agradecimientos y decidles que cuando necesite me lo envíe a pedir. Lleva-

réis doscientos hombres de escolta para protección de mi mujer, mis hijas y sus damas.

Aún vive el Cid obsesionado por su rey, aún no ha perdido toda esperanza de cautivarse su amistad. Se diría que quiere demostrarle que aun en medio de sus triunfos, después de haber conquistado la ciudad codiciada por tantos reyes poderosos, pudiendo proclamarse rey él mismo, sigue siendo el vasallo leal por excelencia, aquel de quien nunca se debió dudar.

LA OFRENDA

Una vez en Castilla, Alvar Fáñez y Martín Antolínez se separan frente a San Pedro de Cardeña. Antolínez va a hablar con doña Jimena, y Minaya sigue su camino hacia Burgos, conduciendo al rey los cautivos y los caballos, las riquezas y los presentes que el Cid le manda.

Al llegar ante el rey, Alvar Fáñez hinca una rodilla en tierra y le besa las manos, diciendo:

—Poderoso rey Alfonso, que vuestra grandeza reciba la voluntad y la ofrenda de un caballero desterrado. Rodrigo de Vivar, expulsado por la envidia de su casa y de su tierra, ha ganado estas riquezas de los moros a precio de su sangre. En pocos años el Cid os ha conquistado más tierras que las que os dejó vuestro padre. No le acuséis de orgullo si envía parias a su rey con las parias de otros reyes. Tú, su amo, le quitaste su casa, él te paga con los bienes ajenos. Ten confianza; él acrecerá tu

poder mientras tenga en la mano su espada Tizona y entre sus rodillas su caballo Babieca.

Al oír estas palabras, un conde se levanta y dice al rey:

—No creas en esas palabras. Rodrigo es altanero y rebelde; mañana, tal vez, vendrá él mismo a Burgos a burlarse de ti.

Alvar Fáñez, calándose su bonete hasta las orejas y tartamudeando de rabia, responde al conde por encima de todos:

—¡Que nadie hable! En ausencia del Cid, yo soy el Cid, y mi debilidad su fuerza la sostiene. Escúchame, rey que te alimentas de mentiras: haz una muralla de esas mentiras y verás cómo te defiende. Perdóname, don Alfonso, esta cólera que me hace olvidarme del respeto debido a tu sangre, y dame las prendas amadas del Cid, doña Jimena y sus hijas. Ves, te ofrezco su rescate como si estuvieran prisioneras.

—Cálmate, Alvar Fáñez; tienes razón en defender al Cid, y reconozco que siempre me he dejado engañar respecto a mi mejor vasallo. Dios me perdone y me perdonen la Historia y el Cantar y el Romancero. Iremos juntos a San Pedro de Cardeña a ver a Jimena y ayudarla a preparar su viaje.

¡Qué contentas van a ponerse doña Jimena y sus hijas, esos seres amados por el héroe y por tanto verso heroico, esos seres que visten de carne la leyenda guerrera!

¡Con qué gozo del alma van a ponerse en marcha hacia Mío Cid!

Cada año de la ausencia se convertía en un lustro,

se le multiplicaban los días y las semanas por obra de algún maleficio.

¡Al fin se acabó la separación, terminó la soledad!

¡Dios mío, cómo se alarga el camino hacia el lado del ausente!

SEGUNDA TOMA DE VALENCIA

El Cid tiene ordenado a sus vigías que le anuncien apenas aparezca doña Jimena en el horizonte. Así cuando le avisan que ya viene, sube en su caballo y corre al horizonte a salirles al encuentro. El paisaje se queda boquiabierto ante Babieca, que pasa como un celaje. En un instante llega el Cid junto a los suyos.

Doña Jimena se arroja a sus pies:

—Gracias, Campeador; me habéis guardado de toda vergüenza; me habéis protegido a la sombra de vuestro nombre; os traigo vuestras hijas; con la ayuda de Dios y la vuestra han sido bien educadas.

El Cid embobado contempla a su mujer y a sus hijas ya crecidas.

—Mujer querida y honrada, y vosotras mis hijas del corazón, entrad conmigo en Valencia, vuestra ciudad, la herencia que os he ganado.

La madre y las hijas besan esas manos que saben guerrear y acariciar, y entran en Valencia sobre la alegría y los aplausos de la multitud.

El Cid las hace subir a la torre del Alcázar, y allí, trazando con su mano un círculo en el aire en torno de

ellas, un gran círculo que cae sobre la tierra como un límite mágico, exclama orgulloso:

—Todo esto es vuestro.

Los hermosos ojos de las mujeres miran la ciudad extendida a sus pies; del otro lado del mar; allá lejos las huertas frondosas y extensas. Ante el maravilloso espectáculo, las tres caen de rodillas y juntando las manos dan gracias al vencedor.

El invierno se va y la primavera llama a la puerta con grandes golpes de flores y disparos de frutas.

Doña Jimena y sus hijas pasan todo el tiempo que les deja libre la dirección de la casa, en visitar a los enfermos, ayudar a los menesterosos, hacer caridad por donde pasan y dejar tras ellas un murmullo de bendiciones.

La población las adora, reinan sobre las almas de moros y cristianos; se han tomado todos los corazones de la ciudad.

La segunda toma de Valencia.

EL MORO ANÓNIMO

Mirad, mirad, un moro viene por la ruta a caballo en una yegua baya. Trae borcegies marroquíes, espuelas de oro, un broquel ante el pecho, un dardo en la mano. Contempla Valencia y exclama en voz alta:

—¡Que un mal fuego te queme! Ayer pertenecías a los moros, y los cristianos te han ganado. Si mi lanza no miente, volverás a los moros. A ese perro del Cid lo cogeré por la barba, su mujer Jimena será mi cautiva, la

más hermosa de sus hijas será mi concubina, y cuando me canse de ella la entregaré a mis soldados.

Salta un verso del Romancero y corre a repetir al Cid las palabras que ha oído.

Entonces el Cid llama a la mayor de sus hijas:

—Ven acá, hija mía, ponte tus ropas de Pascua. Retén allí ese moro, hijo de perra, mientras yo ensillo a Babieca y cojo mi espada.

La niña muy hermosa, sale a la ventana, y el moro al verla le habla de este modo:

—Alá te guarde, señora.

—Dios os guarde, señor; bien venido seáis. Hace siete años, rey, siete años que os amo.

—Hace otros tantos, señora, que vos reináis en mi corazón.

Apenas dice estas palabras se acerca el Cid.

—Adiós, adiós, señora, mi bella enamorada; adiós, adiós, que he oído el galope de Babieca.

Donde la yegua baya posa el pie, Babieca posa sus cascos. Corre que corre. Siete veces ambos dan vueltas en torno de un corral. La yegua, que es ligera y le lleva buena ventaja, alcanza la orilla del río donde hay una barca. El moro, de alegría al verla, a grandes gritos atruena el valle y llama al barquero. En tres golpes de remo el barquero se acerca.

Cuando llega el Cid encuentra al moro embarcado, y de cólera se tira las barbas. El moro se pone las manos en megáfono ante la boca y grita hacia la orilla:

—¡Viva Mahoma!

El Cid responde más rápido que el eco:

—¡Hideputa!
Y arrojándole su lanza a toda fuerza:
—Recíbela, querido yerno, recibe esa lanza. Acaso
te sea preciosa.

La lanza atraviesa la tarde y va a clavarse con una
dulzura musulmana en el pecho del moro.

DON JERÓNIMO

El domingo siguiente, en la mezquita mayor converti-
da en iglesia cristiana bajo la advocación de la Vir-
gen María, el Cid establece obispo de Valencia a don
Jerónimo de Perigord.

Don Jerónimo, ese clérigo guerrero, ese amigo leal,
amado de los cristianos, más caballero que cualquier ca-
ballero, más soldado que todos los soldados.

Don Jerónimo, que también tendrá su parte de es-
trofas, que ama por igual las misas y las batallas, que
pelea entre jaculatorias y juramentos, corta cabezas de
moros con un mandoble recio dándoles la absolución al
enviarlos al otro mundo, laceando enemigos con el rosa-
rio, un gran rosario místico y militar.

Dos lenguas de fuego brillan en sus ojos.

El pirata que lo habita pelea día y noche con el san-
to. Es una lucha mortal adentro de su pecho.

El pueblo le ama, sin ver las contradicciones que
encierra este hombre extraño. Las huestes aplauden su
designación de obispo. Ha peleado cuando clérigo y se-
guirá peleando de obispo junto a ellos.

Cristo debe llorar en alguna parte.

En cuanto se anuncia que viene el enemigo, don Jerónimo es el primero en correr a armarse. Tira el breviario y coge la espada. Abandona sus oficios para correr a la batalla, y abandona la batalla para correr a sus oficios.

Extraño don Jerónimo, el nuevo obispo nombrado por el amo de Valencia.

—¡Hurra por el guerrero obispo y el obispo guerrero! —gritan los soldados, inconscientes.

Al oír los vítores, don Jerónimo se levanta iluminado, luminoso, incendiado de reflejos. Alza la frente fuerte, sólida, y la noble arquitectura de la mitra no tiene ni un temblor en su cabeza.

JUSUF

Resuena de a tambores el horizonte. El desierto africano marcha sobre Valencia con treinta mil lanzas y cien mil espejismos.

El emperador Jusuf no se resigna al triunfo del Cid y al frente de sus almorávides aguerridos y fanáticos viene a disputarle su conquista. Un río de turbantes avanza por las playas y los campos; se instala frente a la ciudad, clavando sus tiendas en la actitud más belicosa y sitiadora.

Helo ahí: Jusuf, rey de Marruecos, que parece decir a su rival: “De aquí no se mueve nadie hasta que te mueras de hambre”.

Al ver las huestes enemigas, una inmensa alegría se apodera del Campeador. Ríe como un niño con un juguete nuevo, se le ensancha el corazón, y al ensancharse le dilata el pecho de un modo tal, que se convierte en algo cósmico.

—Loado sea el cielo —exclama con voz planetaria—. Todo cuanto poseo está aquí delante de mí. Con gran trabajo gané Valencia, que hoy tengo por heredad y que no dejaré mientras viva. Loada sea mi estrella, que hoy están conmigo mi mujer y mis hijas. Desde allende los mares viene la fortuna a buscarme. Por fin voy a empuñar las armas y mi mujer y mis hijas me verán lidiar, verán cómo se vive en tierras extrañas y cómo se gana el pan.

Sube a la torre del Alcázar a su mujer y a sus hijas y les muestra el campamento de tiendas enemigas como un rebaño tendido al sol.

Al aviso del atalaya tañen las campanas en la ciudad. Se oyen a lo lejos los atambores enemigos que llaman al combate. Doña Jimena y sus hijas en medio de tal ruido sienten miedo en el corazón.

—¿Qué es esto, Cid, libreme Dios?

—No te aflijas, honrada mujer. Eso que te espanta es la riqueza que viene a buscarnos. Apenas llegada, ya te quieren hacer presentes: ahí te traen de regalo los almorrávides la dote de tus hijas.

—Tengo miedo por vos, Mío Cid.

—Nada temas, mujer mía; quédate aquí mirando con tus hijas y tus damas. No os asustéis porque me veáis combatir. Con el favor de Dios el campo quedará

por mí y el corazón me crece de orgullo porque esto será a vuestros ojos.

Un inmenso tapiz de albornoces se extiende y se agita bajo las miradas.

A la hora de la plegaria musulmana, los bereberes se arrodillan, las cabezas se van doblando hasta tocar la tierra y sólo se ve una larga inclinación blanca hasta el fondo del horizonte.

Allí están los almorávides, los moros de Marruecos, preparándose al combate; más valientes, porque menos refinados que los de España, menos habituados a los placeres y a la molicie. Traen sobre sus camellos la ardiente locura del desierto, del país de los mirajes y las magias delirantes. Tienen ojos negros de decisiones y fatalismos. Sus cantos se retuercen en largos gemidos nocturnos que llenan de espasmos orientales el aire valenciano.

Un gran fluido misterioso, una brisa de encantamientos se pasea por el campo.

Vuelven a redoblar los atambores. El Cid, lleno de júbilo, dice a su mujer:

—Gran día será éste.

Pero doña Jimena siente un terror que le aprieta a grandes manos el corazón. Lo mismo acontece a sus hijas y a sus damas.

—Ese alboroto de tambores...

El Campeador se acaricia sus épicas barbas y dice:

—No tengáis miedo; os juro por mis barbas que antes de tres días os traeré aquí esos tambores y veréis cómo están hechos, y luego los daremos al obispo don Jerónimo para que los cuelgue en el templo de Santa María.

Aprovecha el Cid que las damas se han tranquilizado con sus palabras y baja a la torre a ordenar a los suyos para la batalla.

Ya es tiempo, pues los almorávides vienen cabalgando y entran desafiadoramente por las huertas.

Prestas están las mesnadas de Ruy Díaz. Este les pasa una última revista y armados de todas armas salen de la ciudad.

Babieca marcha a saltos; en el fondo de sus narices se dilata una amapola y agita sus largas pestañas más voladoras que mariposas.

—¿Qué táctica llevaremos, Cid? —pregunta acercándose a él Martín Antolínez.

—Ninguna —responde el Cid—, a la carga y adelante. A la carga, a la carga, adelante, adelante. En esta primera salida hay que pegar firme; ya veremos en las otras.

Así se hace. Los del Cid acometen en carga cerrada. Moro que topan es un habitante menos en la tierra y un habitante más en el Paraíso de Alá.

Adelante, adelante. Van pegando duro y expulsando a los audaces que se habían metido en las huertas.

Doña Jimena vuelve los ojos para no ver el combate.

Al cerrar el día yacen sobre el campo más de trescientos moros muertos y la persecución llega hasta el mismo campamento enemigo. Harto han hecho ya, pero es preciso ser prudentes y regresar a la ciudad.

—Oídmе, caballeros —dice el Cid, satisfecho de los suyos—, hoy es buen día; mañana será mejor. Ahora todo el mundo a dormir, y antes que aclare, armaros todos; el obispo don Jerónimo nos dará la absolución, nos

dirá una misa adecuada y volveremos a cabalgar para atacarlos más vigorosamente que hoy.

Todos responden:

—De buen grado y de corazón lo haremos.

Alvar Fáñez pide la palabra y dice:

—Mío Cid, dejadme a mí otra misión: dadme ciento treinta caballeros para la lid, y cuando vosotros caigáis sobre ellos, apareceré yo por otra parte. En uno u otro lado Dios nos ayudará, o en los dos a un tiempo.

—Bien pensado. Minaya; así se hará.

Cuando el Cid entra en el Alcázar dice a su mujer:

—¿Ves, Jimena, cómo no había por qué temer?

—Loado sea Dios, Campeador, y él os proteja otra vez mañana.

Pasada la mitad de la noche y antes que amanezca, el segundo canto del gallo llama al templo en vez de la campana. Todo es sigiloso y a media luz. La iglesia se llena de bultos de fe, de sombras indómitas.

Don Jerónimo dice la misa y al Evangelio les da la mejor de sus absoluciones:

—Al que muera hoy lidiando frente a frente, yo le absuelvo sus pecados, Dios recibirá su alma. Y a vos, Cid Rodrigo, que en buen hora ceñiste espada, os pido que me concedáis un don a cambio de la misa que os canto, y es que me otorguéis el dar yo los primeros golpes.

El Cid, arrodillado junto al altar, levanta la cabeza y responde:

—Concedido.

Don Jerónimo se vuelve y continúa su misa enérgica y disciplinadamente, conteniendo sus ansias bélicas.

Apenas dice el *Ite, Misa Est*, se arremanga las sotanas y sale corriendo por la nave central, atropellando a los soldados que se precipitan hacia sus caballos, hecho un quirquincho guerrero. El más guerrero de los guerreros.

Bien comulgadito, contento de su Dios y de sí mismo, salta del altar al caballo, se cala sus armas y galopa al frente de un escuadrón de avanzada. A todo tren sobre el enemigo.

El Cid al verlo no puede menos de sonreír.

Las huestes van saliendo por las torres de Cuarte, y el Campeador va previniendo y aleccionando a su gente. A las puertas de la ciudad dejan algunos bien apercebidos.

Doña Jimena vuelve a subir a la torre y contempla la maniobra. Ya hoy no teme como ayer. Una extraña seguridad se ha apoderado de su alma y se expande de sus ojos.

—El campeador es invencible. Claro está que es invencible.

Ella lo ve altivo sobre Babieca, hermoso de destinos y heroísmos. A cada paso del caballo el orgullo se le ensancha y le desborda del alma.

Doña Jimena ve salir la bandera. ¿Qué mano fuerte la lleva? Su bandera. Una sombra de coraje se esparce por la tierra. Todo el que la mira se siente electrizado. ¿Quién ha acumulado tal voltaje en aquella tela?

Los del Cid son cinco mil y los contrarios treinta mil. Sin embargo, ni un solo momento a ninguno de sus soldados se le ha ocurrido pensar en esa diferencia.

Ciegos se lanzan al ataque. Jusuf se reía con una gran risa de cobre, pero pronto la risa se cambia en una mueca de acíbar.

Doña Jimena sigue atenta la batalla y todas las escenas se retratan en sus ojos agrandados para hacer entrar el enorme tumulto en su campo visual. Ella ve a don Jerónimo dando unos golpes episcopales. Se diría que toda la fuerza motriz del cielo agita su brazo. Caen ante él los moros como guiñapos y las cabezas vuelan más livianas que frutos vacíos.

Sigue con la vista al Cid, que se hunde lanza en ristre en las filas contrarias. Lo ve cuando se le quiebra la lanza y mete mano a la espada. ¡Qué tajos deja caer a ambos lados y con qué rapidez salta la espada de un lado al otro! Tizona es un ala enloquecida por la sangre, delirante de movimiento. El enemigo sube y baja en una ola enorme y ella ve a su Campeador que se pierde en esa ola, que desaparece del mundo y luego vuelve a aparecer mucho más lejos en medio de los molinetes gigantescos de su mandoble. Se le figura que un ángel exterminador galopa en el aire delante de su amado y le va abriendo paso y ayudando en su tarea. Tales son el ímpetu y el furor con que ese hombre siembra la muerte sobre la tierra. Va arrojando la muerte en el amplio gesto del que arrojava limosnas.

Por otro lado, ella ve a Alvar Fáñez con sus ciento treinta hombres en el mismo movimiento mareante del mandoble que cae y se levanta, de los caballos que empujan y avanzan.

Aquel que embiste a gritos y risotadas es Per Vermúdez; el otro más allá, que aprieta la lanza ardiente del calor de su brazo y frunce los ojos y se muerde los labios a cada golpe, es Muño Gustioz; ese que salta y se

empina sobre los estribos hasta casi ponerse de pie sobre el caballo, es Martín Antolínez.

Olvidada del mundo, doña Jimena, ante tal espectáculo mortal y de un dinamismo nunca visto, se queda como colgando fuera del tiempo. Un hilo de baba se le empieza a deslizar por la boca abierta y va acaso a caer sobre mi cabeza. ¡Caiga en hora buena! La ilustre baba de la ilustre dama.

Sigue Babieca pisoteando moros, pasan las horas y primero se cansará el tiempo de dar horas que el Cid de dar golpes. La sangre le chorrea codo abajo. En medio del campo se encuentra al rey Jusuf.

Helos ahí frente a frente, el cristiano y el árabe, el Oriente y el Occidente. Tres golpes asesta el Cid a Jusuf, el cual se escapa del campo a toda rienda y se oculta en el castillo de Cullera. Hasta allá le sigue el Campeador, y ya le pescaba cuando se le metió en el castillo. Ahora ve lo que vale Babieca desde la cabeza hasta el rabo. La fuga de los almorávides es una bandada de nieve que se aleja sobre las miradas de doña Jimena.

Un inmenso botín queda en manos del Cid.

Sus mesnadas recogen los despojos: cinco mil marcos encuentran en oro y plata, y lo demás ni lo cuentan. Alegre está el Cid, no menos alegres sus vasallos. La risa salta de unas bocas a las otras, cien veces de ida y vuelta recorre todas las bocas. Nunca se ha visto mayor contentamiento.

El Cid deja en el campo a Alvar Fáñez ordenando los tesoros y los prisioneros y él entra en Valencia con cien caballeros. Trae la cara fruncida y se ha quitado el

yelmo y la capucha. Vuelve radiante sobre Babieca con la victoria en los brazos, acariciándole los largos cabellos de sueños transparentes.

Lo reciben las damas que lo estaban esperando. Detiene el caballo ante las damas y dice sin soltar las riendas:

—Me inclino ante vosotras, damas. Buen botín os he ganado. Mientras me guardabais Valencia, yo vencía en la guerra. Mirad ensangrentada mi Tizona, mirad el caballo sudoroso. Así se lucha y se triunfa en las batallas.

Diciendo estas palabra, el Cid se apea del caballo y se enjuga la frente. Al verle en tierra, doña Jimena, sus hijas y las damas se arrodillan ante él.

—Dios os conserve mil años.

Le acompañan a palacio y se sientan junto a él en preciosos escaños, escaños por los cuales darían toda su fortuna los anticuarios épicos. ¡Con qué orgullo y veneración contemplan al Cid aquellas mujeres que habían oído contar sus hazañas sin haberlas podido presenciar jamás hasta ahora!

—Mujer mía, doña Jimena. Quiero que casemos con mis vasallos a estas damas que trajisteis con vosotras y que tan bien os saben servir. Doy de dote a cada una trescientos marcos, y que sepan en Castilla a quién han venido a servir. En cuanto a vuestras hijas, conviene que lo tratemos más despacio.

Todas se levantan y una a una le besan la mano agradecidas. Un aroma de alegría se difunde por el palacio.

Mientras tanto, Alvar Fáñez continúa en el campo de batalla, escribiendo y anotando lo ganado: tiendas, armas, telas y vestiduras de precio. No hay manera de

establecer inventario de los caballos enemigos que andan arreados y que no hay quién los pueda coger.

Todos quedan bien pagados y también sacan algo los moros amigos.

Al obispo don Jerónimo el Cid manda dar el diezmo sobre su quinta.

—Tomas cuanto queráis, mis caballeros —dice el Campeador a sus capitanes—. ¿Qué hacéis, Minaya, Martín Antolínez, que no habéis cogido nada? ¿Qué hacéis, Per Vermúdez, Muño Gustioz? Daos prisa.

¡Qué contentos están los inocentes forajidos! Manos generosas se tienden en la luz del día, manos de rapiña rasguñan en las sombras.

Jusuf llora detrás del horizonte, allá lejos, donde se detienen las fugas.

CONQUISTAS POLÍTICAS

Derrotado el más temible de sus enemigos, piensa el Cid afirmar sus conquistas y cimentar bien su poderío en la ciudad. Para hacerse amar de los moros valencianos les levanta muchas contribuciones y sólo deja las que solían pagar en los buenos tiempos del apogeo de aquel reino. Su solicitud está en todas partes, se preocupa de todos. Hace saber a los musulmanes que dos veces a la semana oirá y juzgará sus pleitos.

—Venid cuando quisiereis a mí —les dice—, y yo os oiré, porque no me aparto con mujeres a cantar y beber como hacen vuestros señores, a quienes jamás podéis

acudir. Yo, al contrario, quiero ver todas vuestras cosas y ser vuestro compañero y cuidaros bien, como amigo a amigo y pariente a pariente.

Su actividad no desmaya un momento.

Mientras se hace amar y pacifica el interior de su plaza, redondea sus dominios con la toma de Olocau, Sierra, Almenara y Murviedro.

Un tiempo más tarde, al saberse la noticia de que los infatigables almorávides vuelven a juntar un gran ejército cerca de Játiva, el rey don Pedro de Aragón ofrece al Cid una alianza defensiva y ofensiva, que éste acepta encantado.

Viene el rey aragonés a Valencia y allí se firman los pactos, y juntos preparan la expedición.

Parten de Valencia para abastecer la fortaleza de Benicadel y hacerla centro de sus operaciones. Difícil empresa, pues el ejército almorávide ronda por las cercanías bajo las órdenes de Ibn Ayicha, sobrino del emperador Jusuf.

Al saber que el Cid ha salido de Valencia con sus huestes y las de su aliado, ibn Ayicha se retira prudentemente hacia el sur, un poco por el miedo que inspira el Cid y otro poco por buscar un sitio estratégico para presentarle batalla.

Resuelto y rápido como siempre, el Campeador realizó la peligrosa operación, abasteciendo a Benicadel con trigos y víveres para mucho tiempo.

Ejecutada la maniobra, el héroe y el rey se dirigen por la costa hacia el sur con todo su ejército.

BATALLA DE BEIREN

Al llegar a Beiren se encuentra con el ejército almorávide que los está esperando apostado en una admirable situación, en la cumbre de una montaña, frente al mar, y como si fuera poco su inmensa superioridad numérica, apoyados además por la flota musulmana.

No se atemoriza por esto el Cid, y viendo que los suyos parecen vacilar al verse cogidos entre mar y tierra, recorre las filas castellanas y aragonesas animando a sus soldados e infundiéndoles con sus palabras el ardor que empezaba a abandonarles en tan crítico momento:

—¡Ea! hijos míos, valor. Venid a mostrar a esos infieles quiénes sois. Voto a ños, que voy a despedazarlos como a carneros.

Al oír sus palabras, un furor bélico chicotea los corazones. Ya nadie vacila, ya nadie teme. Se hace el milagro y una larga corriente de fiebre pasa a través de sus huesos, desde el primero hasta el último de sus soldados.

Amanece. Se agita sobre la montaña una neblina de albornoces y en el cielo una media luna va bajando como un barco sigiloso del lado opuesto. Parece que fuera a desembarcar refuerzos para el enemigo. La luna también los favorece.

Ante el peligro que significa la desventaja numérica y de posición, ni un solo corazón desmaya, las mesnadas de Mío Cid se estremecen de heroísmos y de barbas; un extraño fulgor brilla en todos los ojos.

Ibn Ayicha, de pie entre la tierra y el cielo, sueña en Mahoma. “Si la victoria no viene a mí, yo iré a la victo-

ria". Pero no tiene tiempo de ejecutar su decisión, porque el Cid, como si hubiera adivinado sus pensamientos, antes que el otro venga por la victoria, corre a llevarle la derrota en una acometida formidable.

Si los soldados del Cid siempre han sido admirables de potencia mortal, nunca lo han sido más que ahora. Con una velocidad de meteoros y un empuje astronómico se lanzan sobre el enemigo. Es algo nunca visto, es una convulsión cósmica, es un choque de planetas, una batalla en el firmamento.

Los moros, que al verlos venir se reían con grandes dientes triunfales, paran sus risas y desorbitan los ojos ante el filo de las espadas y las puntas de las lanzas. Sin tiempo de transición, las carcajadas se convierten en hipoes de agonía. Vibra aún en el aire el eco de muchas burlas, cuando ya sus dueños están en el otro mundo. Por todos lados caen las risas diezmadas.

El sol incrédulo se levanta sobre una montaña en donde se despedazan dos ejércitos mitológicos. Es tal el encarnizamiento, que el sol duda de lo que está viendo y se restriega los ojos. "¿Estaré soñando?"

Babieca tiene una legión de arcángeles metidos en su piel; el caballo volcánico se deshace a saltos y golpes, abriéndose camino como el espolón del rayo. Tizona tiene una legión de demonios dentro de su acero, y da tales martillazos, que tuerce el curso de la Historia a su antojo.

La montaña cruje y parece doblarse como un camello con exceso de equipaje.

Una corriente indómita arrastra el mundo. La fa-

lange de energúmenos del Cid barre cuanto se le pone por delante. Un hálito siniestro cubre la masa terrestre. La enorme palpitación de dos serpientes anudadas en espasmos furibundos recorre el valle y el monte hasta el infinito.

Los almorávides, ante el torbellino desatado de esas fieras, sienten que la tierra se escabulle de sus plantas y les parece que sus cuerpos se debaten en el aire colgados en la punta de las lanzas. Todo desaparece ante ellos, la tierra empieza a dar vueltas con una rapidez que ya ni saben si tienen la cabeza hacia abajo, los pies hacia arriba. Todo gira, gira, gira. Ya nadie tiene la facultad de pensar. Los vivos no saben si ya están muertos, los muertos no saben si aún están vivos.

Este es el instrumento horrible, el instante suspendido sobre el vértigo, el momento preciso en que un ejército se transforma en horda. Nada más trágico.

La fuga. Sálvese el que pueda. Es una carrera desesperada del caos a librar el pellejo.

Una vez más la victoria levanta al Cid en sus brazos y le muestra a la admiración de los hombres por encima de los siglos.

A sus pies el campo de batalla es un inmenso alboroz blanco rasgado por todas partes, dejando ver grandes trozos de carne, anchas heridas, bocas mortales, ojos de ultratumba. La muerte se pasea bebiendo grandes sorbos de almas, dueña del mundo, entre brazos tronchados con sus lorigas, cabezas con yelmo rodando por el campo y caballos sin jinetes huyendo.

Todo el cielo queda salpicado de sangre.

Los vencedores emprenden el camino de regreso hacia Valencia, el camino bajo palios de rosas.

Babieca marcha a paso de mazurca. Sus cascos hacen la patria y él lo sabe.

El Cid contempla amorosamente a sus bravos y les dice:

—Gracias, hijos míos; os habéis batido como leones. Mi Romancero no lo olvidara —y se quita el gorro.

Sigue su marcha y se pone a cantar vuelto hacia el infinito:

*Un Rodrigo perdió a España
otro Rodrigo la recobrará.*

Una brisa desinteresada pasa refrescando el mundo, y el firmamento con grandes sábanas de nubes se enjuga el sudor.

PARÉNTESIS

En Valencia el Cid Campeador es recibido bajo un manto de campanadas y de flores. La Historia, la Crónica, la —leyenda, el Poema, le lanzan paquetes de laureles. La Gloria se echa a sus pies como un lebre.

Puede descansar. Es un paréntesis de reposo. El Cid aprovecha este paréntesis para casar a sus hijas. Más que un rey, el amo de Valencia, el señor de las batallas, puede elegir a su gusto. Rechaza la petición de los infantes de Carrión.

—No, amigos míos —les dice el Campeador—; aunque vuestra petición venga apoyada por el rey Alfonso, no acepto vuestras manos para mis hijas. Mi mujer, doña Jimena, no os encuentra simpáticos, y además ha tenido un sueño extraño respecto a vosotros: os veía maltratar a sus hijas una noche allá por los pinares de Corpes. Esto es mal presagio.

—Ignoráis nuestro linaje: somos condes de Carrión. Ya hemos hablado con vuestras hijas, doña Elvira y doña Sol, y ellas...

—Permitidme. Ni siquiera sabéis el nombre de mis hijas: ellas se llaman doña Cristina y doña María. Veo que lo que más os interesa en ellas es su dote.

—Pensad, señor, que podemos casar con princesas si queremos.

—Hacedlo en buen hora. Aquí no gustáis a nadie; además se dice que no sois muy valientes y yo necesito yernos que puedan secundarme.

—Valientes somos como cualquiera de los vuestros.

En este mismo instante, como si el destino hubiera estado oyendo la conversación detrás de la puerta, grandes gritos atruenan el Alcázar de Mío Cid:

—¡Cuidado! El león, el león. Se ha escapado el león. ¡Cuidado! El león ha roto la jaula.

Se oyen carreras de un lado para otro; toda la corte está espantada. Los del Campeador vienen a rodearlo para defenderlo.

Los infantes de Carrión, al oír los gritos y los rugidos del león, saltan como ratas. El mayor, Fernán González, se tira debajo de un escaño y allí se agazapa, se

enrolla en sí mismo, se hace tan pequeño que desaparece por completo. El otro, Diego González, sale de estampía y va a esconderse detrás de los excusados, donde se pone el manto y la túnica perdidos.

El Cid, apartando a sus capitanes que venían a defenderlo, se levanta, y con el manto prendido al cuello, arrastrándolo para hacer una hermosa estampa popular, se va derecho hacia el león. El león, al ver venir hacia él ese monumento de calma y majestad, se atemoriza de tal modo que baja la cabeza e hinca el hocico en tierra. El Cid lo coge por el cuello, y como si lo llevara por la rienda, lo mete en la jaula con una serenidad franciscana.

Todos los que tal vieron abren los ojos maravillados.

Cuando salieron de su escondite los condes de Carrión, todo el mundo estalla a reír:

—¡Ea! Valientes, volveos a vuestra tierra; ésta es demasiado peligrosa para vosotros. Volved al anonimato, señores condes de Carrión, y si el anonimato os aburre, procurad salir de él por otra puerta.

A las tres semanas, el Cid ha elegido para sus hijas dos maridos de su gusto. La mayor, doña Cristina, se casa con el infante don Ramiro de Navarra; la menor, doña María, con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, hijo de Cap d'Estopa y sobrino de Berenguer Ramón II, que había asesinado a su padre y peleado tantas veces contra el Cid.

Los yernos del Campeador reciben a sus hijas de todo corazón y besan la mano a doña Jimena y al glorioso padre.

En el templo de Santa María, el obispo don Jerónimo los bendice, canta la misa y pronuncia una breve alocución:

—Hijas del héroe, del hombre que se paseará sobre el amor de su raza hasta el fin de los tiempos, no olvidéis jamás a lo que esto os obliga. Ante el mundo sois más que reinas. Eruditos de todos los países de la tierra vendrán a escudriñar vuestras vidas y hacer excavaciones en vuestras almas. ¡Cuidado! Sois las hijas de España y de su epopeya, y vuestra sangre os obliga a dar a la patria reyes y conquistadores. Y vosotros, señores, que habéis tenido el honor de uniros a tan excelsas damas, velad sobre ellas con todo vuestro amor y vuestra solicitud como si velarais sobre el más bello ensueño del héroe que las engendró. Dios os haga felices y os procure una larga descendencia.

Al salir de la iglesia, el pueblo aplaude y las mujeres comentan.

El Cid tiene preparadas fiestas reales. Todos se dirigen cabalgando al arenal de Valencia. Allí juegan las armas el Cid y sus vasallos con una destreza que deja embobados a técnicos y críticos. ¡Cuánto se alegra el bienhadado de ver que sus yernos son excelentes jinetes!

El conde don Enrique, que había venido a las bodas, está curioso por ver una arrancada de Babieca.

—Gran Cid, hacednos el favor de correr vuestro caballo, del que tanto se habla en toda España.

El Cid pica espuelas y da una arrancada extraordinaria, revuelve su caballo, vuelve a arrancar y lo para en seco.

—Juro por Santiago —exclama el conde, maravillado— que no hay otro mejor en todo el mundo.

Babieca, al oír estas palabras, agradece con la cabeza. El Cid le acaricia el cuello, que se enarca como gato orgulloso.

Después de los juegos los caballeros se vuelven a Valencia con las damas.

En el Alcázar las bodas se celebran con una magnificencia nunca vista, con una pompa como en ninguna corte. El Cid manda alzar siete tabladitos y todos los quiebran antes de la comida.

Quince días duran los festejos, y al cabo de ellos los hidalgos comienzan a irse. El Cid regala a sus huéspedes más de un centenar de bestias entre palafrenes, mulas y caballos corredores, y una cantidad inapreciable en pieles, mantos, telas, vestidos y tapices de gran valor.

Todos se alejan contentos, y en los caminos de España hay un interminable murmullo de alabanzas al Campeador.

LA FAMA

El renombre del Cid ha llegado hasta los confines de la Persia, y el sultán, cuando supo sus proezas, resolvió enviarle presentes y pedirle su amistad.

Una larga caravana de camellos cargados de granate, de púrpura, de seda, oro, plata, incienso, mirra y piedras preciosas viene atravesando el mundo en busca del Campeador. La admiración le tiende una mano amistosa desde el otro lado de los horizontes.

La caravana traspone cien horizontes. A medida que avanza por el mundo la caravana se va cargando con todas las admiraciones dispersas que inspira Mío Cid. Como jefe de la embajada viene uno de los hermanos del sultán. Al partir, éste dijo a su hermano.

—Dirás al Cid que la Persia lo saluda, que tendría mucho gusto en recibir su visita o noticias suyas. Le dirás que daría cualquier cosa por verlo en mis tierras y que acepte de mí esos humildes presentes en señal de una admiración y una amistad que durarán toda mi vida.

Cuando el embajador llega a Valencia, el Cid sale a recibirlo y le acoge magníficamente, como él sabe hacerlo.

—Bien venido seáis en mi ciudad de Valencia. Agradeced en mi nombre a vuestro noble rey sus ricos presentes. A vuestro regreso le llevaréis también mis saludos y algunos regalos humildes que quiero enviarle.

Así lo hizo. Después de hacerle los honores de su palacio durante tres días, el Cid lo carga de espléndidos regalos para el sultán, su nuevo amigo.

La caravana vuelve del Occidente al Oriente muy pesada de presentes occidentales. Presentes que acaso tengan para esos hombres lejanos la misma aureola misteriosa, la misma atracción fascinante, el mismo sabor exótico que tienen los suyos para nosotros.

Los kilómetros revisten de prestigio como los años.

La distancia es el margen que se puebla de ensueños libres.

ENFERMEDAD DEL CID

He ahí al Cid Campeador postrado en su lecho de enfermo. Ese monumento de dinamismo y de energía, el hombre del movimiento y de la acción, inerme, lánguido, sintiendo la muerte que se acerca a marchas forzadas a su corazón.

El que tantas veces la burló a grandes saltos en los campos de batalla, el que ofrecía sonriente su pecho a todos los peligros, helo ahí, pobre espectro doliente y resignado.

Estaba en el pináculo de su apogeo, amo de una gran ciudad y un vasto y rico reino, adorado de los suyos, temido del enemigo, casando a sus hijas con príncipes, nombrando obispos, fundando catedrales, cambiando gobernadores, destronando reyes y recibiendo homenajes de todos los horizontes de la tierra, y de pronto cae de la cima de su gloria al lecho de la agonía.

Una amargura de fatalidad se desploma sobre la creación y sobre los hombres. Se siente que algo malo se prepara en el infinito. Hay un lagrimear de estrellas en el cielo y el caos se llena de lamentos. Corren largos estremecimientos por las venas del universo, un nudo aprieta la garganta del mundo. Interminables ondas de dolor van hacia todos los corazones.

España se ahoga de presentimientos y en vano trata de calmar sus nervios. En la noche, sola en su cuarto del globo terráqueo, sola en medio de la oscuridad, estalla en un llanto inconsolable.

Mío Cid la oye llorar y abre los ojos opacos y despliega los labios blancos:

—No llores, España —murmura—; tienes aún tantos días de sol y laurel por delante.

¡Pobre Mío Cid, fatigado de sus trabajos, fatigado de tantas guerras, yace entre almohadas, y la muerte empieza a atar sus músculos indómitos con cuerdas heladas!

El titán invencible es ahora un niño doliente. Pero no pierde aún los sobresaltos de su vigor. Sabedor de que los almorávides están tratando de juntar otra vez un enorme ejército para marchar contra él, reúne todas sus fuerzas, y como si el olor de la próxima batalla le hiciera nacer alas, se incorpora en el lecho y dicta sus últimas órdenes.

Hace partir a Alvar Fáñez al frente de sus hombres para atacar a los moros en la misma Játiva, que han convertido en el centro de sus operaciones, y no se muestra tranquilo hasta saber que sus tropas han partido.

¡En el lecho, postrado, al borde de la agonía, no deja un instante de preocuparse de su conquista!

Después, en presencia de doña Jimena y ante el obispo don Jerónimo, hace su testamento:

Yo, Rodrigo de Vivar, llamado el Cid Campeador, vencedor de las naciones moras, recomiendo mi alma a Dios, a fin de que me admita en su reino, y mi cuerpo, formado de tierra, lo devuelvo a la tierra. Quiero que después de mi muerte me embalsamen y me monten sobre Babieca. Detrás de mi estandarte me haréis salir al campo y me presentaréis ante el enemigo. Lego Valencia con todas sus tierras a mi esposa, doña Jimena, y ruego a mis capitanes, parientes y amigos la ayuden y la sirvan como a mí mismo.

A la cofradía de San Lázaro el Pobre, lego Vivar y todas sus dependencias. Item, ruego que no se paguen lloronas para mi entierro; las lágrimas de Jimena me bastan; no es necesario comprar otras.

Lego Babieca, Tizona y Colada al Cantar y al Romancero y a todos los poetas e historiadores capaces de apreciar y amar a esos tres seres de tanto mérito y tan queridos de mi alma.

Item, ordeno que a los dos buenos judíos que engañé, obligado por las circunstancias, se les pague una segunda vez, contándoles en plata el peso de la arena que cupo en los cofres. Que el noble rey Alfonso, el buen obispo don Jerónimo y mi fiel Alvar Fáñez de Minaya sean mis ejecutores testamentarios. El resto de mis bienes lo distribuyo a los pobres, que son, entre el hombre y Dios, padrinos e intercesores.

Firmado el testamento, Mío Cid se hace acercar sus banderas y las besa. Esas banderas que flotaron a todos los vientos en sus antiguas batallas, cabelleras de la victoria, esas banderas tan amadas, ¡cómo lloran sus bellos colores en este instante solemne!

Hace traer todas las reliquias de los triunfos pasados. Sus espadas Tizona y Colada, aquellas buenas compañeras, ¡cómo las acaricia! Mío Cid Campeador, el terror de las batallas, humilde y manso en la cama, pasea sus dedos flacos por las hojas de acero, y las hojas vibran y empiezan a cantar como lamentos de cuerdas de laúd.

Luego manda traer a Babieca, que quiere verlo. En-

tra el caballo triste, cabizbajo, sin ruido; a pasos de seda se acerca al lecho con la cola entre las piernas.

¡Qué flaco está Babieca! Hace días que no quiere comer nada, no hay manera de hacerle probar bocado, todo se le atraganta. Abre sus enormes ojos soñadores y deja caer dos lágrimas sobre el amo.

Mío Cid le tiende la mano, Babieca la mordisqueea con sus labios, y doña Jimena, detrás de las banderas, no puede contenerse y estalla en sollozos convulsivos.

Llora doña Jimena, llora don Jerónimo, lloran las banderas, lloran las espadas, llora Babieca. la tierra es una envoltura de sollozos. Sólo el Cid, en medio de la desesperación general, permanece sereno, la cabeza echada atrás, vuelto hacia el cielo. Cuando alejan de su lado todo aquello que tanto le emociona, Babieca se va, volviendo el rostro hacia su amo.

De pronto, los ojos de Mío Cid se iluminan, y cogiendo la mano del obispo casi desde el otro mundo, con una voz exaltada de profeta, con los labios irradiantes como si Dios acabara de posarse en ellos, exclama:

—Cuando se hable contra España, no hagáis caso. España, en medio de todas sus desgracias, será el país más grande de la tierra. Yo os lo digo ante la muerte... España hará redondo al mundo.

LA MUERTE DEL CID

Al día siguiente, sobre el rostro fatigado del enfermo
Abrilla un resplandor extraño. Está más animado,

sus dedos pálidos aprietan la mano amada de doña Jimena arrodillada junto al lecho.

Le han llevado los sacramentos como todos los días y don Jerónimo le ha dado su bendición cargada de indulgencias plenarias.

En ese instante oye rumores en el cuarto vecino y cree percibir la voz de Martín Antolínez. Sus caballeros discuten afiebradamente.

Las tropas del Cid fueron derrotadas por los almorávides; esas huestes aguerridas, invencibles, esa mesnada de leones ha perdido su primera batalla. Sin el Campeador a la cabeza, les faltó el aliento que las hacía indomables.

Sus huestes eran las mismas, los mismos hombres habituados a vencer; pero ahora les había faltado la corriente eléctrica, la fuerza motriz que salía por los ojos del terrible jefe y les centuplicaba el poder.

Al oír el murmullo de voces, Mío Cid se incorpora y pregunta lo que sucede. Entran sus caballeros, y Alvar Fáñez, con toda franqueza, le dice lo que ha pasado.

¡Vencidos! ¡Derrotados los suyos!

Oírlo y volversele a caer la cabeza sobre la almohada todo fue uno.

El rostro pálido se pone rojo hasta las orejas, las manos se crispan en las sábanas y el héroe da el último suspiro, un inmenso suspiro de montaña sobre los siglos, y corre a esconder su vergüenza detrás de las nubes.

La primera derrota de sus huestes. Ya no puede vivir. Sus ojos de faro se apagan en la vida y se encienden en la muerte.

Es una mañana del mes de julio de 1099. Tiene cincuenta y nueve años de edad. Doblan lentas las campanas al fondo de los siglos.

Una algarabía de pájaros que estaban cantando sus proezas se detiene de golpe en sus himnos. La tierra de Valencia aroma de frutas y flores el continente. El sistema planetario siente un escalofrío que le corre por las espaldas y se lleva un dedo a los labios. El *siglo once* se detiene un momento al borde del abismo, siente un síncope que repercute en toda la relojería astral. El Tiempo guarda un minuto de reposo y de silencio.

La Leyenda vuelve a entrar en un limbo opaco y frío, la Historia es un despojo en playas de tiniebla.

Murió Rodrigo Díaz de Vivar, murió Mío Cid Campeador.

Una angustia enorme se difunde por la atmósfera terrestre, una pesadez desolada cae sobre los hombres, una pesadez de eternidad.

No habrá más historia de hazañas y de proezas para pasar de labio en labio, para hacer saltar las imaginaciones desbocadas entre espacios de estrellas, para agrandar los ojos y cuajarlos de piedras milagrosas.

Durante largos años el Cid fue España, España fue el Cid. Durante largos años el Cid se absorbe toda la nación, toda la raza. Su savia, sus esperanzas, sus pensamientos, sus latidos, su sangre, su historia, su leyenda, sus himnos van a desembocar en el Campeador.

Ruy Díaz de Vivar es el gran río de mil afluentes.

Mío Cid inunda a España. La inunda y la fertiliza. España y el Cid hacen el amor anudados sobre mil cam-

pos de batalla y ennoblecen la sangre y el amor hasta la sublimidad de los paroxismos.

Destinado desde el principio del mundo a ser la encarnación y el punto culminante de su raza, encima de la Epopeya de la Reconquista, desde don Pelayo hasta los Reyes Católicos, él brilla y prima en pleno cenit. Y cuando la última lágrima de Boabdil cae y se condesa sobre la Historia, él aparece de pie adentro de esa lágrima, revestido de todas sus armaduras. Por él esa lágrima se solidifica y se convierte en joya de los siglos.

Mío Cid es la tempestad alzada de la venganza de una raza, es la espada de un pueblo, la espada de un conjunto informe que quiere realizarse. Una espada en marcha que atraviesa las edades oscuras, como un relámpago, obedeciendo a las leyes oscuras de la Historia.

Yo me lanzo en su busca con el corazón encendido y la pluma en la mano a través de los tiempos que nos separan, y nos encontramos en la noche de la eternidad: Padre nuestro, que estás en los cielos, recibe el poema de la admiración.

Murió el Cid, se acabó el interés apasionado de la existencia. Es tan aplastante la idea del fin de la sublime aventura, que el mundo no puede creer en su muerte. Sin embargo, tendréis que acostumbraros a la idea.

Murió el Cid. ¿oís lo que digo? Murió el Cid Campeador. ¡Cómo me zumban los oídos! Se hace el vacío en el vacío, se hace el caos en el caos. Se me rompe la pluma.

España pierde el sentido y se desmaya entre las demás naciones, que no pueden consolarla. Su poesía,

su exaltación, su cuerda más vibrante, su vida extraordinaria y alucinante, su supervida recia y generosa, su esencia, su símbolo, ha muerto.

Se oye el ruido de una lágrima que resbala por el infinito. Después un silencio profundo se hace sobre la creación.

VICTORIA PÓSTUMA

Animados por su victoria, los moros llegan ante los muros de Valencia y cercan la ciudad.

Ha sonado el momento de cumplir las últimas órdenes de Mío Cid. Sus servidores le embalsaman, le arreglan el rostro, le peinan los cabellos y la barba. No parece muerto.

Alvar Fáñez, Martín Antolínez, Per Vermúdez y Muño Gustioz asisten por última vez a su señor. Lo colocan en su silla de montar; una tabla sostiene su cuerpo por las espaldas, otra por el pecho, manteniéndole recto sobre la silla.

Han pasado tres días de la muerte del Cid y sus huestes se preparan a la batalla. Alvar Fáñez hace tocar las campanas llamando al combate. Se reúnen los soldados y entonces los capitanes montan al Cid sobre Babieca y lo colocan al frente de la tropa.

El cadáver va cabalgando como si fuera vivo. Lleva en la mano derecha su espada Tizona hecha unas pascuas de contento. Los ojos de Babieca brillan llenos de extrañas decisiones.

Avanzando silenciosamente salen de la ciudad. A un lado del Cid van el obispo don Jerónimo y Muño Gus-

tioz; al otro lado, Alvar Fáñez y Martín Antolínez. Per Vermúdez lleva el estandarte acompañado de cuatrocientos gentileshombres que forman su guardia. Detrás marcha la misma doña Jimena en persona, la valerosa dama, con seiscientos caballeros.

Los moros al verlos se preparan al combate y redoblan sus atambores.

Esto que oye Babieca, y como si su amo le hubiera picado las espuelas, pega una carrera loca y se lanza sobre el enemigo. Detrás de él se lanzan Alvar Fáñez y todos los caballeros.

El cadáver se mete por todas partes con un empuje ultraterrestre. Babieca avanza, avanza, atropellando el mundo, partiendo las llanuras, sembrando el pánico en las filas enemigas.

Por todas partes atacan los soldados del Cid, espantados ellos mismos por este redoble de vigor que sienten en sus músculos y que no saben de dónde les viene.

Muchas horas dura la batalla. El espectro del Campeador acomete sin tregua, y a su sola presencia un secreto terror paraliza a sus contrarios, que luego empiezan a huir por todas partes, gritando:

—Mío Cid... Mío Cid... viene más terrible que nunca. Mío Cid... Mío Cid...

En medio del tumulto, Babieca atropella y sigue corriendo incontenible, desbocado.

Mirad. Mirad y arrodillaos: el último milagro del héroe. El enemigo está en derrota; los moros, en desbandada, se apartan y se echan al suelo ante el caballo apocalíptico que pasa; se esconden bajo la tierra, se hunden

en los árboles. Babieca sigue corriendo desbocado.

En vano tratan de seguirlo sus caballeros; el potro se aleja cada vez más de ellos y se pierde en la distancia. Salta en un gran salto el horizonte y sigue corriendo desbocado.

El llano queda solitario, sembrado de cadáveres. Las huestes españolas no pueden seguir la carrera macabra y veloz del Campeador, que traspasa lejos más allá del campo moro. Cansados se detienen y el potro sigue corriendo desbocado.

El caballo y el caballero histórico son ahora un caballero y un caballo legendarios, un monumento que corre a través de los campos de la poesía, a través de la atmósfera de la imaginación. Corre, corre, corre; su última carrera épica y mortal.

Corre sobre este mundo y luego salta todos los límites y sigue corriendo por el aire. Durante un momento su carrera en los espacios hace un eclipse total de sol. Resuenan en la eternidad los cascos de Babieca.

Cae la noche. Las miradas se tienden a lo lejos y nadie divisa al caballo heroico ni al heroico caballero. Babieca sigue corriendo desbocado.

Se hace la oscuridad, se hace el silencio, y allá, saltando mundos, el potro desbocado y el caballero muerto cruzan el universo como un celaje, atraviesan las puertas del Paraíso en una visión vertiginosa y van a estrellarse en el trono de Dios.

Este es el fin del Cid Campeador, el verdadero fin de Mío Cid Rodrigo Díaz de Vivar. Es falso que su cuerpo reposa en Burgos.

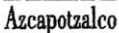
ÍNDICE

Presentación	<i>5</i>
Mío Cid Campeador	<i>19</i>

MIO CID CAMPEADOR de Vicente Huidobro, se terminó de
imprimir en los talleres de ETESA, S.A. de C.V.
Calz. San Lorenzo, 279, loc. 45 al 48, Col. Granjas Estrella,
Delegación Iztapalapa, CP 09880, México, D.F., el mes de
marzo de 1997.
Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Producción editorial: Amalgama Arte Editorial
Cuidado de edición: Valentín Almaraz
Ilustración de portada: Álvaro Romero

Casa abierta al tiempo



DE INFORMACIÓN

Formato de Papeleta de Vencimiento

*El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha
señalada en el sello mas reciente*

Código de barras. 2893703

FECHA DE DEVOLUCION

[illegible]



2893703

UAM
PQ7233
L5.3
no.53

2893703
Huidobro, Vicente 1893-19
Mio Cid Campeador / Vicen

